

SANTIAGO GAMBOA

Plegarias nocturnas



de

Manuel, un estudiante de filosofía colombiano, es acusado de tráfico de drogas y retenido en una cárcel de Bangkok. A pesar de que puede enfrentarse a la pena de muerte si no se declara culpable, su principal inquietud es volver a ver a su hermana, desaparecida en Colombia años antes. Su historia conmueve al cónsul colombiano en Nueva Delhi, que a partir de ese momento se embarcará en una búsqueda con el objetivo de reunir a los dos hermanos.

Con una prosa cristalina en la que se vislumbra apenas un poso de melancolía, *Plegarias nocturnas* es la historia de una mujer fuerte dispuesta a todo para conseguir justicia y de un estudiante que recorre medio mundo para buscar a la única persona de la que ha recibido amor. Es también la historia de una familia inmersa en una sociedad violenta: la Colombia del mandato de Uribe vista a través de dos jóvenes soñadores, con la sombra del paramilitarismo y los desaparecidos. Pero, por encima de todo, *Plegarias nocturnas* es una novela de amor.



Santiago Gamboa

Plegarias nocturnas

ePub r1.0
Titivillus 01.12.16

Santiago Gamboa, 2012

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



No pronuncies mi nombre cuando sepas que he muerto,
desde la oscura tierra vendría por tu voz.

ROQUE DALTON

Lo que quedaba al final, cualquier fuera el modo en que
cambiaran el mundo o la vida, era el hecho inamovible de un
universo abandonado por Dios.

LOU ANDREAS SALOMÉ

A Analía y Alejandro, caminando hacia el Farfa

PARTE I

Todas las ciudades tienen un olor bastante definido, pero el de Bangkok está cubierto por una densa capa de smog que lo oculta y lo hace imperceptible la mayor parte del día. Cuando al fin aparece, ya bien entrada la noche — cuando la ciudad está sosegada, cuando algo en ella se calma—, es una sustancia palpable que flota en el aire, corre por las calles sinuosas y se interna en sus más recónditos pasajes. Tal vez proviene de los canales de agua estancada, donde es común ver gente cocinando o lavando ropa; de los puestos de pescado seco del China Town, de los sartenes con *sateh* y frituras hirvientes de Pat-pong y Silom Street, o incluso de los animales vivos que esperan en jaulas de mimbre en Chatuchak, el gran mercado; aunque puede provenir, simplemente, de los vahos del Chao Praya, ese brazo de agua marrón que atraviesa la ciudad y la invade como una lenta enfermedad.

Hoy llueve a cántaros. Las aguas del río se mecen con fuerza, a punto de tragarse los sampanes y canoas que se atreven a navegar. Es lo que veo por la ventana de mi habitación, en el piso 14 del hotel Oriental, torre Shangri La, un nombre que quiere decir «paraíso» pero que a mí me parece otra cosa: tal vez «soledad» o simplemente «estar a la espera». Ya anocheció y bebo una ginebra con la cara pegada al vidrio, viendo el paisaje deformado por el agua: el Chao Praya, las luces de Bangkok, los rascacielos azulados, los nubarrones que se iluminan con los truenos, la metrópoli brutal.

Al encender el aire acondicionado la rejilla expele un olor fuerte, mezcla de humedad y óxido. ¿Qué hora es? Casi las ocho. Pronto bajaré a cenar y luego a beber otras ginebras. A pesar de mi edad (acabo de cumplir

cuarenta y cinco) aún creo en el azar, el golpe de dados que supone salir en la noche a buscar un trago en una ciudad extraña, una aventura para la cual el tiempo nos va volviendo torpes y por eso, con los años, algunos prefieren la botella cerca del sofá y el televisor. No es mi caso. Prefiero vagar por la ciudad, negarme a dormir sin haberlo intentado.

Pero ¿qué estoy haciendo aquí, aparte de lanzar al aire viciado estas elucubraciones? Espero, espero, espero. O mejor: recuerdo. Le doy cita a la memoria.

Vine a Bangkok con el ánimo de recordar. Ver de nuevo lo que viví hace unos años en esta ciudad, aunque con otra luz. El tiempo, a veces, es un problema de luz. Con los años ciertas formas adquieren brillo o, al contrario, se cubren de una extraña opacidad. Son las mismas pero parecen más vivas, y a veces, sólo a veces, podemos comprenderlas. No lo sé muy bien. Puede no ser más que un deseo o meras palabras, pero es precisamente eso lo que busco: palabras. Reconstruir una historia para contarla.

Algo —por supuesto no sé qué: tal vez un impulso, un *élan* creativo o simplemente una vieja tristeza, no podría precisarlo— me hizo sentir que debía revisar por escrito todo aquello: los hechos que me trajeron por primera vez a Bangkok, y sus consecuencias. Una vieja historia atrapada en una ciudad, que se abre hacia otras. En esos años (la época que deseo recordar) todo era distinto y yo otra persona. No mejor ni peor, sólo diferente y algo más joven.

Veamos. ¿Por dónde empezar?

Empezaré por lo peor, señor cónsul. Lo peor de lo peor, que fue mi infancia. Aunque a estas alturas, para serle sincero, ya ni sé qué es lo peor.

Nací en Bogotá, en una familia de clase media rasante, o, como se dice en la sección Finanzas de los periódicos, de frágil economía y con marcada tendencia a la baja. Una familia muy golpeada por la crisis y los índices negros del consumo, a la sombra de las estadísticas, en los renglones inciertos del liberalismo y la economía de mercado. También como en las estadísticas éramos una familia de cuatro miembros, siendo yo el segundo hijo detrás de una hermana llamada Juana. Vivíamos en el barrio de Santa Ana, pero no en el Santa Ana del cerro, donde viven los ricos, sino entre la Séptima y la Novena, que en esa época era una mezcla de clase media a punto de caer con «clase baja alta», lo que equivale a decir: el extracto más puro del arribismo, los complejos y el resentimiento social. No lo sé. A lo mejor soy injusto, pero así lo recuerdo.

La mía no era una familia feliz y, como en la novela de Tolstói, su infelicidad tenía sus propios motivos, aunque ahora que lo pienso lo único original era el modo en que se escenificaban la frustración y el resentimiento. Ahí nací, pues. En una casa de dos pisos, envejecida y fea como todas las del barrio. Cerca de un caño de aguas negras.

Mamá hacía ramos en una floristería de la Quince especializada en celebraciones y eventos de tercera, fiestas de barrio y misas. Papá trabajaba en el Banco Industrial Colombiano, oficina del parque de Usaquén, sección Cuentas Corrientes Nacionales, y a pesar de romperse el espinazo diez horas diarias ganaba sólo lo justo para llegar a fin de mes, raspando el bolsillo. Era un empleado modelo, pero con un resentimiento laboral tan

intenso que, creo yo, si hubiera tenido la oportunidad de torturar de forma anónima a cualquiera de sus colegas o clientes, y por supuesto a su jefe, sin que eso le trajera consecuencias (en uno de esos experimentos virtuales que hacen las universidades sobre la crueldad o la sangre fría de la gente común), lo habría hecho con una saña brutal, haciendo salir chisquetes de sangre, enviando megavatios a sistemas nerviosos, levantando uñas con navaja, quemando testículos con picana o triturando huesos. Habría causado una verdadera masacre si, de repente, la ciudad enloqueciera o reinara el caos y volviéramos por un tiempo a la edad de piedra. Lo imagino despedazando cráneos de colegas con un martillo de piedra, decapitando a sus clientes con cuchillos de obsidiana, saltando de un escritorio a otro con el cuerpo cubierto de pieles, el pelo largo y sucio, emitiendo gruñidos. Pero él debía tragarse ese impulso y bajar la cabeza. Sonreír, ser dócil, con su corbata a rayas comprada en descuentos y su vestido demasiado brillante.

Los directores abusaban de él, lo humillaban de forma gratuita. «Buena cara al mal tiempo», debía de pensar, entre dientes. Papá tenía conciencia de clase y creía que su deber era esperar, pacientemente. Ya vendrían tiempos mejores. Tiempos de venganza o de justicia. Una época más feliz. Mientras tanto le cambiaban el escritorio al lugar más incómodo, le ponían la silla que cojeaba o lo ubicaban en la ventanilla de atención al cliente en la que no funcionaba el terminal, para que tuviera que hacer todo a mano. A papá le encantaba ver fútbol, pero los directores nunca lo invitaban a la oficina del segundo piso donde tenían el televisor y la conexión al cable. Él fingía no darse cuenta o no darle importancia. Una vez le dijo a mamá: qué desconsiderados, me pidieron ir al Carrefour por una botella de Tres Esquinas para el partido del Barcelona, ¡y ni siquiera me invitaron a sentarme con ellos! «Qué desconsiderados», sólo eso. No creía poder expresar otro tipo de rabia. Debía sacar adelante a su familia y era mejor no correr riesgos.

La vida no era fácil para él, y lo peor era que, por eso mismo, mamá también lo despreciaba, aunque él en la casa fuera todo lo contrario, mandón y déspota, como si dijera, ¡soy el pequeño rey de este pequeño mundo!, ¡aquí se hace lo que yo digo!, y entonces mamá, que si bien no perdía ocasión de humillarlo frente a sus amigos era una esposa a la

antigua, le decía, sí señor, vaya, siéntese y mire su fútbol que ya le llevamos la comida.

Las frustraciones del trabajo se pagaban en la casa, o buscaban su equilibrio. Como en las familias pobres o las familias tristes. Ese era nuestro modo de ser tristes.

De todos modos, mamá dijo siempre que debíamos agradecerle el esfuerzo, el gran sacrificio que hacía por todos. Y puede que tuviera razón. Pero ¿podía yo sentir algo así? Papá nunca se sentó en el suelo a jugar conmigo ni me llevó de la mano, con afecto, con la intención de que yo fuera feliz o sintiera algún tipo de emoción. ¿Y sabe por qué? Es una vieja historia, siempre la misma. Él sólo tuvo ojos para Juana, la mayor. Su corazón no alcanzó para más y yo quedé por fuera. Era un corazón pequeño y algo seco, pues, a decir verdad, papá no tenía grandes motivos para estar pletórico de amor. Todo lo contrario: su vida era un matorral empolvado y frágil, y nadie lo sostenía. ¿Qué amor recibía él, y de quién? Muy poco, casi nada. Mamá lo despreciaba de un modo silencioso y la verdad es que no tenía mucho más de dónde surtirse; mi abuela había muerto y no tenía hermanos. Su padre estaba en estado vegetal desde hacía años... ¿Tendría o tuvo alguna vez una amante? Supongo que no. Por él siempre creía que el amor surge sólo al recibirlo de otros, que existe por contagio. No nace de forma espontánea, sino a través de alguien.

Eso fue lo que me pasó a mí, que viví mis primeros años solo, un pequeño fantasma en una casa en la que escaseaba el amor. Yo creía que el mundo y la vida eran así, aun si de vez en cuando asistía a escenas amorosas de las que no era protagonista.

La primera vez que alguien se puso al nivel de mis ojos y me dio un abrazo ya fue demasiado tarde. Mi mundo estaba irremediabilmente contaminado. Tendría tal vez siete años, puede que alguno más. Y no fueron mis papás, sino mi hermana.

Juana me recogió del suelo. Ella vivía en su trono de hija única, consentida y mimada, pero un día decidió mirarme. Me vio y yo la vi, y nos gustamos, y me dio lo que hasta ahora no había tenido de nadie, es decir comprensión, o algo más íntimo: un espejo que cayó de lo alto y me reflejó el alma. Gracias a ella sobreviví a la infancia, aunque le aseguro que fue

algo muy largo. Demasiado largo y doloroso. ¿Y cómo fue ese instante?, ¿cómo llegó el reconocimiento de Juana?

Yo estaba por cumplir ocho años, no recuerdo bien, el caso es que una mañana comencé a sentir dolores y a hervir de fiebre. Mi hígado se inflamó por una hepatitis viral bastante extraña y poco común en Colombia y casi tengo la suerte de morir. Debieron de llevarme al hospital ardiendo de fiebre. Recuerdo la salida intempestiva, las carreras en plena noche envuelto en cobijas a una hora en la que todo parece tremendo. Por mi abuelo, que había sido teniente coronel, teníamos derecho al hospital militar. Incluso me dieron un cuarto individual y le aseguro que ahí, por primera vez, me sentí realmente libre. Por la ventana veía las luces de la ciudad al caer la tarde. El ocaso del día era como el fin del mundo, con esos atardeceres color violeta que hay en Bogotá, ciudad que es fea pero que tiene un cielo muy lindo, algo incomprendible.

Yo me metía entre las cobijas e imploraba: quiero que esta sea la última imagen, quiero desaparecer ahora y para siempre, y le rezaba a dios, no quiero salir de este hospital, no quiero volver a la casa ni al colegio ni al barrio, no hay un solo lugar del mundo al que quiera volver, y me dormía con placidez, protegido por esa infantil esperanza, ¡qué alegría llegué a sentir! Pero volvía a despertar en una mañana lluviosa. Luego llegaban mis papás y con ellos el horror, las miradas heladas, ese rencor que se manifestaba en todo, hasta en su manera de respirar; la sensación de estar ocupando unos nervios y una preocupación que no eran míos. Entonces me hundía en la enfermedad, buscaba protección en la fiebre y los dolores y el mareo de las pastillas, y pedía que nunca me abandonara. Era cuestión de ser fuerte y soportar, pues a una hora específica, al final de la tarde, ambos se iban. Mamá habría podido quedarse a dormir pero por fortuna nunca lo hizo. Desde la primera noche se disculpó —creyó que debía hacerlo— con la enfermera jefe diciendo que tenía labores en casa y además otra niña, a lo que la enfermera repuso, pero no se preocupe, señora, para eso estamos nosotras, aquí se lo cuidamos y se lo consentimos, con lo juicioso que es, con lo callado que es.

Esas noches en el hospital, observando las luces de la ciudad apagarse, desde una cama de palancas, fueron probablemente el periodo más feliz de

mi niñez, aunque también el más triste. Hay una extraña alegría en ese recuerdo a pesar de que hoy, al evocarlo, siento lástima. No lo sé, señor cónsul. Ojalá me hubiera muerto.

Un sábado Juana vino con ellos. Al principio se quedó un poco atrás, curiosa, pero al irse acercando noté que miraba con insistencia y, de repente, me tocó la frente con su mano, una caricia muy leve, y ahí ocurrió el milagro, la voz excitada de mamá, que no paraba de mirar el reloj y de mencionar una cita en el salón Wella que no podía perder, de repente desapareció, y papá, que estudiaba la ciudad por la ventana, también pareció desvanecerse.

No sé cómo lo hizo, pero de algún modo Juana logró que ese cuarto de hospital se convirtiera en una cápsula. Sólo ella, en silencio, y yo. Nadie más sobre el mundo, y fue eso, exactamente eso lo que vi, señor cónsul: que los ojos de Juana eran dos cavernas por donde se podía entrar a un planeta en el que podríamos vivir y tal vez ser felices.

Ella y yo solos.

Después tuve una visión.

Una inmensa llamarada avanzaba sobre la ciudad desde las montañas. En medio del crepitar del hormigón y las explosiones, los gritos y los derrumbamientos, hermosas lenguas de fuego se asomaban a mi ventana, hacían formas caprichosas, cambiaban de color y desaparecían en el aire. No fantaseé con el fin del mundo, pero me sentí fuerte. Escuché los gritos que llegaban de las calles y me detuve en ellos. ¡Qué sorpresa! No eran quejas sino risas. Una palpitante carcajada, como si en ese despellejamiento hubiera algo placentero. Esa odiada ciudad es así: capaz de confundirnos con el placer cuando en realidad nos está torturando, un placer que no es imaginable en ningún otro lugar, pero como allá es lo único que se conoce todos creen que así es la vida y que así son el placer y la felicidad.

Pobre gente.

Veía alzarse las llamas, las sentía reverberar cada vez con más fuerza contra el techo y mi corazón latía muy rápido, ¿acabará todo ahora?, ¿es este el fin? Luego miraba a Juana y empezaba a caer en el sueño de la enfermedad y las pastillas, pero llevándome sus ojos y tal vez algo de su alma. Quería que ese momento perdurara. Imploré de nuevo. Pero el cielo

estaba vacío, nadie escuchó mis plegarias, señor cónsul, y a los pocos días debí regresar a la casa, al barrio de calles rotas, al colegio, que era un forúnculo pegado a los cerros. La casa era el centro de mi malestar, algo en ella oprimía mi cabeza. ¿Qué era? Sólo Juana podía entenderlo y era eso lo que nos unía. Fue lo que descubrimos: éramos parte de algo oscuro, triste, que ninguno de los dos podría ya cambiar. El aroma de loción barata, el brillador de suelos, el perfume de gabardinas y chaquetas, no lo sé. El intenso olor de una familia humillada, que creía merecer una segunda oportunidad, sin jamás tenerla. Sólo una cosa cambió: ahora había una trinchera, un lugar en el que yo podía estar relativamente a salvo. Mi cuarto y el de Juana, el pequeño comedor que los unía. Al volver del hospital, ese fue mi refugio.

Por las mañanas el infierno recomenzaba, cada día. A eso de las seis, en la esquina de la calle, esperábamos el bus del colegio. Yo veía a los demás niños y sentía un profundo desprecio, o lástima. Las dos cosas. Eran felices. Hablaban a borbotones, se quitaban la palabra, reían. Algunos cantaban y aplaudían cuando la rueda del bus pisaba un charco y roceaba los andenes perforados; qué felicidad tan triste, señor cónsul. Hay formas de la felicidad que le ponen a uno la carne de gallina, ¿no cree?

En el colegio no fui mal estudiante. No me gustaba llamar la atención de los profesores y por eso, por una decisión personal, decidí ser un alumno gris. Invisible. Uno más entre la masa. Era una estúpida cuestión de formas, como tantas otras cosas estúpidas que debí soportar a lo largo de esos años. Todavía hoy, en mis pesadillas, vuelvo a la niñez y compruebo que ese periodo de dolor no ha terminado. Es una herida que crece y se abre con el tiempo. Veamos.

Las profesoras de primaria eran horribles mujeres de medias veladas rotas, varices, verrugas, pelo engrasado y ropa triste. Por ellas, por culpa de ellas, siempre he creído que la maldad es fea, aunque no sea su propiedad exclusiva. Esas mujeres, a las que se les veía a kilómetros el resentimiento, el odio por sus vidas mediocres, ¡eran las encargadas de educarnos!, dios santo, ¿qué podían transmitir de bello esos monstruos, que ejercían poder sobre los niños para aliviar sus existencias miserables?, ¿por qué debían ser todas asquerosas, bigotudas y encorvadas, y no bellas y alegres? La

explicación era obvia: estaban ahí para vengarse. Nuestra juventud y nuestra alegría y puede que nuestros sueños eran un insulto para ellas, un espejo cruel de su abyección, del veneno que inflamaba sus venas y su bilis. ¡Y eran esos demonios los que debían enseñarnos el valor de la vida, del amor y de la amistad!

Mi repulsión era tan grande que con frecuencia debía ir al baño a vomitar, colgado de la llave del agua. Era lo único fresco y limpio de ese lugar. El agua. La dejaba correr para asear mi cuerpo y sobre todo mi alma de esa cicuta, y lo peor, realmente lo peor, era ver cómo mis compañeros, niños que debían ser felices y que por intuición tendrían que rechazarlas, se abalanzaban sobre ellas para contarles cosas o hacer preguntas, o eso tan infantil que es vanagloriarse de lo hecho el fin de semana, estuvimos en tal restaurante o en un museo o en la finca. Yo nunca hice nada parecido en un fin de semana, pero aun así no entendí jamás el deseo de que supieran la vida de uno, ¿para qué? Sólo hablarles de algo significaba arruinarlo, contaminarlo. Y ahí estaban mis compañeritos, pobres pendejos, rapándose la palabra para hablar y contar, y las profesoras diciendo, muy bien, niños, sus papás los quieren mucho, deben sentirse agradecidos y el mejor modo es estudiar, así que para mañana traigan aprendida la segunda campaña libertadora, y luego agarraban sus tizas y su bolso, se iban taconeando y un rato después uno las veía en el salón de profesores metiendo sus picos en pocillos de café, tomando tinto y fumando, cuchicheando entre ellas, contándose quién sabe qué secretos o mezquindades, dándose consejos de cómo humillarnos más, cómo vengarse mejor de la vida a través de nosotros, niños felices, por todo lo que quisieron ser y no lograron, por haberse convertido en lo que eran, cuervos jorobados, porque, créame, señor cónsul, la maldad del alma se pega al cuerpo y lo deforma, le hace salir callos y verrugas, excrecencias, el mal se ve y también se huele, yo lo experimenté cada uno de los días de mi infancia y adolescencia, y justamente por eso la gran mayoría de mis compañeros acabó por incorporar ese sistema, ese modo de vivir en el odio y el resentimiento, ¿qué otra cosa podían hacer si era lo que veían a diario?

Debí hacer esfuerzos y resistir, pues en mi interior había algo que no quería contaminar y que mantuve a un costo muy alto. ¿Y cómo lo logré?

En realidad con muy poco, sólo fantaseando, dejando que mi mente se evadiera de esa horrible cárcel, mucho peor que esta, señor cónsul. Todos creían que yo estaba ahí, sentado en mi pupitre, pero en realidad estaba a años luz, en un hermoso planeta que era mío, en las faldas de un volcán solitario, rodeado de océanos profundos y amenazadores, y nadie lo notaba, mi máscara era perfecta porque estaba construida a su imagen y semejanza. La máscara de un idiota.

Los únicos momentos de paz los tuve en algunos recreos, cuando podía ir a los campos de deporte. Mi hermana jugaba voleibol con las amigas y a mí me gustaba verlas, tan bellas, Juana con su pelo castaño bailando en el aire. Una estela de luz. Ahí me pasaba el recreo, viendo ir y venir el balón, que para ellas era mucho más que una diversión o un deporte y se convertía en algo así como el objetivo de sus jóvenes vidas. Algo limpio e incontaminado: seis jovencitas jugando y creyendo profundamente en lo que hacían. Cuánto me dolía oír el toque de campana. Jugaban todavía unos segundos, esperando que se desocuparan los campos de recreación, y alcanzaban a lanzar dos o tres bolas hasta que alguno de los cuervos venía a decirles, ya, niñas, vuelvan a sus clases.

Así crecí yo, señor cónsul. Ese era mi mundo, y lo peor es que fuera del colegio las cosas no eran mejores.

En la ciudad la gente hablaba y hablaba sin parar, gesticulaba de un modo enloquecido, daba opiniones tontas y chatas sobre todo, gritaba frases banales para hacerse escuchar, sobresalir o sacar ventaja. ¡Cuánta grosería! Todo era una absurda comedia que parecía concebida para romperme los nervios. Por esos días vi en la televisión dos capítulos de una serie llamada *Dimensión desconocida*. El primero era la historia de un hombre invisible. El segundo la de un joven que encontraba un mágico reloj que podía detener el tiempo, pero no el suyo propio sino el de los demás, y así podía moverse a su antojo entre personas estáticas. El hombre invisible era lo que yo aspiraba a ser y lo que, en el fondo, ya era desde hacía mucho, pero la idea de un reloj que congelaba a los demás me hizo soñar: poder detener la realidad con un ¡clic! La respiración de la gente, sus estúpidas charlas. ¡Poder pararlo todo!

Qué silencio, qué paz.

Siempre odié lo que define la vida en ese lugar: el arribismo, el afán de figurar, el odio, la tacañería congénita, la envidia, ¡todo eso podía detenerse! Soñaba con apretar el botón y estar solo, anular esa gesticulante verborrea; no sé si haya otro lugar en el mundo donde se digan tantas pendejadas de forma simultánea, donde se opinen tal cantidad de tonterías a un ritmo tan frenético, y eso que muchos creen que hablamos «el mejor español del mundo», por dios, como si hablar con florilegios tuviera algún valor, como si tener en el uso corriente un par de sinónimos que los demás, por ser peor de ignorantes, no usan y probablemente no entienden, autorizara a decir eso, «el mejor español del mundo».

Basta mirar cualquier día los noticieros para comprobar, por lo demás, de qué sirve tan bonito uso del idioma: para degollarse, para las peores groserías, para la burla y la acusación alevosa, ¿ha oído cómo hablan la mayoría de nuestros gobernadores, congresistas, ediles o alcaldes? Vale en su descargo que están casi todo el tiempo borrachos, y este puede ser su rasgo más simpático. Se la pasan tomando en los estrados públicos, en el hemiciclo del Congreso, en sus caravanas y mítines celebrados en plazas repletas de sordomudos pagados, no sé, si no fuera tan grave sería para morir de la risa. Disculpe si soy tan enfático, señor cónsul, a lo mejor usted tiene amigos ahí y los estoy ofendiendo, excúseme, es lo que pienso. De cualquier modo allá no se dan cuenta, a nadie le molesta ese zumbido. Es el ruido de los insectos, aglutinados, recostados unos contra otros. Sólo una imagen infernal, un cuadro de Hieronymus Bosch, podría explicar ese horrible sonido.

Así era mi vida, pero un día ocurrió algo.

Una noche salí a la calle y fui hasta el caño de la 106, un hilo purulento de agua que atravesaba nuestro barrio pero que a veces, cuando llovía fuerte, se volvía caudaloso. Me gustaba ir ahí a ver correr el agua, así fuera agua sucia, aguas negras. A un lado del caño había un parque con algunos pocos árboles que lo separaban de las casas, y del otro un muro de unos treinta metros por cuatro de alto, con rejas en la parte de arriba. Llevaba años parando en ese lugar, atraído por algo. El caño, el muro. Pasaba y pasaba y me paraba ahí. Me recostaba en el puente y miraba, no sabía bien por qué. Por las tardes había gente fumando hierba entre los árboles o

parejas morboseando. Recicladores echándose una siesta en el pasto. Yo miraba y miraba: el caño, el muro.

Lo supe por casualidad. Mi hermana había hecho un trabajo de grupo con enormes maquetas de montañas, en cartón, y para pintarlas habían usado aerosol de colores. Días después encontré la caja de tarros en el garaje y me la llevé al cuarto. Los miré un rato y elegí tres, uno de amarillo, otro de negro y uno rojo. Y salí a la calle, señor cónsul. Hacía un viento fresco, el aire olía a húmedo, con ganas de llover, pero el cielo no estaba muy cargado. Fui hasta el parque, salté del otro lado del caño y me paré frente al muro. Lo miré un segundo y agarré el tarro de negro, lo agité y sentí la esfera en la lata, un sonido que me estremeció, que me dio vértigo. Miré el muro y tracé una línea recta de unos cuatro metros, y luego una segunda paralela. Con el amarillo hice una ola gruesa y con el rojo rellené las bolsas que fueron quedando, como barrigas preñadas. Me alejé y lo contemplé. Estaba emocionado. Volví al muro y pinté puntas de flecha curvas y una sombra amarilla, y los colores, al superponerse, hicieron brillos extraños. Fui corriendo a la casa por el tarro de verde y el de azul y le hice una especie de burbuja a esa extraña figura, que ahora parecía una serpiente reptando en un túnel, y al acabar, alejándome hasta el borde del caño para contemplar, bajo la luz amarillenta del poste, sentí ganas de firmarlo, así que escribí en rojo «Mal». No me atreví a poner mi nombre completo, le quité tres letras. De la L tracé una línea curva por debajo de la palabra, una cinta flotando, y sentí euforia, respiré fuerte y me dije, ¿cómo se verá esto mañana?, ¿cómo lo veré mañana? Volví a la casa y guardé los tarros. Me limpié las manos con jabón y me metí a la cama, agitado. Esa noche soñé con islas vacías y lejanas, repletas de muros vírgenes que clamaban por ser pintados.

La historia que quiero escribir, la que ahora me dispongo a contar —esto que recuerdo y ordeno en Bangkok—, ocurrió en una extraña época de mi vida.

Por esos años trabajaba en el servicio diplomático y hacía poco vivía en Nueva Delhi, una ciudad que para un latinoamericano no era nada convencional y, por eso, al menos así lo creía yo, exigía un cierto talante aventurero. Era lo que pensaba en esos días. Había pasado demasiado tiempo en Europa, ¡veinticuatro años!, diciéndome que si en verdad hubiera sido alguien osado —como quería e incluso creía ser— debería haberme ido a vivir hacía mucho a lugares más fieros y lejanos como Pekín, Yakarta o Nairobi.

Tras un largo periodo de formación, búsqueda de estabilidad y logro de un cierto nivel de flotación, ya estaba listo para salir, perderme y perder lo adquirido o cambiarlo por experiencias nuevas. Por eso cuando se me propuso el cargo de consejero, encargado de funciones consulares en la embajada de mi país en India, no lo dudé ni un segundo y me preparé para abandonar el Continente Triste.

Al llegar a Delhi, viendo la holgura en la que vivían los extranjeros —incluyendo los diplomáticos de nuestros países vecinos—, me las prometí muy felices, pero la ilusión duró hasta conocer el sueldo de mi cargo —cifra que el decoro me impide precisar, como diría Julio Ramón Ribeyro—, el cual no permitía ni soñar con las tradicionales zonas de expatriados como Vasant Vihar, Sundar Nagar o Nizzamudin East, y por ello debí ir a un lugar más económico, Jangpura Extention, un barrio de clase media que al principio me pareció polvoriento y algo tremebundo y, al final, como suele

sucedier, acabé queriendo. Uno se acostumbra a todo, incluso al hecho de que a doscientos metros de su casa haya una esquina repleta de ruidosos *rickshaws*, perros dormidos, taxis destartalados, un infecto orinal con nubes de zancudos y friterías de calle que parecían fábricas de tifo o disentería.

Las oficinas de la embajada estaban en Vasant Vihar, un barrio rico aunque repleto de polvo y con el inconveniente de estar justo debajo de la línea de descenso de los aviones que van al aeropuerto internacional Indira Gandhi, con lo cual cada tres minutos era necesario gritar para hacerse oír dentro de una habitación.

Y esto no era todo: el frente del edificio daba a la Olof Palme Marg, en la cual, durante un tiempo demencialmente largo, bulldozers y grúas construyeron un puente —llamado *flyover* en inglés de India— produciendo montañas de polvo, ruido de taladros y terroríficos olores a cañería, sin hablar de los trancones. El paroxismo llegó una tarde en que, tal vez por las excavaciones para echar los cimientos, una serpiente de dos metros y quince centímetros de diámetro atravesó la Olof Palme Marg y llegó a las puertas de la embajada, donde murió herida por las ruedas de un camión, cuyo chofer, por cierto, se detuvo y lloró agarrándose la cabeza con las dos manos, pues en India toda expresión de la vida es sagrada.

En el segundo piso estaba mi oficina, con vista a los jardines de una empolvada residencia que era la embajada del emirato árabe de Bahrein; cada vez que miraba por la ventana o salía a mi portentoso balcón veía a dos guardias y a un perro dormir en las garitas de seguridad, y un poco más allá, sobre la calle, grupos de mujeres en sari llevando ladrillos en cestas, sobre sus cabezas, a una obra vecina, donde trabajaban sus maridos y jugaban sus hijos, entre escombros y tierra.

La principal tarea de la función consular era firmar visas para empresarios indios que iban a Colombia a hacer negocios, visitas técnicas, de estudios o, raramente, de turismo. También darles trámite a unos documentos de la Oficina Nacional de Impuestos llamados «exhortos», que consistían en la legalización de facturas de empresas de India, Bangladesh y Pakistán, e incluso de Irán, Myanmar, Sri Lanka y Nepal, países en los que éramos concurrentes. Al ser requeridas, las empresas debían enviar el

original del documento y su inscripción a una cámara de comercio, todo debidamente autenticado y traducido ante notario.

Y también, por supuesto, los problemas y peticiones de los connacionales, que eran sólo ciento veinte en todo el país —uno por cada diez millones de indios—, a los que se sumaban los visitantes, los que venían a India y se metían en todo tipo de problemas, la mayoría por tener una imagen romántica y distorsionada del país.

Mi colaboradora, Olympia León de Singh, era una mujer entrada en la cincuentena que llevaba en la oficina más de diez años y que conocía como nadie los entresijos de la «función consular». Por lo demás, era la única colombiana de la misión que hablaba hindi, pues estaba casada con un sij y vivía en Delhi hacía más de veinte años. Cuando se lo pregunté, me dijo que había conocido a su marido en Moscú en los años setenta, en la Universidad Patricio Lumumba, donde ambos estudiaron Relaciones Internacionales. Sus historias, que iba soltando con cuentagotas y sólo cuando su terrible genio amainaba, eran extraordinarias. Contaba que a principios de los ochenta las embajadas traían el papel higiénico por valija diplomática, pues en India no se conseguía, y que en el aeropuerto, durante las escalas, una multitud de pordioseros, tullidos y enfermos subía a los aviones a pedir limosna, ¡en la pista!

Olympia, santandereana con formación comunista, hablaba del Moscú de los años setenta y le brillaban los ojos. La ciudad de la abundancia, la cultura y el arte. Delhi era todo lo contrario: un poblachón inmenso transitado por carretas de bueyes y calles sin asfaltar, donde la gente moría de escorbuto y diarrea y donde enfermedades que en la Unión Soviética eran raras, como la lepra, aún estaban al orden del día. Esto era esencialmente cierto y lo sigue siendo. Mi trayecto cotidiano desde Jangpura hasta la oficina incluía un semáforo con los siguientes personajes: un leproso envuelto en una túnica ensangrentada con tres muñones en el lugar de los dedos y un orificio rosado donde debía haber una nariz; dos eunucos expulsados de su zona que piden limosna a cambio de no proferir maldiciones; una mujer paseando un bebé con una mano quemada —según me hizo ver Peter, mi conductor, la quemadura era falsa, hecha con

mantequilla y gelatina, lo que me alegró—, además de vendedores de revistas, parasoles, libros piratas, corbatas y pañuelos.

Una de las primeras imágenes al llegar a Delhi, en el bullicioso mercado de Chandni Chowk, fue la de un hombre muy delgado que exhibía un testículo elefantiásico y un enorme prolapso rectal, dos melones colgando de un cuerpo filiforme y atormentado, como las levas de un humano reloj de pared. Habiendo visto el bazar de humanidades que se aglomera en las escalinatas de la mezquita de Jama Masjid, que incluye a un enano ulcerado y deforme por la poliomielitis y a varios leprosos en estado terminal, era evidente que en Delhi, la inquietante y hermosa Delhi, las enfermedades daban a los sufrientes un modo estable de ganarse la vida.

Pero volvamos a Olympia.

Era ella quien traía a diario los problemas por resolver con los visados y la comunidad de connacionales, sustancialmente formada por pilotos de la compañía aérea Kingfisher, jóvenes que venían a hacer pasantías en empresas indias y, sobre todo, los adeptos del «turismo espiritual», en su mayoría señoras ricas que encontraban alivio en las enseñanzas de Sai Baba, Satyananda, Osho y otros filósofos contemporáneos que daban consejos de vida y fórmulas sabias sobre la paz o el amor.

Todo lo que mi colaboradora detestaba.

En una ocasión llegó a mi oficina muy alterada y dijo, jefe, venga y oiga esto. No me diga jefe, le rogué, y fuimos a la sala de recepción. Un indio de edad mediana esperaba nervioso. Traía el pasaporte de una colombiana que, según dijo, «tenía problemas». Al preguntarle de qué tipo contó que era una seguidora del gurú Ravi Ravindra y que, tras un «seminario espiritual», su mente estaba confusa, como si algún perno anduviera flojo. Tenía veintisiete años. ¿Problemas de qué índole?, quise saber, y el hombre, bajando los ojos, explicó:

—Quiere salir desnuda a la calle, no duerme, está obsesionada con Ravi, dice que va a ser su mujer y quiere irse con él a Indonesia.

—¿Indonesia? —dije, pensando que era uno de nuestros países concurrentes—. ¿Por qué Indonesia?

—Ravi viaja hoy para allá a dar unas conferencias —dijo.

Fui de inmediato a ocuparme del caso.

La tenían en un apartamento cerca de Green Park. Al verme la joven dijo, hola, ¿quieres tomar algo?, ¿quieres comer?, siéntate, ¿cómo estás?, qué bueno que viniste. El ametrallamiento de frases dejó claro que el asunto era grave; al preguntarle cómo se sentía, dijo, yo muy bien, qué bueno conocerte, ¿quieres tomar algo?, ¿quieres comer?, en un rato llega mi taxi, me voy al aeropuerto, voy a encontrarme con Ravi, nos vamos a Indonesia, qué bueno conocerte, ¿quieres tomar algo?, ¿quieres comer? La cosa iba a ser complicada. Logré convencerla de venir conmigo a ver un médico. La amiga que la hospedaba, Amrita, dijo que sufría lagunas de memoria y quise que la revisaran. Temí que estuviera drogada y la hubieran violado.

Hablando un poco más supe que conocía al gurú desde Canadá y que este era su tercer viaje con él a India. También dijo que lo amaba intensamente. ¿Lo amas de un modo espiritual?, pregunté, y ella dijo, sí, pero también como mujer, ha nacido algo muy bello entre nosotros. Amrita me miró con ojos desorbitados y, en un aparte, aseguró que eran desvaríos, que no podía ser cierto, era sólo su obsesión por Ravi. Me quedé aún más perplejo. Algunos gurúes tienen a cargo acusaciones de violación a mujeres occidentales, mentes frágiles, subyugadas, que se entregan en cuerpo y alma. Sobre todo en cuerpo. Afortunadamente este no fue el caso, o al menos eso dijo el médico del hospital donde estuvo en observación durante una semana. Luego vino su madre y se la llevó de regreso a Tokio, donde cursaba un doctorado con beca del gobierno japonés. Al irse, el médico me dijo que había encontrado en la orina sustancias psicotrópicas, ¿la habían drogado? Nunca pude saberlo.

Otro día estaba en mi oficina, no recuerdo si leyendo la documentación de algún visado o haciendo una carta a la administración de impuestos, cuando Olympia irrumpió diciendo, ¡jefe, jefe, le van a pasar una llamada del ministerio, es un caso urgente!

Cuando le hice cara de curiosidad, queriendo saber qué era, me susurró: Prepárese para ir a Bangkok, jefe.

—No me diga jefe —le dije.

Y levanté el auricular.

MONÓLOGOS DE INTER-NETA

De dónde soy es lo de menos, pues uno nace varias veces a lo largo de la vida. Esto pude haberlo leído en algún lado y ya no recuerdo dónde. Si alguien lo sabe por favor que lo diga. En fin, no me preocupa. He aprendido a vivir delante de mi pantalla, recorriendo el mundo. Este es mi verdadero hogar. A veces me dan ataques de risa nerviosos, pero eso sólo indica que no he tomado la pastilla. Tengo problemas con la memoria reciente, como el pescadito azul de la película *Finding Nemo*. El doctor que me trata desde que empecé la enfermedad quiere asustarme, y me dice: perderás el sentido, caerás de la silla y no podrás levantarte. Un día te verás en un mundo que no conoces y no sabrás adónde ir, debes curarte. Pero yo no tomo nada. Soy anoréxica de comida y de pastillas y de cosas que hayan transitado por el aire denso y sucio de las ciudades.

Mi mejor amigo, o mejor, mi hombre, vive en un blog llamado *Sensaciones* y se hace llamar o se llama Ferenck Ambrossía. Puede que sea un nombre falso. Sin duda es un nombre falso, no será tan tonto de poner su carne en el deshuesadero de este mundo alterado. No sé de dónde sea ni qué cara tenga. No me importa. ¿Será negro, amarillo, blanco? ¿Será un humanoide como los del film *Blade Runner*? ¿Será «judeo, quechua, orangutánida, ario», como dice el poeta? ¿Será un hombre o muchos? ¿Será una mujer o muchas? ¿Será un grupo de presos con buena conducta del correccional de Moundsville, hoy habitado exclusivamente por fantasmas? ¿Será un enfermo mental con acceso a Internet en algún sanatorio de Escandinavia que sueña con vivir en el mismo puente por el que deambula

el personaje de *El grito*, de Munch? ¿O un cónclave de novicios pederastas que intercambian fotografías de niños birmanos y keniatas a través de álbumes colgados en la red? ¿O un jurisconsulto nervioso de Edimburgo que teme encontrar en la puerta de su casa el espectro de Robert Louis Stevenson? ¿O dos hermanas histéricas nacidas en Rhode Island que desean emular a Lovecraft y se preparan para asesinar a sus padres con un hacha, quemar la casa y huir hacia el norte, al país de los hielos? ¿O tal vez un vendedor de biblias de segunda a través de eBay, cuyas hojas son ideales para doblar cigarros de marihuana en las prisiones? ¿O una estrella del porno rusa que, en sus horas libres, se masturba con un viejo catalejo soviético de la serie TYPNCT-3, mientras llora por su juventud y el imperio perdidos? ¿Será acaso un triste poeta joven latinoamericano que posterga su suicidio a la espera de una improbable señal de Rubén Darío? ¿O una azafata de Cameroon Airlines despechada y colérica por un pasajero francés al que le practicó una *fellatio* en la cabina del baño mientras el avión sobrevolaba el Chad, y que la abandonó repleta de promesas? ¿O un sacerdote adventista seguidor de E.H. Dodgson, el hermano de Lewis Carroll y que, como él, vive en la comunidad de Nueva Edimburgo, en la aterradora isla de Tristán da Cunha? ¿O un joven profesor de español del Instituto Cervantes de Nueva Delhi, nacido en Bihar, que lee a Lope de Vega por Internet? ¿O una pasante noruega de la Universidad Río Piedras de Puerto Rico, embarazada de un taxista de Ponce por error, que duda entre ponerle a su futuro hijo Grunewald o Hectorlavó? ¿Será tal vez un grupo de travestís chilenos que escaparon vivos a la dictadura de Pinochet y ahora componen sus memorias en verso y montan yeguas de color blanco en las facultades de letras? ¿Será un gran novelista mexicano de la generación del post-boom que incluye en sus libros enanos, bicicletas y a Leonardo da Vinci, y que bien podría ser el autor de este alocado repertorio? ¿Será una joven psicóloga rumana que trabaja en las urgencias psiquiátricas del Hospital de Marne-la-Vallée y que lee a Cioran bajo los gritos de los reclusos en las celdas de seguridad? ¿Será el hijo natural de la mucama del piso 78 del hotel Mandarin Oriental de Nueva York, por el que pasó hace nueve años una estrella alemana del rock que dejaba jeringuillas llenas de sangre en los lavamanos? ¿Serán los enemigos de un dramaturgo criado en

Salzburgo cuyas memorias hablan de bombardeos, suelos que se hundan y ciudades en llamas? ¿Serán todos los anteriores unidos en una transitoria Confederación de Apátridas, presidida por el telefonista de un hotel cinco estrellas de Jerusalén cuyo nombre, por seguridad, omitimos? ¿O simplemente un novelista que escribe solo y contra toda esperanza, con el único deseo de esconder el rastro y ser olvidado?

Me tiene sin cuidado quién sea Ferenck Ambrossía, pues de todos modos lo amo. Es mi hombre, mi macho. La vida real termina en el primer filtro. Los que llegamos a mi estado somos puros, volátiles, sutiles, vaporosos, etéreos. Una nueva raza de ángeles. Una recién nacida milicia angélica. Ay, ¡cuán feliz soy en las estepas infinitas de mi pantalla! ¡En los cañaverales de este mundo delicioso y perfecto! La verdadera Orplid.

Desde aquí voy a contarles unos cuantos sueños o alucinaciones, desdoblamientos, transformaciones de mi psique. ¿Qué más da lo que sean? La posmodernidad, como dijo Bajtín, se define por abolir la frontera entre los géneros. Esto me lo susurró Ferenck una noche, antes de lanzarnos a una cópula violenta a través de la pantalla. Se me inflama el maëlstrom de sólo recordarlo, humedezco mis medias veladas *légèrément culottée*, mi calzón lavanda marca Intimissimi, porque a pesar de que nunca salgo de este espacio romboide no soy de las que usan Victoria's Secret. Soy una hembra elegante.

En fin, queridos amigos. Escúchenme. Oigan la voz desesperada y ansiosa de esta mujer cuyo único objetivo es el amor, las palabras, la vida. La poesía, en suma. Déjense arrastrar por mi mano suave y rotunda que sabe de asuntos humanos, historias ejemplares que alguna vez han sido y podrán seguir siendo de interés de las musas.

Al día siguiente, antes de subir al bus del colegio, miré mi dibujo sobre el muro. Una serpiente de luces, un oleaje algo psicodélico. Se me aceleró el pulso al ver mi firma, las letras en rojo, y quise contarlo, pero me contuve y no le dije nada a Juana. Mejor mantener el secreto por un tiempo y ver qué más había dentro de él.

En el salón, en la aburrida y malsana aula de clase, encontré una ocupación mejor a la de escuchar los graznidos de los monstruos: hacer planos de dibujos que, luego, en un futuro, podría reproducir en muros. Hice entonces, por primera vez, una isla rodeada de un océano feroz. En el centro había un enorme volcán y en la ladera, al principio de la cuesta, un pequeño hombrecito sentado, solitario, contemplando la furia del océano. Hice una prueba en lápiz y una segunda en color. El volcán, entonces, fue primero un cono azul oscuro, con bordes rojos y amarillos. Luego se oscureció en tonos ocres. Pensé que debía ser una isla volcánica, pero igual puse algo de vegetación. Mis brazos parecían moverse solos. Tenía trece años, señor cónsul. Acababa de hacer un descubrimiento importante, que debería darme fuerza. Por eso decidí mantenerlo en secreto, no exponerlo a nada ni nadie, por ahora.

Tiempo después ocurrió otro pequeño milagro.

Llegamos al primer curso del bachillerato y una nueva profesora nos pidió algunos libros. *Los cinco en el páramo misterioso*, de Enid Blyton. *El ruiseñor y la rosa*, de Oscar Wilde. *Cinco semanas en globo*, de Julio Verne. Yo había leído hacía un par de años varios libros de *Los cinco*, de Blyton. Me pareció buena señal y regresé a la casa muy animado.

Por supuesto, lo último que pensaron mis papás fue en comprarlos. Para ellos los libros se pedían prestados, así que mamá hizo una serie de llamadas y logró conseguir el de Enid Blyton y el de Verne. Para el de Wilde, enviaron una nota a la profesora diciendo que no habían podido conseguirlo, que me disculpara, y que era raro que mi hermana no lo tuviera en los útiles de los años anteriores, pero la profesora contestó indicando varias librerías donde podríamos conseguirlo y la recomendación de hacerle al niño su propia biblioteca. Mamá la leyó y se puso verde de rabia. Por la noche se lo contó a papá, que hizo un guiño de disgusto, pero dijo, bueno, no nos vamos a empobrecer por un miserable libro, ¿cuánto podrá costar? Al oírlo sentí náuseas. Luego me miró y preguntó, ¿y cómo es esta nueva profesora? No supe qué decir y me alcé de hombros. Es igual a las otras, papá, respondí. ¿Y es joven?, quiso saber, y yo le dije, no sé, papá, no sé cuántos años tiene, pero él insistió, ya con un metal vibrante que anunciaba la rabia, no te estoy preguntando la edad exacta, sólo que me digas si es joven, cualquiera puede saberlo, ¿es joven esa profesora? Sí, le dije, más que las otras, y es nueva, entró este año.

Papá soltó un bufido y dijo, ¡claro!, ahí está la explicación. Será una de esas mamertas recién graduadas que llegan a un trabajo y quieren trastocar todo, ponerlo patas arriba, las he visto en la oficina, ¡me las sé de memoria!, las que creen que por manejar rápido los programas y archivos de computador ya son reinas, y como son jóvenes y bonitas los jefes les dicen a todo que sí. Las detesto. En fin, Bertha, mañana le compra el libro al niño, no vamos a darle el gusto de humillarnos.

Al otro día fuimos a la Librería Nacional de Unicentro, mamá con un gesto de resignación y yo secretamente feliz, y cuando uno de los empleados lo trajo no pude evitar una risa nerviosa, ¡era muy bonito! Mamá miró el precio y, haciendo cara de disgusto, preguntó si no había una edición más barata, así que el empleado se fue al fondo y yo me quedé cerca del mostrador, avergonzado, al lado de ella. Era extraño: mamá torcía la boca con un gesto de dignidad e incluso de soberbia, como si hubiéramos venido a que se nos resarciera de una afrenta, como si los empleados de la librería tuvieran que pagarnos por estar ahí. Al rato el joven volvió con otra edición, ilustrada, que por fortuna era más cara, así que mamá decidió

comprar la primera. Por supuesto que al llegar a la casa hizo ironías sobre el precio, y dijo, habrá que forrarlo para que no se dañe, así lo podremos vender el año entrante, si es que esa profesorucha sigue dando clases en el colegio. Yo estaba tan feliz de tenerlo, aunque fuera por unos meses, que no me importó la mezquindad y subí a mi cuarto corriendo. ¡Por primera vez tenía un libro nuevo! Lo apreté en mi pecho y me dije, un solo objeto hermoso me ayudará a continuar.

Pero la vida siempre sigue y nos alcanza, señor cónsul, y por desgracia vuelve a empezar, así que después de esa pequeña alegría ahí estaba yo de nuevo, sentado en la mesa del comedor frente a un plato desabrido. Sólo con gran esfuerzo era capaz de tragar algo y soportar los comentarios de papá, que ya por esa época empezaba a pregonar, cada vez con más insistencia, la necesidad de un salvador para el país, de alguien que viniera con mano dura a poner orden, a restablecer la armonía, a limpiar el aire. A cambiar la atmósfera en que vivíamos.

No sé qué pasaba en su oficina o en su vida interior, si es que la tenía, pero lo cierto es que de repente, sin que ocurriera nada particular, papá se empezó a transformar. De tener pocas y muy medidas opiniones políticas pasó a hablar con fogosidad de lo que leía en la prensa y veía en los noticieros. Sus glosas y escolios mentales pugnaron por salir, extrañamente. Es muy probable que lo que nos dijera en la mesa fuera lo que le habría gustado decir en la oficina, pero allá no lo escuchaban. Sus opiniones no le interesaban a nadie. En la casa, en cambio, estábamos obligados a oírlas y era lo que hacíamos, estoicamente, oír y oír ese zumbido, una letanía impregnada de rencor hacia la realidad y el presente, el súmmum del resentimiento, pintando un país con una situación de caos y derrumbe moral del que sólo se podía emerger con un verdadero patriota, ¿y quién podía ser sino ese soldado de Cristo y paladín del orden que era Álvaro Uribe, que por esa época, muy cerca de las elecciones, ya volaba en las encuestas?

Papá quedó hipnotizado por Uribe.

Fue ese entusiasmo el que lo convirtió en opinador, en columnista amateur y clandestino, y es muy seguro que mamá, al oírlo hablar de temas que consideraba trascendentes, creyera que su marido había por fin dejado de ser un burócrata resentido y dócil para transformarse en alguien nuevo,

un ciudadano cuyas ideas eran apreciadas y discutidas por los demás, y que él compartía generosamente con su familia para indicarles el camino, un faro ideológico y moral que a ella la llenaba de orgullo.

Tal vez por eso había que soportar esa pantomima y oírlo opinar de política, economía o historia reciente, como si en lugar de estar en el comedor de su casa estuviera en un programa de televisión, discutiendo con especialistas, y así nos iba dando argumentos y contraargumentos, sin que nadie lo contradijera. Él mismo se hacía objeciones y las contestaba, se interrumpía y se daba la palabra, algo horrible, un espectáculo que me hacía sentir vergüenza ajena, hecho para exasperar mi sentido del ridículo y amor propio.

Yo sentía esos golpes en el estómago, la tenaza invisible, mi propio monstruo de Loch Ness que empezaba a emerger y cerraba los ojos, tratando de fugarme, de ir muy lejos, pero cuando mis alucinaciones terminaban y regresaba a la mesa él seguía ahí, opinando sin parar, pasando un bocado de arroz precipitadamente para no perder el hilo, diciendo frases que en su boca sonaban falsas aunque pudieran ser ciertas, ideas que, dichas por él, eran puras pendejadas: que en Colombia los terroristas se habían vuelto estrellas de la farándula, que todos querían hacerse fotos con ellos, que era increíble que alguien siguiera hablando de negociar, que la silla vacía de Tirofijo con Pastrana era el símbolo de la burla y la falta de principios, y repetía enardecido, concentrando la sangre en las mejillas, lo que aquí se necesita es mano dura, así haya que hacer un sacrificio, y si no miren el caso de Chile, que es hoy ejemplo en América Latina, aquí hay que pegar un timonazo, cambiar de carril y hacerlo con decisión, sentido del deber y amor a la patria, y mamá, sintiéndose obligada a confirmar lo que él decía, como si los estuvieran filmando en un alucinado show de Gran Hermano o programa de concurso de las tardes, le decía, ay, Alberto, dios lo oiga, Álvaro Uribe es el único que no habla de tratos ni de regalarle el país a la guerrilla, sino todo lo contrario, quiere darles bala, el único lenguaje que los terroristas entienden, bala y más bala, él les va a hacer frente, virgen santa, y ojalá que los otros sinvergüenzas, hijos de papi y vendepatrias, se vayan.

Y papá decía, sí, Bertha, los demás candidatos son los niños mimados de este país, fíjese, todos son de colegios extranjeros, mirando siempre para afuera, gente a la que le da pena ser colombiano, así son y por eso regalan el país, en cambio Uribe viene de la clase media y de las montañas de Antioquia, con la moral del campo y la verraquera de la tradición paisa, eso es lo que se necesita, un tipo que ame a Colombia, que si le abren las venas brote sangre colombiana, con orgullo, y esa vaina sí no la hemos visto nunca en un candidato, Uribe es el primero que habla de verdadero patriotismo, de dignidad nacional, de enaltecer los colores de la bandera y enfrentar el terrorismo, y por eso yo digo, Bertha, si Uribe no gana a este país habrá que recogerlo del suelo con cucharita, y puede que hasta tengan que venir los gringos con sus marines a arreglarnos el problema, como pasó en Panamá, y nos tocará tragarnos la humillación, ¿cómo puede haber gente que no se dé cuenta? No hay más que ver su eslogan: «Mano firme, corazón grande».

Hablaban y hablaban durante más de una hora, y como Juana estaba siempre estudiando o en casas de amigos yo debía afrontarlo solo, sin poderme parar hasta que no dieran por concluido su patético show.

Varias veces soñé con escapar, señor cónsul: salir una mañana y no subir al bus del colegio. O mejor: no subirnos. La fuga sólo podía ser con Juana. No podía dejarla atrás, en nuestra vida de todos los días. Alguna vez se lo dije, Juana, ¿cuándo nos vamos a ir?, ¿por qué hay que esperar tanto?, y ella respondía, tú no debes hacer nada, sólo esperar, yo voy a arreglarlo todo y cuando esté listo nos vamos para siempre, lejos de este infierno. Nos iremos sin dejar huella que les permita seguirnos.

Al oírla mi corazón saltaba en el pecho. Todo ese sacrificio iba a tener un fin, y ese fin, de algún modo, estaba cerca. Los dos trabajábamos para lo mismo: ella con su inteligencia y su fuerza y yo con mi capacidad de resistir. Lograríamos salir de este mundo rabioso y construir otro mejor.

Los libros me ayudaron, pero debí ganarlos.

Un vecino de la cuadra tenía una enorme biblioteca, pero no le gustaba leer. Sus papás eran profesores y le compraban libros juveniles, pero a él sólo le interesaban el fútbol, el sexo por Internet y las series gringas del canal cable. Teníamos catorce años. Se llamaba Víctor y un día le propuse

un trato: si me los pasaba, yo los leería para luego contárselos, y así ambos estaríamos contentos: él podría dedicarse al fútbol, a RedTube y a HBO, y yo a leer.

Aceptó.

De ese modo leí Mark Twain, las historias de Tom Sawyer y Huckleberry Finn, los cuentos de Colmillo Blanco, de Jack London, y también *La llamada de la selva*, y cosas de Joseph Conrad como *Lord Jim* o *El corazón de las tinieblas*, y las hazañas tristes y exóticas de David Balfour, de Stevenson, y el *Ivanhoe* de Walter Scott y las obras de Rudyard Kipling, sobre todo *Kim*. Muy pronto llegó, de a pocos, la colección de Sandokán y los Tigres de la Malasia, de Salgari, *El conde de Montecristo*, de Dumas, y *Las minas del rey Salomón*, de Ridder Haggard.

Por lo general nos reuníamos en su cuarto.

Pasó el tiempo.

Un día él estaba en el jardín interior de su casa, pateando una pelota contra el muro, mientras yo le contaba la última de las novelas de Salgari que le habían regalado. Sin que nos diéramos cuenta la mamá llegó y, desde el segundo piso, oyó todo. Cuando acabé la historia, que si no recuerdo mal era *La venganza de Sandokán*, Víctor dijo, bueno, ya le traigo el último. Yo me quedé en el jardín, esperándolo, y vi entrar a la mamá.

Hola, Manuelito, oí que le contabas una novela a Víctor, ¿tú lees los libros de él?

Me quedé paralizado. Nos habían descubierto.

Adiós novelas.

Pero la mamá dijo: puedes llevarte los libros que quieras. Te los presto yo. Y no es necesario que se los cuentes a Víctor. Si él no quiere leerlos ya veremos.

Un segundo después Víctor llegó con un libro en la mano y, al verla, lo escondió bajo la chaqueta, pero ella le dijo, no lo escondas, dáselo a Manuel. Los libros son de quienes los leen. Fue así como me gané una biblioteca.

En mi casa era al revés, debía esconderlos o hacer que parecieran del colegio para no llamar la atención, pues papá decía con orgullo que era incapaz de estarse sin hacer nada y por eso ni leía novelas ni veía películas,

sólo biografías, prensa y noticieros, ahí podía pasarse la vida, sentado en su sillón, a veces con un cuaderno de notas y cifras que luego usaba en los discursos de la comida. Papá despreciaba el mundo de la cultura. Lo odiaba por sentirse excluido.

Cuando Uribe ganó las elecciones papá se puso tan contento que fue a la tienda del barrio por una botella de champán Molino Rojo y esa noche, ese domingo en la noche, la destapó en la mesa, nos sirvió a todos, incluido yo, y levantó la copa diciendo, se salvó este país, carajo, se salvó, que viva la vida, hay futuro, ahora van a ver esos terroristas. Yo me tragué ese líquido asqueroso y no dije nada. Juana hizo lo mismo, sin importarle mucho, pero papá y mamá se dieron un abrazo fuerte y cuando se separaron vi que tenían los ojos en lágrimas. Se salvó el país, Bertha, siguió diciendo, conmovido, y mamá repetía, se salvó, Alberto, y volvían a abrazarse, así hasta acabar la botella. Luego salieron a la calle a ver pasar por la Séptima las caravanas de carros celebrando con pitos y música, el estrépito de las chivas parranderas, la nube de alegría que llegó a posarse sobre el cerro.

Se salvó el país.

Papá compró pulseritas con la bandera de Colombia y calcomanías que decían «Soy colombiano». Se sentía orgulloso. Yo sólo pensé que dejaría de hacer sus discursos, así que me alejé de todo eso, que en el fondo no me importaba, y me dediqué a mi muro.

Con los tarros de aerosol dibujé otra isla rodeada de océanos, con acantilados protectores y una casita cerca de la orilla, donde imaginé que vivíamos Juana y yo, y debajo de la isla, que flotaba como un corcho, tracé dragones de fauces gigantes intentando tragarla, y un hermoso volcán humeante, y al lado, de nuevo, mi firma, «Mal», de la que estaba muy orgulloso, igual que papá con Uribe. Era la cuarta vez que dibujaba algo grande cerca del caño, y pensaba, ¿cuándo me atreveré a pintar en otros muros, lejos del barrio y de mi casa? Salir a la ciudad, de algún modo, era romper la caparazón protectora de la infancia.

La verdad es que estaba ansioso.

También comencé a experimentar con la forma de algunas letras. La S una víbora de fuego en el cielo que mordía la noche. La M una montaña, los pies de un extraño marciano. La U un viejo signo cabalístico, una herradura

al revés, la inminencia del fuego y del dolor. La J un caballo de mar porque era la letra de Juana, es decir la de mi libertad, la de mi esperanza. Les di profundidad, volumen, escorzo. Hice formas kitsch, clásicas. Imité los tipos Garamond y Boldoni. Pinté amaneceres. Pinté una imagen del fondo del mar que me venía en sueños, una oscuridad densa con un ojo abierto, el ojo de algún pez.

La historia del país avanzaba.

No pasó mucho tiempo —¿un año, seis meses, usted se acuerda, señor cónsul?— antes de que la alegría uribista empezara a resquebrajarse y el sol se colara por las fisuras. Como suele pasar, fueron algunos intelectuales los que hicieron sonar las alarmas. Le criticaron a Uribe el airecito de Mesías de provincia, con la virgen María siempre en la boca, y se empezó a hablar de su relación con los escuadrones de la muerte y los paramilitares.

Papá se tapaba los oídos, no lo podía aceptar. Su rechazo al mundo intelectual se volvió asunto de seguridad nacional —así decía él—, y al ver lo que pasaba se llenó de justificaciones y motivos.

¡Ya lo había dicho yo!, gritaba, lo que le sobra a este país es esa manada de opinadores mamertos, y no sólo ellos, toda la ralea de intelectualillos que viven de cóctel en cóctel, hijos de papi, vagos que se la pasan criticando al presidente sin proponer algo mejor y hablando mal del país, porque no nos engañemos, son ellos los que de verdad le hacen mala prensa a Colombia, ¿qué les importa?, como la mayoría son de colegios extranjeros están educados para admirar a Francia o a Inglaterra o a Estados Unidos, ¿qué les puede importar? Por eso critican al presidente y sólo hablan de lo malo que pasa acá, contándolo en Europa y en Estados Unidos, ¿por qué nunca hablan de las cosas bonitas?, ¿por qué no mencionan a los héroes de nuestra historia o a los mártires?, ¿por qué no dicen que Colombia es una potencia en biodiversidad, en flora y fauna, que tiene todos los climas y mucho verde y agua limpia y cielos azules?, ¿por qué no hablan de lo bien que se vive en Bogotá, a pesar de los problemas, y de lo sabroso que es tener a sólo cuarenta minutos un clima templado como el de Melgar o Girardot?, ah, no, eso no se puede decir porque a nadie le interesa, hablar bien de Colombia no vende, ¿sí ven?, por eso se la pasan hablando de los asesinos del país y de los narco-traficantes del país y de los sicarios y las prostitutas y los

muertos del país, ¡como si de eso no hubiera en todas partes!, esa es la verdad, la triste verdad, decía papá cada vez que por algún motivo alguien, generalmente mi hermana, mencionaba la opinión de algún escritor o intelectual en contra del gobierno.

Y con los años se hizo cada vez peor.

Le bastaba oír algún nombre mencionado por Juana y de inmediato retomaba su cantinela: nosotros dando la pelea al lado del presidente, contra las FARC y contra Chávez y contra los comunistas del continente, y ellos criticando, como si no supieran que lo que dicen le ayuda a nuestros enemigos, ¿cuántos de esos melenudos no serán en realidad comunistas, chavistas o incluso de las FARC? ¡Si tanto les gusta que se vayan para el monte o a Venezuela o a Cuba!, a ver si allá los dejan criticar, ¡ahí los quiero ver! Si dijeran en Caracas o en La Habana la mitad de lo que dicen en Bogotá los meterían presos, y como la mayoría son columnistas, peor, por eso la gente de bien tiene que rodear al presidente, un hombre recto y además un creyente. Este país siempre ha sido católico, eso no es ninguna novedad, ¿qué es esa criticadera porque menciona a la virgen en sus discursos?, ¿qué problema hay en que rece por televisión? Eso es normal en un país católico, ¿no han visto cómo Bush asiste a misas y habla de dios y nadie le dice nada?, ¿recordarle al presidente eso? ¡Si el mismo Chávez cita la Biblia cada vez que puede! Les da rabia y critican pero la verdad es que nunca habíamos estado mejor y nunca en Washington nos habían respetado tanto.

Juana, que ya estaba en décimo y se había vuelto bien contestona, le reviraba diciendo, qué respetado, papá, al revés, somos puro banana republic, a mí me da vergüenza ver a Uribe yendo a Washington a mostrar las tareas por el asunto del TLC, que nunca lo van a dar mientras él esté de presidente, ¿y sabes por qué?, porque allá tienen informes de crímenes y responsabilidad del Estado en masacres, informes hechos por ellos mismos, ¿o es que crees que los gringos se basan en los columnistas de aquí para juzgar a Colombia?

Papá montaba en cólera y decía, qué crímenes de Estado ni qué nada, ¿desde cuándo luchar contra el terrorismo es un crimen?, si a los gringos les pusieran en Irak o en Afganistán las mismas oenegés que nos pusieron acá,

estarían todos presos, del secretario de Defensa para abajo, pero es que los terroristas, ¿cómo decirlo?, no son estudiantes que tiran frasquitos de alcohol con mecha, por eso el ejército debe moverse como cualquier ejército del mundo y en eso siempre hay víctimas, ¿qué tal? Por mucho que digan esos mamertos que tú lees, acá no está pasando nada que no haya pasado ya en todos los países en que ha habido guerra alguna vez, sólo que por ser nosotros, se nos pide que la hagamos con guantes de cirugía.

¡Papá!, ¡eres un fascista y un paraco!, gritaba Juana, como la mayoría de este puto país, ¡qué oso de país!, ¡qué ceba!

Luego agarraba su chaqueta y se iba tirando la puerta, simultáneo al grito de mamá, ¡muchachita malcriada!, pero papá intervenía, déjela, Bertha, ya está bien de peleas, esta adolescencia de Juanita va a acabar con nosotros, pero hay que entenderla, déjela que se dé una vuelta y se calme, uno de joven es rebelde y siempre quiere llevar la contraria.

Yo quedaba pegado a la silla, con ganas de sacar mi reloj congelante, y tan pronto había una posibilidad me iba sigilosamente a mi cuarto, agarraba un libro y me ponía a leer con devoción, como si esos signos fueran palabras mágicas que podían sacarme de ese lugar y llevarme lejos, para siempre.

Cuando cumplí quince años papá y mamá decidieron hacer una fiesta, y a pesar de mis súplicas insistieron en invitar a la familia y algunos amigos. No vaya a creer que lo hacían por mí, señor cónsul, obviamente que no; era por ellos, para darle gusto a esa ridícula ficción social que obliga a festejar los quince años de los hijos. Juana tenía un viaje de estudio y no podía cancelarlo, así que yo iba a estar solo. Como querían que hubiera amigos le dije a Víctor, el de la cuadra, pues me negué a invitar compañeros del colegio.

Fue horrible ir con mamá a comprar la ropa de la fiesta. En cada almacén se quejaba de los precios, regañaba y pedía rebajas, preguntaba si no había lo mismo más barato. Los empleados la miraban con burla y conmiseración. Hasta que llegó el día de la fiesta. No sé cómo describirle semejante cosa, señor cónsul. Me pasé la tarde rogando que nunca fueran las siete, hora en que empezaron a llegar los invitados, tíos y primas de mamá, y un par de colegas del banco, todos con sus regalos, cosas absurdas,

un marco de fotos en plástico, una bolsa para los afeites del baño de Avianca, dos pares de medias, un estuche de gafas, una caja de pañuelos con extrañas iniciales, una corbata que decía en la parte inferior Carvajal S. A., cosas que debían de haberles regalado en navidades o cumpleaños y que iban evacuando, hasta que llegó Víctor con su papá y me entregó dos regalos. El primero era unos guantes de portero de fútbol y unas rodilleras, y el segundo una caja de libros. Dentro había una nota que decía:

Para el joven lector del barrio en sus quince años. Una docena de novelas. Con orgullo,

P y C

Mamá miró con desdén y dijo, valiente bobada, con esa caja tan grande pensé que era algo bueno, y papá, que agradeció a los vecinos, miró y dijo, hum, ¡cómo estarán de vaciados que andan desocupando estanterías!, pero en fin, a caballo regalado no se le mira el colmillo, estos los podemos guardar para otros cumpleaños, hay que verle el lado bueno a todo, ¿verdad, Manuelito?, y yo le dije, no, papá, estos libros son míos, y él, que ya se había tomado unos tragos, dijo, bueno, quédeselos si quiere, hijo, pero no se me vaya a convertir en uno de esos intelectuales mechudos, ¿ah?

Todavía me acuerdo de los títulos.

Cuatro de los doce eran una sola novela, *El cuarteto de Alejandría*, de Lawrence Durrell; *La ciudad y los perros*, de Mario Vargas Llosa; *Todos los fuegos el fuego*, de Julio Cortázar, y *Aura*, de Carlos Fuentes; el resto era literatura colombiana: *Los funerales de la Mamá Grande*, ¡*Que viva la música!*, *La nieve del Almirante*, *Sin remedio* y *El desbarrancadero*.

Víctor me ayudó a pasar el horrible trago de la fiesta, en la que, por primera vez, pude tomar gaseosa con ron Cordillera, el más barato que había en el supermercado. Debí hacer un esfuerzo para soportar la marea de parientes y amigos, todos ahí por obligación. Era fácil sorprenderlos cruzándose miradas de burla. Los colegas del banco, al probar el ron, arrugaron los ojos, miraron con desprecio los vasos y contuvieron una carcajada, como diciendo, qué menjurje nos da este muerto de hambre en la fiesta de su hijo. Lo peor era ver a papá acercarse y, con una sonrisa algo

babosa, decirles, ¿sí los están atendiendo bien?, a ver, brindemos, y los dos tipos levantaban los vasos, lo abrazaban y hacían pistola por detrás, con la otra mano. Las primas de mamá, que sólo tomaron gaseosa, agarraban entre los dedos la tela barata de las cortinas o pasaban la mano por el forro brillante de los muebles y se miraban con un gesto ridículo que las obligaba a contener la risa.

Todos los asistentes a esa fiesta se burlaban de papá y mamá, pero ellos no se daban cuenta, todo lo contrario: a cada rato proponían brindis absurdos, pedían silencio para hacer discursos en los que felicitaban al hijo y agradecían a los invitados, e incluso, en segundas palabras, papá llegó a decir, ridículamente, que «se sentía honrado» por la asistencia de sus compañeros de oficina, los cuales se reían de él ya sin remilgos, de frente, pero él no se daba por enterado y seguía con su patética farsa, él y mamá, sintiéndose grandes anfitriones, sirviendo con la comida un asqueroso vino dulce que a todos hizo reír.

Ante ese espectáculo insoportable me pareció que un monstruo se metía en mi estómago y lo cortaba en hilachas; sentí ganas de pasarme del lado de los invitados y hacer burlas, pero ¿cómo podría? Una hora después papá estaba completamente borracho, exigiendo abrazos de amistad a sus colegas, que le seguían haciendo chistes cada vez más pesados y que él celebraba con carcajadas, en fin, señor cónsul, disculpe si le cuento tantos detalles de esa noche, no sé por qué hoy la recuerdo con tanta intensidad.

Juana no estaba, ya se lo dije.

Por esa época comenzó a ausentarse cada vez más.

A veces llegaba muy tarde, en la madrugada, y venía a mi cuarto. Se quitaba una ropa que olía a cigarrillos, a alcohol y a cosas dulces, se ponía una de mis camisetas y se pegaba a mí, diciéndome al oído: abrázame con toda la fuerza que tengas, eres lo único que amo en este puto mundo, y yo la abrazaba y ella seguía diciendo, sólo a ti te protegería, sólo a ti te daría mi vida, no sabes la porquería que hay allá afuera, no creas que es mejor que esto; allá también hay tiburones y aguas estancadas, cielos helados y nubarrones, pero vamos a pelear y nos vamos a largar a un país donde no nos conozcan y podamos ser felices, y entonces se ponía a llorar, estaba un poco ebria.

Yo la abrazaba y le decía, estoy listo, cuando digas me voy a ciegas, de tu mano. De pronto me daba cuenta de que dormía, que llevaba un rato susurrando palabras sordas en su oído, y me preguntaba de qué universos volvía, tan frágil y a la vez valiente, tan llena de cosas que prefería callar y yo no saber.

Al rato yo también dormía, escuchando su corazón.

Era una llamada de cancillería, concretamente de la Dirección de Asuntos Consulares y Comunidades Colombianas en el Exterior, conocida por las siglas DACCCE. No recuerdo el nombre del subjefe o vicesjefe que me explicó el asunto, pero lo hizo con un tono que me pareció burlón. Debía volar a Bangkok esa misma tarde. La policía de ese país había reportado al ministerio el arresto de un connacional con un pequeño cargamento de pastillas opiáceas en un hotel de la ciudad; por ser la legislación tailandesa algo drástica era necesario darle apoyo judicial y logístico, aunque sin muchas esperanzas. Me explicó que por ese tipo de delitos se acostumbra dar treinta años, aunque el fiscal pedirá pena de muerte y eso sí es delicado.

—En fin —dijo—, otro compatriota que va a pudrirse en una celda extranjera, nada del otro mundo, sólo que en este caso parece más dramático: con serpientes, zancudos enormes e idiomas no convencionales. No tenemos embajada en Tailandia y normalmente es jurisdicción de Malasia, pero el cargo de cónsul está vacante. Nadie en Kuala Lumpur puede ocuparse y por eso pensamos en usted, ¿me entiende? Ya lo comunico con viáticos y pasajes. Creo que le tienen una reserva para hoy, ¿qué hora es allá?

Casi todos los vuelos de Delhi salen pasada la medianoche. Por eso el de Bangkok, en la Thai Airlines, era un vuelo nocturno.

Embarqué a las dos de la mañana y, tres horas y media más tarde, el frenazo del avión me despertó. Un policía selló mi pasaporte y me dio la bienvenida. Hice las formalidades por la entrada de diplomáticos. Luego crucé las enormes puertas de vidrio y recibí la primera oleada de calor.

Tailandia es el trópico de Asia.

Un taxi. Cruzar la ciudad al amanecer hasta el hotel Oriental. Un bonito y posmoderno *deck* sobre el río, una habitación muy alta con vista a los rascacielos. Apenas el tiempo de una ducha y volar al Ministerio de Exteriores, donde me esperaban.

El jefe de protocolo me saludó en la puerta del palacio con una copia del caso, subimos un tramo de escaleras y me invitó a pasar a su oficina.

—No vaya a creer que esto es *Midnight Express*, ¿eh? —dijo el fiscal en un inglés bastante pulido.

Era un hombre bajito. Su cara parecía ocupar la mitad de su masa corpórea, y sin duda había vivido mejores días (la huella de su acné era aún más fuerte que la mía). Un empleado de uniforme blanco trajo una bandeja con té y galletas. Todo el mundo sonreía. Era el país de la sonrisa, aun si, en su caso, el gesto escondiera un cierto nerviosismo.

—Aquí hemos tenido de todo —dijo el fiscal—, y déjeme que le haga una confesión.

Me llevó hacia la ventana y señaló el centro de la ciudad.

—¿Cree usted que me gusta saber que la mayoría de los que vienen a mi país no lo hacen por su patrimonio ni por su historia, sino para cepillarse a nuestras mujeres? Claro que visitan el Buda recostado y van a Pukhet y a los templos de Ayutthaya, pero lo primero es lo primero. Les interesa el país sólo después de haberse satisfecho con alguna compatriota, mujeres que podrían ser de mi propia familia, en fin, disculpe si le parezco grosero o maleducado, usted es diplomático y yo no, soy sólo un jefe de policía, pero ¿qué sentiría usted si su país, conocido por las drogas, se volviera una casa de putas?, ¿no intentaría por todos los medios, al menos, hacer cumplir la ley? La ley, la ley —dijo con aire divagador—, es lo único que nos queda para no enloquecer...

Antes de sentarnos me miró fijamente a los ojos, y dijo:

—Permita que le cuente un chiste. Un chiste australiano. Para ellos Tailandia es un paraíso y no me extraña: mujeres jóvenes, fiestas, casinos. Acá compran marcas falsas, ensucian nuestras playas, viven como reyes y pagan una miseria. Un australiano muere y va al cielo. Allí dios le dice: has sido bueno, tienes derecho a un deseo. El tipo lo piensa un rato y dice, ¡quiero volver a Tailandia! Entonces dios, comprensivo, lo hace regresar a

Bangkok, pero convertido en tailandés, ja, ja, ¿lo comprende? A los australianos les da mucha risa.

El fiscal sacó un pañuelo y se enjugó los ojos. El chiste no hizo que moviera un solo músculo de mi cara, y él lo apreció.

—Toda esta situación, se lo digo desde ahora, no nos ayuda a ser excesivamente comprensivos con los extranjeros, al menos a mí. La cárcel de Bangkwang le va a parecer algo... dura, sí, esa es la palabra. No hay cárcel en el mundo que no lo sea, ¿no? La violencia es la partera de la historia. De este tipo de historias, al menos. A Bangkwang le dicen el Bangkok Hilton. Incluso a mí me impresiona, pero no olvido que sus «huéspedes» no están ahí por hablar en un retiro espiritual o pasarse un semáforo. Ayer levanté el cadáver de una jovencita que saltó desde el piso 14 de una torre en Bangkok Central. Su cuerpo, si me permite, quedó extendido en el asfalto de un parking de un modo bastante atroz, como una obra no figurativa. Tenía diecinueve años y el estómago atiborrado de pastillas. Esos tipos son unos asesinos, ¿le describo la cara de los padres? No es necesario que lo haga, mírelos usted mismo.

Me alargó el diario local y allí estaban, una pareja de mi edad, ambos con expresión de terror.

Luego dijo:

—Venga, déjeme mostrarle el caso de su compatriota.

Abrió una copia del mismo fólder que yo tenía y me presentó los hechos:

Manuel Manrique, 27 años, colombiano, pasaporte número 96670209, visado número 31F77754WZ, ingresó a Tailandia por vía aérea, procedente de Dubai, en el Emirates 1957, el día 22 de..., se hospedó en el hotel Regency Inn, establecimiento de tres estrellas, habitación 301, Suan Plu Soi 6, Sathorn Road, Thungmahamek, Silom, Bangkok. Fue detenido por la policía en ese mismo lugar el día 24 de... en posesión de una bolsa con cuatrocientas pastillas opiáceas de tipo XTS, procedentes de Birmania.

El sindicato pensaba salir del país el día 24 de... para Tokio en el vuelo 2108 de Japan Airlines. Se desconocen sus contactos en el país ni

el modo en que obtuvo el opiáceo. Ante la evidencia mayor el fiscal pide la pena de muerte o 30 años de reclusión en caso de declararse culpable.

Me extrañó que pensara ir a Tokio, y se lo comenté al fiscal, ¿por qué a Tokio?

—No lo sé —dijo—, y le aseguro que no me importa. Allá también hay mafia y drogadictos, y compatriotas míos y suyos que viven de eso, que les ponen delante de la mano todas las porquerías del mundo. Los japoneses son raros a primera vista y uno puede creer por un tiempo que son diferentes, pero en el fondo consumen la misma mierda que los demás. Sólo que tienen más dinero, eso es todo.

—¿Y de Tokio para dónde seguía? —quise saber.

—No sé, búsquelo en los anexos, creo que hay una fotocopia del billete aéreo.

Pasé las hojas y vi copia de su pasaporte. Tenía el visado en regla para entrar a Japón. El pasaje era de ida y vuelta. El regreso a Colombia era desde Bangkok vía Dubai, São Paulo, Bogotá. Extraño.

—¿Cuándo podré verlo?

El fiscal se acarició la barbilla, miró su reloj y dijo:

—Le propongo algo muy sensato: váyase a su hotel y duerma un poco, lo veo cansado. Ah, estos vuelos nocturnos... Supongo que la humedad y el calor no le parecerán excesivos viniendo de Delhi. Nadie se explica cómo a seres humanos con espina dorsal y un cerebro se les pudo ocurrir fundar una ciudad en ese lugar, con esas temperaturas. Le decía que descanse. Regálese un copioso almuerzo y pruebe nuestra tradicional cocina. Por la tarde cruce el río y dé una vuelta por los templos. Vaya a una librería inglesa, compre algo, pasee al azar y regrese a su hotel al final de la tarde. Cene un plato ligero y duerma. Iré a recogerlo a las siete de la mañana. Yo mismo lo llevaré a Bangkwang.

Regresé al hotel y me senté en el bar. Había visto poco de Bangkok: la percepción de un lentísimo e infinito atasco, puentes de cemento entre los edificios, casetas de comida rápida, mercados. El estrépito ensordecedor de

los *tuk-tuk* (parientes de los *rickshaws* de Delhi). No es la primera ciudad de Asia que visito.

Eran cerca de las once de la mañana.

Saqué el dossier y encendí mi portátil. Al abrir el correo electrónico encontré un mail de la DACCCE que contenía en documento adjunto el Pasado Judicial de Manuel Manrique: ¡estaba limpio! Ningún proceso, ningún antecedente. Nada. Un pobre novato que pensó hacerlo una vez y cayó en el intento. No era infrecuente. Al fin y al cabo tenía sólo veintisiete años. Y otra cosa vista en el dossier: su pasaporte tenía sólo los sellos de este viaje. No había salido antes de Colombia. Había sido expedido poco antes.

Hacía calor y estaba buena la ginebra. Seguí leyendo y empezaron las sorpresas.

Según el dossier de la DACCCE Manrique se había graduado en Filosofía y Letras en la Universidad Nacional y estaba cursando un doctorado. ¿Un filósofo? Esto era algo especial. Con los datos entré a Internet y empecé a buscar. Pedí algo para picar, raviolis o pinchos de carne (los había visto en la calle). Algo que se pudiera comer con una sola mano. Aparecieron varias cosas: su tesis de grado sobre Gilles Deleuze y tres artículos en la revista de la facultad: uno sobre Spinoza, otro sobre el postfordismo y un tercero sobre Chomsky. Caramba. Era un tipo culto, ¿qué diablos vino a hacer a Tailandia? ¿Por qué saltaba a Tokio en lugar de regresar a Colombia con las pastillas? ¿Quién diablos era Manuel Manrique?

Estaba bueno el pincho; una salsa aromática y algo de sésamo en aceite. Intenté abrir alguno de los artículos pero los portales de las revistas filosóficas no eran muy modernos. Sólo se podía consultar el índice, lo demás estaba en gris. Lo busqué en Facebook pero había 1.086 perfiles con el nombre Manuel Manrique. ¿Filosofía? De inmediato le escribí a Gustavo Chirolla, mi amigo filósofo.

¿Conoces a alguien de filosofía de la Nacional llamado Manuel Manrique? Tiene veintisiete años hoy. Pudo haber acabado hace tres o cuatro. Luego te cuento para qué.

Me quedé un rato mirando el Chao Praya, sus ondas marrones, las canoas y sampanes que atraviesan a los turistas, los reflejos aceitados del sol. Ese río arrastraba algo denso. No era un canal de aguas límpidas. Algo doloroso parecía correr en ellas.

Para mi sorpresa, la respuesta de Gustavo llegó de inmediato, ¿qué hora era en Colombia? Apenas la medianoche del día anterior.

Gustavo me decía:

Sí, conocí a un Manuel Manrique. Fue alumno mío en el posgrado de la Nacional, hace cuatro años. Un tipo silencioso, tímido. Muy inteligente. Le interesaban mucho la literatura y el cine, también la imagen. Por eso estudió a Deleuze. Recuerdo haber hablado con él sobre la poética de Rimbaud, sobre Godard y Bergman. Me impresionaba su delgadez. Parecía salido de un cuadro de El Greco o una escultura de Giacometti. Con una mirada muy viva, como si estuviera a punto de preguntar algo urgente y sensible, pero que nunca llegó a preguntar. Acabó el posgrado y no volví a verlo. Déjame averiguar a ver si me dicen algo más. ¿Lo conociste? ¿Está en India? Cuéntame.

Le escribí:

Aún no lo he visto, pero está en la cárcel de Bangkok. Pastillas. No se lo cuentes a nadie, es confidencial. Trato de saber quién es, pues tengo que ocuparme del caso. Preguntas en qué medios andaba y a quién frecuentaba. Hay que manejar esto con precaución. No sé si su familia está enterada. Un abrazo.

Seguí buscando. ¿Qué diablos vino a hacer a Tailandia un filósofo? De entrada me pareció imposible que fuera culpable. Recordé los consejos del fiscal, que fuera a ver templos. Nada más lejos de mi ánimo, pero decidí salir. Mejor no ser visto demasiado en el bar, era un viaje de trabajo y debía quedarme varios días. No era improbable que el fiscal estuviera

investigándome, incluso espiando mis movimientos en ese preciso instante, en su obsesión por proteger el país de elementos innobles. Salí.

Hacía calor en la calle y paré un taxi.

—A Bangkok Central —le dije.

Me detuve cerca de una zona de comercio y caminé sin rumbo. Pronto apareció un hotel, así que entré y me dirigí al bar. Había una luz agradable. Pedí una ginebra con tónica y volví a mis asuntos. Deleuze. Universidad de Vincennes. Recordé algo.

Hace años, cuando era corresponsal del periódico *El Tiempo* en París, el escritor francés Daniel Pennac, en una entrevista, me contó que había sido alumno de Deleuze en la universidad de Vincennes y que, en sus clases, de encendida diatriba política y estética, había decretado la muerte de la novela. Pero Pennac tenía en una bolsa, bien escondida, la traducción recién publicada de *La casa verde*, de Vargas Llosa. Si lo descubrían sería el hazmerreír del curso, pero él no veía la hora de encerrarse en el baño a seguir leyendo.

Luego, siempre en París, me tocó informar el suicidio de Deleuze. Había saltado del balcón de su casa sobre el boulevard Neil. Otra muerte «no figurativa», como la de la joven del fiscal. Deleuze estaba enfermo y los dolores eran insoportables. Si no recuerdo mal era una enfermedad respiratoria, tal vez enfisema. Saqué el portátil y busqué en mi archivo. El artículo estaba ahí, era de noviembre de 1995.

Volví a leerlo:

MUERTE DE UN FILÓSOFO

París

Desesperado por una progresiva infección respiratoria, el filósofo francés Gilles Deleuze se arrastró hasta el borde de la ventana, en su casa del distrito XVII de París, y se lanzó al vacío para dar fin a setenta años de vida y filosofía. Así, el último viaje de este nómada duró apenas unos segundos, atravesando el aire hasta estrellarse con el adoquín del Boulevard Neil y quedar tendido en medio del frío, a las ocho de la noche. Los transeúntes se reunieron en torno al cuerpo y minutos

después una ambulancia lo trasladó al hospital, donde murió, y quienes lo atendieron en medio de carreras y gritos tal vez no supieron que con ese cuerpo amoratado se iba uno de los pensadores más heterodoxos del siglo, el gran agitador de la Universidad de Vincennes en los años setenta, autor de obras clave como *El Antiedipo* o *Mil mesetas*, el pensador que Michel Foucault definió como «el único espíritu filosófico de Francia».

Nació el 18 de enero de 1925 en París y su vida transcurrió en las aulas de clase y los cafés. Entró a la Sorbona en 1944 y desde 1948 ejerció como profesor en varios lugares: un liceo de Orleans, otro en Amiens, hasta obtener una cátedra en Lyon, en 1964, y finalmente llegar a París en 1968, a la Universidad de Vincennes, donde pudo marcar a toda una generación que, con él, vivió el Mayo del 68 y se quedó en estado de permanente revuelta. Quienes fueron sus alumnos recuerdan sus clases como verdaderos detonantes contra la moral y la tradición. Las jovencitas que empezaban año con zapatos de charol y falda escocesa terminaban convertidas en agitadoras del amor libre, gritando contra el establishment y conviviendo con guerrilleros palestinos, deportados de Chipre o alzados en armas de Guatemala, Nigeria o Pakistán. Deleuze era la gran bomba de Vincennes y sus clases, que terminaban en los bares aledaños, golpeaban en el centro de la moral conservadora. Los dos encuentros vitales de su vida se dieron en 1962 y en 1968: primero con Michel Foucault y luego con Félix Guattari, este último compañero de escritura en gran parte de su obra.

Su obra comienza en 1953 con *Empirismo y subjetividad*, donde esboza su teoría de lo «múltiple», para seguir en 1962 con *Nietzsche y la filosofía*, *La filosofía de Kant* en 1963 y *Marcel Proust y los signos* en 1964. Una de las características de Deleuze es la revisión de los filósofos, por lo que escribió sobre Bergson, Bacon, Spinoza, Leibniz, pero también sobre Kafka, Melville y otros escritores (*Crítica y clínica*). La visión de Deleuze no es conformista ni explicativa: es un foco que muestra algo no visto, que intenta esclarecer un momento. Abarcar la obra de Deleuze es difícil, pues esta incluye cine, literatura, historia, ciencias, música, vida cotidiana, política... Todo.

Tras la desaparición de Michel Foucault en 1984, víctima del sida; la de Luis Althusser en 1990 después de recluirse en un psiquiátrico por estrangular a su mujer, y el suicidio del situacionista Guy Debord, la muerte de Gilles Deleuze da un trágico final a la escuela parisina de filosofía y establece una macabra estadística. Las ideas, sin embargo, quedan, gravitando en medio de una muy concreta afirmación de Michel Foucault: «Un día, tal vez, el siglo será deleuziano».

Lo leí dos veces.

Me sorprendió que en esos años supiera tanto de Deleuze. Siempre fui malo para el pensamiento abstracto y lo más probable es que haya recurrido a Gustavo, ya no me acuerdo. Tampoco me explico cómo fue que lo publicaron en la sección Vida de Hoy, pues la nota es muy poco «noticiosa». En fin. Deleuze. Era tiempo de moverme, así que volví a la calle. Anocheceía.

Caminé sin rumbo hasta encontrar en lo alto, en un segundo piso, el aviso de una librería, Bangkok Rare Books. Entré sin pensarlo. Tenían libros de viajes de principios del siglo xx y una sección de literatura con ediciones de Graham Greene a 850 dólares. Pasé la mano sobre el lomo de *El poder y la gloria*, Heinemann, Londres, 1940, y *El fin de la aventura*, Heinemann, Londres, 1951.

Exceptuando los templos acabé siguiendo el consejo del fiscal. Mi presupuesto me impedía comprar algo de todo esto, apenas olisquearlo. Pero qué placer. Me dejó de buen genio el viejo Graham Greene, así que bajé a buscar una última copa antes de regresar al hotel.

MONÓLOGOS DE INTER-NETA

¿Quieres saber, oh, mortal, cuáles son mis deseos más inconfesables? Amigo: precisamente esos no los sabrás nunca, por eso son inconfesables, pero sí puedo decirte otros, cosas sencillas, ¿sabías que hay ciudades en el vasto mapamundi por las que, algunos días, me gustaría vagar? ¡Muero por ello! Ser parte de su masa, aunque sólo sea por unas horas o minutos, perderme en sus calles y estaciones de metro, acudir a sus centros de ayuda, buscar alivio en sus números verdes para solitarios.

¿Cuáles son esas ciudades?

Te hablaré de una entre las muchas que hay en mi constelación nocturna, pues hay puntos que brillan con mayor intensidad. Veamos, veamos, ¿qué es esa hermosa luz cobriza, que no llega a ser dorada, en el sector derecho de mi mapa?, ¿cómo se llama esa estrella varada cerca del mar, al inicio de un largo brazo, como la extremidad inerte de un neonato?

Es Bangkok.

La capital asiática de la sonrisa. Capital del masaje de pies y de otros tipos, como el *body body* (puede incluir *happy ending*, imagínatelo), relajación múltiple, masajes antidepresión y anti *jet lag*. Hay 36.874 centros de masaje registrados. El cuerpo está conectado por terminaciones nerviosas a las plantas de los pies y desde ahí se pueden controlar y satisfacer carencias. Potenciar la energía. ¡Extraña maquinaria la del cuerpo! Puedes ayudarlo a ser feliz.

Bangkok recuerda a esa vieja teleserie, *La isla de la fantasía*: «Sus posibilidades sólo están limitadas por la imaginación». Y entonces uno se

pregunta: ¿imaginar?, ¿imaginar?, pero... ¿qué imaginas tú?, ¿cómo imaginas ese lugar de placer y también de dolor?

Bangkok es una de las urbes más contaminadas del planeta. Los transeúntes respiran a través de máscaras. Las venden en las cajas registradoras de los supermercados. El cielo, ciertas tardes, parece estar más cerca de nuestras cabezas. Los callejones de Sampaeng son difíciles de recorrer sin mascarilla. Todo está a la vista y el aire es el mismo: grillos fritos que se comen con sal, cerebros de mico flotando en frascos, estómago de pescado seco que se hierve en agua (bueno para la gastritis), aleta de tiburón. Los varones beben sangre de serpiente para combatir la impotencia (divina impotencia, ¡madre de poetas beodos!). En el mercado de Chatuchak las cobras, vivas, dormitan en cestas. Su sangre puede costar tres dólares. Si es una cobra reina puede llegar a los cien y si es albina se eleva a cinco mil. *C'est plus cher, mon vieux!* Una vez elegida la serpiente, el vendedor la saca del cesto, le raja la yugular con una cuchilla y recoge el líquido en un vaso. Lo mezcla con una cucharada de miel y una copita de whisky. El consumidor lo bebe de un solo trago.

Bangkok, en lengua thai —idioma tonal con 48 sonidos vocálicos y 41 consonantes—, quiere decir «Ciudad de la Isla», pero tiene un segundo nombre: «Ciudad de los Ángeles» (Krung Thep). Sus atascos son famosos en todo el sudeste asiático. Además hace demasiado calor y las aguas del Chao Praya no alcanzan a refrescar. Al revés: su color oscuro recuerda lagunas estancadas y muchos de los canales que parcelan la ciudad son de aguas negras. ¿Será la conciencia? Debajo de cada ciudad viva está la ciudad de los muertos, la necrópolis, y en ella su inconsciente, sus sueños alterados y opiáceos. Ninguna ciudad puede ser realista y tal vez por eso Bangkok se mece en sueños. La proliferación de canales le da otro sobrenombre: «la Venecia de Oriente». Aquí entra la música, tal vez algo de Haydn.

Bangkok, única. El budismo aconseja una velada indiferencia hacia la historia, pero los tailandeses están orgullosos de no haber sido nunca colonizados. Ni el reino de Siam, con su antigua capital de Ayutthaya, ni la moderna Tailandia, cayeron jamás en manos francesas, inglesas u holandesas. A diferencia de sus vecinos. Laos, Camboya y los dos Vietnam

conformaron la Indochina francesa. Birmania, Malasia y Singapur fueron inglesas. Tal vez sonrían por sentirse orgullosos, puede que todo esto sea cierto (aun si suena algo forzado, créanme).

¡Y ahora viene algo maravilloso, increíble! ¡Uno de los más raros hallazgos de la humanidad! ¡Un caso que mantuvo a la ciencia con los ojos y la atención centrados en mi bello reino de Tailandia! En uno de sus lagos, a principios del siglo XX, un médico inglés encontró a un niño con dos cabezas. Tras atenta observación descubrió que no era uno sino dos, dos niños con un solo cuerpo. A partir de ahí, esa extraña anomalía genética tomó su nombre: los «siameses».

De ojos ovalados, piel oscura y estatura baja, los tailandeses son, en efecto, muy sonrientes. «Bienvenido a la Tierra de la Sonrisa», se lee en el aeropuerto. El rey es considerado un dios y sus súbditos se extienden en el suelo ante él (no se arrodillan). El Palacio Real de Sanam Luang, con sus variopintas pagodas y estupas, es bello, como el imponente Buda reclinado de 46 metros, recubierto en lámina de oro. Es un Buda que sonrío. Extraño ver a millones de personas venerando a alguien que sonrío.

Bangkok, capital del sexo pagado en todas las modalidades, aun las más abyectas o circenses. El sexo en toda su crueldad y miseria. El distrito de Patpong es el burdel de la clase media europea. Un modesto mesero berlinés o matritense se convierte aquí en el Rey del Mambo, *The Mambo King!* Por muy poco (desde su paraíso del euro) puede financiarse una esposa-amante-masajista-esclava que se sabe el Kamasutra al derecho y al revés, que cocina y acepta jugar el juego, que lo besa en la boca y le dice, papi, te he extrañado, ¿la próxima vez me llevas contigo? La ficción del amor (pero ¿no es siempre el amor una ficción? Uf, Mr. Ambrossía, no leas esto). El varón europeo busca el turismo sexual en Tailandia, el puntillismo oriental, mientras que la mujer europea va al Caribe, a Cuba y a Jamaica (algunas a Colombia), donde encuentran la intensidad antropomórfica del negro sin tener que ir a Africa, algo menos divertida que el Caribe y con malaria.

¡Pero atención, futuros clientes! La industria tailandesa del sexo incluye al veinticinco por ciento de las mujeres entre los quince y los cuarenta años, y también hay muchachos. Es el paraíso de los novicios y las vírgenes, pero

puede acarrear desagradables sorpresas: blenorragia, hepatitis, herpes o sida. Muchas de las jóvenes (incluso vírgenes) son heroinómanas. Se inyectan en los nudillos o en las ingles para que no se vean las marcas.

A los fumadores de heroína los llaman *moo*, que quiere decir «cerdo», porque al fumarla emiten gruñidos. Los que usan jeringa son los *pei*, es decir «patos», «porque viven en el agua estancada». El hombre blanco es el *farang*, una palabra que ha viajado por varios continentes, siempre en la zona sur del mundo, y que grosso modo, en su origen, quiere decir «francés», y por extensión «europeo» o incluso «cristiano de occidente» (*al-Faranj* en árabe, *farangi* en persa y urdu y también en amárico, la lengua de Etiopía).

Una vieja crónica tailandesa hace la siguiente descripción de los *farang*: «Son excesivamente altos, peludos y desaseados. Educan a sus hijos durante mucho tiempo y consagran su vida a acumular riquezas. Sus mujeres, grandes y robustas, son muy bellas. No cultivan arroz».

Mi fiebre por los muros continuó y un día, no sé a raíz de qué, me atreví a contárselo a Juana. Fuimos al caño y ella se quedó un rato en silencio, unos pasos delante de mí, frente a las imágenes. Ahí estaban refulgiendo mis islas y mis volcanes; mis serpientes ígneas, mis cocodrilos rojos y dinosaurios, todo lo que sentía en mi estómago y en mi alma. Los contempló en silencio y la dejé recogida, sin atreverme a respirar para no incomodarla. Al cabo de un rato puse mi mano en su brazo y se dio vuelta.

Estaba llorando de alegría.

Eres un artista, dijo emocionada. Me dio un abrazo, se agarró a mí con todo su cuerpo y la sentí temblar. Luego me miró a los ojos y dijo: de ahora en adelante voy a trabajar para que tengas lo que necesitas.

Juana les hacía trabajos a sus compañeros y ganaba plata, así que empezó a traerme cajas de aerosol. Los Montana Gold eran los mejores, aunque los Belton eran baratos y más fáciles de conseguir. Diez mil pesos por tarro, dependiendo del cambio del dólar. Por cierto, señor cónsul, que a mí me favoreció mucho la revaluación del peso en esos años y nunca supe a qué se debió, pero en fin, no me distraigo de la historia. Me gustaban los Montana por el modo en que penetraban el muro. Como si el concreto, el ladrillo o el estuco hubieran sido creados de ese color. Usted no sabe lo que yo sentía al agitar el tarro y notar la esfera, y luego, cuando tenía clara la imagen, al hundir la válvula y casi palpar el color expelido por el atomizador.

Empecé a mirar los muñecos solos y un poco histéricos de Keith Haring, y los dibujos de un inglés llamado Banksy, un precursor, alguien que, simplemente, quería poner en la calle lo que creía que le faltaba a esa

calle, policías besándose, ventanas en muros industriales con vista al mar, ratas juguetonas, en fin, mi trabajo no era así, yo soñaba con otras cosas, no poblar la ciudad sino darle un poco de realidad a lo que tenía por dentro. Ya se lo dije, el mío era un arte de evasión. Todo en mí tendía a la fuga. Quería irme, odiaba mi vida.

Mi hermana entró a estudiar Sociología en la Universidad Nacional. Le habían dado una beca por el promedio del bachillerato y el Icfes, y por el examen de ingreso. Sólo por eso mis papás la dejaron estudiar esa carrera, porque para ellos, como para la mayoría de los colombianos, estudiar Sociología era como estudiar para ser de las FARC, una especie de preparatoria, y más en la Nacional. Ya estábamos en pleno gobierno de Uribe y el que no fuera facho y patriotero era sospechoso, a cualquiera lo acusaban de ser de la guerrilla, bastaba con defender los derechos humanos o la Constitución para ser considerado terrorista.

Cada vez que Juana traía compañeros mamá le decía, ¿y esos guerrilleros?, ¿así son todos en su clase? Papá apenas los saludaba, bajaba el periódico para no verlos. Una vez le dijo a Juana, vea, princesita, yo no le puedo pagar una universidad como el Rosario o los Andes o la Javeriana, pero al menos trate de cambiarse a Derecho o Economía y mientras tanto yo ahorro y después, cuando se gradúe, le pago un buen doctorado en Argentina, ¿sí? Es que con esos mechudos a su mamá le va a dar un infarto, hágalo por ella. Le decía que iba a pedir préstamos para mandarla a Europa, a Estados Unidos. Una vez se endeudó para regalarle un iPod y un celular nuevo. Él la adoraba pero no la comprendía.

De esa época recuerdo otra discusión en la mesa del comedor.

Fue una cosa muy violenta, que me dejó sin aire por varios días. Mamá dijo algo sobre la Patria Boba, y Juana, que ya se sentía más fuerte por estar en la universidad, dijo, pues más boba que esta no pudo haber sido, hoy sí que vivimos en un país de bobos, el más peligroso y corrupto.

Papá miró a mamá y se sintió en la obligación de responder. Podrá ser boba esta patria de hoy, dijo, pero es la más segura y la mejor que hemos tenido desde que yo tengo memoria, con más seguridad y paz y con más bienestar. Al menos desde que yo nací y desde que ustedes nacieron.

¿La mejor?, reviraba Juana, ¡ay, papá!, ni que fueras uno de esos lagartos del Congreso, ¡es la época más horripilante! Un presidente mafioso, un ejército asesino y torturador, medio Congreso en la cárcel por complicidad con los paracos, más desplazados que Liberia o Zaire, millones de hectáreas robadas a bala, ¿sigo? Este país se sostiene a punta de masacres y fosas comunes. Uno escarba el suelo y salen huesos. ¿Qué puede ser más bobo que esta republiqueta descerebrada y demente?

Por supuesto, mis papás le cayeron encima, gesticulando como ñeras, ¿es eso lo que le enseñan en la universidad?, ¿a insultar la autoridad y el orden?, ¿de qué frente son los profesores que le dicen esas cosas?, ¿quién le está dando esos análisis de lo que pasa en el país?, ¿saben el rector y el Ministerio de Educación que le están enseñando eso?, ¿los profesores van de combinado y botas?, ¿cuántos tienen orden de captura y extradición?, ¿se sientan con armas en los pupitres?, ¿cobran rescates desde la cafetería o la plaza del Che?, ¿la clase se las dan con acento venezolano o cubano?, ¿o en ruso?, ¿o directamente en árabe? ¡Respete a nuestro presidente, jovencita, que es el primer colombiano que se levanta a trabajar! ¿Oyó? Cuando usted se está acostando de sus parrandas y lecturas de textos anticolombianos con esos aspirantes a terroristas con los que anda, o cuando duerme profunda, él ya está en su oficina estudiando y tomando decisiones, dando órdenes y analizando qué es lo mejor para este país, y le digo una cosa: si usted puede dormir tranquila y seguir yendo a estudiar a ese refugio de vagos, aunque le pese, es porque él está allá, velándole el sueño, y no sólo a usted sino a cuarenta y cinco millones de colombianos, ¿sí me oyó, jovencita?

¿Ah, sí?, ¿vela mi sueño?, dijo Juana, no fregués, ¿y vela el de los sindicalistas asesinados?, ¿vela el del líder de las negritudes del Chocó, abaleado por los que le financiaron parte de la campaña?, ¿vela por los cuatro millones de desplazados?, ¿por los cadáveres N. N. de las fosas comunes que tiene este puto país? No, papá, no te engañes. Los únicos que pueden dormir tranquilos acá son los paracos, y no sólo dormir: pueden seguir matando sindicalistas y gobernadores, alcaldes o estudiantes de izquierda, jóvenes desempleados y drogadictos; pueden seguir haciendo billete y contratando con el Estado para robarse la plata; pueden seguir

amedrentando campesinos, quitándoles las tierras con sólo acusarlos de guerrilleros, papá...

¡Los paracos son los únicos que pueden dormir tranquilos en este país!

No la gente decente, no la gente humilde que, por absurdo, sigue apoyando al presidente por ignorancia o porque los tienen comprados a punta de subsidios, ¡la plata del Estado que él da como si fuera un regalo! Porque nunca se ha robado tanto y nunca los paracos habrían podido hablar en el Congreso, obligando a los congresistas a escucharlos, ¿ya se te olvidó eso?, ¿recuerdas que el servicio de seguridad sacó a empujones a un representante de las víctimas que alzaba una pancarta?, ¿ya no te acuerdas?, pues yo sí, eso pasó en esta respetable patria, ¡el representante de las víctimas echado a patadas para que los asesinos puedan hablar!, ¿qué democracia es esta?, ¿cómo se llama un gobierno que permite eso?, ¿ah? Si yo puedo dormir tranquila, papá, y quién sabe por cuánto tiempo, es porque gracias a dios también existen en el Congreso personas decentes, como el senador Petro, que se juegan la vida para que el país abra los ojos.

Papá se contuvo para no dar un puñetazo en la mesa o tirar su vaso contra la pared, y dijo, ay, Juanita, mejor cállese, ¿sí?, usted ni sabe lo que está diciendo, sólo repite lo que le enseñan los terroristas de la Nacional, pero es que usted es muy jovencita y no sabe de dónde viene cada uno, por eso no sabe que ese senador es comunista y que ya fue guerrillero, ¡un terrorista!, tiene las manos untadas de sangre y no puede venir hoy a darle lecciones a nadie. Ya se lo dijo el mismo presidente, ¿sí sabía eso?, y Juana, que era líder estudiantil de su curso, le dijo, papá, el M-19 no era comunista, porque ser comunista, al menos en este mundo, es incorporar el pensamiento de Marx o de Lenin o incluso de Mao, y el Eme no era así, era un socialismo bolivariano y latinoamericano, y además ser comunista o haber sido comunista no es ningún delito, que yo sepa, ¿de dónde salió eso? En cambio ser paraco, apoyar las masacres de campesinos y a los parapolíticos del Congreso es ser una persona decente, que ama el progreso, al país y a la virgen, ¿no es cierto? Ese es el problema, papá: aquí todo está al revés, pero si uno dice que el máximo jefe paramilitar está de presidente la gente grita y se persigna.

No, mijita, reviraba papá, si eso fuera cierto no los habría extraditado, no estarían en cárceles gringas pagando por lo que hicieron, ¿y eso cómo lo explican sus instructores de la Nacional?, y ella, todo el mundo sabe que los mandó para taparles la boca, para que no lo acusaran, ni a él ni a sus compinches, en el fondo los traicionó, porque la característica de los verdaderos jefes mafiosos, y eso ya está estudiado, es su capacidad para deshacerse de los que les ayudaron a subir, ¿no has visto *El Padrino*, papá?, te la deberías repetir, pues no entendiste nada. *El Padrino* en Colombia es una crónica costumbrista.

Discutían y discutían, a gritos.

Mamá se quedaba callada, mirando con rabia. Yo analizaba las manchas del techo o la punta de mi zapato.

Ya ve, señor cónsul, hasta qué punto los días y las noches eran infernales en ese horrendo manicomio.

Aparte de los libros, a mi hermana y a mí nos gustaba el cine. Con las películas soñábamos. Las veíamos y luego nos íbamos a fumar un bareto al parque, junto a mi caño y mis dibujos. O nos subíamos al techo de la casa y ahí las comentábamos, las revivíamos, haciéndolas entrar en nuestra vida común y secreta.

Lo más importante, claro, era el cine de autor: Wong Kar-wai, Fellini, Scorsese, Tarantino, George Cukor, Cassavetes, Kurosawa, Mike Nichols, Tarkovsky. Pero a veces, por absurdo, las que más daban pie a nuestros juegos eran las comerciales, las de Hollywood. Imaginar que yo era Edward Norton y ella Helen Hunt, por ejemplo, o elegir personajes de otras películas. A ella le gustaba *Sabrina*, un remake que hicieron con Harrison Ford de una película de Billy Wilder, y a mí Tom Hanks en *Juegos de poder*, en la que Juana eligió ser el personaje de Julia Roberts, siempre y cuando pudiera cambiarla y que no fuera una millonaria de derecha sino una activista, líder de una oenegé, pero yo le decía, Juana, si la cambias te tiras la historia, más bien elige otro personaje, pero ella insistía, lo que debemos hacer es cambiar lo malo, para que las películas sean mejores, y yo le decía, ¿por qué eres tan radical?, no todos pueden ser buenos, para que haya buenos tiene que haber malos, y ella contestaba, tan bobo, pero yo no tengo por qué ser mala si no quiero.

Uno de nuestros ídolos era Wong Kar-wai.

En sus películas encontrábamos el abandono y esa tremenda necesidad de afecto, tan nuestra, y nos hacía soñar con otros mundos: ¡Asia! ¡Hong Kong! Sabíamos que esas ciudades existían en los mapas, pero con Wong Kar-wai nos pareció que en ellas vivía gente como nosotros: solitarios en ciudades fantasmales, gente frágil en avenidas y cafés, con una imperiosa necesidad de inventar razones para seguir adelante y la sensación de haber perdido antes de salir, de que hay algo terriblemente equivocado en el punto inicial, en fin, todo eso que se ve en *In the mood for love*, *Chungking express*, *2046* o incluso en *My blueberry nights*; las vimos en cine club y las demás las alquilamos o bajamos de Internet, una cosa extraordinaria, un reconocimiento y un placer en ese reconocimiento que nos superaba, pero no era el único, también adorábamos las películas de Cassavetes, *Opening night* o *Shadows* o *The killing of a chinese bookmaker*, donde los personajes están aún más desesperados, y al verlos comprendíamos que sólo en el universo del arte nuestra vida podía transformarse en algo bello, una enorme contradicción, señor cónsul, pero es así: ese gran fastidio podría generar algo perdurable, lo entendimos desde muy jóvenes y por eso creímos que nuestra vida, en el fondo, tenía algo de valor, siempre y cuando permaneciéramos juntos.

Al ver las películas de Cassavetes sentíamos que otras personas, en los años setenta, habían vivido cosas parecidas, y como eran neoyorquinos iban a salas de teatro y bares rotundamente vacíos, como los de Hopper, donde la gente toma whisky sin hielo ni soda, tarde en la noche, y hay actores y dramaturgos depresivos, alcohólicos, y así, una película tras otra, nos fuimos adentrando en ese mundo, y también en los filmes de Martin Scorsese sobre Nueva York, desde *Mean streets* hasta *Casino*, personajes no completamente adaptados, con un deseo de escapar y una gran fragilidad, la incertidumbre de haber sido herido muy pronto en el ring, casi de salir mutilado, escondiendo un golpe o un tajo que nos avergüenza y nos hace miserables, como escribió Sartre, así nos parecía la vida, y cuando más adelante leí *A puerta cerrada* entendí a la perfección su propuesta, como si una pieza faltante y muy deseada se acoplara a mis células, una comprensión vehemente de las ideas, la seguridad de que algo es verdadero

y por eso una de sus frases resonó por años en mi cerebro, «el infierno son los otros», no se puede llegar a tal concisión sin haber sentido y vivido lo que yo sentía en esos años, señor cónsul, se lo aseguro.

El techo de la casa era uno de los lugares donde nos sentíamos libres. Ver los aviones cruzando el cielo nos daba nervios porque sabíamos que un día también nosotros nos iríamos, ¿qué cosas ocurrían ahí, adentro de esas pequeñas luces móviles?, ¿qué preguntas se harían quienes viajaban?, ¿adónde iban? Entonces inventábamos historias de pasajeros: uno que va a estudiar muy lejos, que se acaba de secar las lágrimas porque la novia, en el último minuto, le dijo que a pesar de la fogosa despedida no pensaba esperarlo, un pobre muchacho que iba pensando, como en el poema de Neruda, lo amenazadores que son los nombres de los meses, y de pronto Juana me interrumpía, oye, Manuel, ¿piensas mucho en el sexo?, ¿ya te desvirgaste?, y yo, pero qué va, Juana, con quién me voy a desvirgar si no tengo amigas, y ella, bueno, te voy a conseguir una vieja bien linda que te deje encarrilado, y si te gustan los tipos también, ¿ah?, eso me gusta más, un hermano gay, ¡podríamos compartir novios!, pero yo le decía, no creo al menos por ahora, yo te aviso si noto algún cambio.

Al otro día el fiscal llegó puntual, a las siete de la mañana, en un flamante Toyota Crown negro de vidrios ahumados. Lloviznaba, hacía calor. Salimos lentamente del centro sorteando una muralla estrepitosa de autos, *tuk-tuk*, bicicletas y buses. Las ciudades asiáticas son siempre así, coloridas y caóticas: avisos en lo alto de las calles ocupando el espacio visual, pendones de un lado a otro de las avenidas. A esa hora el olor era distinto: exhaustos, neumáticos recalentados, picante frito, leche de coco hervida. En cada semáforo los vendedores venían a la ventana a agitar su oferta: relojes falsos, bolsas de cardamomo, bolígrafos Montblanc a diez dólares, chaquetas de cuero Armani o de cualquier otra marca.

El tráfico era fuerte, pero fluía.

—Antes era mucho peor —dijo el fiscal—. Hace diez años hubo un atasco que duró once días. Tuvimos que sacar los carros con helicópteros. Construimos vías aéreas y esto es lo que vino después. Como ve, la garrafa se está volviendo a llenar y habrá que hacer algo. Si no viniera tanta gente lumpen sería mejor.

El aire acondicionado iba a fondo. Una de las rejillas, la que estaba sobre mi pierna, goteaba. Al fin entramos a una vía rápida y, con la sirena puesta, pudimos avanzar. La ciudad quedó atrás y el paisaje se llenó de caseríos pobres, árboles de plátano, arrozales y palmeras. De vez en cuando aparecía un lago artificial con flores de loto. Más adelante el conductor dobló por una carretera que parecía alejarse del campo y regresar a la ciudad, hacia un suburbio, hasta que llegamos a un muro de concreto y piedra. En lo alto tenía alambre y torres de vigilancia.

Era el presidio de Bangkwang.

—Hay una vieja leyenda —me dijo el fiscal—. Antes, cuando todo esto era más salvaje, los chimpancés venían a subirse por los muros. Les gustaba caminar entre los cables de seguridad, meterse a las garitas. Incluso algunos bajaban a las celdas. Los guardias descubrieron que era divertido dispararles y los presos los guardaban para comérselos. Tenían mucha proteína. Entonces dejaron de venir. Hoy todo el mundo los echa de menos, y dicen que los fantasmas de los chimpancés corren por los techos. Somos un país supersticioso. ¿Cómo es el suyo? He visto que ustedes no tienen pena de muerte, pero hay más ejecuciones que acá, ¿cómo puede ser eso? Tendrá que explicármelo.

Por suerte las preguntas eran retóricas, pues continuaba hablando, gesticulando, explicando.

Ya eran cerca de las nueve y el termómetro no paraba de subir. La verdad es que habría dado la vida por una ginebra helada (incluso a esa hora). El fiscal estacionó a un lado del portón y, tras saludar a los guardias, subimos a las oficinas. Ahí me presentó al director, un hombre con la cara llena de cicatrices y verrugas que me dio un apretón de manos, sin mirarme.

Sabe a qué vengo, pensé, habrá recibido a centenares de diplomáticos pidiendo lo mismo.

No hizo ningún gesto de cortesía y en el fondo se lo agradecí. Si algo me fastidiaba de ese trabajo era la sonrisa innecesaria y el fingido interés. Luego nos condujo por un corredor sin aire acondicionado en el que ya se oía el ruido de los reclusos. Ahí nos alcanzó el vaho espeso. De nuevo el calor.

—Haga el favor de sentarse ahí —me dijo al llegar a una especie de salón de clase—. Ya lo traemos.

Esperé golpeando los dedos contra una mesa perforada por el comején. Luego se oyó una reja abriéndose, el tintineo de unas llaves.

Lo vi venir arrastrando los pies, con los tobillos esposados. En verdad que era flaco. Gustavo lo había descrito bien: parecía una figura de El Greco.

Al acercarse lo noté muy nervioso, aunque no dijo nada hasta que el guardia no le soltó el brazo. Nos presentamos, me miró con sorpresa.

—¿El escritor?

Asentí, algo incómodo.

—No he leído sus libros —dijo—, pero le voy a decir algo: esta no va a ser una novela negra, ¿quiere sorprenderse? Va a ser una novela de amor. Más adelante le voy a explicar por qué.

Pareció titubear, miró a su alrededor con nerviosismo y continuó:

—Me dijeron que tengo que declararme culpable, que me darán pena de muerte, ¿es cierto? ¿Cuándo voy a salir de aquí? Vino a sacarme, ¿verdad?

Lo saludé. Luego miré al fiscal.

—Déjenos solos, por favor.

—No entiendo su lengua —respondió molesto—, nadie aquí la entiende, es como si estuviera solo.

—Está esposado, no se va a ir.

—Más le vale —dijo—, tiene diez minutos.

Encendió un cigarrillo y caminó de mala gana hasta el fondo del patio. Luego hizo un ruido —no sé si fue una palabra, no escuché bien— y los demás también se alejaron.

El detenido me miró con apremio.

—¿Vino a sacarme? ¿Voy a salir con usted?

—Ojalá pudiera —le dije—. La acusación de la fiscalía es grave. Van a pedir pena de muerte y es poco lo que se puede hacer, excepto declararse culpable. Con eso le dan treinta años y luego se hace el trámite para el perdón o la clemencia del rey. Eso demora ocho o nueve años. Esta tarde voy a contratar al mejor abogado de Bangkok, pero sé por el fiscal que una sentencia de absolución es imposible. Hay una bolsa de pastillas de prueba. Voy a consultar con Bogotá para que el ministerio pida oficialmente que su sentencia se cumpla allá, pero para eso se necesita tiempo y la condena a muerte no tiene vuelta atrás. ¿Entiende? Una vez emitida puede cumplirse en cualquier momento. Al abogado y al recluso les avisan dos horas antes.

—¿Me está diciendo que me declare culpable? —dijo alterado, negando con la cabeza—. La primera vez que vi esa puta bolsa de pepas fue cuando llegó la policía. No sé de dónde salió. Yo estaba en otra cosa, cónsul.

—Le creo, pero ese no es el problema. Vamos a investigar a ver si podemos saber qué fue lo que pasó. Puede que agarren a alguien. De todos modos, hasta el día del juicio no hay que hacer nada.

Manuel me miró sin parpadear y le hice una pregunta. La más estúpida y triste de las preguntas.

—¿Lo tratan bien?

No contestó con palabras. Su cara se oscureció y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¿Quiere que llame a alguien en Colombia? —le dije.

Movió la cara diciendo, no, no... Un no asustado, desligado. Puse una mano en su antebrazo y le dije, ¿y su familia?

—No tengo a nadie —dijo—. Es mejor que todo esto se quede aquí.

Su miedo parecía más antiguo, incluso anterior a Bangkwang y a la bolsa de pastillas. Un miedo licuado en la sangre y en las células. Reconocí en su expresión lo que había dicho Gustavo: como si hubiera en él preguntas represadas y temiera sacarlas a la luz, darles realidad.

—Soy amigo de Gustavo Chirolla —le dije.

Una luz brilló al fondo. Respiró fuerte y dijo:

—¡El viejo Tavo! Buen profesor. Lástima que pocas veces me atreví a hablar con él.

El tiempo se acababa y el fiscal comenzó a impacientarse. Me hizo una seña, un chasquido con los dedos.

—Voy a quedarme acá estudiando el caso con el abogado —le dije a Manuel—. Todo saldrá bien. Vuelvo en tres días. Puede mandarme llamar si pasa algo. Estaré pendiente.

Volvió a hundirse dentro de sí, como un animal que regresa al fondo de su cueva. La misma expresión y sequedad del principio. Avanzó unos pasos y se dio vuelta, sin decir nada. Le hice un adiós, pero el fiscal se interpuso y me empujó hacia afuera.

—Vamos —dijo—, debo estar en mi oficina antes del mediodía.

De regreso al hotel me senté a ordenar las ideas. Es inocente, no hay duda. ¿Qué habrá querido decir con esas palabras? «Esta no va a ser una novela negra, ¿quiere sorprenderse? Va a ser una novela de amor. Más adelante le voy a explicar por qué.»

¿Novela de amor? ¿Qué tipo de amor puede haber en todo esto?

Escribí un correo a la DACCCE explicando que necesitaba fondos para contratar a un abogado por lo complejo de la situación. También pedí

asesoría legal y antecedentes. Era pasado el mediodía. Dejé la chaqueta y corbata sobre la silla de mi habitación y me puse algo más cómodo. Volví a salir.

«Hotel Regency Inn, habitación 301. Suan Plu Soi 6, Sathorn Road, Thungmahamek, Silom.»

Era una calle bastante banal. Si uno reemplazara los avisos en lengua thai por español podría estar en Bogotá, Lima o el DF. Un automóvil sin una rueda a un costado de la calle. Una panadería. En la esquina una farmacia con un mostrador de madera pintado de azul. Un muro con carteles y afiches viejos, descoloridos. Tal vez publicidad o propaganda electoral.

En el número 6 estaba el hotel, un inmueble viejo y sucio, aunque con pretensiones. El aviso «Regency Inn» colgaba a la altura del segundo piso pero la «n» de Regency se había caído. Lo de tres estrellas me pareció abusivo, aunque aún no había entrado. Preferí esperar un poco. ¿Esperar qué? No tenía idea, pero hice tiempo en la panadería. Pasé de largo dos veces, mirando furtivamente hacia adentro. Al fin me decidí y entré. Un lobby oscuro y húmedo. Alfombras con quemaduras de cigarrillo. Olía a colilla y aire estancado.

—Bienvenido, señor, ¿en qué puedo ayudarle? —dijo un joven de dientes podridos, con los audífonos de un mp3 en las orejas.

Lo miré un instante sin saber qué decir.

—Me gustaría ver las habitaciones, ¿cuánto cuesta la noche?

—Veinticinco dólares, espere, le doy una llave —dijo.

Su caries olorosa me dejó en la lona. Miré el tablero de las llaves, la 301 estaba libre.

—Quiero la 301.

—Ah, ¿esa? Muy bien, tome, señor. No olvide devolvérmela antes de salir. ¿Para cuántas noches sería?

Sin mirarlo, ya rumbo al ascensor, le dije: primero quiero verla, luego ya veremos.

Era la habitación en la que detuvieron a Manuel Manrique. No pensaba encontrar nada, sólo mirar. La 301 estaba al fondo de un corredor que moría

en una ventana, frente a un patio algo escabroso y húmedo, con plantas que se habían pegado a la pared y trepaban por las cañerías.

Abrí la puerta pensando que la policía debía de haber registrado todo muchas veces. Me recibió el mismo olor húmedo del lobby, pero más concentrado. Al ponerse en marcha, el aire acondicionado llenó el espacio con el gas de su condensador. Esto pasa con los aparatos viejos. La cama era modesta pero decorosa, junto a un armario de madera plastificada. El tapete parecía en mejor estado que el de la escalera. La ventana estaba justo a la altura de una vía rápida en curva. Las luces de los carros, en la noche, debían de entrar filtradas por las persianas.

Imaginé a Manuel sentado en esa cama, el cuarto recibiendo el fognazo de los faros, intermitentes, proyectados en el muro. Tal vez comiendo un sándwich de pollo y una Coca-Cola dietética. La imagen de alguien que desea que algo ocurra, o que se protege de algo que lo acecha. El olor del cuarto parecía sugerir: aquí se sufrió en silencio, en soledad. Pensé que ese lugar, en plena noche, debía de poblarse de demonios, en esa hora fría en que los pájaros llaman tristes al sol.

¿Cuánto tiempo pasó Manuel aquí? Debía preguntárselo. El baño tenía baldosas amarillentas. Un zancudo revoloteaba en torno a la cortina de la ducha, ennegrecida y rota. Metí la cabeza pero no había nada. Un espejo. La llave del lavamanos goteaba.

Volví al corredor, al ascensor. Bajé al lobby. Devolví la llave y salí a la calle, dándome cuenta de que sudaba. Era un lugar opresivo o tal vez era yo, o la historia. Caminé hasta el cruce con una avenida, paré un taxi y regresé al hotel.

Al abrir el correo ya había una respuesta de Colombia: «Enviar presupuesto para autorizar fondos. Redactar informe pormenorizado de la situación».

Llamé a la embajada de México para hablar con la ministra consejera, Teresa Acosta. Me habían dicho que podía ayudarme y, en efecto, me dio cita para esa misma tarde.

Las oficinas quedaban en la torre Thai Way, no muy lejos de mi hotel, una descomunal construcción de vidrio y granito en la zona empresarial,

North Sathorn Road, el rostro del capitalismo asiático, la cara más conspicua y estridente de la modernidad.

—Nosotros no hemos tenido casos de presos —dijo la diplomática mexicana—, pero he sabido de muchos, sobre todo australianos y británicos. Lo mejor es que el condenado se declare culpable y pida la clemencia del rey. Es lo que se interpreta como correcto, una muestra de respeto a su sistema judicial. La diplomacia es importante. A veces se puede obtener que purgue la pena en su país. Lo difícil es lograr todo eso sin tener embajada. Te soy sincera. Escuchan, pero no le dan la misma importancia, no están obligados a hacerlo.

Me dio el teléfono del abogado. Lo llamé desde su oficina y, por la recomendación de Teresa, aceptó verme al día siguiente. Teresa, además, se ofreció a acompañarme, gesto que agradecí.

Era una mujer simpática y atractiva, de unos cuarenta años bien llevados (tal vez alguno más). Me cayó bien, me pareció generosa. Le propuse bajar a la calle a tomar algo mientras escuchaba sus consejos de cómo moverme. Aceptó y fuimos a un bar cerca de sus oficinas.

Estaba en Bangkok hacía tres años, era diplomática de carrera. Los problemas de su gente tenían que ver con robos y engaños a turistas. Sólo una vez hubo un caso menor de posesión de drogas en pequeña cantidad que sólo llegó a la detención provisional. Por eso conocía al abogado, quien les ayudaba en todo.

Le conté la historia de Manuel y me escuchó sorprendida.

—¿Un joven filósofo? ¡Es lo más raro que he oído! —dijo—. Ha habido casos de gente a la que inculpan para tranquilizar a la policía o incluso a la prensa, dándoles un respiro a los que están realmente en el asunto. Es una cosa delicada. Tendrás que manejarlo con pinzas.

Pedimos ginebras y cubas hasta sentirnos agradablemente ebrios y con algo de hambre. Me propuso cenar en un lugar típico de su barrio, Sukhumvit, que resultó ser una zona animadísima, llena de restaurantes y bares, con mesas en la calle y avisos de neón.

—¿Te gusta el pescado? —dijo al sentarnos en la terraza de un lugar llamado Bo Lan—, porque si te gusta debes probar esto, mira.

Señaló en la carta: pargo rojo en curry de cúrcuma con leche de coco, un plato renacentista que en thai se llama *geng guwa pla dtaeng*. Al ordenarlo y beber un aperitivo, pensé, ¿cómo no evocar aquí, con todo el cariño posible, al gran Manuel Vázquez Montalbán, que murió en el aeropuerto de esta ciudad cuando hacía escala y que escribió *Los pájaros de Bangkok*? Se lo mencioné a Teresa.

—Conozco el libro —dijo—, hay un episodio en el que Pepe Carvalho va a cenar a un restaurante chino, el Shangri La, come pato y luego va a la casa de masajes Atami, que si no estoy mal aún existe. Luego, si quieres, puedes ir. Las mujeres deben de ser espectaculares.

—No es la mejor novela de Vázquez Montalbán —le dije—. Tiene algo muy años ochenta de España, que es considerar a Asia territorio exótico y risible. Los personajes hablan como en Tintín: «¿quiele conocele nuestla ciudad?».

La comida estaba deliciosa y bebimos más licores, entre ellos el mekong, cóctel citado por Vázquez Montalbán (leyéndolo había descubierto el singapur sling y el whisky Lagavulin). Después de la cuenta Teresa me invitó a tomar el último en su terraza.

—Te invito a hacer el tour de Bangkok en un minuto —dijo.

Vivía en el piso más alto de un enorme edificio y, en verdad, se veía toda la ciudad, 360 grados: las luces violetas y metálicas de los rascacielos, la silueta negra del río, las vías atestadas en la distancia, el perfil luminoso de una inabarcable metrópoli.

Su apartamento era un agradable *deux pièces* con antigüedades, objetos de diseño y un original de José Luis Cuevas en el muro, *Retrato de mujer*. Ahí seguimos la charla.

—Mi marido y yo nos separamos de un modo algo brusco —dijo—, pero hay gente que se casa en el punto en que él y yo lo dejamos. Siempre lo quise mucho. Todavía lo quiero.

Su hija mayor cursaba un doctorado en derechos humanos y vivía en Aguascalientes. La menor estaba por terminar Ciencias Políticas en la Sorbona. Era funcionaria de carrera pero le gustaba la literatura y, por supuesto, tenía por ahí, guardados, algunos poemas que por nada del mundo le mostraría a nadie. Me habló de Bonifaz Nuño, de Octavio Paz, de

Gerardo Deniz. Le dije que había leído *Gatuperio* y casi no me cree. ¿Conoces a Deniz? ¡No chingues! Pero si es muy poco conocido fuera de México, ¿a poco?

Cuando la literatura llega a una conversación, esta ya no tiene fin, así que recargamos los vasos. Intenté resumirle lo que admiraba de México. Un mar de letras que va y viene por el Golfo, que ondula y se mece entre la selva de Chiapas y el desierto de Sonora, Ciudad Juárez y el norte. México era el país de los escritores colombianos. Le pareció divertido. Otros dicen lo contrario, que a México se va a morir.

—Es lo mismo —le dije, ya achispado—, donde uno vive, muere, ¿no?

Preguntó por Octavio Paz en Delhi. Le conté que literariamente India era territorio paziano u octaviano, no sé cómo se dirá, ¿pazteco?, ¿octávico?, ¿octopázico? Nos reímos.

La residencia de la embajada mexicana es una atracción turística, le dije, a mí me la mostró tu colega Conrado Tostado, agregado cultural, el mismo que me dio tu teléfono, por cierto. Queda en Prithviraj Road. Ahí está todavía el árbol de Nim donde Paz se casó con Marie José, en 1964, un año antes de que yo naciera, y ella exclamó, ¿del 64?, pues fíjate que tenemos la misma edad, eso se celebra, antes de irte tienes que probar un tequila, y sacó una botella de colores, abrió un tapón de corcho y dijo, espera y verás que esto sí es lo más chingón de México, y me mostró la etiqueta, «José Cuervo, Reserva especial de la familia», ¡bueno!, esto es brandy, mejor aún, y agregué: si se habla del desarrollo del espíritu humano, las personalidades más influyentes del siglo xx son Johnnie Walker, Smirnoff, los Bacardí y José Cuervo, oye, ¿no es curioso que no haya mujeres?, y ella, hay una japonesa, ¡Banana Split!, gritó, con carcajada ebria, dejando escapar gotas de su boca, pero le dije, no vale porque no tiene alcohol, y ella, pues nada más le echas un chorrito, ¿no?, ¡o la zorra de Bloody Mary!, y le dije, se nos olvida la más fácil, ¡Margarita!, y una dama importante, ¡la Viuda Clicquot!, entonces se levantó y dijo, mira, escucha esto, pero sólo una, te lo juro, y puso a José Alfredo Jiménez.

Recordé a Fernando Vallejo: «Si México fuera el centro del mundo, José Alfredo sería música clásica». Gran venia, tipo inteligente Vallejo, pues ahí le va la honra, y puso «Ella» subiendo el volumen, y al ver que me

inquietaba por los vecinos dijo, no te preocupes, los thai son tranquilos, además no tengo gente ni arriba ni a los lados. Son oficinas.

Escuchamos otras dos hasta que miré el reloj y vi, horrorizado, que eran las dos de la mañana. Disculpa, Teresa, me tengo que ir, qué velada tan deliciosa, ¿podrías llamarme un taxi?, y ella, claro, basta con pedirlo a la portería, hay una parada al frente.

Al llegar a mi hotel encontré otro mensaje de Gustavo que decía:

Hola, viejo, supe que Manuel se alejó de la gente de filosofía cuando salió de la universidad, pero que hace unas semanas estuvo haciendo preguntas. La hermana desapareció hace unos años y parece que andaba indagando. Me van a conseguir algunos teléfonos de esas personas para preguntarles qué quería, de qué hablaron. ¿Eso te serviría? De todos modos sabes que acá esas vainas no son fáciles. Cuéntame.

Le respondí de inmediato:

Claro, Tavo, y si puedes averiguar quién era la hermana, qué tipo de gente frecuentaba y cuándo desapareció, mejor. Gracias, hermano. Un abrazo.

MONÓLOGOS DE INTER-NETA

Me desdoble y soy muchas, contradictorias, salvajes, clandestinas. Hoy le brindaré este espacio a una de mis amigas para que nos cuente su historia, para que se dirija directamente a ustedes, queridos bloggers, ¿quién es?, ¿seré yo misma, proyectada?, ¿serás tú?

Adivinen, lean, inventen.

Tengo mil apodos, pero el que más me gusta es La Tongolele. Así me pusieron en el Splendor, un bar karaoke de Culiacán, norte de México, donde fui a cantar una vez con un noviecito que tenía. O con un amigo vio, más bien, pues era casado, pero en fin, yo no le pongo problemas a eso. Canté «Ella», de José Alfredo, y mi mancito se acercó al oído y dijo: cantás como La Tongolele, y así me quedé. Espero que les guste. A mí me fascina. He visto que una parte del público es como yo y por eso voy a hablar sin tapujos: el nombre con el que nací es asqueroso, decadente, de pobre: Wilson Amézquita. Tuve que mamarme ese horror, y perdonen, hasta la mayoría de edad, cuando por fin me lo operé, como si fuera una deformidad o un tumor. Siento un tirón en el estómago con sólo decirlo. Amézquita, ¡qué ceba! Lo cambié por Jennifer Mor, más elegante y romántico, que evoca a una mujer sentada en un salón leyendo obras clásicas, por ejemplo *Fedra*, de Racine, mientras afuera, en Nueva York, llueve a cántaros y se oyen apagados los pitos de los taxis. Uf, ¡Wilson! ¡Ni que fuera una pelota de tenis! Ese

nombre sugiere un orinal con aserrín y moscas en una chichería de Choachí. Soy una dama, tengo en mi mente cosas delicadas y bellas.

Me cambié de sexo en la clínica Tarabaya Memorial de Bangkok, a los veintiún años, cuando acepté una gran verdad: lo que a mí me gustaba era estar con hombres, no con maricas. Perdonen, soy culta y sé que esas palabras no se deben usar, pero me dijeron que hablara como si estuviera en mi casa. Así que, si les molesta, qué pena. Decía que me hice operar en Bangkok. Lejísimos pero seguro. Allá un montón de gente se hace el cambio de sexo y tienen experiencia. Les queda todo divino. Primero lo vi en una revista y después hice averiguaciones. Mis amigas me dijeron que estaba loca. Tonguis, ¡te enloqueciste! ¡Se te corrió el champú! Pero yo estaba segura. Cherezada, que es como una hermana, fue la única que le metió un poco de ciencia y me previno, que no valía la pena, que era un riesgo innecesario. Según ella las mujeres tienen tres cucas: una en la boca, otra en la vagina y la tercera allá atrás, en el cuatro letras, ¿no? Y entonces decía y dice todavía: de esas tres yo tengo dos y con eso me contento y hago felices a mis hembras, a los que también les gusta lo punzante. Para Cherezada es suficiente, pero no para mí. Yo quería verdaderos hombres, de los que no se consiguen teniendo el *sauçisson* en activo. ¡Guerra de espadas! Cuando me recuperé de la operación, que eso lleva su tiempo —por cierto, ¡Bangkok es divino!—, fui donde un preparador físico, pues ahora venía la transformación exterior... Le mostré una foto de Pamela Anderson, la mamacita a la que quería parecerme, y le dije: necesito ser así, ¿qué tengo que hacer?, ¿cuánto vale?

No me dijo que era imposible, aunque me miró con tristeza. ¿No podías haber elegido un modelito más fácil? Le dije que no, que la Anderson era la mujer de mis sueños; si hubiera sido hombre, hombre en el alma, sería una nena como ella la que habría querido a mi lado. La que me gustaría encontrar cada mañana entre las sábanas, en la ducha, cuidarle un cólico o verla sentada en el váter, haciendo el pipí matutino. Por eso quiero ser como ella. Tampoco es que estuviera tan lejos. Quiero decir, mis queridos, que yo ya era una mujercita, los hombres me tiraban pupila cuando me levantaba, cuando salía a caminar; yo sentía

esa mirada que levanta minifalda, atraviesa tela de calzón y se clava allá adentro, como el comején pero bien rico, es una delicia que la miren a una así, ¿no es cierto, mis tongolelos? Pero sigo con mi historia: con la foto de Pamela me fui donde el mejor cirujano plástico, un paisa simpatiquísimo, Tomás Zapata, que es el que hace bonitas a las mujeres que importan en este mundo, empezando por Amparito Grisales y Fanny Mickey, hablo del cuerpo y no del alma, y no sólo en Colombia sino también en España y Brasil, allá donde están las grandes ligas, y le dije, Tomasito, amigo del alma, esto es lo que hay y esto es lo que queremos tener. Entonces le saqué una foto de Pamela que originalmente era en tanga pero que con Photoshop empeloté, pues necesitaba que me entendieran bien. Tomás la agarró al vuelo y dijo: vamos a hacerte bien parecida, mejor dicho igualita, mi amor, y el resto se lo ponés tú con esa gracia y esa inteligencia que te dio dios. Ay, ¡yo a ese Tomás lo adoro! Porque como dicen los clásicos: no hay belleza donde no hay cerebelo.

Pero en fin, aquí me invitaron a contar aspectos de mi vida y mi relación con Pamela, no a filosofar, así que sigo contando: primero fueron las siliconas, el bótox, las costuras y remiendos, y luego, cuando me repuse de todo, empecé el trabajo físico. Tres horas de gimnasio al día. El bronceado me lo hago con productos PA, que son los mejores porque tienen su sigla, que es un amuleto. Yo cuido cada cosa, cada detalle, porque el cuerpo es una pintura. Digamos, para las que sean cultas, como *La ronda de noche* de Rembrandt. Cada marica, cada orla del vestido, cada sombra, todo es perfecto. Así debe ser una si el objetivo es ser la más hermosa del mundo, o por lo menos de mi propio mundo, no seamos tan presuntuosas. Si uno quiere ser una dama y no una loca de peluquería. Cada cosa ínfima debe estar perfecta porque si no se tira el conjunto. Este pelo tan lindo que tengo, por ejemplo, es natural. Y bueno, ya me ven hoy. Pasado mañana cumpla treinta y cinco y nadie me cree. Todos me ponen menos de treinta. Y alguno hasta me confunde con la original, pasados unos tragos, pero yo siempre les digo: no, papito, yo soy la otra, la number two, ¡la original es inalcanzable! El otro día un noviecito que tengo, para sacarme la piedra, dijo que yo era

la Pamela de los pobres. Tan bobo. Si supiera que ya he ganado siete concursos de belleza en bares trans, a nivel latinoamericano, y que he sido Miss Camiseta Mojada Trans 2007, 2008 y 2009. En el 2010 me lo robaron para dárselo a la novia de un traqueto, una maricona inmunda que le pagó a los jueces. Cuando la cosa es limpia siempre gano yo, que soy la más bella porque soy idéntica a Pam. Ya me imagino que todos deben de estar pensando si la conozco. Pues les tengo un chisme: sí, una vez nos vimos. En un desfile de beneficencia. Ella estaba en su camerino y yo en el mío, pero preferí no saludarla. Me dio miedo. ¿Qué tal que me diga algo descortés? ¿Qué tal que me mire con inquietud? Ella y yo, en el fondo, somos las dos caras de una misma persona. Por eso prefiero no conocerla y seguir soñando. ¿Qué podría hacer? Me quedaría muda, o podría decirle, simplemente: siempre quise ser tú. Pero eso, mis queridas, no se le dice a nadie. Ni siquiera a una diosa.

En esos años tuve un solo amigo, señor cónsul, un compañero del colegio bastante excéntrico, con una extraña vida. Un tipo silencioso, que se pasaba las tardes leyendo. Se llamaba Edgar Porras, pero a veces, por mamar gallo o por provocar, se hacía llamar Edgar Allan Porras. Como podrá imaginar su autor favorito era Poe, a todas horas cargaba un libro de él en su chaquetón, una especie de sobretodo muy teatral color verde olivo.

Vivía en Santa Ana Alta, él sí en la de los ricos, y su casa era un palacio de nueve cuartos y varios pisos, en la última fila antes del cerro. Sabía inglés y francés porque había vivido en varios países, pero casi nunca los hablaba. Decía que sólo le interesaban los idiomas para leer. A mí me impresionaba su biblioteca, me hacía sentir pequeño. Yo sólo sabía el poco inglés y francés del colegio, que no daba para leer nada en serio. Él en cambio tenía, y bien leídos, libros en lengua original de Céline, Malraux y Camus, de Poe y Lovecraft, de Salinger y Dylan Thomas, de Roth y Bellow, y también de autores que yo apenas conocía como David Foster Wallace, Kurt Vonnegut, John Cheever o Thomas Pynchon.

Iba a su casa los fines de semana y a veces me quedaba a dormir. El pretexto era el estudio. Mis papás no eran muy dados a estos permisos, pero como la de él era una familia rica a papá le impresionaba y siempre acababa aceptando. Como buenos arribistas, les parecía un triunfo que su hijo frecuentara familias ricas, y mamá, adicta a las telenovelas «aspiracionales», hablaba orgullosa de los Porras en la floristería. Por supuesto que Edgar y yo nunca estudiábamos, estar allá era la disculpa ideal para hacer otras cosas, porque los Porras siempre salían a cenas o cócteles, y las pocas veces que estaban en la casa era porque daban fiestas o cenas

multitudinarias, y como era tan grande podíamos estar en el cuarto y no oír nada.

El señor Porras era representante de una petrolera francesa, aunque nunca entendí bien cuál era su trabajo. Una especie de diplomático en su propio país. Los hermanos de Edgar eran mayores, dos hermanos y una hermana. Casi nunca estaban o casi nunca salían de los cuartos, ya le dije que era una casa extraña. No había obligación de sentarse a comer juntos así que cada uno iba a la cocina, se servía y se iba a comer a su cuarto chateando en Facebook, oyendo música o con otros amigos. La cocina era un pequeño restaurante en el que había de todo. La hermana se llamaba Gladys y era mayor que Juana.

Además de enfermo de letras, Edgar era también erotómano y una vez me dijo que sabía cómo espiar a Gladys mientras se bañaba. Un domingo insistió en que fuéramos a verla. El baño tenía una ventana alta que daba a un cuarto de aseo. Subiéndose a la repisa se podía ver el cubículo de la ducha. Le dije que no pero él insistió diciendo que estaba rebuena, que tenía unas tetas enormes y un culo espectacular. Me pareció raro que hablara así de su hermana, y se lo dije, pero para él era normal. La vida es la vida, decía, hay que tomar las cosas como vienen. Me confesó que le robaba los calzones y tangas usados para olerlos y hacerse la paja. Por fin fuimos a verla, ¡y qué sorpresa! Estaba con un tipo y tiraban de lo lindo. Alzada, abrazada a él, de espaldas y agarrada de las llaves, levantando la cola y al final, de rodillas, mamándoselo, una cosa increíble. Edgar quiso hacer un video y fue corriendo al cuarto por su BlackBerry, ¡lo voy a colgar en YouTube!, dijo. Yo preferí no mirar, pensando en mi hermana.

En esa familia todo era extraño, desmesurado, pero él me caía bien y además era muy generoso. Me regalaba la mitad de las cosas que le traían de los viajes. La única vez que tuve una camiseta Lacoste fue por él, también unos Adidas y una camiseta Nike. Esas vainas, a esa edad, son importantes. Después uno se olvida, pero a los diecisiete lo marcan a uno.

Su hermano mayor, Carlos, nos regalaba cajitas de fósforos llenas de marihuana y nos decía: gócesela despacio, suave, no se den muy duro en la cabeza, chinos, ¿estamos?, y si los pillan chitón, si te he visto no me acuerdo. El papá cerraba con llave el bar, pero Edgar sabía cómo abrirlo

quitando una tabla, así que los sábados nos robábamos botellas de vino o de whisky, de lo que saliera, y las llevábamos en las correrías por los parques de Santa Ana y Santa Bárbara donde leíamos poesía, sobre todo Barba Jacob y León de Greiff, y claro, poemas de Poe en inglés que Edgar se sabía de memoria y gritaba al viento de las canteras y a los cerros, imprecándolos, desafiando a Bogotá cual Rastignac criollo.

A veces me leía cosas escritas por él y me sorprendía. Nunca había conocido a nadie que quisiera ser escritor, eso que para mi papá era tan tenebroso. Edgar decía que ser escritor era lo máximo a lo que podía aspirar un ser humano y, para él, todo lo que tuviera forma de libro era sagrado.

Tenía un texto sobre la vocación que me leía a cada rato y que recuerdo palabra por palabra, no sé de quién lo copió o si realmente era suyo, pero me acompañó durante mucho tiempo. Decía más o menos esto:

Te das cuenta de que eres un escritor cuando lo que revolotea o reverbera en tu cabeza no deja que te concentres en nada; ni leer ni ver una película, ni oír las cosas que dicen los demás, ni siquiera tu profesor o tu mejor amigo. Cuando tu novia te grita: ¡no me estás oyendo!, da un portazo y se larga, y tú exclamas, qué descanso, y sigues pensando en lo tuyo. Es un alivio que los seres queridos nos dejen. Si lo que pasa dentro de tu cabeza es más potente que lo que hay afuera y eso se traduce en frases, eres un escritor. Si no escribes la verdad es que debes pensarlo, tal vez te convendría hacerlo. Si uno es escritor, es mucho peor cuando no escribe. La mala noticia, dados los tiempos que corren, es que se puede decir también que estás bastante jodido.

Yo, en cambio, nunca le dije que hacía grafitis. Ese era un mundo secreto, lo más cercano a mi corazón, y sólo podía compartirlo con Juana. Varias veces me preguntó, ¿y usted, man, no escribe?, ¿cómo puede no escribir si le gustan tanto las novelas?, ¿ni siquiera poesía?, y yo, prefiero leer, soy muy pasivo o muy cerebral, me gusta contemplar el mundo desde un sitio lejano, ver sin ser visto, es una idea de lo sublime que leí después, señor cónsul, lo sublime como lo terrible visto desde un lugar seguro, cosas

así le decía a Edgar cuando él, adivinando secretos, comenzaba a hacer preguntas.

Cuando llegó la noticia del suicidio de Foster Wallace, Edgar se vistió de negro y me invitó a su casa. Tenía la cara pálida. Nos robamos del bar de su papá una botella de Martini, cuatro paquetes de papas fritas con vinagre importadas de Inglaterra, un frasco de atún finísimo y un queso holandés, y fuimos al cementerio de Usaquéen a celebrar una cena en su honor. Edgar llevó un par de ediciones originales. Yo había logrado conseguir en español *Algo supuestamente divertido que nunca volveré a hacer*, y *Entrevistas breves con hombres repulsivos*, que según Edgar eran extraordinarias, en el original. Ya dije que me acomplexaba no saber inglés. O mejor: no hablar como hablaba la gente de colegios bilingües, con esa naturalidad y resonancia. Yo podía decir todo con pocas palabras, pero leer literatura era frustrante. En cada línea encontraba cosas que, a pesar de entenderlas por contexto, me dejaban la sensación de perderme lo mejor.

Para entrar al cementerio de Usaquéen había que rodear el muro y pasar un corredor lateral hasta una puerta de garaje que nunca se abría. Como era de reja metálica uno podía trepar y saltar al otro lado. Por ahí nos metíamos.

A Edgar le gustaba la zona alta, hacia el cerro, colindante con los parqueaderos de un hipermercado, pues había una serie de tumbas sin lápida, de nombres escritos con el dedo sobre cemento fresco. Una de ellas decía: «Mi hijito». Ahí nos sentamos y abrimos la bolsa de viandas. Comimos y brindamos por el alma de Foster Wallace, invitándolo a venir a ese cementerio sencillo y pobre de un país sencillo y pobre en una de las regiones más sencillas y pobres del planeta. Nos fuimos pasando la botella de Martini hasta emborracharnos. Dimos tumbos, cantamos, gritamos el nombre de los libros de Foster Wallace e, increíblemente, me sentí libre, dueño de una libertad que me producía vértigo. Habría sido capaz de cualquier cosa, por absurda e imposible que fuera. Podría correr hasta la cima del cerro e irme para siempre de esa ciudad.

Para alborotar más la cosa, Edgar preparó un cacho de marihuana y nos lo metimos a enormes bocanadas, y al terminarlo leímos en voz alta, momento en que un golpe de viento derribó nuestros vasos de plástico y

Edgar gritó, ¡ya está acá!, ¡es Foster Wallace! Le dimos la bienvenida con una venia y varios tragos consecutivos.

La cabeza me daba vueltas y empecé a vomitar, lo que me obligó a alejarme; a un joven como yo esas cosas le daban vergüenza. Él era rico, libre, criado al vaivén de su gusto, mientras que yo ocultaba en mi casa un pequeño infierno. Yo era tímido. Cuando apareció le dije que había ido a mear y que había sentido la necesidad de estar solo. Él dijo, claro, hermano, lo entiendo, pero se nos acabó el trago y la bareta, volvamos a la casa.

Los hermanos estaban encerrados en sus respectivos cuartos, pero nos dieron más hierba y media de aguardiente, así que empezamos a meternos todo eso oyendo Queen, la «Bohemian Rhapsody». Yo adoraba esa canción y le confieso, señor cónsul, que en esos años pensaba que había sido escrita para mí, nada más que para mí.

¿Se acuerda de esa parte que dice...?

*Is this the real life?
Is this just fantasy?
Caught in a landslide
No escape from reality
Open your eyes
Look up to the skies and see
I'm just a poor boy (Poor boy)
I need no sympathy*

Nunca entendí por qué le gustaba a Edgar, que no era ni pobre ni triste. Él jugaba a ser un espíritu atormentado, atribulado, en conflicto con el universo, pero en realidad ni vivía atormentado y mucho menos tenía ningún tipo de conflicto, ni con el universo ni con nada. La realidad era generosa con él. Cuando se lo contaba a mi hermana, ella decía: los ricos siempre se las ingenian para estar deprimidos. Les gusta ser infelices. Es muy elegante estar triste.

Vuelvo a esa noche, a las dos de la mañana, oyendo Queen y leyendo a Foster Wallace, bebiendo aguardiente con la sensación de que era agua, ya hinchos, hasta que comprendí que estaba al borde del desmayo. Entonces

fui al baño, abrí la ducha y metí la cabeza con la esperanza de que el agua me limpiara, y la verdad me hizo bien e incluso sentí placer en esas gotas frías escurriendo por el cuello, corriendo hacia mi pecho. Al terminar casi caigo de la sorpresa: ahí estaba Gladys, mirándome. Tenía puesta una breve camiseta por encima del ombligo y una tanguita Gef azul.

¿Estás muy hincho?

Ya me está pasando, gracias, pero ella dijo, ven a mi cuarto. Repetí que me sentía mejor pero insistió, me agarró del brazo y me llevó por el corredor. Su cuarto era más grande que el de Edgar y daba al jardín; sonaba una música que no conocía, una especie de rap francés. Con ella estaba un tipo, también en calzoncillos, distinto del que habíamos visto en la ducha. Gladys le dijo que me sentía mal, que estaba borracho, y el tipo sacó una bolsita con perico, armó una raya sobre un espejo y me la ofreció. Métete esto, aspíralo bien, dijo. Luego armó otras cuatro para ellos. Al principio no sentí nada, pero luego me llegó una marea de bienestar. Salí del cuarto agradeciéndoles y volví donde Edgar, que se había quedado dormido con la bragueta abierta, unas gafas oscuras y los audífonos de su iPad puestos, conectado en la página porno Youjizz, sección Amateur Asiáticas.

A pesar de que, en el fondo, Edgar y yo sabíamos que no éramos iguales, fue una amistad respetuosa. Le conté mi vida con detalle y lo único que dijo fue, mierda, si yo hubiera experimentado eso ya sería novelista, y poeta seguro. En el fondo usted es muy afortunado, hermano. Una infancia triste es el mejor regalo que puede recibir un escritor. Yo voy a tener que meterme por otro lado: o hacer vainas al estilo Carlos Fuentes o tirarme de frente contra los míos, desclasarme, como Bryce Echenique. Esas son mis dos opciones. Si no, estoy jodido, pero usted está hecho.

Lo miré con sorna y le dije, el problema, hermano, es que yo no soy escritor.

Porque Edgar, señor cónsul, era plenamente consciente de su vocación, incluso sin haber escrito todavía nada o sólo pequeños fragmentos. Le gustaba decir, citando a Monterroso, «fragmento: género muy usado en la antigüedad». Para mí era una gran incógnita su seguridad, su tremenda cultura para ser tan joven, sus ideas exuberantes y a veces geniales, ideas que no contrastaba con nadie más que conmigo, algo que tampoco debía ser

un estímulo. Así era él, Edgar Porras, joven millonario e intelectual que quería conocer un sufrimiento que no tenía, y tal vez por eso, señor cónsul, me eligió a mí como amigo, su perfecto contrario. Pero yo no podía elegir. El pobre no puede elegir ser rico, ni siquiera por juego.

Recuerdo una de sus historias. Me la contó varias veces, cambiando algún detalle. No sé si al final la escribió. Era así:

Un joven bogotano hacía un chat sexual con una mujer llamada Asaku, presumiblemente japonesa. Asaku ponía el computador en el borde de la ventana y ahí se sentaba, abría las piernas y se metía cosas, cuellos de botella, pepinos y dragones de plástico. El joven bogotano se pajeaba intensamente, excitado por el hecho de que Asaku, a diferencia de sus amigas, tenía pelos en el pubis, lo que parece ser tradición en Japón, o al menos eso creía él.

Detrás de ella, en el edificio del lado, se veía una ventana que era como el *backstage* de Asaku, y que a pesar de estar iluminada tenía una cortina. La historia entraba en materia cuando el joven bogotano, en plena masturbación mientras Asaku se metía un Gormiti en la vagina, ve que la cortina del *backstage* se abre; detrás, un hombre levanta la mano con algo punzante y la clava siete veces en la silueta de una mujer, más baja y frágil, hasta que esta cae al suelo, sin duda muerta. Asaku no ve ni escucha nada, pues justo en ese instante entra en orgasmo; el crimen ocurre a sus espaldas; el joven bogotano se suelta el miembro y grita por su micrófono, pero ella, sumergida en un océano de endorfinas, tarda en reaccionar, y cuando él le explica que hubo un crimen ella ríe y ni siquiera se da vuelta, le dice que está borracho o fumado, pero él insiste y dice, hay que denunciarlo, ¿dónde vives?, ¿en qué ciudad? Ella se niega y contesta: estás inventándote todo eso para fisgonear, ni se te ocurra, nunca lo sabrás.

La historia de Edgar comenzaba con ese crimen. Quería escribirla para saber quién era el asesino y quién la mujer y por qué la mató al lado de la ventana, a vista de cualquiera que estuviera haciendo sexo virtual con una desconocida.

Opiné que parecía de Murakami y él, después de pensarlo un rato, dijo, es posible, pero yo creo en las influencias inconscientes.

En el colegio los compañeros no entendían cómo Edgar, un tipo de buena familia, políglota y bien plantado, pudiera ser amigo mío. Por eso empezaron a correr chismes, la gente decía cosas crueles, que yo era su sirviente, que los papás me pagaban para que le ayudara a estudiar y le soplara en los exámenes. Supe de esas habladurías y nunca dije nada, pero a Edgar sí le afectó. En los recreos me decía, qué sarta de malparidos resentidos y qué manada de perras chismosas.

Una de ellas, Daniela, cumplía dieciocho años y organizó una gran fiesta en su casa. Vivía en un apartamento muy burgués cerca de la circunvalar y, para ponerle más picante, anunció que los papás no iban a estar, o sea que la rumba iba a ser larguísima, lo que los llenó de entusiasmo. Por supuesto a mí ni se me ocurrió ir a semejante imbecilidad, y me mantuve al margen. Todos comentaban lo que querían hacer, a qué viejas se querían morbosear y con qué trago pensaban emborracharse. Las mujeres se preguntaban qué vestido llevarían y con qué zapatos, qué collares y aretes, esas cosas que le turban la tranquilidad a cualquiera, y que a mí, además, me ponían en estado depresivo, así que me hundí en mi concha y en los recreos opté por refugiarme en los baños.

Como soy persona educada, no bien recibí el sobre con la invitación — una tarjeta ridícula, por cierto, con emoticones bailando bajo el lema, «acompañame en mis dieciocho abriles»— me apresuré a responder con una esquila en la que agradecía la invitación y la declinaba por tener un evento familiar en la misma fecha.

A Daniela le importó un bledo mi negativa, por supuesto, pero cuando supo que Edgar tampoco vendría entró en pánico. Tragándose su desprecio decidió hablarme en un recreo, escoltada por su mejor amiga, una tal Gina, tipa desagradable y torva que vivía chismoseando cosas horribles de Daniela —que era súper puta con los de otros colegios, que metía pepas, que había abortado—, cuando la verdad es que las dos eran groseras, putas y tontas, ambas obsesionadas por ser las bonitas del curso cuando no eran más que dos muy mediocres, Daniela una lobita embadurnada de maquillaje y con tetas operadas, estilo escort de lujo, y Gina una pochonga entrada en carnes, bajita y con algo muy grave en esa ciudad que era una carita india, de ojos achinados, famosa por ser el típico raspado de olla de las fiestas, la

na que todos se morboseaban al final, ya hinchos y empericados, cuando ninguna de las otras les daba nada, en fin, Gina y Daniela me buscaron en el recreo largo y vinieron a verme al lugar donde yo leía, en el potrero del fondo.

Manuel, dijo Daniela, me sentí remal cuando supe que no venías a mi fiesta, no, uf, qué mal, ¿si es para que estemos todos juntos! Entonces le pedí a mi mami que llamara a tu casa y hablara con tus papás, y fíjate qué sorpresa, me acaba de mandar un mensajito diciendo que habló con la tuya y que no hay problema en que vengas.

Las odié, señor cónsul, con esa importancia pendeja que le dan las mujeres a sus cumpleaños, pero me contuve para no darles el gusto de insultarlas, así que le dije, mira, Daniela, a mí no me gustan las fiestas, no voy a ser buena compañía, no lo tomes a mal, pero ella, echando fuego por los ojos, destapó sus cartas y dijo, uf, qué mal, mira, pues sí que me lo tomo muuuu mal, o sea, y no porque me importe un carajo si tú vienes o no, ese es tu video, ¿no?, yo no me meto, pero es que Edgar dice que tampoco va a venir y seguro es por ti, así que debo pedirte que vengas, te estoy pidiendo un favor, o sea, un puto favor nada más, te lo pago como quieras, hablo en serio, para mí es importante que él venga, cuando llegue te puedes largar, si quieres te mando con el chofer a tu casa o a donde digas, pero no me dañes eso, ¿sí?, ¿es mi cumpleaños, mierda!

Le expliqué que era demasiado: si salía de mi casa no podría regresar media hora después, así que dijo, bueno, pues dime qué putas te gusta hacer y yo te invito, o sea, ¿quieres ir a un cine en la sesión de noche?, ¿quieres ir a un restaurante? De verdad te invito, lo que tú digas, pídemelo lo que quieras, mierda, tiene que haber algo que te guste, ¿no?

En el fondo estaba sufriendo, así que le dije: trataré de convencer a Edgar pero a mí no me jodas la vida. Ya me la jodiste llamando a mi casa. Y no te preocupes, ni en mil años podrías entender lo que a mí me gusta.

Antes del fin del recreo hablé con Edgar y le dije que fuera a la fiesta, que para ellas era importante. Entonces él, que era impredecible, me dijo: tengo una idea, man, ¡una súper idea! Me tumbo el carro de mamá, lo recojo y pasamos un rato donde Daniela. Y luego nos vamos de putas, ¿ah? Llegó la hora de conocer la experiencia de los parnasianos, que es entre

burdeles, donde está la vida real, el verdadero mundo, ¿se le mide? Le dije que sí.

Y fuimos, señor cónsul, en un Citroën que nunca había visto, yo muy nervioso porque Edgar no tenía pase, aunque con sus contactos y suerte lo más probable es que no pasara nada. Cuando Daniela abrió la puerta se le iluminó la cara. El tronar de la música nos pegó de frente. Abrazó a Edgar y le dio un beso mientras entramos. Tenía una minifalda pegada, medias de red y unos tacones altísimos. La perfecta puta de salón. Edgar le entregó su regalo y ella, sin mirarme, lo agarró del brazo y lo empujó hacia adentro. Yo me quedé atrás, con mi regalo en la punta de los dedos.

Preferí no entrar hasta donde estaban todos, así que me instalé en el living, cerca de una ventana. Un minuto después pasó un mesero con una bandeja de bebidas y le hice un gesto, pero no se detuvo. Luego avancé hasta un segundo living desde donde se veía el salón. Todos mis compañeros estaban allá, y gente de otros cursos. Algunos no eran del colegio. Habían instalado una pantalla alta que emitía videos. Pensé en salir a la terraza a fumar un cigarrillo, pero en ese preciso momento una mujer con delantal se acercó y me preguntó si quería comer.

Le dije que sí, pero no volví a verla.

Un rato después vi a Edgar entre la gente. Bailaba con Daniela y en torno había otras mujeres que levantaban vasos y brindaban siguiendo un reggae o rap o no sé qué música. Miré el reloj: había pasado una hora y media. Sentí hambre y comencé a impacientarme. Edgar no parecía con ganas de salir. Con pasos lentos volví por el corredor, abrí la puerta y caminé hacia los ascensores. Cuando uno de ellos se abrió aparecieron dos compañeras que llegaban tarde, entre carcajadas.

¿Qué tal la rumba?, ¿sí está buena?, preguntaron.

Muy buena, les dije, y les señalé la puerta del fondo. No les llamó la atención que yo estuviera saliendo.

Bajé a la calle. Lloviznaba.

No tenía plata para un taxi así que empecé a caminar sin preocuparme del agua. Me habría gustado tener mis tarros para dibujar, y pensé que si escampaba saldría al muro. Tenía una urgente necesidad de expresar algo: disgusto, rabia, humillación. Extrañé mis colores, pero aún faltaba camino.

Pasadas unas cuadras noté algo en el bolsillo de la chaqueta. Metí la mano, era el regalo que no alcancé a entregar. Lo abrí para ver qué había comprado mamá y, la verdad, me alegré de tenerlo conmigo. Un estuche de pañuelos. Lo tiré en la siguiente caneca de basura y seguí por la Séptima. Con suerte podría encontrar un bus que fuera a Usaquén.

Al llegar a la casa las luces estaban encendidas, así que decidí esperar. Papá y mamá veían televisión en la sala. Saqué el celular con la idea de llamar a Juana pero recordé que estaba de viaje. Debajo del alero del garaje había un lugar seco y me senté a esperar. Seguía lloviendo con fuerza. Tenía frío y estaba cansado, pero había recibido una lección más importante que el frío y el cansancio.

No volví nunca a la casa de Edgar, a pesar de sus reiteradas invitaciones. En los recreos nos veíamos y me preguntaba, ¿qué pasó, hermano?, pero yo le decía, nada, problemas en la casa, después le cuento. Me contó de la fiesta, que se le había pasado el tiempo y que lo habían emborrachado.

Me comí a Daniela en el baño, man, dijo, en cuatro y contra el lavamanos, y casi me clavo también a la otra zorra.

Pero yo no lo escuché, sólo sonreí y me alcé de hombros. Con el tiempo se cansó de buscarme.

Fue mejor así.

Perder al único amigo me fortaleció, señor cónsul. La soledad acentúa lo que uno tiene por dentro, así que me volqué sobre los muros. Ya tenía visto uno en la parte alta de Usaquén, de más de cien metros. Era el cerco de un lote donde debía iniciarse una obra. No estaba completamente limpio, claro, tenía ya algunos trazos, cosas groseras, palabras sueltas, corazones, algo de publicidad vieja, pero esto, lejos de molestarme, me dio fuerza, como si el alma del muro estuviera en bruto, a la espera de una imagen.

Fui al otro día, aún con el disgusto de la noche anterior. Me temblaron las manos al agarrar el spray. Era el primer muro por fuera de mi barrio y eso equivalía a una conquista, a empujar y ampliar mis fronteras. Lo observé un rato desde el andén del frente y lo sentí palpitando, así que lo primero que pinté fue eso, la silueta de un corazón palpitante, un corazón que era al mismo tiempo un pequeño continente a la deriva, y a medida que

lo contemplaba, desde el andén, adquiriría relieve, surgían sus vetas y pliegues y el contorno del agua alrededor, los monstruos devorantes, las tormentas que lo acechaban.

Los tarros rodaban por mis dedos como si todo existiera desde antes, en el espíritu o el alma del muro, hasta que no pude más y me senté a mirar las estrellas, las luces de las casas. Luego, ya más sosegado, contemplé mi dibujo, ese pedazo de mi mundo en una calle lejana, al inicio de la noche, y me sentí confortado. Volví a mirarlo desde la esquina y me dio ánimos. De pronto sentí algo en mis mejillas, ¿qué era? Estaba llorando.

Cuando le conté la historia de Edgar a Juana me escuchó con calma, sin juzgar a nadie, y al final volvió con su pregunta, ¿y tú sigues siendo virgen?

Yo había cumplido dieciocho años y ni siquiera me imaginaba seduciendo mujeres, así que le contesté, ¿y qué crees?, ¿cuándo me has visto con una vieja?

Pero ¿sí tienes ganas?, dijo, y yo, pues claro, no hago sino pensar en eso, me sale de adentro, entonces dijo, ven conmigo a una fiesta el próximo sábado, una amiga divina y que es una mamacita te va a enseñar, ¿bueno?

Pasé la semana pensando, pero no sólo en la fiesta y en la amiga de Juana. Eran los últimos meses del año y ya pronto acabaría el colegio. ¿Qué iba a ser de mi vida?, ¿qué iba a ser de Juana y de mí? La pintura me daba fuerza, pero la realidad se abría ante mí de un modo más amplio, con vastos y oscuros espacios por cubrir. Yo pensaba y pensaba. Me habría gustado ser poeta, dirigir todo ese vacío y esas preguntas hacia adelante, proyectarme en el porvenir e incluso tener visiones. Había leído a Schelling y quería entender a fondo mi propia experiencia, la suerte, el destino, el bien y el mal. Me sentía por fuera de esa realidad y necesitaba comprenderla, esbozar una pequeña teoría que me permitiera seguir adelante. Lo que nos pasaba a mí y a mi hermana era ínfimo comparado con los grandes males del mundo, pero uno vive las cosas individualmente. De ahí la ausencia de entusiasmo, ese choque brutal con la vida, pura y simple. ¿Qué pensar? Me gustaba estar solo, ir a los campos de agricultura, sentarme entre los surcos a esperar el toque de campana.

El sábado siguiente Juana me llevó al apartamento de un tipo rarísimo —aunque hoy, señor cónsul, me habría dado sólo risa—, con aretes, tatuajes

en los brazos y una camiseta sin mangas pegada al cuerpo, como si en lugar de Bogotá estuviéramos en Acapulco. Se oía música de Metallica, rock ochentero y Kiss. Juana me lo presentó y me sirvió un whisky. Me dijo que tomara despacio y que si me sentía mal le dijera.

No te preocupes, ya me he emborrachado otras veces y hasta metido perico, así que no te preocupes.

Casi se desmaya, ¿perico?, ¿y quién te dio esa porquería? La hermana de Edgar, dije, pero sólo una vez. Te lo juro. Típico de esos niños ricos, dijo ella, luego se alzó de hombros y se internó en el baile. Alargó los brazos hacia mí y dijo, ven, baila conmigo, pero yo me negué, nunca lo había hecho, no era algo divertido. Ella insistió, tienes que aprender, cuando aprendes es divertido, comprenderás la música de un modo que sólo puedes hacer bailando, así que ahí fui, siguiéndola, dando pasos torpes agarrado de su cintura, mirándola a los ojos, y poco a poco, muy despacio, apareció el ritmo y un cierto equilibrio que pude incorporar, y entonces bailé siete canciones seguidas y bebí otros dos vasos de whisky hasta sentirme alegre, eufórico, algo que nunca había sentido en las borracheras con Edgar.

Luego supe que los anfitriones eran dos compañeros de la universidad, homosexuales, uno de Sociología, el que abrió la puerta, y otro de Historia, profesor, un tipo de unos cuarenta años que no sólo no tenía tatuajes ni aretes ni nada de esas vainas, sino que además era gordo, no obeso, razonablemente gordo, alguien muy tranquilo y relajado, de vuelta de mil peleas y debates.

Lo que más me gustó fue su casa.

Un apartamento en la Sesenta con Cuarta lleno de libros y antigüedades, precolombinos y cosas traídas de Asia, el Pacífico y Oceanía. Lo primero que hice al entrar, antes de saludar a los demás invitados, fue recorrer la biblioteca. Heidegger, Deleuze, Virilio, *Carne y piedra: el cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*, de Richard Sennett, las obras de Lacan en francés, las obras de Michel Foucault en francés, Chomsky, el *Mahabaratta*, una edición del *Libro Verde* de Gadafi, tres biografías de Mao, *Del poder y la gramática*, de Malcolm Deas, *The intellectual and the masses*, de John Carey, la biografía del Che, de Paco Ignacio Taibo II, *An Idea of justice*, de Amartya Senn, la poesía completa de Rubén Darío, tres

tomos de poesía completa de León de Greiff, la obra completa de Maiakovski, Rimbaud en francés, Baudelaire en francés, libros que, después, con el tiempo, fui buscando y adquiriendo, y por supuesto leyendo, usted no se imagina, señor cónsul, lo importante que fue para mí ir a esa fiesta, sobre todo después del fiasco de mi compañera de clase.

En el comedor, en torno a una enorme jarra de pisco sour, había otro grupo de Filosofía, de posgrado y de otras universidades. Fue precisamente ahí donde conocí a su amigo Gustavo Chirolla. Me llamó la atención el modo en que argumentaba, con su acento costeño y un enorme afecto y respeto hacia los que discutían con él. Esa noche hablaron de varios temas y yo escuché desde un rincón, imantado por la charla, ahora no recuerdo en detalle pero seguramente se habló de política, ese era el gran tema de esos días horribles, la política local, todos se sentían concernidos, con la necesidad de dejar clara su posición, ¿se acuerda, señor cónsul?, era un deber implícito, parecíamos cubanos, y a partir de ahí surgían amores y odios, algo que terminó cuando Uribe se fue y Colombia volvió a ser un país normal, o mejor, volvió a ser un país de mierda pero de los normales, y entonces la gente regresó a la grisura y lobotomía de siempre, que por contraste nos parecía signo de equilibrio e incluso de progreso.

Se habló de todo aquello y también de cosas muy específicas, Leibniz, las estructuras sociales o el nuevo pensamiento crítico. Me quedé deslumbrado oyéndolos, sobre todo a Gustavo. Este man sabe de todo, me dije, y en una vuelta, con gran timidez, le pregunté dónde era profesor, y fue cuando me contó un par de cosas de su trabajo y sus clases en la Universidad Javeriana. Yo le hablé de mi interés por Filosofía y por la Universidad Nacional, y él dijo que me la recomendaba, que seguro por allá nos volvíamos a ver.

Desde hacía tiempo me gustaba la filosofía. Era lo único que podía darle una respuesta a mi fallida experiencia, a ese fastidio que sólo desaparecía con la pintura, los libros o el cine. El arte y sus historias humanas me hacían comprender que no estaba solo, pero estudiar Literatura me parecía innecesario y el cine era una utopía. Juana quería que yo hiciera una película, pero yo le decía, para eso hay que ser millonario o hijo de millonarios, no seas ilusa. A Kubrick un tío rico le pagó su primer film, ¿no

te acuerdas? Y si conseguimos un productor, cosa fantasiosa, habría que olvidarse de hacer arte. No puedes hacer la película que quieres si la plata no es tuya.

Ella creía ciegamente en mí y decía que no le importaba pasarse la vida trabajando para pagarla. Yo la dejaba fantasear, pero sabía que era imposible, entre otras cosas porque la película que traigo adentro es tan dura que nadie iría a verla.

Quedaba la filosofía, Anaxágoras, Epicteto, Pedro Abelardo, san Anselmo, Escoto Erígena, Emmanuel Kant. Ellos lo habían pensado todo. ¿Cómo explicar ese profundo rechazo?, ¿la seguridad de que algo en la vida era erróneo, profundamente equivocado?, ¿cómo nombrar ese sentimiento de lo insustancial y vacío? Eran las respuestas que buscaba.

Al oírlos confirmé mi decisión de estudiar en la Nacional, aunque, la verdad, tampoco es que hubiera mucho de donde elegir. Los Andes estaba fuera de alcance, lo mismo que la Javeriana.

Además estaría cerca de Juana.

A la medianoche, después de varios whiskys y un bareto, vino una mujer llamada Tania y me invitó a bailar. Me susurró al oído: ¿eres el hermano de Juana?, no sabía que eras tan churro, y tan jovencito. Bailamos un rato, se pegó a mí desde el primer paso y me besó en la boca, me chupó la oreja y me dijo, papi, ¿follamos? Yo había oído esa expresión en cine, así que le dije, nervioso, claro que sí, claro.

Fuimos a un cuarto del segundo piso y sin que mediaran palabras me abrió la bragueta y me hizo una mamada. Tenía un piercing en la lengua y lo refregó con fuerza contra mi glande. Después se quitó la ropa y se sentó en un puff, haciendo a un lado la tanga. Tiramos y fue muy sabroso, me hizo sentir que no era la primera vez. Tenía experiencia, se movía bien y supo llevarme. Gracias a eso no me vine en los primeros treinta segundos, pero cuando terminamos era otra persona. Se molestó porque no encontraba el brassier, luego quiso encender un cigarrillo y el bricket no le funcionó. Por fin encontró su ropa, se vistió dándome la espalda y acto seguido se metió una raya por cada fosa nasal. Le pedí su número, pero ni siquiera respondió. De pronto me miró, como extrañada de verme aún ahí, y dijo, ¿se va a quedar a dormir o qué? Luego pasó algo que acabó de crispar el

ambiente: al agacharse a buscar unas gigantescas botas Dr. Martens se le escapó un ruidoso e inconfundible pedo. No una ventosidad vaginal, sino un pedo clásico. Una flatulencia que por desgracia retumbó, lo que acabó de irritarla, aunque no dijo ni «perdón» ni «se me escapó». Insistí con lo del celular, pero dijo:

Mira, no vale la pena que nos volvamos a ver. Tengo novio, un español bravísimo que ahora está de viaje. Y a mis treinta y dos años no me voy a enmozar con un niño.

Con esas palabras salió del cuarto, por donde ya corría un viento ácido. Oloroso.

Me quedé muy mal y no supe qué hacer.

Me dejó solo en un cuarto maloliente que, de pronto, me pareció el lugar más sórdido y triste del mundo. Busqué mi ropa y me vestí. Luego abrí la ventana y aspiré el aire limpio de la noche. De alguna estrella o de la montaña llegó una voz que decía: acostúmbrate a perderlo todo. Me quedé perplejo. Parecía una frase de Edgar, de esas que él inventaba sin que salieran de sus tripas, por el puro placer de combinar sonidos. Luego pensé que más bien parecía de Paulo Coelho y decidí borrarla.

Bajé las escaleras y volví a la fiesta.

Al verme, Juana se acercó, ¿y entonces?, ¿te gustó? Le dije que había sido rico, y ella, para no herirme, dijo, desde que te vio, Tania estaba que te comía. Es ella la que tiene que agradecer. Le di un abrazo y le dije, vamos a bailar, olvidemos esto, enséñame más pasos.

Desperté a las nueve, algo averiado por la mezcla de tragos de la víspera, pero un par de aspirinas con Alka Seltzer y un furtivo sorbo de ginebra me devolvieron la vida.

Bajé corriendo y tomé un taxi frente al hotel, con la dirección del abogado en la mano, pero muy pronto caí en la hidra paralizante del tráfico, el mal de las ciudades asiáticas. O de las ciudades modernas. Se avanza tan lento que la vía se llena de intrusos.

La cabeza volvió a recalentarse y regresó el dolor.

Llegué a la dirección faltando dos minutos. Teresa me esperaba en la calle, frente al edificio.

—Gracias por venir y ser puntual —le dije, dándole un beso—, ¿cómo amaneciste?

—La verdad estoy crudísima —dijo sonriendo—, pero al rato se me pasa. Hace tiempo que no le pegaba a las cubas y al tequila en una misma serie. Valió la pena.

No mencioné que daría la vida por retrasar la visita y tomar un bloody mary, que a esa hora de la mañana tiene la virtud de agarrarle a uno el cuerpo, desbaratarlo y volverlo a armar sin que le sobren piezas.

El abogado era un hombre mayor, de unos setenta años. Su aspecto venerable me pareció buen signo.

—Siéntense, bienvenidos.

Hizo un gesto con la mano y un segundo después apareció un sirviente con una bandeja. Agua fría, un refresco de color naranja, té y café. Galletas y pistachos. Eché en falta algo más agresivo en términos de gradación. Agarré un café y un vaso de agua. Teresa hizo lo mismo.

—Bien —dijo el hombre—, supongo que no le molestará saber que esta mañana, a primera hora, yo mismo llamé al fiscal y le pedí una copia del informe de su compatriota, Manuel Manrique. Debe saber que el fiscal fue mi alumno en la universidad y me tiene un gran respeto. No es nada ilegal. Le dije que me ocuparía del caso y que usted vendría a verme más tarde.

Me pareció un excelente presagio. Le dije que se lo agradecía, que tenía el mandato del ministerio para contratarlo a partir de ese instante. Estábamos convencidos de la inocencia de Manrique. Le propuse buscar antecedentes de casos en que los inculpados hubieran sido víctimas de alguna arbitrariedad y condenados.

—No se preocupe, cónsul —dijo—. Sé en qué está pensando, y le digo algo: no está en absoluto mal encaminado. Hoy mismo comenzaré a reunir un número sólido de casos. Por lo demás, y esto también es información, digamos, algo privilegiada, sé que la policía le está pisando los talones a una red de traficantes de anfetaminas de Burma. Puede incluso que de aquí al juicio haya buenas noticias.

Le dije que debía regresar a Delhi el fin de semana, pero aún era miércoles. De todos modos me ocuparía del caso y estaría viniendo con frecuencia.

Firmamos documentos, me dio sus datos y, cuando iba a levantarme, me detuvo suavemente del brazo.

—Vaya a ver al joven —dijo—, eso le hará bien. Yo me encargaré de que en Bangkwang lo respeten y no lo maltraten, pero es bueno que lo vean acudir con frecuencia. Esas pequeñas cosas marcan la diferencia. El director de la cárcel es sólo un funcionario que quiere cumplir con su país. Este reino parece pequeño pero es grande, cónsul. Los ojos del rey no pueden llegar a todos sus rincones.

—Iré a verlo mañana —le dije—. Hoy debo pedir la autorización del fiscal.

—No se preocupe por eso —dijo el abogado—. Yo me encargo de que nadie le impida entrar. Vaya mañana sobre las diez, yo arreglaré todo.

Salimos después de leer, sellar y firmar una interminable serie de documentos que el abogado enviaría por courrier a la embajada en Delhi,

unos minutos después. Luego me prestó el teléfono y llamé a Olympia. Le pedí que en cuanto llegaran los remitiera por valija a Bogotá.

Al salir, casi al mediodía, vimos brillar del otro lado de la avenida un aviso, «Lobster's Bar, Wine & Cocktails».

Le dije a Teresa:

—Te invito a un refresco o lo que quieras. Es apenas medianoche en Colombia y necesito con urgencia un Bloody Mary.

Pero Teresa dijo:

—Órale, pinche cónsul, ¿y qué horas crees que son en México?

Nos tomamos dos bloody marys cada uno y ella le sumó una cerveza Singha. La miré en silencio, pero se apresuró a decir:

—No pongas esa cara, mi regla es no beber antes de las doce del día, y mira, estamos sobrados. Hay gente que espera hasta las dos de la tarde, pero hay momentos en que, sencillamente, eso no es realista. Bueno, ya me fui a la embajada, hablamos luego. Llámame.

Subió a un taxi y desapareció en el tráfico.

Paré otro y regresé a Suan Plu Soi 6, Sathorn Road. Tenía la impresión, o mejor, la intuición, de que el hotel Regency Inn aún debía decirme algo. De nuevo di vueltas antes de decidirme a entrar; pensé que si alguien me veía podría alertar a los verdaderos criminales («pero esta no será una novela negra»).

En la recepción no estaba el joven de la otra vez, sino una mujer de mi edad, así que le pedí ver el cuarto 301, que seguía libre. Me entregó las llaves. Al entrar me vi reflejado en el espejo del armario. Estuve un rato sentado en la cama, sin pensar en algo específico. No había nada nuevo, sólo el aire denso. Todo aquello era injusto. Algo oscuro parecía abrirse camino a través del aire, sin atender razones, sin escuchar las palabras de un joven que ya sabía, antes de llegar aquí, lo que era sufrir o estar muy solo.

Regresé a mi hotel y me encerré en mi habitación. Quería leer, pensar, incluso olvidar. Prepararme para el siguiente encuentro. Al día siguiente iría a Bangkwang temprano.

Ya era hora de comenzar a escucharlo.

MONÓLOGOS DE INTER-NETA

En días como este, queridos internautas, siento la necesidad de hacer algo íntimo, de exponer ante sus ojos otro pequeño rincón de mi espíritu. Les hablaré del líquido de la pureza y la locura. La más importante creación del alma en términos étlicos. ¿Alguien adivina? Frío, frío. Es un líquido que se sirve muy frío.

Como tantas cosas del mundo y de la vida, la ginebra se inventó en el siglo xvii (algunos hablan de 1550, ¿quién tiene la razón?) por un distinguido miembro del cuerpo médico, el holandés Franciscus Sylvius de Boe, y por tratarse de un galeno su uso original —ya lo imaginarán— fue muy diferente del que le damos hoy: era un diurético. Nos ayudaba a mear. La ambiciosa idea de De Boe era aliviar estreñimientos y dolores de estómago, según algunos, y cálculos biliares y afecciones del riñón, según otros, con una mezcla de cebada, centeno y maíz destilados, y para potenciarlo le agregó al menjurje bayas (fruto carnoso con semillas rodeadas de pulpa) de enebro (en español el nombre es un poco raro, pero corresponde al *juniper* inglés y al *genièvre* francés, que forman el nombre de *ginebra*).

¿La bebió Shakespeare? Si De Boe la inventó en 1550, el viejo Will habría llegado a tiempo. Es altamente improbable que no sufriera alguna vez de estreñimiento o que necesitara mear de forma provocada.

Escribió John Cheever: «Un hombre solo es algo solitario, una piedra, un hueso, una rama, un receptáculo para la ginebra Gilbey's, una figura

inclinada al borde de una cama de hotel, emitiendo más suspiros que el viento de otoño».

Cuando la receta cruzó el canal de La Mancha y llegó a las islas inglesas, en épocas de Guillermo III de Orange —que era holandés como Rembrandt y Van Gogh y Rip van Winkle y la cerveza Heineken—, se creó el mito de que el nombre de Ginebra provenía de la esposa del rey Arturo, el de la mesa redonda, mujer inteligente y generosa con sus zonas húmedas, que le adornó la frente al rey con Lancelot del Lago. (Oh, digo, yo habría hecho lo mismo, ¡con ese nombre!)

Por cierto: ¿alguien sabe por qué los suizos no beben whisky?

Porque tienen un lago de Ginebra.

Antes los ingleses se emborrachaban —qué palabra fuerte en español, más suave *se soûlaient la gueule*— con licores de pera y vinos franceses, pero el cierre del comercio con Francia hizo que se autorizara el destilamiento de granos originales de las islas. En asunto de borracheras y cogorzas, hay que ser autónomos.

La ginebra fue un «éxito de ventas». Dos millones de litros en 1690, veinte millones en 1727 y diez años después ochenta millones. Con una población de seis millones y medio de almas esto hace, veamos, ¡trece litros anuales per cápita! Nada mal. Alarmado, el Parlamento aprobó en 1736 el Gin Act, gravando la venta con impuestos muy altos, llamando al orden y diciendo: «¡Somos protestantes!, ¡debemos aplazar el gozo!».

Dicen los ingleses con humor inglés: «Siempre hay alguien intentando evitar que uno se emborrache», pero los productores siguieron embotellando en negro y el consumo aumentó. Bernard Shaw diría mucho después: «La vida es una operación quirúrgica y el alcohol es la anestesia».

En 1742 hubo doce mil arrestos. Ante la avalancha de detenidos —ebrios durmiendo la perra en las cárceles— el Parlamento disminuyó los impuestos. La vida es corta y el licor es largo y mucho. Los productores volvieron a hacer ginebra legal, de óptima calidad. La primera en tener nombre registrado, en 1749, fue la destilería Booth's, la más antigua de Inglaterra.

Dice Frank Sinatra: «El alcohol es el peor enemigo del hombre, pero la Biblia dice que debemos amar a nuestros enemigos».

Era normal beberla sin hielo. A veces con un poco de azúcar. Lord Byron dijo: «La ginebra con agua es el origen de mi inspiración». En una época lúgubre fue reconocida como el trago (no amargo sino dulce) de los bajos fondos. El puritano Charles Dickens denunció los «palacios de la ginebra». El primer ministro Gladstone quiso limitar su venta a ciertos bares y perdió su investidura. «Fui sepultado por un torrente de ginebra», dijo.

El hijo preferido de la ginebra es el dry martini. Y nos vamos al otro lado del Atlántico.

Las últimas palabras de Humphrey Bogart fueron: «Jamás debí cambiar el escocés por los martinis». Estos fueron su perdición, igual que para tantos ebrios elegantes, de smoking y pitillera. Un martini en la mano era símbolo de triunfo en país de triunfadores. Estamos en Estados Unidos, amigos.

Alguien dijo que el martini era el único invento norteamericano tan perfecto como la forma del soneto. ¿Será posible?

El presidente Roosevelt, en la Conferencia de Teherán de 1943, se lo dio a probar a Stalin. El georgiano miró la copa, la bebió con cautela, miró a sus asesores y, pasándose la lengua por los bigotes, pidió repetición. Más tarde Nikita Jruschev diría que el martini era la verdadera «arma letal» de Estados Unidos.

«Cuando llegue al cielo yo le pediría a san Pedro que me lleve a conocer al inventor del dry martini», escribió William Buckley. «Quisiera decirle, simplemente, gracias.»

¿Quién fue ese hombre? La cosa no es fácil.

Hay tres hipótesis. La *teoría San Francisco* se lo atribuye al barman Jerry Thomas, nacido en New Haven, Connecticut, en 1825, del bar del hotel Occidental de San Francisco. En 1862 publicó su *Guía del bartender*, en el que incluye inventos como el Tom & Jerry o el Blue Blazer. *Et voilà!* En la reedición de 1887 aparece un cóctel nuevo llamado «Martínez». Martínez era un pueblo de California y, según la leyenda, Thomas lo hizo para un hombre que se dirigía a Martínez. «Muy bien, amigo, este es un nuevo trago que acabo de inventar para su viaje», dijo. De Martínez se pasó a Martine, y de ahí a Martini.

Pero los ciudadanos de Martínez tienen su propia teoría (*teoría Martínez*). Es esta: hacia 1870 existía un bar cuyo propietario era un francés, Jules Richelieu, emigrado de Nueva Orleans. En una ocasión un minero entró a comprar whisky. Richelieu le llenó la petaca pero el hombre, al probarlo, escupió y maldijo. Avergonzado, el francés le habría dicho: «Espere, quiero que pruebe algo distinto». Hizo una mezcla y se la sirvió en una copa poniendo una aceituna. El minero la probó, sonrió, la bebió de un trago y le preguntó a Richelieu: «¿Qué es?». Richelieu le contestó: «Es un cóctel Martínez».

La última hipótesis (*teoría New York*) es la de un misterioso barman llamado Martini di Arma di Taggia, inmigrante italiano, que servía en el bar del Knickerbocker Hotel de Nueva York, hoy desaparecido (en la Cuarenta y dos con Broadway). Según esta versión se habría inventado en 1912, y se hizo popular por ser la bebida predilecta de John D. Rockefeller, hipótesis que viene apoyada por uno de los más conocidos estudiosos de la coctelería, el inglés John Doxat, autor de *World of Drinks and Drinking* (1971).

Para el triste Jack London, el martini era un símbolo de ascenso social: pasar del whisky al martini era como saltar de las estepas heladas del Yukón a los salones del Upper West Side.

¡Oh, no! ¿Y ahora qué haremos?

¡Se cierran los bares!

El 16 de enero de 1920, treinta y seis estados ratificaron la Decimoctava Enmienda de la Constitución prohibiendo la venta de alcohol.

Buñuel, en Los Ángeles, escribió en sus memorias: «Nunca he bebido tanto como en la época de la Prohibición».

Duró hasta 1934, cuando Franklin D. Roosevelt firmó el decreto de anulación en el Despacho Oval de la Casa Blanca, ante la prensa. Para que constara mezcló el primer martini legal delante de las cámaras y flashes.

El dry martini entró a la literatura y al cine. Se tomó Hollywood y los actores lo bebieron hasta reventar. David Niven tenía siempre una copa en la mano. Marlene Dietrich sólo elegía amantes que bebieran martini (se lo confesó una vez a Hemingway), y su copa baja, como un paraguas al revés, fue reproducida en cuadros, fotografías y anuncios publicitarios. Es famoso el de Mel Ramos: una mujer desnuda sentada en una copa de martini.

El mejor verso lo escribió Dorothy Parker (es suya la genial frase: «La brevedad es el alma de la ropa interior»). Su poema dice así:

Me gusta beber martinis.

Dos como máximo.

Después del tercero estoy debajo de la mesa.

Después del cuarto debajo de mi anfitrión.

Me gradué de bachiller al final de ese año y me presenté a Filosofía en la Nacional. Mamá se agarró la cabeza y se echó a llorar. Papá, enardecido, dijo, ay, dios bendito, primero la niña se mete de guerrillera y ahora este pendejo se nos quiere volver intelectual, ¡nos cayó la roya!, ¿qué hicimos para tener estos hijos?, ¡Señor!, ¿por qué pones a prueba nuestra paciencia?

Cuando íbamos por la calle y papá veía mendigos debajo de algún puente, decía, mire, Manuel, un congreso de filósofos, ¿es eso lo que quiere de la vida? ¡Se va a morir de hambre! Para que dejara de molestar le mostré en una página de Internet que al filósofo Fernando Savater le habían pagado veinticinco mil euros por una conferencia. Papá lo miró con desconfianza y dijo, no es posible, será un error o un montaje, Manuel, un montaje suyo, usted con Internet sabe hacer y deshacer... ¿Quién es ese tal Savater?

¡La universidad! Al fin dejaba atrás el esperpéntico colegio. Alejarme y compartir mi tiempo con personas parecidas a mí me dio una tregua. Aunque con sus bemoles. Un error de la juventud consiste en creer que la gente a la que le interesa lo mismo de uno es por fuerza afín. Pero la naturaleza hace su trabajo, el espíritu sopla donde quiere. Hay también gente envidiosa y maldad en mundos que uno creería dominados por la claridad y la belleza, pero en fin, en la universidad inicié un periodo de tranquilidad, lecturas intensas, y por primera vez sentí que encontraba algo de armonía.

Pasó el primer semestre, pasó el segundo.

Aparte de mis clases me encantaba merodear por la facultad de Artes y, alguna vez, colarme en algún taller para ver lo que hacían. Ahí también, en medio del olor a trementina y aguarrás, en esos espacios dominados por la

sensualidad del color y el volumen, sentía una gran quietud, aunque nunca me arrepentí de mi elección. Estaba conociendo el mundo. A veces, cuando salía de clases tarde o me quedaba a una conferencia en el anfiteatro del departamento, pintaba clandestinamente en los muros de la facultad: letras, islas, tormentas, cielos.

Fue un periodo de largos silencios, señor cónsul. Mi vida tenía una rutina agradable y repetirla a diario, sin sobresaltos, suponía un verdadero alivio. Asistir a mis clases, leer en la biblioteca, ir a seminarios y conferencias, leer en el Transmilenio, leer en los potreros de la universidad, leer en la casa, ver cine, hacer garabatos en cuadernos y tomar notas. La vida en la casa seguía siendo la misma pero ahora yo también podía estar lejos. Al acostumbrarme al mundo de afuera papá y mamá parecían de otra época, una vieja foto en color sepia.

Pasó otro semestre, y uno más.

A veces Juana venía a buscarme a mis clases y nos íbamos a tomar un tinto a la cafetería o salíamos a Chapinero a comer algo. Me parece verla por el andén, con las manos al fondo de sus bolsillos, temblando de frío por los embates de ese viento que baja del cerro o evitando el humo de los buses. Comíamos cualquier cosa, una empanada china, un pollo frito o una pizza, y hablábamos de mis cursos, de las lecturas de uno y otro, de cine y a veces hasta de política, pero mientras le contaba o la oía hablar sentía algo extraño, una cierta nostalgia previa, como si en esas charlas ya presintiera lo que iba a pasar poco después: su desaparición, el modo en que, de pronto y sin que ocurriera nada insólito, dejó de estar entre nosotros, sin una palabra, peor que si hubiera muerto, señor cónsul, porque en ese caso uno está presente, uno asiste al deterioro y percibe el avance de la muerte, sus progresos, e incluso llega un momento en que uno desea que venga y nos libere.

Juana desapareció sin que nada pudiera anunciarlo, aunque después, al recordar esas tardes en la universidad, me parecía que ya corría por ahí un viento de angustia, la urgencia de algo que estaba a punto de caer, porque las cosas tristes y trágicas se anuncian, creo yo, no puede ser que lleguen sin más, que sean sólo azar, ¿no le parece?, al menos es así como lo recuerdo ahora, como me lo represento, aunque cabe preguntarse, ¿qué

podría temer en esos años? De la vida de Juana sabía poco. Sus permanentes ausencias, sus apariciones en la madrugada, sus extraños llantos, todo era un misterio. La gente que desaparece o muere es recordada así, todo lo previo parece cubierto de un resplandor simbólico, un aura que, a posteriori, parece el anuncio de una tragedia.

He observado que hay dos formas de morir.

La primera es una enfermedad que nos deteriora y sumerge en una agonía lenta. Esta es triste, pero conviene a parientes y allegados que tienen tiempo de hacerse a la idea, aunque es mala para uno, porque conlleva dolor, decadencia, indignidad. La segunda es la contraria: un tiro en la nuca, un derrame cerebral, un accidente de tráfico. Los parientes sufren pero uno se va tranquilo. Se va al otro lado de golpe. Es la mejor.

Pero hay una tercera, al menos en nuestro país, que es cruel para todos: la desaparición. ¿Para todos? La víctima sufre al imaginar la angustia de los suyos. Los parientes sufren porque se aferran a cualquier esperanza, y cuando esta se pierde sufren aún más al imaginar la terrible soledad de la muerte: alguien arrodillado en un potrero, en la madrugada, temblando de miedo, orinándose encima, luego dos o tres fogonazos y ya, un cuerpo inerte cayendo a un hoyo, la tierra que lo cubre, la vegetación que crece encima y oculta, el largo sufrimiento de quienes indagan durante años para encontrar ese lugar, despacible y monstruoso, intentando comprender las razones —siempre inexplicables— de lo que pasó, de los que lo mataron, extraer los huesos, apretarlos contra el pecho, besarlos, tratar de paliar su soledad, bañarlos con lágrimas.

Cuando Juana desapareció yo sentí todo eso: dolor, odio, tristeza, lástima, rencor, culpa.

No hubo ni siquiera una fecha, ¿en qué momento fue? No lo supimos, ni siquiera nos dimos cuenta. Ella se iba a sus viajes dando vagas referencias y la familia se acostumbró. Yo me acostumbré. Juana decía que la comprendiera, que andaba trabajando en nuestro proyecto de fuga, que no hiciera preguntas, que confiara ciegamente. Por eso no supe en qué momento pasó.

Simplemente un día noté que ya no estaba.

Ahí empezó esa sucesión de ideas, de imágenes intolerables, de palabras hirientes. Mi primera reacción fue agarrar mi morral y pintarla en todos los muros de la ciudad: sus ojos, la palma de su mano sosteniendo su quijada, un gesto sonriente, su silueta caminando hacia mí, y una interrogación, ¿dónde estás? Para mí era inconcebible que el mundo siguiera girando sin ella, que saliera el sol y nacieran retoños en los troncos de los árboles y hubiera catástrofes en lugares remotos, ¿cómo podía no detenerse la rueda? Un día, en la Treinta, pasé al lado de uno de mis dibujos y vi que alguien, un grafitero anónimo, había escrito al lado de mi dibujo, «¿por qué no apareces?, ¿no ves cómo sufre?». De algún modo la ciudad me respondía.

La mataron, pensé, estará en alguna de las fosas comunes de este país fecundo en cementerios, nuestro bonito territorio nacional, su cuerpo se estará pudriendo, sus huesos comenzarán a separarse sin que nadie los acaricie, sin que yo haya podido besarlos.

¿Dónde estás, Juana?

Creí que bastaría con quererla y echarme a andar, con reproducirla y llamarla en calles y avenidas; creí que la intuición o un rayo de sol, como en el poema de Salvatore Quasimodo, me indicarían un lugar, pero no fue así. Las denuncias que hicimos y la poca información que se obtuvo mostraron que no había sido detenida ni asesinada ni secuestrada, claro, a los desaparecidos no les hacen ficha de desaparición, por eso se llaman desaparecidos, pero igual uno empieza por el principio, y papá, con esa fe ciega en el país que, según él, «por fin teníamos», fue a comisarías, cárceles, juzgados, hospitales, a la defensoría del pueblo y, finalmente, a sus odiadas oenegés.

Ahí empezó a cambiar: su admiración por Uribe se reblandeció y un día lo oí decir que en Colombia no se respetaban los derechos humanos, que nuestra familia ya había perdido la guerra y que estaba bien de tanto puño levantado y tanta baba rabiosa. Con los ojos irrigados y un gesto que podría ser de cansancio, dijo, hay que hacer las cosas de otro modo, no podemos seguir así.

Un domingo, para mi gran sorpresa, vino a despertarme temprano. Vístase rápido y acompáñeme, Manuel, que su mamá no quiere venir conmigo. Me levanté sin saber de qué se trataba y me quedé de piedra:

¡papá iba a una manifestación por los desaparecidos! Tenía puesta una camiseta que decía, «¿Dónde están?» y una pancarta con foto en color de Juana. Yo le había tomado esa foto, señor cónsul, y era una de las más lindas. Se la veía sonriendo, a punto de chupar un cigarrillo, mirando de reojo, como si vigilara jocosamente a alguien, y alzando una copa de vino. Papá eligió esa foto y debajo, en letra negra, escribió, «Juana Manrique, veinticuatro años, desaparecida en noviembre del 2008».

Me levanté y duché rápido, me puse una camiseta blanca en la que escribí el nombre de mi hermana y salí con él, extrañamente a su lado, sintiendo que por primera vez algo nos unía. Qué curioso esto, pensé, después de una vida sin entendernos, yo teniéndolo por mediocre, juzgándolo siempre con severidad, pero esa mañana, viéndolo avanzar por la carrera Séptima hacia la plaza de Bolívar, alzando la pancarta con el nombre de su hija y gritando, ¡¿dónde está?!, lo admiré, por primera vez en toda mi vida no me avergoncé de él y sentí orgullo por estar a su lado, fundirme con su grito y que su voz y la mía fueran una, entonces alcé yo también el puño y grité, sintiéndome menos solo, grité por lo que habíamos perdido y que ahora hacía de ambos la misma persona.

¡Juana Manrique!, ¿dónde está?

Una masa de gente avanzaba gritando consignas, empujando estandartes y pancartas con siluetas del país ensangrentadas, tejidos de huesos, edificios de cadáveres, cuervos con gorra militar, un enorme esqueleto con una hoz en la mano y la banda presidencial en el pecho, que decía, «Colombia, yo te liberaré». Y los gritos y coros:

«¡Uribe, paraco, el pueblo está berraco!»

La manifestación llegó hasta la plaza de Bolívar. Los organizadores habían dispuesto una enorme tarima para el acto central, justo frente a las escalinatas del Congreso. Durante un par de horas hubo oradores refiriendo testimonios, análisis, declaraciones de apoyo de algunos senadores y personalidades políticas, canciones e incluso un espectáculo de mimos que lloraban en silencio, tragándose los suspiros y las lágrimas igual que hacíamos todos en esa plaza, un par de miles de personas compungidas, indignadas, algunas aún esperanzadas, hasta que lentamente empezó a chispear, el cielo se oscureció e irrumpió la lluvia, al principio de un modo

neutro, apagado, pero luego, tras unos aterradores truenos, se desgajó un poderoso aguacero que hizo que una parte de la gente corriera en estampida a guarecerse en los soportales de la catedral o debajo de los aleros de la calle Octava. Otros, sacando paraguas, pudieron seguir frente al escenario, donde los mimos, observando las nubes, hacían gestos de sorpresa. La lluvia en Bogotá, siempre en los momentos más inoportunos o más tristes.

Empezamos a caminar de regreso por la Séptima buscando un transporte hacia el norte, pero la calle estaba cerrada por la manifestación así que debimos ir a pie sorteando charcos, de alero en alero, evitando el agua. A papá no le importó mojarse, pero protegió con celo la pancarta y la foto de Juana; tal vez buscaba protegerla a ella, y así caminamos, el uno al lado del otro, siempre en silencio, en esa ciudad fantasmal que es Bogotá bajo la lluvia.

Sin saber cómo, imbuidos en nuestros pensamientos, llegamos hasta Chapinero, justo cuando los nubarrones negros se dispersaron y al fin se vio un pedazo de cielo.

Al cruzar la Cincuenta y Siete un Mercedes negro pasó delante. Una de sus ruedas se hundió en un charco y el agua expelida nos acabó de mojar los pantalones. El conductor se dio vuelta y me miró, sólo un segundo, pero alcancé a reconocerlo. Era Edgar Porras.

El Mercedes disminuyó y lo vi mirándome por el retrovisor, hubo un instante de duda, pero yo agarré del brazo a papá y le dije, sigamos, viejo, caminemos otro rato, apenas son las doce y media, tenemos tiempo para llegar secos al almuerzo.

Mamá no cambió. Mencionaba con tristeza la desaparición de Juana pero la tragedia no pareció remover nada esencial dentro de ella. Siguió siendo la misma y tuvo problemas con papá. Por suerte yo casi nunca estaba a la hora de la comida.

A veces, en la madrugada, papá venía a mi cuarto. Se disculpaba y me decía, vi la luz prendida, Manuel, ¿puedo entrar un rato?, no logro dormir, carajo... Se sentaba en mi cama, sacaba un cuarto de aguardiente del bolsillo de la bata y se tomaba varios sorbos. Me invitaba a uno y yo le decía, yo tampoco puedo dormir, viejo, por eso leo. Pero él decía, ojalá yo pudiera, Manuel, ojalá pudiera dejar de pensar. Se quedaba un rato, en

silencio. Luego nos dábamos un abrazo y se volvía a ir. Al ver su cara resignada sabía que pasaría la noche despierto. Sus plegarias, al igual que las mías, se perdían en lo más oscuro del cielo. No había nadie que pudiera escucharlas.

Ya le dije que nunca supimos cuándo desapareció, pues nos tenía acostumbrados a sus largos viajes de estudio o de trabajo, y así fue la última vez; sólo cuando pasó demasiado tiempo sin que volviera decidí llamarla al celular, y al no tener respuesta ni comunicación por correo electrónico comprendí que algo raro pasaba. Entonces le hablé a papá. ¿Sabes cuándo va a volver Juana?, y él, inquietándose, me contestó, pues yo estaba esperando para preguntarle a usted lo mismo, mijo, no tengo idea, ¿cómo que no sabe? Así empezó todo. Luego comenzó la peregrinación por comisarías, cárceles, hospitales, la denuncia de desaparición.

Un tiempo después mamá dijo algo que quedó flotando en la cabeza de todos, y que nadie se atrevió a repetir. Se lo dijo a papá, cuando volvía de una de las infructuosas visitas a algún hospital o juzgado.

Ay, Alberto, a lo mejor se acabó metiendo a las FARC.

Eso dijo y papá, de inmediato, le tapó la boca con la mano, un gesto que quiso ser fuerte pero que en realidad fue sólo desesperado.

No vuelva ni a sugerir eso, Bertha. Nunca.

Después sacó el pañuelo y se secó los ojos.

Busqué a sus compañeros de clase, a los amigos que le había conocido. Esto fue un proceso largo y difícil, pues no sabía ni siquiera los nombres. Es increíble lo poco que uno sabe de la gente que ama. Lentamente fui encontrando a unos y otros, pero nadie sabía nada. Me dijeron cosas vagas, que salía de viaje, que hacía trabajo de campo. A ninguno le pareció posible que se hubiera metido a la guerrilla, muy desprestigiada en la universidad. Se lo dije una noche a papá y él movió la cabeza, negándolo, y dijo, yo sabía, eso yo lo sabía, pero gracias, Manuel.

Papá acabó haciendo una denuncia formal por desaparición con la ayuda de la ONG Cáritas. A partir de ese día se dedicó a estudiar las desapariciones en Colombia con la esperanza de encontrar algún indicio, una pista que le mostrara una ruta. Se dedicó también al aguardiente, por un

tiempo, pero los dolores de úlcera lo frenaron. Hablaba poco con mamá, o al menos delante de mí.

Lo peor de estas cosas es que la vida sigue.

Pasó un año, pasó otro año. Papá envejeció como diez y mamá empezó a tomar las riendas de la casa. En el banco, al saber su drama y verlo tan mal, le dijeron que podía acogerse a una pensión anticipada, y se lo pensó. Pero prefirió seguir yendo a su oficina. En la casa el recuerdo de Juana era más fuerte y más triste.

Terminé la carrera de Filosofía y entré al doctorado, y ahí fui alumno de Gustavo Chirolla, en Estética. Fue el mejor curso de toda mi carrera. Pero a pesar del afecto de Gustavo nunca me atreví a hablarle de nada personal ni a intentar ser su amigo. Los compañeros lo trataban, incluso iban a su casa, él era muy abierto y chévere. Me moría de ganas pero nunca me atreví. No sé por qué, señor cónsul. Lo de Juana me hacía sentir lejos, y también culpa, mucha culpa. Yo no era como los demás por todo lo que había perdido. Sin ella la vida no valía la pena. La mía, al menos. Decidí esperar un poco a ver si ocurría un milagro.

Con el tiempo el sufrimiento se transformó en algo secreto, un pequeño fuego que nos unía a mi padre y a mí, aunque casi nunca lo mencionábamos. Yo sabía que él estaba ahí, nada más.

Pero una madrugada, una especie de rayo me despertó, y quedé sentado en la cama.

Juana estaba viva.

Sentí su presencia, como si un viento impregnado de palabras hubiera irrumpido ante mí, y en ese magma, en esa red invisible, estuviera su voz. La escuché. Era una voz en medio de muchas voces, un grito en medio de muchos gritos. La oí. Estaba viva y debía volver a buscarla. Habían pasado casi tres años.

No le dije nada a papá, por supuesto.

Decidí comenzar por Tania, mi iniciadora sexual, con quien no había hablado antes. Me demoré dos semanas encontrándola, pero al fin lo logré. Ya no estudiaba, nunca acabó la carrera de Ingeniería de Sistemas y ahora trabajaba en la sección informática de la Casa Editorial El Tiempo. Cuando iba hacia allá me acordé de su novio español. El periódico había sido

comprado por españoles e hice conjeturas. Por cierto que mientras la buscaba descubrí que no se llamaba Tania sino María Claudia. Tania era su nombre estudiantil, un nombre muy usado en su generación, supongo que por la novia del Che Guevara.

Me recibió en una oficina desde la que se veían los cerros y le conté lo que había pasado. Cada cierto tiempo oíamos el despegue de los aviones de las pistas del Puente Aéreo. Para convencerla de ayudarme le mostré la lista de oficinas y despachos que habíamos recorrido buscando a mi hermana, las acciones civiles y legales iniciadas con mi padre. Eso le movió el corazón y decidió hablar.

Mira, yo quería mucho a Juana, ella me ayudó en todo y siempre fue muy chévere. Ni te imaginas lo que le debo. Por eso quiero empezar por decirte algo que a lo mejor no te va a gustar, pero que es importante que sepas.

La miré con nervios. Tragué saliva. Le dije, cuéntame, por favor, lo que sea.

Juana trabajaba con una ex Señorita Colombia que tenía una agencia de modelos, dijo, y luego de carraspear agregó: pero más que modelar, las niñas lo que hacían era salir con hombres de plata. En realidad era una agencia de escorts, ¿sabes lo que es eso?

Sí, le dije. Prepagos.

Creo que la desaparición de Juana va más por ese lado que por el tema político, siguió diciendo Tania. Tampoco la conocía yo tanto. Mira, este es el teléfono de la agencia. Es todo lo que sé.

Ahora era ella quien estaba un poco nerviosa.

¿Tú también trabajaste de escort?

Voy a ser sincera, dijo, al fin y al cabo tú y yo nos conocemos. En esa época estaba en crisis económica, me acababa de separar de un malparido vago, alcohólico y periquero, y tenía un niño de tres años. Me quedé en la puta calle, no sabía qué hacer. Tu hermana me echó un cable, fue legal, me presentó a la ex Señorita Colombia y empecé a trabajar y a ganar buen billete. Poco después conocí a un ejecutivo español bien situado que se volvió mi novio y que sigue siendo mi novio. Él me ayudó a salir y eso se lo debo a Juana. Llama a este número de parte mía. Yo les hablo hoy para

que te atiendan y ayuden, ¿bueno? Y por favor, cuando la encuentres dile que me muero de ganas de verla.

Salí con una extraña sensación, doble, contradictoria. No podía creer que Juana se hubiera metido en ese mundo, sin embargo me sentí inundado de alegría. Estaba viva, o podía estarlo. Mi intuición fue correcta.

Pero al caminar varios pasos una sombra traía de vuelta una frase terrible, terrible porque no tenía respuesta: ¡ella nunca me habría abandonado! No podía imaginar una circunstancia que le impidiera comunicarse conmigo. Diferente a la muerte, por supuesto. Pero tenía una pista, y en estos casos una pista vale una vida. Al día siguiente iría a ver a esa misteriosa ex Señorita Colombia.

Juana siempre dijo: estoy trabajando para que nos podamos escapar, para largarnos de esta ciudad miserable y que nadie sepa nunca dónde estamos, tú sólo debes creer ciegamente en mí.

Había una luz al fondo.

Tal vez la desaparición formaba parte de eso y sólo debía esperar. Pero habían pasado tres años.

Al día siguiente llamé al número de teléfono, me presenté como el amigo de Tania y una voz me dio una cita para las seis de la tarde. Salí temprano de la universidad, con nervios. Era en la calle Setenta y ocho, abajo de la Once. Mientras caminaba hacia la parada del Transmilenio pensé que en un día como este me habría gustado tener un amigo, alguien a quien confiarle las esperanzas y el miedo que sentía. Era difícil estar siempre solo. Aunque yo no estaba solo, me dije: mi hermana está en alguna parte y voy a encontrarla.

El edificio estaba en remodelación, aunque los obreros parecían estar de feriado. En el primer piso, con entrada desde la calle, había una droguería y papelería. Caminé hacia el recibidor y encontré a un portero dormitando sobre una edición de *El Espectador*. Le pregunté por la Escuela de Modelos y me señaló una placa al lado de los citófonos: «Escuela de Modelos, 3^{er} Piso».

El ascensor no funciona, agregó, de malas. Le va a tocar tirar escalera.

Subí los tres pisos algo intimidado, lleno de dudas y con miedo a saber las respuestas. Abrió una mujer que no parecía modelo y que resultó ser la

secretaria de la escuela. Sonrió y me dijo, sí, sí, la doctora lo está esperando, siéntese un segundito que ya lo hacemos seguir.

Sobre la mesa había ejemplares deshojados de la revista *Tv y novelas*, y tarjetas de publicidad de una clínica de cirugía estética que proponía varios «combos» de belleza integral en oferta, 3 en 1: labios, pecho y caderas, o pecho, trasero y muslos. La oferta vencía en septiembre del año anterior.

La secretaria volvió y me dijo, siga por aquí, y me hizo entrar a una oficina grande, repleta de revistas de moda. Una mujer que me pareció conocida estaba sentada detrás del escritorio. Tendría unos cincuenta años, puede que algo menos. Se le notaban los esfuerzos por mantenerse joven, el gimnasio y las operaciones, las dietas y los implantes, el pelo teñido.

Cuando sonrió casi me viene el nombre a la cabeza. Me dio la mano y me invitó a sentarme, ¿una gaseosita?, dijo, tengo Colombiana Light, la más rica. Dije que sí. Luego nos quedamos un poco en silencio hasta que ella habló: me dijo Tania que estás buscando a Juana y que ya sabes lo que hacía con nosotros. Moví la cabeza afirmativamente. Tania piensa que tal vez usted pueda ayudarme, le dije. Saqué de la mochila mi fólder con la lista de lugares donde la habíamos buscado y la denuncia de su desaparición.

La ex Señorita Colombia me dejó leer hasta el final, escuchando atenta, y luego dijo, mire, le voy a decir algo, lo de Juana no tiene nada que ver con eso, ella no está ni desaparecida ni mucho menos muerta, déjeme le explico. Nosotras trabajamos acá con absoluta confidencialidad, jamás damos detalles de lo que hacen nuestras modelos, pero en este caso, por tratarse de algo tan delicado, me voy a saltar las reglas. Quiero que sepa que son las mismas niñas las que han pedido que no se dé información ni a familiares ni a amigos, supuestos o verdaderos, y mucho menos a clientes. Son las reglas del juego. Ay, espéreme un segundito, por favor, que se me olvidó tomarme una pastilla.

Se levantó y entró al baño de la oficina. Me puse a ojear una revista intentando disimular mi emoción, ¡Juana estaba viva!, no importaban las circunstancias, cualquier situación, por catastrófica o indigna, era recuperable, dios santo, mi corazón se iba a salir del pecho, un brazo comenzó a temblarme y deseé que la mujer tardara en regresar.

De repente oí, detrás de la puerta del baño, una sonora aspiración nasal; cinco segundos después una segunda, aún más fuerte. Luego la mujer volvió a su escritorio.

Ya, disculpe. Bueno, antes que nada quiero dejarle claro que lo que le voy a decir no lo repetiría en ninguna parte y menos delante de un juez o cosa por el estilo. Si le digo esto es sólo por colaborarle a usted y a su familia, y de forma confidencial, sin que salga de estas cuatro paredes, ¿me entiende?

Me miró a los ojos. Los tenía bonitos. Una de las pocas cosas de su cuerpo que no parecían reformadas. Le dije que no debía preocuparse. Era una búsqueda absolutamente personal. Si la desaparición de Juana no tenía que ver con asuntos políticos no había lugar a acciones legales. Eso pareció asegurarla.

Bueno, lo que yo le puedo decir es lo siguiente: ella se fue a Japón a trabajar. Hace tres años.

¿Japón? Me quedé de piedra, incrédulo. ¿Japón? ¿Quiere decir que se fue allá a...?

Sí, a trabajar de escort. Se gana un montón de plata. En esa época yo tenía un buen contacto, una colombiana que las recibía y las ponía en las mejores casas. Allá todo es muy selecto. Le puedo decir que mi asociada se llamaba Maribel, no sé el apellido y la verdad es que desde hace más de dos años tampoco sé de ella. Creo que la detuvo la inmigración y no sé qué pasó, si la repatriaron o está en la cárcel. Parece que no tenía los papeles en regla. Desde esa época no volví a saber de Juana. Mire, puedo darle esto: es una copia del pasaje y el itinerario del viaje de su hermana. Salió de Quito, no de Bogotá. Nunca supe por qué ni le pregunté. Yo le había hablado de la posibilidad de Japón y una tarde me llamó al teléfono y dijo que le interesaba. Que le pusiera el pasaje saliendo de Quito y que era urgente. No me dio explicaciones. Aquí tiene una fotocopia.

De Quito a São Paulo. De ahí a Dubai. De ahí a Bangkok y luego a Tokio. Me quedé perplejo. No sabía que se pudieran hacer estas rutas. Se lo pregunté, ¿por qué esa vuelta tan larga?

Para evitar las visas, papito. No pasa por Estados Unidos ni por Europa, ¿ve? La visa Schengen es difícilísima, y la de Estados Unidos ni hablar. Así

se pasa agachado, por la parte de abajo, ¿entiende?

Guardé el papel en el bolsillo. Se lo agradecí. ¿Y qué fue lo último que supo de ella?

Lo último fue cuando Maribel me escribió desde Tokio diciendo que había llegado y que la estaban ubicando. Eso fue una semana después del viaje, el 3 de noviembre del 2008. Hasta ese momento yo era responsable. De ahí para allá cada una hace su vida y no tiene que dar explicaciones a nadie, porque estamos hablando de personas mayores de edad, libres e independientes, ¿no? Eso fue lo último que supe. Al mes traté de hablar con Maribel para otra niña que quería ir pero se demoró en contestar y luego, a los tres meses, me escribió contando que estaba en problemas legales y que debían parar. Después no volví a saber nada.

Miré la fotocopia del pasaje, leí el nombre de mi hermana unas diez veces. Me bailaban las letras, no lo podía creer. Al fin tenía algo concreto. La ex Señorita Colombia se levantó y volvió al baño. De nuevo escuché dos aspiraciones. Luego salió y dijo:

Puede que a su hermana la hayan detenido junto con Maribel. Por ahí puede empezar a buscar.

Volví a preguntar si tenía algún contacto en Colombia de Maribel, pero dijo que no. Ni siquiera sabía su apellido. Muy bien, le dije, con esto me ha dado una enorme ayuda, ¿le debo algo? No, imagínese, dijo la ex Señorita Colombia. Vaya y encuentre a su hermana y cuando esté con ella dígame que la extraño y que me pegue una llamadita.

Al despedirse me dio un beso en la mejilla.

Salí a la calle y me sentí extraño. Japón, Quito, ¿qué carajo era toda esa historia? Saqué del bolsillo la copia del pasaje y, en la papelería, le hice dos fotocopias. Por la calle, camino a la casa, volví a leerla al menos cien veces. En el semáforo de la Once una pareja me miró alarmada desde un carro y yo escondí la cara. Estaba llorando.

Llegué a la casa y me encerré en mi cuarto.

Abrí el computador y empecé a buscar: Japón, escorts, colombianas en Japón. Había muchos nombres, teléfonos, no supe qué hacer. Busqué la embajada de Colombia en Japón y la de Japón en Colombia. Copié todos los números, una lista larguísima. También los códigos y la diferencia

horaria. Eran las ocho de la noche en Bogotá, las nueve de la mañana del día siguiente en Tokio. Era el momento de llamar, debía salir. Pero no tenía un peso. El corazón seguía golpeando fuerte. Al bajar a la sala vi a papá en el sofá, con la cabeza recostada hacia atrás y un periódico abierto en las piernas. Dormía. Apenas di un paso abrió el ojo, ¿va a salir a esta hora? Sí, le dije, y necesito plata. Me miró extrañado. ¿Cuánta? Como diez mil pesos, le dije. Entonces señaló su chaqueta y dijo, saque de mi billetera. Con la plata en la mano me despedí. Gracias, papá, no vuelvo tarde. Él no contestó nada, pero apenas abrí la puerta lo oí desde la sala, no será para comprar drogas, ¿no?

No, papá. No es para eso. Se lo juro.

Qué bueno, mijo. Vaya y cuídese.

Fui en buseta hasta la iglesia de Lourdes. Por esa zona había visto locutorios telefónicos. Encontré uno sobre la Once y pedí los precios de comunicación a Tokio. Setecientos pesos el minuto. Mierda, es carísimo, pensé. Podría hablar unos quince minutos. Fui a uno de los reservados, marqué el número de la embajada de Colombia y esperé. Cuando sonó el timbre el corazón comenzó a golpear, una gota de sudor me atravesó la espalda. Seis timbres, siete. Al fin contestaron y expliqué que llamaba de Bogotá, que tenía una hermana perdida en Japón, di el nombre y la cédula. Cuando iba a repetirlo una voz dijo, no cuelgue, ya le paso el consulado; sonó un conmutador interno y una música de Vivaldi. Yo miraba el contador de tiempo, 3mns. 46sgds., así hasta que por fin contestaron, y expliqué, apresuradamente, que llamaba de Bogotá y que mi hermana estaba perdida en Tokio, y el nombre, entonces el funcionario dijo, ¿me lo repite, por favor?, un momento, y me dejó esperando, y yo miré el contador, 7mns. 50sgds., el corazón me impedía respirar hasta que el hombre volvió y dijo, no, no hay ningún registro con ese nombre, así que pregunté, ¿y no podrá ser que esté presa?, y dijeron, ah, un momento, y de nuevo Vivaldi, 10mns. 45sgds., más Vivaldi, 12mns. 50sgds.; volvió la voz y dijo, no, no aparece registrado nadie con ese nombre, bueno, gracias, dije, y colgué, 14 mns. 48 sgds. Pagué los diez mil pesos y salí con la cabeza a punto de estallar.

Subí a la Séptima e inicié el camino de vuelta, a pie, mirando la mancha de los cerros, la zona más negra entre las luces de los edificios y los postes,

y me llené de reproches, de preguntas, de culpa: ¿por qué no me lo contaste?, ¿creíste que te iba a juzgar por eso?, ¿crees que habría intentado impedir que te fueras? Es posible, es posible, ¿dónde estás en este preciso instante, mientras yo camino por una horrible avenida llena de buses y gente grosera que se abalanza sobre los andenes?

Llegué a la casa a las once de la noche. No quería encontrarme a papá en la sala, y mucho menos a mamá, así que di varios rodeos. Le agradecí que no me preguntara para qué era la plata. Desde la desaparición de Juana se había vuelto generoso conmigo. Mamá, en cambio, seguía con sus recelos y silencios, y esas horribles ironías, un modo de tratar los problemas que consistía en no discutirlos en el momento, hacer como si no existieran, y luego sacarlos ante los demás, ridiculizando a papá. Lo que más me molestaba de ella era su insensibilidad ante el asunto de Juana. Digo aparente, señor cónsul, pues le doy el beneficio de la duda, al fin y al cabo era su hija mayor, pero la verdad es que no le importó un carajo, e inclusive diría que se alegró. Ella era así de resentida y maligna.

En mi cuarto abrí Internet y comencé a mirar imágenes de Tokio: me pareció una ciudad irreal, extraña. Luego observé la noche desde la ventana. En Japón ya era el día siguiente, o sea que Juana estaba en el futuro. Se escapó al futuro, pensé. Es inteligente.

Fue en ese mismo instante, señor cónsul, que decidí ir a Japón a buscarla.

La siguiente pregunta, obvia, era, ¿cómo hacer para viajar? Por supuesto que la decisión estaba unida a otra, la de irme para siempre de mi casa. No podía contar con la ayuda de papá, pues tendría que contarle todo y hacerle más daño. Sentí que era el momento y, como se dice en las historias románticas, que el destino tocaba a mi puerta. Pum, pum. Había llegado la hora de irme yo también. Decidirlo me puso eufórico y empecé por lo más complicado. Saqué el pasaje de avión de Juana, busqué una página de vuelos baratos, eDreams, e hice la consulta. El viaje desde Bogotá —el de Juana era desde Quito— costaría siete mil dólares. Es decir que para encontrarla necesitaba por lo menos el doble. Unos quince mil dólares, treinta millones de pesos, una cifra de ciencia ficción, incluso para papá.

¿Dónde conseguir esa plata? Me dormí haciendo cábalas. Trabajar y ahorrar quería decir, por lo menos, dos años. Descartado. ¿Vender algo? No tenía nada de valor. ¿Robar? No se me ocurría a quién. Un estilete de idea llegó a mi cerebro: papá trabajaba en un banco, ¿no podría robarlo? Al fin y al cabo Brecht nos enseñó que es peor delito crear un banco que robarlo. Pero eran ideas ociosas, sería clavar un puñal en el corazón de papá, que ya estaba lo suficientemente herido.

¿Y entonces?

Pasé una semana pensando y no se me ocurrió nada. Todo lo que llegó a mi mente era imposible o descabellado. Llegué a imaginar que robaba un supermercado como el Pomona de la Séptima, al lado de mi casa, pero calculé que tendría que robarlo al menos tres veces para reunir la suma. Era imposible que alguien como yo consiguiera esa cantidad de plata.

Tras muchas vueltas llegué a una idea que era también bastante desesperada, pero que fue la única que no me pareció imposible.

La ex Señorita Colombia.

Tal vez a ella se le ocurriera cómo podía yo hacer ese viaje. Sin pedir cita fui a la Escuela de Modelos. La secretaria me dijo, ay, ¡volvió! Se ve que le quedó gustando, y me picó el ojo. No entendí muy bien a qué se refería, pero me anunció y la ex Señorita Colombia me recibió en la misma oficina, algo más descompuesta que la primera vez, tal vez debido al hecho de que sobre el escritorio había una botella de aguardiente por la mitad y un vasito de plástico. Al verme sonrió y dijo:

¿Cómo le fue con Juana?, ¿ya la encontró?

Le dije que no, que apenas estaba al principio. Le expliqué que había llamado a la embajada de Colombia en Tokio y no tenían registro de ella. Tampoco estaba detenida. No sé por qué sentí la necesidad de contarle todo eso.

La ex Señorita Colombia me miró con interés y me ofreció un traguito de aguardiente. Se lo acepté. Luego se fue al baño y volvió a los diez segundos, masajeándose con un dedo las encías.

¿Y entonces qué piensas hacer, papito?, me dijo.

Estoy convencido de que Juana está allá y quiero ir a buscarla, le dije. Ya tomé la decisión, pero tengo un problema: la plata. El viaje vale quince

mil dólares y no los tengo. Por eso vine. A lo mejor a usted se le ocurre algún modo para financiarme o recibir la plata prestada, no sé.

La ex Señorita Colombia no dijo que no inmediatamente, sino que movió la cabeza de arriba abajo.

Okey, okey, dijo. Es difícil y es mucha plata, pero déjame ver. Escribe en este papelito tu celular y si se me ocurre algo hago que te llamen y vienes, ¿bueno?

Le agradecí y salí a la calle. Que no me hubiera dicho que no, que no me soltara una carcajada en la cara, ya me parecía un logro. Era la única persona que podía ayudarme. Ahora sólo quedaba esperar.

Y fue lo que hice: esperé y esperé, vigilando con nerviosismo la pantalla del celular. Pasaron cinco o seis días, no sé exactamente, hasta que por fin sonó.

¿Manuel Manrique?, preguntó una voz. Tiene cita en la Escuela de Modelos el viernes a las siete de la noche. Dije que estaría ahí puntual.

Pasaron tres días de nervios, frenéticos. Cuando uno espera el tiempo es denso, desligado. No sé nada del tiempo.

El viernes a las seis y cuarenta de la tarde estaba en la puerta del edificio, mirando el reloj con insistencia. Fumé un cigarrillo, luego otro. Once minutos para las siete. Entré despacio, subí al tercer piso. La secretaria estaba más jovial que de costumbre. Qué delicia que vuelva a visitarnos, dijo gritando; pero al decir la última palabra le escurrieron babas de la boca. Muy raro.

Esta vez la ex Señorita Colombia tenía una botella de vodka y una hielera. La acompañaba un señor que también me pareció conocido, un viejo galán de la televisión cuyo nombre no recordé.

Me sirvieron un trago. Fue ella la que empezó a hablar.

He estado pensando en lo que me dijiste de Tokio, pero la verdad es que a nosotros lo que nos puede interesar es Bangkok.

Le dije que el pasaje de mi hermana pasaba por Bangkok. Ella y el hombre se miraron un segundo y aprobaron. Luego habló él.

Estaríamos dispuestos a pagarle el viaje completo, darle los quince mil dólares, pero usted nos tiene que traer un maletín que nos van a mandar unos amigos de Bangkok.

¿Y qué hay en ese maletín?, dije, aunque, señor cónsul, había que ser idiota para no entender que era un asunto de drogas. Sabía dónde estaba y quiénes eran ellos, pero mi necesidad era muy fuerte y exigía un riesgo. La necesidad tiene cara de perro, y así fue.

Unas pastillitas, de las que toma la gente en las discotecas, dijo el hombre. Eso no tiene problema, allá mis amigos le ayudan a empacarlas. Ya lo hemos hecho un montón de veces y nunca pasa nada.

Era la única oportunidad y pensé que me les escaparía. O que volvería con ella. Cuando estuviera con Juana veríamos el modo de salirnos de esto. Les dije que sí.

Acepto. ¿Qué tengo que hacer?

Empezó un trámite relativamente sencillo. Había que ir a la calle Cien a sacar un pasaporte. Luego estudiar la fecha. Las vacaciones de Semana Santa serían ideales para no levantar sospechas. Estuvieron de acuerdo. Faltaba menos de un mes para eso. Me dieron medio millón de pesos para los preparativos: una maleta, ropa de vacaciones, cosas de viaje, una agenda, una cámara de fotos, debía hacer creíble mi viaje. Pidieron mi dirección en Bogotá y el nombre de mis padres. Esto me indispuso, pues supe que si no cumplía irían a buscarlos. Pero eso sería después de Juana, y con ella los problemas del mundo dejarían de existir. Juntos le haríamos frente a todo, así que les di los datos, los nombres, les dije dónde trabajaba mi papá, el teléfono de la oficina.

Lo comprobaron delante de mí, llamándolo, ofreciéndole aprovechar una oferta de viajes a Cartagena de Indias, a lo que él, por cierto, respondió que no y los mandó a la mierda, les colgó insultándolos por llamar a molestar en horas de trabajo, algo muy de él, por supuesto, ¿un viaje a Cartagena de Indias?, qué idea.

No podía guardar en mi casa las cosas, así que las dejé en la Escuela de Modelos.

Un jueves llegué pasadas las cinco de la tarde a dejar una cámara digital que había conseguido, de segunda, en el Centro Comercial el Lago, y la secretaria me abrió la puerta con una sonrisa de oreja a oreja. Estaba más risueña que de costumbre y me dijo, siga, papito, ¿le puedo ayudar?

Le expliqué y vino conmigo hasta la oficina de la ex Señorita Colombia, que no estaba. Me agaché para abrir la maleta y guardar bien la cámara y una llave USB.

Al darme vuelta vi que se alzaba la falda y me mostraba su pubis afeitado; lo extraño es que se reía y al tiempo le escurrían babas, una expresión rara, como de estupidez o dilatación anal, así que le dije, ¿le pasa algo?, y ella, no, papito, ¿no le parezco linda o qué?, vea que soy bien mami, luego me estiró la mano y dijo, tenga, tómese esto y me alcanza, churro, y me dio una pastilla color rojo, tómese la y verá lo bien que se siente.

Me la puse debajo de la lengua sin tragarla y me levanté del suelo, pero ella se abalanzó sobre mi queriendo besarme y en el ajeteo acabé tragándome la maldita pepa; un minuto después sentí un cosquilleo en la sangre, una gran placidez y ganas de más cosas, como si el cuerpo y la piel no dieran abasto, y entonces la mujer me llevó a un sofá, me bajó los pantalones y me lo empezó a mamar. Una montaña de azúcar se disolvió en mis venas, perdí la noción del tiempo. De repente se dio vuelta, se puso en cuatro, arrodillada en el sofá, y dijo, ¿me comes, papi? Dejé de verla y frente a mí apareció una espiral de colores, unos fuegos artificiales.

Recuperé la conciencia en la calle, caminando hacia la Séptima con el sol en las espaldas, en medio de un atardecer violento que destacaba el perfil de los cerros y los volvía masas de color, como cuadros de Rothko; caminé sintiéndome fuerte, y me dije, todo está a punto de cambiar, mi vida va a ser, por primera vez, verdaderamente mía.

Al llegar a la Once tuve una alucinación: Juana estaba sentada en las ramas de un sauce, junto a un almacén de celulares. Con la mano me decía, ven, Manuel, ven, y susurraba, te estoy esperando, me encontrarás si sigues las señales que dejé, un sendero de hojas brillantes en el bosque, un bosque simbólico, como el de Baudelaire, ya lo verás, será fácil, y cuando estemos juntos nos iremos a otro planeta, ese que tú vas a crear con tu imaginación para los dos, para que ambos seamos felices.

Cinco días después salí de mi casa para siempre.

Me despedí de papá, que estaba en el comedor subrayando y analizando el periódico, su obsesión de las mañanas antes de ir a la oficina. Le puse la

mano en el hombro y le dije, adiós, papá, cuídese. Se quedó mirándome un momento, algo extrañado, pero no dijo nada; luego le hice un saludo de lejos a mamá, que apenas contestó levantando la barbilla.

A las diez estaba en el aeropuerto. El vuelo a São Paulo salía pasado el mediodía. La ex Señorita Colombia y su amigo me acompañaron a la entrada de inmigración. En el café Juan Valdez, antes de abordar, el hombre me dio un sobre con cinco mil dólares que guardé en mi chaqueta. Ya tenía una lista con los teléfonos y nombres que debía contactar, y de todos modos, dijeron, alguien me estaría esperando en el aeropuerto. En Bangkok pasaría un par de días haciendo esos contactos. Una vez hechos, y con todo listo, iría a Tokio a buscar a mi hermana durante una semana. Después regresaría a Bangkok a recoger la mercancía y hacer el viaje de vuelta a Colombia. Estuvieron de acuerdo en que, de ese modo, levantaría menos sospechas. Era un plan sencillo.

Mi plan secreto era diferente: una vez que encontrara a Juana, en Japón, me perdería. Ya nada me importaba.

Me acompañaron hasta la entrada internacional y se despidieron con grandes abrazos, como si fueran mis papás. Caminé hacia los controles del DAS con un ligero temblor.

Me iba de Bogotá, de Colombia. No lo podía creer.

El agente del DAS me hizo una pregunta rutinaria, ¿Adónde viaja? A São Paulo, le contesté, mostrando el pasabordo. Me selló el pasaporte. Pasé los controles de maletas, me requisaron varias veces. Entré al Inn Bond. Luego me senté en la sala de abordaje mirando la operación aérea, los demás viajeros, el ajetreo y las carreras.

Al subirme al avión todo era nuevo. Me dieron un sillón de ventana, justo después del ala. ¿Sentí nervios? Sí, un poco. La película de la vida me pasó entera por la mente, como dicen que les pasa a los que están a punto de morir. A mi lado se sentó una joven brasileña con un iPod. Olía rico y era muy bella. Al recostarse hacia adelante vi asomar la mitad de un trasero bronceado. Me preguntó si iba a Brasil de vacaciones. Un rato después el avión empezó a moverse y carreteó hasta la pista. Aceleró y me hundí en la silla. Sentí un extraño placer y un segundo después vi mi odiada ciudad desde arriba.

Pobre y miserable Bogotá, me dije, jamás volveré a ti.

El avión dio varias vueltas hasta que la perdí de vista. Sentí algo extraño correr por mis mejillas. De nuevo estaba llorando.

Atravesé el mundo. Volé sobre la Amazonia y crucé el Atlántico. Pasé sobre África y llegué al Golfo Pérsico. Luego Asia Menor, el Indostán, y al final, la península malaya y mi primer destino, Tailandia.

En el aeropuerto de Bangkok ya estaba más que decidido a escaparme de la ex Señorita Colombia y su socio, así que al recuperar mi maleta me escabullí entre la gente, cogí un taxi y me fui a un hotel que había elegido por Internet con ese propósito. No era el que ellos me habían reservado y pensé que así podría burlarlos. Para evitar sorpresas me registré y permanecí en la habitación. El plan era no salir hasta que pasaran los tres días que debía esperar antes de seguir hacia Tokio.

No soy ingenuo, sabía que me iban a buscar y que darían la alarma. Lo único que podía hacer era quedarme escondido, o quieto, y cada día sería un pequeño triunfo. El primero fue así. No hubo movimientos extraños. Por la noche bajé a comer a la cafetería y no vi nada amenazador, aun si la gente del servicio me miraba con extraña expresión. A veinte mil kilómetros de mi ciudad todo debía ser extraño, me dije. El segundo día fue igual y me aventuré a salir. Por seguridad llevé la plata, el pasaporte y el pasaje. Si venían podían quedarse con todo, nada de lo que tenía en la maleta me importaba. Fui hasta el río y lo crucé en una canoa. Vi la silueta de la ciudad en el atardecer y me pareció triste. También era triste el río, como si arrastrara algo que no acaba de limpiarse, como si corriera por una membrana a punto de reventar con gran dolor.

Cuando se hizo de noche entré a comer a un restaurante que tenía terraza sobre el Chao Praya. Lo seguí mirando, imantado por esa desolación. He debido escuchar lo que me sugería, pero no podía saber nada. Volví al hotel a las once de la noche y me acosté a dormir, pensando que al día siguiente, desde muy temprano, me iría al aeropuerto. A las seis de la mañana alguien golpeó a la puerta. Sentí miedo y me quedé en la cama, esperando que se fueran, algo improbable. Golpearon con más fuerza y me levanté a ver por la mirilla. Eran agentes de policía y eso me tranquilizó. Abrí y pregunté qué pasaba, pero en lugar de responder me

pusieron de cara a la pared. Luego un par de esposas y me sacaron al corredor.

Me trajeron aquí y el resto ya lo sabe. Encontraron esas pastillas en mi maleta, pero no eran mías, yo no las puse ahí. Estaba escapando y me agarraron, y ese fue el castigo. La policía lo sabe. Yo no cometí ningún delito. Manuel acabó de hablar y guardó silencio, sentado en la esquina más oscura de su celda. Supuse que sería la primera vez que hablaba tanto, que contaba su vida de un modo tan extenso y desesperado. Noté que quería salvarse. Ese era el sentido profundo de su historia: un grito de socorro. Luego dijo:

—Señor cónsul, si le conté todo esto es porque quiero pedirle algo. Encuéntrela por mí. Vaya a Tokio y traiga a Juana. Puede que le parezca excesivo, pero es lo último que quiero. Tómelo como el último deseo de un condenado.

Me quedé en silencio un momento, mirándolo. A pesar de todo aún creía en algo. Tenía apenas veintisiete años, debía ser eso. Uno se olvida muy pronto de la juventud y lo que esta conlleva. Tomé nota de algunos nombres, pensando que ese no era mi papel, pero alguna vez escribí: «Cuando uno sabe qué es lo correcto, lo difícil es no hacerlo». De nuevo esa frase adquiría sentido, de nuevo su elocuencia señalaba un camino, en el aire tibio y sucio de Bangkwang.

Le dije que sí, que iría a buscarla, pero él, a cambio, debía declararse culpable para salvar la vida.

—Si la encuentra mi vida es de ella. Yo haré lo que Juana diga —dijo Manuel.

Al salir llovía a cántaros. Otro aguacero tropical que nubla el aire y llega de repente. Rechacé el té ofrecido por un ordenanza de la cárcel y

regresé a mi taxi. El conductor dormía en el sillón trasero.

Volvimos a la ciudad bajo columnas de agua y ruidos de nubes. Los arrozales brillaban iluminados por un sol lateral que provenía de otra zona del cielo. Fui directamente a ver al abogado, le agradecí su gestión y volví a pedirle que se apersonara del caso. Mientras hablaba vi que tenía sobre la mesa un libro abierto, en inglés. Era la *Historia de Roma* de Jules Michelet. Me volvió a sorprender.

Al notar que miraba el libro, dijo:

—¿Sabe qué he pensado siempre? Es curioso que su cultura, la de occidente, provenga de este enloquecido imperio, con sus calígulas y heliogábalos. No es de extrañar que hoy se viva una época tan incomprensible.

Lo miré con aprobación. Pensé decir algo pero preferí callar, no era el momento de iniciar una charla histórica.

—Pasado mañana regreso a Delhi —le dije—. Lo llamaré con frecuencia, estaré en contacto. Es importante saber con tiempo la fecha del juicio. Mi compatriota está dispuesto a declararse culpable, pero yo preferiría que la verdad se esclarezca antes, que la policía aclare todo. Él es inocente, no tengo ninguna duda.

El viejo abogado me miró en silencio.

—Qué bueno que sea inocente —dijo—, eso hará que las cosas sean más fáciles. La verdad siempre acaba por imponerse. No se preocupe, cónsul. Váyase tranquilo que yo tomo las riendas del caso y lo mantengo informado.

Desde ahí llamé a Teresa, quería despedirme. Me dio cita a las siete de la noche en el bar del Blue Elephant. Luego bajé a la calle y caminé sin rumbo hasta llegar a un lugar llamado Paradise Tower. Era un centro comercial. En una de sus avenidas había un pequeño bar que daba a un parque exterior y ahí me senté, mirando a la gente. La lluvia había cesado. Pedí una ginebra doble con limón y hielo. Un segundo después una jovencita se sentó a mi lado. Tenía un *hot-pant* blanco que parecía crema esparcida en la piel. Sus coloridas uñas y tacones contrastaban. Quiso saber cómo me llamaba, de dónde era, si estaba solo y si la invitaba a beber algo.

Le dije que pidiera lo que quisiera, pero que no buscaba compañía. Ordenó una cerveza Singha y se alejó despacio, mirando hacia atrás.

Seguí pensando en la historia de Manuel. «Esta no va a ser una novela negra, ¿quiere sorprenderse? Va a ser una novela de amor.» Ahora entendía su enigmática frase, y tenía razón. Era una novela de amor.

Escuchándolo, Bogotá volvió a mis ojos como la ciudad de la que yo también me fui, aunque por otros motivos. Conocía bien el barrio de Manuel, Santa Ana baja. Ahí vivía mi amigo Mario Mendoza. ¿Conoció él esa familia? Era posible.

Un rato después volví al hotel y le escribí a Gustavo:

Ya tengo la historia, no busques más. Hablé con él y me contó todo. Es un lío del carajo. Más adelante te doy detalles. Él te recuerda con afecto. Un abrazo.

Releí mis notas: «Maribel, consulado de Colombia, 3 de noviembre de 2008», ni siquiera tenía el número del pasaporte.

Había aceptado la misión de encontrarla y, de algún modo, ya me estaba poniendo en marcha. ¿Cómo sería ella? Puse su nombre en Internet y encontré una vieja y probablemente caduca inscripción a Facebook. No había foto sino la imagen de unos niños indígenas, tal vez wayuu o paéces, no se veía con claridad.

A las siete bajé a la calle y pedí un taxi.

Teresa me esperaba en el Blue Elephant bebiendo un cóctel rosado. ¿Qué es?, le pregunté. Un singapur sling, dijo. Lo había probado en el bar del hotel Raffles, en Singapur, donde se inventó. Aparece en la narración *La carta*, de Somerset Maugham. Aún tengo un afiche con la imagen del *tenderman* y unos vasos especiales. Pero preferí un martini muy seco.

El lugar era señorial, con techos altos, grandes ventanales, sillas de cuero. Las paredes tenían enchapes dorados. Me recordó a La Coupole, en París, con ventanas de batientes en madera y ventiladores de aspas. Como el Long Bar del Raffles o el Batavia de Yakarta. La arquitectura colonial británica.

Le conté obsesivamente la historia de Manuel, el modo en que, a pesar de la diferencia de edad —yo le llevaba casi veinte años— me hizo regresar con su historia a la Bogotá de mi adolescencia, a esas rutas a pie por calles oscuras, al frío de las madrugadas, a la llovizna.

—O sea que estaba buscando a su hermana —dijo Teresa—, y ahora la vas a buscar tú.

—Sí —le dije—. Tendré que ir a Japón.

—Tu reflejo de cazador de historias hizo que levantaras el rifle —Teresa mordisqueó la aceituna mientras hablaba—, eso está muy bien. Supongo que dentro de un tiempo lo leeré.

—Es posible —dije—, pero no va a ser una novela negra. Va a ser una novela de amor. Lo dijo Manuel.

Tanto mejor, dijo Teresa. Luego se dio vuelta y le pidió otra ronda al barman. La miré con gratitud.

—Cada uno bebe lo que necesita y a ti se te ve en la cara. Cenaremos más tarde.

—Caramba —exclamé—, eres la mujer ideal.

—Mi ex marido decía lo mismo, pero apenas tuve las hijas, crucé la línea imaginaria de los cuarenta y se me cayeron las tetas, se fue con una de veintiocho, así que pónganse de acuerdo.

Nos reímos.

—No todos los malvados varones son iguales —le dije—, no hay solidaridad de género.

—Lo sé —dijo—. Te estoy albureando.

Bebimos hasta las tres de la mañana en dos bares diferentes. Antes de despedirnos, Teresa me agarró del brazo.

—Y tú y yo, ¿qué onda?

Le di un abrazo fuerte y le dije:

—Tú y yo muy buena onda.

Luego subí al taxi y volví a mi hotel.

Al otro día, a las tres de la tarde, embarqué en un avión de regreso a Delhi.

PARTE II

Ah, Bangkok.

La lluvia y la soledad me van trayendo los recuerdos. Mi cuaderno se llena de signos de interrogación, flechas, paréntesis. Ansío llegar a un punto de no retorno. Ya lo alcancé, pero en la vida, donde no hay regreso posible, ¿adónde podría uno volver? A ninguna parte.

Son las diez y treinta y dos minutos de la mañana y ya estoy sentado en un bar de Silom Street de nombre algo extravagante, Mr. Oyster, con una cerveza Singha entre las manos. Hace calor. La botella conserva pequeñas briznas de hielo del refrigerador, microestalagmitas en torno a la etiqueta. Acaricio el vidrio helado y siento un temblor en mi piel.

Soy muy feliz.

La libreta de notas (ya voy por la segunda) me da un cierto aire de expatriado; como un industrial en el exilio o incluso un viejo actor que ya todos olvidaron, alguien venido a menos a pesar de haber tenido una excelente racha años atrás, antes de que cosas como las drogas, los juicios de divorcio y el alcohol lo alejaran de la pantalla. Me gustaría tener un aire intelectual, pero eso ya no existe. La penumbra de este lugar me protege y los demás clientes, aquel hombre gordo de edad entre los cincuenta y los sesenta, esa mujer anciana y desdentada, ese joven que tiembla mientras bebe algo que, visto desde aquí, parece —y espero de todo corazón que sea— un bloody mary, en fin, todos ellos serán mi compañía, aunque no pienso hablarles. Me gusta beber mis tragos solo, hacer mi lenta inmersión sin que nadie venga a inmiscuirse.

Por un ventanuco lateral alcanzo a ver el cielo, destemplado a esta hora, y algunas nubes cargadas de un denso material. Nubes con aparato

eléctrico. ¿Traerán algo a mi cuaderno?

La infinita forma de las nubes.

De cualquier modo, mi deseo en este fresco rincón de Mr. Oyster es estar solo. Si se toman ciertas precauciones no habrá sorpresas. Es fácil evitar todo aquello que odio, y ahora debo seguir antes de que esta página reviente.

Como si alguien desde arriba manejara los hilos de esta historia, al día siguiente de mi regreso a Delhi, mientras revisaba correos en la oficina, recibí una increíble propuesta: el Instituto Cervantes de Tokio me invitaba a participar en unas jornadas de literatura colombiana dos semanas más tarde. Mis compañeros serían los escritores Enrique Serrano y Juan Gabriel Vásquez. ¡Casi caigo de la sorpresa! Acepté de inmediato, incrédulo por la afortunada casualidad (alguien, a última hora, debió de declinar la propuesta). Le escribí al cónsul colombiano en Japón contándole de mi viaje y, de paso, pidiendo información sobre Juana Manrique, con la fecha de llegada que me había dado Manuel. Quedó de verificar en la lista de inscritos al consulado y comunicarse.

Dos días después respondió diciendo que el nombre figuraba, pero que no tenían noticia reciente. ¿Por qué le dijeron a Manuel que no estaba inscrita? Tal vez una mínima negligencia, una página poco clara o simplemente la precipitación. Lo que se hace y se dice por teléfono suele ser vago, impreciso, pero qué alegría habría sentido si le hubieran dicho que ella estaba en la lista.

El cónsul precisó que Juana Manrique había dado la dirección de un hotel y que no votó en las elecciones. Agregó algo que yo ya sabía: muchos se van del país sin darse de baja en el consulado, estar inscrito sólo demuestra que la persona alguna vez estuvo aquí.

Todos, en algún momento, estuvimos aquí.

El cónsul era una persona religiosa y acababa su carta con una cita bíblica: decía que en su listado no se sabía quién era quién, ni qué hacían, y que por eso habría que esperar hasta el día final en que el Señor —lo

escribió con mayúscula— viniera a separar los buenos de los malos. No tuve a mano una Biblia para comprobar de qué hablaba exactamente, pero me impresionó.

Volé a Tokio poco después, nervioso, excitado.

Qué extraña ciudad. Tras una observación más o menos rápida llegué a la conclusión de que estaba en el futuro, pero luego, pensando en Delhi y Bogotá, comprendí que Tokio es el futuro, sí, pero sólo de Tokio.

Tokio es el futuro de Tokio.

En este tipo de viajes suelo ir con la literatura por delante, ver qué han escrito y opinado otros. Los libros y la poesía son mi Lonely Planet. Y así encontré, por ejemplo, que al llegar a Tokio en 1982 Marguerite Yourcenar exclamó: «¡Dios santo, once millones de robots!». No logró sobreponerse a esa imagen caricaturesca y paternal que los europeos tienen de Asia. Otro fue Richard Brautigan, norteamericano, que se casó en 1978 con una japonesa. Los norteamericanos viajan mejor (o viajaban), sin exigirle nada a los lugares a los que llegan. La unión duró dos años, pero Brautigan se quedó en Tokio hasta que su vida, como dicen sus biógrafos, se «disolvió en el alcohol y el insomnio». Interesante disolución. A Brautigan le gustaban los haikús y escribió esto:

*Me gusta ese chofer de taxi
que se interna en las calles sombrías de Tokio
como si la vida no tuviera sentido.
Es así como me siento yo.*

Nos alojaron en el Sheraton Miyako, en Shirokanedai Minato, cerca de la residencia de la embajada de Colombia, un hotel lujoso con un muy cuidado jardín interior frente al lobby, recordando que la jardinería es una de las bellas artes japonesas (el budismo se puede aprender a través de ella).

La cena de bienvenida al evento literario era a las siete y media de la noche, así que había tiempo para organizarse y hacer las cosas con calma. Fui a un 7 Eleven cercano a ver qué había de interés y acabé comprando un litro de ginebra por el mismo precio de un botellín en el hotel. Pedí al servicio de cuartos algo de hielo y un rato después llegó la más hermosa

hielera que he visto en mi vida, con cubos que parecían recién inventados, como traídos de la caverna de Platón: asépticos, perfectos, simétricos. Supongo que estas cosas le pasan a todo el que viene a Japón por primera vez.

Durante la cena, tras los saludos y agradecimientos protocolares, Enrique Serrano nos dio una amplia charla sobre cultura nipona incluyendo aspectos históricos, políticos y económicos, y luego, a las once más o menos, nos llevaron de regreso al hotel. Ya en la habitación pedí un poco más de ese hielo marca Swarovski y me senté a leer una novela de Kenzaburo Oé, aunque no logré concentrarme. Sentía una gran ansiedad ante la posibilidad de encontrar a Juana y, por supuesto, de llevarla a Bangkok.

El cónsul me esperaba al otro día.

Las ramas de los árboles se mecían con el viento y ya se anunciaban los fríos del invierno. Una hoja que baila en el aire, un andén vacío, los cerezos ya oscuros, la llovizna. Todo parecía hecho para el haikú.

La oficina estaba al lado de la residencia, una casa amplia y señorial rodeada de jardines que evocaban las forestas japonesas, pobladas de ánimas y demonios.

Le expliqué al cónsul quién era Juana Manrique y por qué la buscaba. Ordenó un par de cafés, nos sentamos cerca de la ventana y me señaló las nubes. Acá van rápido, ¿no se había fijado? No, dije. Era un tipo amable y raro. Le interesó conocer la historia de Manuel Manrique, en Bangkok, y quiso saber si habíamos contratado un abogado. Por su experiencia de jurista opinó que lo más deseable era el traslado de la pena a Colombia. El problema, una vez más, era no tener embajada. Estas cosas son vistas con mucho recelo por los países. Luego me expresó su sospecha, o más bien su hipótesis: Juana Manrique no vino a Tokio a estudiar japonés, como escribió en su hoja de registro, sino a dedicarse a la prostitución; por eso no habían vuelto a tener noticias de ella. Yo asentí, sin dar muestras de que ya lo sabía.

—Las traen engañadas —continuó el cónsul—, aunque el engaño, en realidad, tiene que ver sobre todo con ciertos matices intermedios y no con el fondo, por decirlo así. Saben que van a trabajar de prostitutas, pero creen

que serán escorts de lujo, pocas veces a la semana y, sobre todo, que podrán decidir los términos. Eso les prometen. Pero acá la cosa es muy distinta. Las obligan a estar en la calle, lo que las hace sentir muy frustradas. Si muestran dotes y se ganan la confianza de los jefes pueden ascender y trabajar en hoteles. Estos negocios los maneja la mafia japonesa. Las llaman «talentos», pero no tiene nada que ver con las antiguas monedas griegas; trabajan en unos sitios llamados teatro-bar, ahí deben hacer striptease, fotos pornográficas y tener relaciones sexuales con los que ganan unos ruidosos sorteos. El resto del tiempo están en residencias sin poder salir ni un día a la semana. Les quitan la ropa, viven desnudas.

El cónsul estaba bien informado. Dijo que había unas mil colombianas dedicadas a esto, según cálculos, pues por lo general no las dejaban inscribirse en el consulado (el caso de Juana Manrique era raro, lo que denotaba un cierto nivel). Por supuesto les secuestraban el pasaporte.

—El método de esclavitud es el de la deuda contraída —siguió diciendo—, un monto que jamás se acaba de pagar y que crece y crece a voluntad del prestamista, que en este caso es la mafia. Como en *La Vorágine* pero en Japón, ¿ha leído *La Vorágine*?

—Sí —le dije—. Muy buena. ¿Y dónde cree que pueda estar?

—Es difícil saberlo. Muchas van a Yokohama o a Kioto. Aquí en Tokio hay diferentes zonas. Es como buscar una aguja en un pajar, pero no es imposible.

Hice una copia de la inscripción para tener la foto y me fui a mi hotel. Antes de salir el cónsul me agarró del brazo y dijo, casi en secreto, mire bien el color de las hojas de los árboles, trate de ver las diferencias, ahí tiene una fuente de paz. Le dije que lo haría y le di las gracias. Al doblar la esquina saqué la inscripción y miré con intensidad la cara de Juana: tenía los ojos muy negros y expresivos, una sonrisa tensa.

Dios santo, era ella.

Lo primero que hace cualquiera que busca a alguien es usar internet. Escribí «Juana Manrique» y encontré 11.600 entradas. Es un nombre muy común, como el de su hermano. Agregando la palabra «Japón» se redujo a 190, pero no era ninguna de ellas. Miré qué tipo de cosas había y tampoco fue de gran ayuda. Aventuré: «Juana Manrique + Japón + servicios

sexuales» y la cifra volvió a crecer: 9.345 entradas. Luego me fui a algo más especializado: «colombiana + sexo + Tokio». De nuevo una cifra absurda: 560.689. Entonces usé un método diferente y escribí: «Tokio + escorts». El primero que abrí tenía un teléfono y llamé. Para mi sorpresa había un contestador y múltiples opciones, con preguntas que no sabía responder. Contesté cualquier cosa y seguí adelante hasta llegar a una operadora. ¿Buscando compañía en Tokio? Sí, dije, precisando que quería una colombiana.

—¿Colombiana?

Hubo un silencio y al rato dijo:

—Es posible, ¿la desea ahora?

Calculé que tenía varias horas por delante.

—Sí —le dije.

—Está bien, señor, la enviamos a su hotel ahora mismo, tiene un costo de quinientos dólares.

¿Quinientos dólares?! Tragué saliva y dije, mirando la foto de Juana:

—Acepto, pero quiero que tenga el pelo negro natural, ojos negros, uno setenta de estatura y treinta años. No quiero una jovencita.

—No se preocupe, señor, enviaremos a alguien con las características que nos pide. ¿Pagará con tarjeta de crédito?

—No. En efectivo.

Me serví un trago y me recosté en la cama, ansioso. ¿Vendrá ella? Era absurdo pensarlo, pero puede que quien venga la conozca o sepa algo, no es improbable que las colombianas estén en contacto. Lo he visto en otros países. El inmigrante económico se reúne, se organiza, es solidario. ¿Habrán organizaciones de mujeres latinoamericanas en Japón? Seguro. Esa podía ser otra pista.

Toc, toc.

Se me paró el corazón. Me levanté a abrir.

Era el *room service* del hotel, con más hielo, así que continué mis cavilaciones. Debía imaginar otros posibles contactos. De pronto mi mente se iluminó: una iglesia con un cura colombiano o latinoamericano que celebra en español. ¡Ese es el lugar! Conociendo su historia lo más probable

es que Juana fuera atea, pero en esa iglesia habrá alguien que la conoció o que sepa en qué otros lugares se puede buscar a una colombiana.

Toc, toc.

Esta vez no había lugar a dudas, y abrí.

Era una mujer de aproximadamente treinta años, pelo negro y ojos negros. Medía uno setenta. Le pregunté el nombre y dijo, soy Cindy. ¿Eres colombiana? Sí, me dijo, de Cartago. Por el acento paisa comprendí que no era Juana, pues el físico, aunque algo diverso del de la foto, sí podría ser.

No se conmovió cuando le dije que éramos compatriotas, sólo pidió que le pagara y se fue a un lado, con el celular en la mano.

—Perdone, tengo que llamar a mi *mamiya* y confirmarle, sólo un segundito.

¿*Mamiya*? Debía de ser la protectora. Luego se sentó en la cama y me explicó que por ese precio tenía derecho a un oral y a una relación «sexual frontal» completa. Lo que no fuera eso se pagaba aparte, lo que me pareció justo. Pregunté cuánto tiempo y dijo, treinta minutos, máximo cuarenta. Le dije que para empezar habláramos un rato, que prefería usar el tiempo preguntándole algunas cosas.

—Pero no me va a hacer preguntas muy difíciles, ¿no?

—No —le dije—, son fáciles. ¿Conoces a una colombiana que se llama Juana Manrique? Vive acá en Tokio.

Miró hacia el techo y dijo que no con la cabeza. Le expliqué que era de Bogotá y le mostré la foto a sabiendas de que en esta situación, aun si la conociera y fuera su mejor amiga, la tendencia sería decir no..., por miedo, por no saber quién soy, por desconocer el motivo de mi interés.

Cindy miró la foto y dijo que era parecida a varias colombianas que había visto, pero no estaba segura ni le venía ningún nombre a la cabeza. Llevaba seis años en Japón y había visto pasar a muchas. Le ofrecí un trago y lo aceptó; al segundo sorbo la noté más confiada, entonces le conté quién era y por qué estaba buscando a Juana.

—Soy cónsul —le dije—, intento ayudarla. Ella no lo sabe, pero está metida en un problema.

Mi explicación la convenció y empezó a bajar la guardia. Le parecía familiar, pero así, de primerazo, no la reconocía, sin embargo seguiría

pensando. Le pregunté si estaba contenta con su vida y dijo que tenía suerte; había sido duro al principio, pero ya estaba mejor y podía mandarle plata a su mamá, que le estaba criando al hijo en Cartago. Empezó *fleteando* en la calle, como las demás, sin saber quién era el tipo que la llevaba al hotel de la esquina, o a veces dentro del carro; le tocó sentir miedo y asco y hasta risa con las cosas que le pedían los japoneses: que les escupiera dentro de la boca o les orinara en la cara, que les pegara con el tacón del zapato.

—Esta gente es tan cuadrículada que sólo culeando se desordenan y gozan de la vida —dijo—, pero no son violentos, eso tienen de bueno, lo que pasa es que el idioma es brusco y todo lo que dicen parece un regaño, pero en el fondo son tiernos, ayudan, tienen sentimientos, dan propinas.

A ella, en los dos años que estuvo en la calle con las rodillas peladas por el frío de tanto subirse y bajarse los calzones (así dijo), nunca le pasó nada raro.

Le pregunté si había un grupo de amigas colombianas y dijo que sí pero no muy oficial, un combo de latinoamericanas que se reunía en un restaurante latino llamado La Caverna, en el distrito Shinjuku.

Luego le di mi número y mi correo electrónico. Prometió llamarme si sabía algo. Cuando le estaba sirviendo un tercer trago la llamaron al celular y volvió a adoptar una expresión rígida.

—Es mi *mamiya* —dijo.

Habló escondiendo lo que decía, con la mano, colgó y dijo, tengo que irme, pero si quiere alargar el servicio se puede. La acompañé a la puerta y le dije: no puedo ahora, pero estaré aquí hasta el domingo y me encantaría volver a verla. Sonrió y se fue por el corredor hacia los ascensores.

Abrí mi libreta y escribí: «La Caverna distrito Shinjuku».

Esa noche tuvimos la presentación en el Instituto Cervantes. Hablamos de literatura, de nuestros itinerarios, de la relación con la obra de García Márquez, pregunta obligada. Mientras escuchaba disertar no sé si a Juan Gabriel o a Enrique miré hacia el público y, de repente, me vino la cuasi seguridad de que Juana estaba en la sala. Una estudiante de Sociología de la Nacional no dejaría pasar una reunión como esa. El corazón me batió a mil y empecé a analizar fila por fila. La luz era baja. Dos reflectores nos

iluminaban, cegándome. De cualquier modo procedí con orden, de abajo hacia arriba.

Es sabido que el público mayoritario de este tipo de eventos y de la literatura en general está compuesto esencialmente por mujeres —hay autores con gran sentido práctico que dirigen a ellas sus escritos— y por eso esa noche, en el Cervantes de Tokio, había al menos tres posibles Juanas en cada fila.

Pero al escrutar la zona alta, donde estaba más oscuro, sobre el rincón izquierdo, divisé a una mujer sola. Se había sentado lejos de los demás, como si temiera ser reconocida. Por edad podría ser Juana, así que comencé a mirarla, buscando sus ojos, intentando establecer un mínimo contacto, pero en ese preciso instante escuché la voz del moderador diciendo mi nombre y supe que era mi turno, así que empecé a hablar un poco de todo, de mi vida y mis lecturas y de lo que podía significar ser escritor en esta época extraña, ser escritor latinoamericano y por si fuera poco colombiano, si es que eso tiene aún algún sentido, si eso significa algo en términos estéticos o es sólo un avatar que nos liga a una serie de paisajes, problemas y complejos, a un temperamento promedio y una historia más bien triste, a una realidad trepidante y a un modo de hablar, y eso trasplantado a la literatura, donde ser colombiano, para muchos, debería obligarnos a ciertos temas y sobre todo a ciertos tratamientos de esos temas, y por eso mi generación y las siguientes escribieron huyendo de eso, tratando de ser escritores a secas, y agregué que ser escritor, en nuestra región, era algo sumamente frágil y probablemente desdichado por la indefensión, el olvido y la miseria en que suelen envejecer y morir la mayoría de nuestros escritores, o por el hecho de que, pasada una línea de reconocimiento, se convierte en motivo de escarnio de aquellos que no han logrado cruzarla o la cruzaron hace rato y ven devaluado su logro por las nuevas incorporaciones, y ni hablar de los críticos, la mayoría escritores o escritoras frustrados, aunque como dice mi amigo Jorge Volpi, «un crítico literario no es un escritor frustrado. Un crítico literario es un crítico literario frustrado».

Esto último lo lancé como una provocación, a ver si se generaba un debate, pero lo que hubo fue risas. Miré ansioso hacia el rincón alto y vi que

la mujer ya no estaba. ¿Sería Juana? Comencé a impacientarme, sentí ganas de acabar la tertulia y subir al restaurante, donde nos esperaba un cóctel, pues supuse que la «mujer de las sombras» —así le puse— estaría allí para tomar algo y comer antes de retirarse. Ese era, al menos, mi modo de actuar en París durante los años en que fui marginal: en guateques y cócteles beber todo lo que pudiera y comer ídem, haciendo acopio calórico para momentos más duros y épocas difíciles, que por lo general empezaban al salir a la calle.

Tras una divertida historia de Enrique sobre sus años de marino en la Flota Mercante Grancolombiana, en la que llamó a los barcos «monasterios flotantes», ideales para el estudio de la filosofía y las religiones, llegamos al aplauso final y procedimos a subir al piso alto a beber una copa de vino, comer jamón serrano y tortilla española.

Presa de gran excitación logré zafarme de algunas personas del público que querían hacer más preguntas, y subí al restaurante. Qué alivio sentí: ¡allí estaba la misteriosa mujer! Pero al acercarme el misterio se diluyó en el aire, pues era española.

Hola, me dijo, ¿qué tal?, muy interesante vuestra tertulia, de veras, hacía rato que no hacíamos algo así, ¿vives en India? ¡Qué pasada! No pude escucharos hasta el final, me tuve que subir para ver que todo estuviera listo.

Era una administrativa del Cervantes.

Me precipité sobre las demás asistentes con la esperanza de reconocer a Juana, pero ya ninguna lo parecía realmente, eran todas estudiantes, becarias en intercambio, jovencitas que por supuesto estaban muy lejos de los mundos que yo indagaba. De cualquier modo, charlando con tres de ellas, pregunté si conocían el restaurante La Caverna, en Shinjuku. Dijeron que no pero una de ellas sacó su iPhone y en un segundo estaba escribiendo la dirección en una libreta.

Le agradecí y lentamente, tratando de emular al hombre invisible, caminé hasta la puerta. Pero justo ahí encontré a los anfitriones y me vi obligado a preguntar si había previsto algo más. Dijeron que sí, que tras este aperitivo venía una cena, así que debí esperar.

A las once de la noche, cuando todo eso terminó —por suerte las cosas allá se hacen temprano—, nos dejaron en el hotel y pude volver a salir. Llamé un taxi, con mi papel en la mano. Luego me hundí en el sillón a ver pasar las calles y las extravagantes luces de la publicidad, ese otro cielo nocturno, un apocalipsis de fachadas, rascacielos que parecen arder, cubiertos de lava o vientos ígneos, pequeños planetas en colisión.

El taxi se detuvo frente a un portón bajo, con una escalera descendente. Restaurante La Caverna. La calle era estrecha y por los lados transitaban miles de personas, a pesar de la hora tardía. Bajé del taxi no sin antes encajar un golpe al transformar en euros el precio de la carrera (¡esta investigación iba a arruinarme!). Entré al restaurante, que pasada la medianoche ya se estaba transformando en bar, y pedí un pisco sour. Había parejas sentadas en mesas y taburetes altos. Todo me pareció de lo más normal. ¿Mujeres latinas? Claro que sí, muchas. Casi todas. Entonces abordé a una mesera.

—Hola, ¿eres peruana?

—Sí —dijo.

Tenía unos veinticinco años.

—¿Trabajas hace mucho en este lugar?

—Sí, hace cuatro colegiaturas.

El pisco sour estaba bueno, lo acabé de un sorbo y pedí otro. Cuando lo trajo seguí la charla.

—Una amiga de Colombia me recomendó este lugar —le dije—, se llama Juana Manrique, ¿la conoces?

Se quedó pensando. Miró hacia lo alto y dijo: me suena ese nombre, me suena, ¿una morena?

—Bueno —dije—, depende de lo que entiendas tú por morena. Es de piel blanca, pelo y ojos negros. Mira su foto, ¿la reconoces?

La mesera la miró con una sonrisa y dijo, sí, la he visto, pero hace tiempo que no viene por acá.

—Siempre estaba con dos colombianas y un japonés —agregó—. Un tipo que nunca se reía, parecía un guardaespaldas.

Le pedí un tercer pisco sour.

—Seguramente era un guardaespaldas —dije—, ¿sabes en qué estaba metida?

La mesera se detuvo y me miró perpleja, como atando cabos. Al hablar su tono de voz era otro.

—Oiga, eso me sonó raro... Creo que ella no le recomendó este lugar. Usted la está buscando y no la conoce, ¿quién es usted?

—Un amigo de Manuel, el hermano —dije—. Juana tiene que volver a Bogotá, hay cosas que debe resolver de forma urgente. Soy diplomático. ¿No te acuerdas de los nombres de las colombianas que venían con ella?, ¿cómo eran?, ¿recuerdas algo?

La joven me miró muy seria.

—¿No me estoy metiendo en un lío por hablar con usted?

—No —le dije—, ya te conté quién soy. Más bien le estás haciendo un favor a Juana si ayudas a que yo la encuentre.

Qué difícil es convencer a alguien de hacer o decir lo que no tiene interés en hacer o decir. Se debe apelar a sentimientos como la curiosidad o el deseo de salvar, en el caso de que los tenga. Es agotador. Si esto fuera una película y los guionistas me hubieran asignado el interrogatorio del sospechoso, tal vez sería más fácil. Hay códigos e identidades claras. Se puede dar un golpe sobre la mesa o hacer reír al interrogado. Pero aquí no. Yo no era nadie para ella. Sólo un desconocido que llega tarde a su restaurante, pide tragos y hace preguntas no convencionales. Es fácil darse cuenta de que nuestros caminos podrían no haberse cruzado y que su vida seguiría siendo la misma si esa noche no salvaba a nadie. Comprendí que oía mis pensamientos cuando dijo:

—¿Y yo qué gano con eso?

Me dio un enorme alivio escucharla.

—Depende de lo que quieras ganar —le dije.

Se quedó pensando, luego me miró con picardía:

—Esta ciudad es muy cara, yo podría darle esos dos nombres por cien dólares, y si quiere que vaya a su hotel son otros doscientos, siempre y cuando pague los taxis.

La adoré.

Al llegar al Sheraton se metió al baño. Escuché correr el agua de la ducha y pensé que después de una jornada de trabajo un lugar como este, limpio y cálido, debía de ser el paraíso. Lo era para mí. Aproveché para pedir al servicio de habitaciones una hielera artística y cuando llegó la estuve observando un rato. Cada cuadrado podría ser un diamante.

Por fin salió con una toalla cubriéndole los hombros. Estaba en tanga. Una pequeña flaccidez debajo del ombligo hacía que su barriga, arrugada, cayera sobre el elástico. Había estado embarazada. Fantaseé un poco con su sexo pero preferí beber, así que le dije, ponte una de mis camisetas, te cubrirá mejor. Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Soy Aurora —dijo.

Luego me dio los nombres de las colombianas: Susana Montes y Natalia Collazos. Las llamaba para hacer trabajos de fin de semana y ellas le ayudaban, pero a Juana no la había vuelto a ver.

—¿Podemos llamarlas ahora? —le dije.

—Claro, pero espera, ¿me invitas a un traguito?

Se lo serví, con dos rodajas de limón, mientras marcaba los números. Luego la escuché hablar:

—¿Hola? ¿Susy? Sí, soy yo, ¿qué tal? Mira, un amigo quiere hablar contigo, es una cosa importante, ¿podrías verlo mañana?, ¿sí? Es colombiano, te lo quiero presentar, ¿te vienes a La Caverna?

Puso a un lado el teléfono y dijo: ¿a qué hora? Miré mi agenda, tendría que ser sobre la medianoche, ¿es posible? Aurora se lo dijo y asintió. Perfecto, a la medianoche de mañana.

No pensé que fuera tan fácil y sobre todo tan corto resolverlo, y Aurora tampoco.

—¿Y ahora qué?, ¿de verdad no quieres que te haga nada?

Me serví otra ginebra.

—Por ahora bebamos, nadie ha dicho eso.

Se fue poco antes del amanecer, con el primer metro. Me quedé en la cama pensando en todo lo que había ocurrido desde mi llegada a Bangkok.

Por la ventana del hotel vi la noche en su punto más oscuro e imaginé a Manuel en su celda, deseando que mis fuerzas o mi intuición o incluso mi falta de escrúpulos me permitieran encontrar a Juana y llevársela.

Al día siguiente teníamos una visita al Museo Nacional. Un lugar imponente, rodeado de árboles de colores rojos, sepias, Muy simétricos y perfectos. Nos explicaron las reglas de batalla y los códigos de honor de los samuráis. También que tardan tres días vistiéndose para esas batallas. Recordé *Kagemusha*, de Kurosawa. La historia del disparo a ciegas, en plena noche, de un simple arcabucero.

Tras eso tuvimos la tarde libre y a la noche un conversatorio con alumnos y profesores en la facultad de Estudios Hispánicos de la Universidad de Tokio. Para mi gran sorpresa, entre el público estaba Horacio Castellanos Moya, escritor salvadoreño, becado por la Japan Foundation. Uno de los profesores, amigo suyo, le dijo que vendríamos y quiso saludarnos. Lo había conocido años antes, en Madrid, junto a Rodrigo Rey Rosa.

Al terminar la charla, los profesores nos invitaron a una cena informal en una cervecería de Shibuya, lo que me alegró, pues estaba cerca de La Caverna (eso supuse). Bebimos cerveza en jarras, comimos decenas de platillos de exquisito pescado, charlamos de lo divino y lo humano y, por supuesto, de literatura japonesa: del que más se lee y más está de moda fuera de Japón, Murakami; y de Oé, para mí el mejor; también de Tanizaki, un clásico, lo mismo que de Kawabata —su cuento «Primera nieve en el monte Fuji» es una obra maestra—, el inefable Mishima, que encantó a Marguerite Yourcenar, o el extraño Osumo Dazai, una vida de perdición en Tokio. Por supuesto que nadie conocía las novelitas del inspector Burns Bannion, todas ambientadas en Japón y con principios como este: «Nunca he visto romperse una botella de cerveza en tantos pedazos de *chiisai*. Una botella de cerveza Sapporo, tamaño grande».

Cuando nuestra cena terminó le propuse a Horacio acompañarme al lugar, sin dar mayores precisiones. Se extrañó de que conociera un bar en Tokio, pero no dijo nada, así que fuimos, y justo al bajar los escalones de entrada Aurora salió a recibirme.

—Sírvenos dos pisco sours pero prepara cuatro —le dije.

—Claro —dijo.

Luego se acercó a mi oído y murmuró: ya está en el salón, te espera, puedes hablarle ahora. La vi de lejos: una mujer bonita, con cara de haber

vivido guerras y naufragios. Aurora nos presentó, trajo los tragos y se fue a charlar con Horacio.

El acento paisa de Susana era aún más marcado que el de Cindy. La invité a un trago y entré en materia.

—Me dijeron que eras amiga de Juana Manrique, que la conoces. Yo soy amigo de Manuel, su hermano. Vengo de parte de él.

Me miró sin malicia, y dijo, ¿Manuel?, Juana no hacía sino hablar de él, día y noche, era su único amor.

—Por eso me gustaría saber de ella, ¿sigue en Japón?

Susana arrugó la frente.

—¿Y por qué me pregunta eso?, ¿luego usted no sabe dónde está o qué?

Un foco se encendió, alerta, así que decidí ir más despacio. Las defensas naturales de una mujer golpeada por la vida se habían activado. Pedí más pisco sour.

—Manuel está preso en una cárcel en Tailandia y yo estoy tratando de sacarlo. O mejor: el Ministerio de Exteriores de Colombia. Soy diplomático. Vine a Japón por un asunto privado y aprovecho para buscar a Juana, es urgente que sepa lo que está pasando. A Manuel le urge verla. Venía hacia Tokio cuando lo arrestaron. La estaba buscando, ¿sabías que hace más de tres años que ella no se comunica con Manuel?, ¿no sabías eso?

Se quedó pensativa, bebió un sorbo de pisco sour. Abrió su cartera y sacó un paquete de cigarrillos mentolados. Encendió uno (para mi sorpresa, en los bares de Tokio está permitido fumar).

—Mire —dijo—, yo sé que Juana venía escapándose de algo. Ella adoraba a su hermano pero no quería que él supiera que estaba aquí y menos que trabajaba en esto. La vigilaban mucho. Salía a *fletear* y tenía siempre a uno cerca, bien pegadito. No sé por qué la trataban así. Vivimos juntas como ocho meses. Mejor dicho: nos tuvieron en el mismo cuarto, encerradas. Eso no es vivir. Siempre la vigilaban. Juana tenía estilo, era educada y hablaba inglés; les hacía ganar mucha plata y no querían perderla.

Empezaba a impacientarme. En la otra mesa Horacio charlaba con Aurora.

—Necesito hablarle, ¿dónde está? Es largo de explicar, pero en este momento puede ser de vida o muerte.

Susana me miró con extraña expresión. Casi con rabia.

—Ya no está aquí, se escapó hace once meses.

—¿Se escapó?!

Afortunadamente el bar era ruidoso.

Pero Susana tenía miedo de hablar, de contar detalles. La habrían interrogado muchas veces, tal vez amenazado. Me sentí pisando arenas movedizas. Pedí otros dos piscos y saqué mi pasaporte diplomático.

—No tienes que creerme si no quieres, aquí está mi pasaporte, no tengo nada que ocultar. Puedes decirme adónde se fue y no te pasará nada. Apenas sepa dónde está iré a buscarla, es lo que habría hecho su hermano. Se lo prometí.

Susana tomó aire, bebió un trago largo.

—Se fue a Teherán con su guardaespaldas iraní. Se enamoraron y él intentó pagar su deuda. No lo aceptaron y un día desaparecieron. No volvimos a saber de ellos. A mi me tuvieron un mes encerrada por eso.

Teherán, Teherán, pensé. ¿Y cómo se llamaba el guardaespaldas?

Lo pensó un momento, encendió otro mentolado, como llamando al recuerdo, y por fin habló: no sé ni el nombre ni el apellido, le decían Jaburi.

A las dos cerraron La Caverna, pero fuimos a tomar un último trago a un bar cercano que parecía una casa de muñecas, con el techo muy bajo y una especie de pequeño balcón de madera en torno a cada mesa. Es rica la cerveza japonesa. Estando en el segundo bar, oímos un timbre. Era el celular de Susana. Habló un rato tapando la bocina y al colgar anunció que debía irse. Le dije que si iba al Sheraton yo la llevaba. Se rió y dijo, no, tan montador, es en otro hotel.

Eran ya pasadas las tres, así que llamé un taxi y me despedí con un abrazo de Horacio. Le agradecí la compañía.

Al día siguiente nos recogieron temprano para ir a conocer el templo budista de Asakusa, y luego a Kamakura. Según la crónica allá estuvo el escritor y viajero francés Pierre Loti, un viejo conocido mío de otros viajes (sobre todo de Pekín, pero también de Jerusalén, Turquía y Marruecos). Haciendo gala de su proverbial racismo, Loti dice que los japoneses huelen

a «aceite rancio de camelia». Sin embargo sus descripciones de los templos budistas son formidables. Yo estaba tan alterado por las noticias de Juana que apenas me fijé en Kamakura. El templo del gran Buda es hermoso y armónico, en medio de un colorido jardín, pero, en honor a la verdad, después de haber visitado la antigua ciudad de Pathan, a las afueras de Katmandú, esto parecía bastante poco. Lo que más me gustó fue el viaje, y eso que la mayor parte del tiempo estuvimos inmersos en los atascos de salida de Tokio.

Por la noche, mi amiga Satoko Tamura, traductora, y su silencioso marido, me invitaron a contemplar la majestuosa vista de la ciudad desde la torre de Rappongi Hills —un océano de luces— y luego a cenar al distrito Ginza, con sus elegantes calles comerciales, almacenes de lujo y edificios que son pantallas de cristal líquido.

Al volver al hotel, ya preparando la maleta para el regreso a Delhi, me pregunté por qué me había impactado tanto saber que Juana estaba en Teherán, hasta que caí en cuenta de algo increíblemente obvio: ¡Irán era uno de los países concurrentes de nuestra embajada!, y por lo tanto si ella había, por ejemplo, solicitado un nuevo pasaporte o cualquier otra diligencia consular, tendría que haber pasado por mis manos. Yo mismo la habría firmado. Sentí vértigo al pensar que podía estar cerca. Incapaz de esperar —era viernes, llegaría a Delhi en día sábado—, le escribí un mensaje a Olympia pidiéndole que buscara en los archivos de Teherán el nombre de Juana Manrique y que hablaríamos de eso el lunes a primera hora.

Al llegar a Delhi hacía un calor de los mil demonios.

Cada vez que viajaba a otro lugar de Asia —tal vez con la única excepción de Katmandú—, tenía la sensación, al regresar, de que Delhi era un verdadero despropósito: su aire contaminado, oloroso a humo y kerosén; sus calles repletas de tierra, basura y desperdicios, sus hormigueros humanos, el ruido enloquecedor de pitos y acelerones; la polvareda permanente y la sensación de que el dengue y el tétano, y también la malaria, en fin, lo más enfermo y abyecto, flota en el aire que uno respira; las materias fecales en los muros, los escupitajos y la humedad, las horribles enfermedades y deformaciones, todo eso contrapuesto a la mirada indolente de los que sobreviven, al infantil e insultante gasto

conspicuo de los ricos en un país con ochocientos millones de pobres, cuya economía, grosso modo, está basada en que dos tercios de la población cobre sueldos paupérrimos, en fin, todo esto se hacía aún más patente al regresar de una ciudad como Tokio en la que no se encuentran olores desagradables ni siquiera en el mercado del pescado. Por cierto que su equivalente de Delhi es un lugar tan sucio que las carnes están cubiertas por una capa de diez centímetros de moscas.

Estuve tentado de ir el domingo a la oficina, pero no adelantaría nada. Olympia guarda sus cosas con llave así que pasé el tiempo organizando lo del viaje y en la tarde fui a caminar a los jardines Lodhi, donde uno se reconcilia con la ciudad, pues es uno de los pocos lugares incondicionalmente bellos y limpios: recostarse en el pasto y escuchar los graznidos de las aves rapaces, loros, cuervos, aguiluchos, en fin, volátiles de todos los tamaños y tipos, que son los verdaderos dueños de la ciudad.

El lunes, a eso de las siete, ya estaba en mi balcón tomando un café bien cargado. Los aguiluchos sobrevolaban los pinos del frente y un grupo de obreros excavaba en el parque de Jangpura, convirtiendo lo que era un prado muy verde en un solar terroso. No veía la hora de que Peter llegara a recogerme para ir a la embajada, que, tras una reciente mudanza, estaba en el 85 de la Poorvi Marg, frente al mercado del Bloque D, siempre en Vasant Vihar pero más al fondo, lejos de la terrorífica Olof Palme Marg y su tráfico enloquecido.

Como suele ocurrir en estos casos, un cierto *suspense* vino a instalarse. Olympia no estaba, se había ido con el chofer a hacer el depósito del recaudo mensual de las actividades consulares al banco, en Chanakyapuri, y no regresaría hasta el mediodía, así que me fui a la oficina a ocuparme de otras tareas, tales como estudiar solicitudes de visado y aprobarlas —en todo el tiempo que estuve sólo se negó una, a un mefistofélico gurú—, responder correos, o conversar sobre nuevos proyectos culturales con mi buen amigo el profesor Aparajit Chattopadhyay, de la Universidad Nehru, especialista en Neruda.

Al mediodía llegó Olympia y subió a mi oficina, en el segundo piso de nuestro palacete de tres plantas.

—Vea, jefe, aquí está su niña —dijo, poniendo sobre mi escritorio un formulario de renovación de pasaporte de hacía dos meses, ya firmado por mí.

Lo miré con emoción. Allí estaba todo: teléfonos, dirección, una foto reciente.

Había cambiado. Tenía el pelo más corto. Usaba el apellido del marido y ahora se llamaba Juana Manrique Hedayat. Cosido al formulario encontré una solicitud de Registro Civil y pasaporte para un recién nacido de nombre Manuel Sayeq Hedayat Manrique, su hijo de seis meses. Todo parecía estar bien, y entonces, ¿por qué se olvidó de su hermano?, ¿cuándo pensaba contactarlo? En Irán las comunicaciones no son fáciles, pero ¿qué le impedía enviar un correo electrónico, un mensaje de Facebook o hacer una llamada de larga distancia?

Todo eso era un misterio.

El formulario tenía el número de teléfono y una nota que decía: «Favor llamar entre las 9 y las 11 am, exclusivamente». Miré el reloj. Eran pasadas las nueve de la mañana en Irán así que le pedí a Angie, la secretaria —única con línea internacional—, que la llamara y me la pasara a mi oficina.

No es fácil llamar a Teherán, ya lo había experimentado meses atrás cuando intentamos enviar una muestra de libros colombianos a su Feria del Libro. Fue imposible algo tan sencillo como hablar con el encargado del área de América Latina de la cancillería.

El teléfono sonó y me precipité a responder. Luego escuché la voz de Angie diciendo: «¿Madam Juana Hedayat? Please stay on line, the Counsellor wants to talk to you».

—¿Juana? —pregunté.

Del otro lado del teléfono, sorteando un nubarrón de ruidos eléctricos o enjambre de zancudos, la escuché decir, sí, soy yo, ¿hay algún problema con mi solicitud?

—No es por eso que la llamo —le dije—, quisiera hablarle de Manuel, su hermano.

Hubo un silencio que pareció aún más largo debido a la brutal interferencia. Rogué para que la línea no se cortara.

—¿Me escuchó?

—Sí, señor cónsul, ¿qué le pasó a mi hermano?

—Está detenido en Bangkok —dije—. Hubo un incidente y lo arrestaron. Iba para Japón a buscarla.

—¡¿Qué?! —Su voz se quebró y hubo más ruidos en la línea, sollozos. Por fin se repuso y volvió a hablar—. ¿Manuel detenido en Bangkok?, ¿me estaba buscando?, pero... ¿está bien?, ¿cómo supo... y usted?

Tomé aire y le conté todo, de principio a fin: el viaje, el arresto, las pastillas. Las comunicaciones con Colombia, el hecho de que Delhi haya tenido que hacerse cargo por estar Malasia vacante, mi propio viaje a Bangkok y la versión de Manuel, su necesidad imperiosa de encontrarla después de tres años, la urgencia de que ella viniera a Bangkok, en fin, hablé unos diez minutos sin interrupción, sin escuchar del otro lado nada distinto a ese motor averiado que eran los ruidos de la línea. Cuando acabé de hablar oí que lloraba. No un llanto desgarrado pero sí sostenido, como si una corriente turbia encontrara una vía de escape.

La dejé llorar sin agregar nada. Luego preguntó, sollozando, ¿está seguro de que él está bien? Le aseguré que sí, Manuel era fuerte y estaba protegido, el abogado es influyente y conoce al director de la prisión, pero insistí: es importante que usted viaje a Bangkok, él necesita verla.

—Sí, cónsul, pero tengo dos problemas. Mi marido no me deja salir de Irán y no tengo pasaporte. Mejor dicho, tengo un pasaporte iraní que no puedo usar y uno colombiano que está vencido. Y además está mi hijo. No puedo irme sin él, y no tiene pasaporte.

Le dije que lo de los pasaportes no era un problema, que lo arreglaríamos de inmediato. Había presentado los formularios y ya estaban firmados.

—¿No puede venir alguien a Delhi —pregunté—, como hacen otros colombianos que viven en Irán?

Pero ella respondió que era imposible.

—Ya le dije que no puedo salir, cónsul, usted no conoce a mi marido, a duras penas me deja ir al mercado. No tenemos línea internacional ni Internet. Si alguien llama cuando él está yo no puedo contestar. Sólo a esta hora recibo llamadas, ¿me entiende? Dependo de él para todo, es paranoico

y celoso. La solicitud del pasaporte y el Registro Civil de Manuelito los hice a escondidas, me ayudó una amiga colombiana.

—Si tuviera los pasaportes en la mano, ¿podría viajar?

—Bueno, podría irme al aeropuerto a escondidas y subirme a un avión, pero no tengo plata para comprar un pasaje.

Le dije que pensaría una solución y volvería a llamarla al otro día, a la misma hora. Se despidió agradeciéndome y volvió a preguntar, ¿seguro que Manuel está bien?

—Estará mejor cuando usted llegue y pueda verla.

Después del almuerzo llamé al abogado. Me dijo que no había novedades y que la policía seguía investigando una pista en lo de las pastillas, que muy pronto podría haber buenas noticias. Estaba seguro. Le conté que había encontrado a la hermana de Manuel y le hice escribir su nombre, deletreándolo.

—Por favor —dije—, hágale saber a Manuel que en poco tiempo iré con ella a Bangkok. Es muy importante. Comuníquese con el director de la cárcel para que lo sepa hoy mismo.

—Cuenta con eso, cónsul. Apenas colguemos llamo a Bang-kwang. Ya le dije que el director fue alumno mío.

Colgué y me reuní con Olympia. Le conté todo. No se podían hacer giros bancarios a Irán, el pasaporte no se podía enviar por correo, ¿qué hacer? Como en tantas otras cosas, ella tenía la solución en la punta de la lengua.

—Organice un consulado móvil en Teherán, jefe —dijo—, y así se matan como diez pájaros de un tiro.

¿Consulado móvil?, y ella dijo, sí, llevamos las libretas, los sellos y los formularios, y atendemos a la comunidad en las oficinas de la embajada argentina. La última vez que se hizo fue hace tres años. Ya va siendo hora de volver.

Y agregó:

—Conozco bien ese caso, en Teherán hay ciento treinta colombianas casadas con iraníes vía Japón. Todas fueron allá a ganarse la vida con el sudor, pero no de su frente, y acabaron enredadas con iraníes, que son inmigrantes económicos y hacen todo tipo de trabajos.

Redactamos una carta a la DACCCE explicando la urgente necesidad de llevar un consulado móvil a Teherán con el argumento de que había 37 menores de edad esperando el Registro Civil y 49 connacionales solicitando renovación de pasaporte, a la espera de un documento de identificación expedido por una oficina del Estado, lo que es un derecho constitucional.

El problema con las comunicaciones urgentes entre el consulado y el ministerio, ya lo dije antes, era la diferencia horaria, con la exótica cifra de diez horas y *media*. Me quedé hasta la noche y llamé a la DACCCE. Por fortuna ya habían leído mi despacho y lo estaban considerando. En las horas de la tarde (de Bogotá) darían una respuesta, yo la recibiría al día siguiente.

Esa noche apenas pude dormir. Hacía calor, estaba ansioso. Varias veces me levanté a beber algo fresco y al final me senté en la sala, observando la luna que entraba por el ventanal y proyectaba extrañas sombras.

Por momentos me pareció escuchar la voz de Juana desvelada en su casa, tal vez abrazando al niño, arrullándolo en la oscuridad con ojos que vigilan, atentos, acechantes. Esa voz era apenas un murmullo, un pequeño soplo que deseaba cruzar el cielo indostánico y llegar a oídos de Manuel, que a esa hora ya lo sabría, que estaría muy atento a esas palabras. Un joven en una celda sucia y húmeda, en Bangkok; una mujer acostada junto a un hombre al que no ama, en Teherán, fingiendo dormir.

Palabras, palabras, palabras.

Plegarias nocturnas.

Las que no se dijeron y ahora piensan y que en sus mentes son desgarrados alaridos, gritos de ansiedad y amor. Dos letanías silenciosas, y yo en medio de esa extraña tormenta, cerca de un planeta creado por ellos que jamás habitaron. Dos seres frágiles que añoran estar juntos y ser olvidados, y la vida, como un muro, interponiéndose.

Al llegar a la oficina, al día siguiente, Olympia me dijo:

—Buenas noticias, jefe, nos vamos para Teherán.

—¿Llegó la autorización de la DACCCE? —pregunté, y ella, *yes, dáa*, la tiene impresa sobre su escritorio.

De nuevo pedí a Angie que me comunicara con Juana Hedayat. Al cabo de dos horas y muchos intentos pude hablarle.

—Tu hermano está bien —le dije—, hablé con el abogado en Bangkok y le conté todo. Ya sabe que te encontré y que irás a verlo.

Le anuncié la estrategia: iría la semana siguiente a Teherán para poner al día los asuntos consulares de los colombianos residentes allá. Esa misma tarde se haría público el anuncio del consulado móvil.

—Tienes que estar preparada —la previne—, lo ideal es que salgas de Irán conmigo.

Y ella dijo:

—Sí, sí, no se preocupe, cónsul, cuando venga tendré todo listo.

Hablé con la embajada argentina, que confirmó su tradicional oferta de prestar la sede por tres días. También escribimos a Protocolo de la cancillería iraní anunciando el viaje y su propósito. Pedimos a la agencia de viajes las reservas. El martes siguiente todo estaba preparado y partimos el miércoles. Tendríamos atención al público jueves, viernes y sábado. Viajamos Olympia, el segundo secretario y yo. Nos recibiría una delegación de Protocolo del Ministerio de Exteriores iraní, que ponía a nuestra disposición un auto con chofer los cuatro días.

MONÓLOGOS DE INTER-NETA

En esta historia de desdoblamientos y sueños, tampoco seré yo. ¿Y qué personalidad rimbombante e histriónica adoptarás en esta ocasión, *chère* Inter-Neta? Espera, no te impacientes tanto, recuerda lo que escribió Rimbaud, tú adorado poeta de Adén y Harar.

Je est un autre.

Mi nombre es Bella y estoy soñando. Sueño y sueño y mientras lo hago prefiero charlar, contar lo que veo en mi mente y perseguir imágenes, que también son palabras y a veces olores o miedos. Es lo que tengo en la cabeza, que equivale a decir: lo que tengo en el corazón.

Ya dije que mi nombre es Bella o Beja o incluso Belha, según el lugar en el que esté, ya que el vasto mundo es mi lecho. ¿Quién soy? Vamos por partes. Fui desflorada por primera vez —ya explicaré en su debido momento esto de «primera vez»— en un concierto de Guns N' Roses, en la parte trasera de una camioneta repartidora de leche (olía a leche), por un hombre cuya boca expelía un fuerte aroma a cebolla cruda y salchichón y que, por cierto, estaba tan ebrio y probablemente drogado como yo, nada muy fuerte ni que se inyecte en las venas, ya me van conociendo, adoro a los hombres pero odio las agujas.

Oh, dios, fue una aguja la que inició esta larga historia, este despropósito o extraño ir y venir que es mi vida, ustedes deben saber mi historia, es muy popular entre los niños, veamos, ¿cómo era? Había unas hadas buenas y una mala, y por supuesto una maldición: me pincharía el dedo a los dieciséis años con la punta de una rueca y quedaría dormida

hasta que un príncipe me diera un beso, la historia es más o menos así y lo del príncipe es lo mejor, lo más gracioso. En realidad me despierto con el deseo de cualquiera que me roce la piel o me hable al oído (no es necesario que sea un príncipe, ya no existen príncipes), me despierto y muero de ansia: la flor que respira dentro de mí, su punzada retráctil o ese parecido que las mujeres tenemos con la Virgen al nacer —nuestro destino es perder ese parecido—, se reconstruye con el sueño, los tejidos vuelven a unirse, la membrana renace y ahí estoy yo, con los ojos muy abiertos (*wide open*), despierta y deseosa, ay, dios, el mundo tiembla, el universo se convierte en gelatina cada vez que a una mujer la asalta el deseo que yo siento, un rayo que baja por mi espina dorsal y se aloja entre mis muslos y nalgas, y no me queda más remedio que dejar ese lecho en el que he yacido por días y noches, mientras se opera el milagro de la reconstrucción, y salir al mundo.

La última vez el desfloramiento fue intenso, con uno de los médicos de la clínica en la que desperté después de un letargo de veintidós semanas. Ignoro cuál sería su rango o condición —podría decir que era anestesista, pues no me dolió—, pero liberó mi cuerpo, lo devolvió a la vida en un pequeño cuarto de suministros médicos, frascos de alcohol, gasa y agujas hipodérmicas, donde además había una fotocopidora —extraño lugar para un aparato así—, y la verdad es que eso fue lo más divertido, pues el médico me sentó sobre el vidrio y mientras me desfloraba —¿fue la vigésimo séptima o la vigésimo novena?— no paró de hacer fotocopias, imágenes de mi trasero aplastado contra el vidrio y una sombra cilíndrica al acecho, un cincel percutiendo la masa, no les daré más detalles, ahora estoy soñando y pierdo ciertos matices de la realidad, que es mi huerto cerrado, el lugar donde viven mis bellos, mis amores, los que con su aliento y palabras me sacan de este sueño vegetal y se llevan mi tesoro, siempre recommenzado —*toujours recommencée*, como en el poema—, que a fin de cuentas no tiene mucho más valor que una vieja moneda de cuero, algo bello pero no único, y yo pienso, ¿por qué las cosas únicas deben ser mejores? Yo, al menos, disfruto lo banal, pero esa es otra historia.

¿Dónde estoy?, ¿dónde estoy? Atrévete a buscarme. Déjalo todo por mí. Búscame. Búscame. Tal vez sea esa mujer del cartel publicitario que tanto anhelas, la que a veces, en las noches, te visita. Mis piernas desnudas salen

de una copa de martini y se agitan. Soy la única que escucha y atiende tus plegarias, porque vive en tu imaginación.

Al decir esto me acordé de un hombre, uno de los pocos que he querido y que se llamaba, ¿cómo se llamaba mi Bello? Lo he olvidado, pero lo voy a bautizar en este sueño, se llamaba Lars y era un marinero danés, trabajaba en la segunda cubierta de un yate que hacía un crucero en el Báltico. Lars me dio el soplido que me devuelve a la vida mientras dormía en la popa, y al llevarme a su habitación de grumete me trepó en su cuerpo y, mirando por el ojo de buey, esa ventana circular, dijo, «estamos pasando frente a una isla color violeta, y en una de las llanuras hay una guerra, los soldados caen, sus yelmos saltan al aire y sus armaduras sangran». Esto decía Lars y yo lo escuchaba mientras otra sangre bañaba mis muslos, la herida de su cuerpo en el mío, y yo anhelaba que ese hombre no se detuviera, que nunca sacara de mí su espada y que la historia de la guerra durara toda la vida, en suma, que esa pequeña ventana circular fuera la vida, pero muy pronto ocurrió algo y sonó un timbre, Lars debió salir a cubierta a vigilar que los monstruos marinos del norte no hundieran la nave, o algo así, eso fue lo que me dijo, y cuando me asomé al ojo de buey vi la batalla en la isla color violeta, pero todo esto sucedía en el viejo televisor Telefunken de la cocina, que era lo que había del otro lado de la ventana, y comprendí algo, comprendí el olor a aceite frito y a pescado, que es lo que se debe comer en el mar, aquello a lo que debe oler el mar, esa mezcla de agua salada y peces y plancton y restos de naufragios, y Lars se fue y entendí también que los movimientos que me llevaron a la ebriedad (por si alguien perdió el hilo, estoy hablando de sexo, el sexo es mi tormenta) no sólo provenían de la furia desatada en Lars, sino del propio mar, o mejor, de la tormenta que estaba alzando el mar y quería sacarlo de su lecho, como los hombres que me rozan, y entonces lo amé, a Lars y a la tormenta, y al volver a mi camarote escuché gritos y supe que Lars había caído al agua embravecida, se lo llevaron las olas, ay, qué dolor, y volví a dormir, el mundo me entristeció, y el rastro de Lars dentro de mí se deshizo y ya no quedó nada, eso pasa cuando duermo y es que el mundo se aleja, la gente se va o se muere o sale un día a la calle y nunca regresa, y lo que más me entristece es que el mundo sigue siendo el mismo sin todos ellos, nada cambia porque

Lars ya no esté o yo duerma o todos estemos muertos, nada cambia, créanme, por debajo de las piedras la vida vuelve a emerger, como una serpiente o una planta venenosa, y cuando despierte habrá otra vez poetas y marinos y vendedores de leche, gente desesperada y solitaria, la vida tendrá la apariencia de lo real y alguien gritará de placer mientras otros deciden cortarse las venas o irse para siempre, vagando por ahí, pateando latas después de haber sido humillados, y la vida seguirá teniendo ese sabor amargo hasta que yo abra los ojos, y al hacerlo alguien será feliz, pueden creerme, así luego se lo lleve el mar, pero yo digo, mientras duermo, es mejor ser feliz un solo instante, y dejarse llevar, que no serlo nunca y vivir como un roedor, es lo que yo digo, es lo que pienso, he sido feliz, y mientras lo digo me pregunto, ¿cómo será mi siguiente galán?, y tú, galán, pregúntate, ¿dónde estoy yo?, ¿te atreverías a buscarme?

Nunca había estado en Teherán y la verdad me sorprendió. El aeropuerto es moderno y limpio —ya dije que todo parece limpio viniendo de Delhi—, un diseño que recuerda el de Roissy, en París, con espacios grandes, techos de metal, vitrales que miran al desierto y al cielo, escaleras de cristal, gente amable, buena señalización y un olor agradable, no sé si a lavanda, en todo caso no a ambientador barato.

Al bajar del Airbus de Mahan Air, compañía estatal iraní, vimos estacionado al lado un avión de Conviasa, el que hace la ruta Teherán-Damasco-Caracas y que, según la prensa, vuela vacío, aunque en este caso la fila de pasajeros que descendía parecía infinita.

Al lado de Teherán se eleva una cordillera nevada, como en Santiago de Chile, y uno tiene la sensación de que la ciudad es en declive. Nuestro hotel dominaba gran parte del moderno Teherán, que a vuelo de pájaro, y dejando de lado su patrimonio, me evocó una ciudad latinoamericana (impresión que he tenido también en algunas ciudades árabes). Pero no bien entré a la habitación, abrí la ventana y respiré el aire fresco de las montañas, fui consciente de algo muy incómodo, y es que en Irán no hay alcohol, así que no podría cumplir con mi viejo ritual de pedir una hielera, recostarme y beber un trago mientras organizo las ideas. ¡Estos ayatolás! Odio las religiones que prohíben el alcohol.

Esa noche, el embajador de Argentina y su esposa nos invitaron a cenar a su residencia en un barrio alto, de grandes palacios, idéntico a la periferia rica y parisina de Neuilly-sur-Seine, y, para mi gran placer, el embajador, un hombre refinado y de buen gusto, abrió su bar y nos ofreció aperitivos. A través de la madera de un arcón detecté una botella de Gordon's, así que me

serví un generoso trago, con un par de hielos y dos rodajas de limón, gesto que imitó el embajador e incluso el segundo secretario, un simpático compatriota de Barranquilla, Mauricio Franco de Armas, joven diplomático que cumplía en India su primer destino.

Nos hablaron de la situación en Irán, de cómo muy pronto se debería iniciar un proceso de reformas, pues el setenta por ciento de su población era menor de cuarenta años y quería vivir en un sistema abierto al mundo; también nos explicaron por qué Irán, con sus fronteras hacia diez países, estaba llamado a ser el líder de la región, empezando por su poderosa economía petrolera y su industria. Un ejemplo: el noventa y cinco por ciento de las medicinas que consumen son hechas por ellos. Europa está muy presente, lo mismo que algunos países asiáticos, sobre todo Japón y Corea. El embargo decretado por Washington elimina la competencia norteamericana. Francia hizo las autopistas, la señalización de las calles y ensambla automóviles; la fábrica de cerveza española Mahou, lo mismo que las holandesas Heineken y Amstel, hacen cerveza sin alcohol que no existe en ningún otro lado: con sabores a piña, vainilla, fresa; se ensamblan carros Hyundai, de Corea, y por supuesto Toyota, Suzuki; también carros alemanes, Volkswagen y Mercedes. El problema de los pagos, al no estar conectados al sistema bancario internacional, se soluciona a través de un país tercero como Jordania, pequeño territorio árabe que se enriqueció gracias a los embargos en Irán e Irak.

La mujer del embajador era igualmente encantadora. Trabajaba con el departamento de Estudios Extranjeros de la Universidad de Teherán y de inmediato me propuso hacer algunas charlas sobre América Latina, incluso regresar a dar un curso ahora que estaba por abrirse una facultad de Estudios Latinoamericanos. Comimos empanadas, deliciosa carne y vino, y regresamos al hotel antes de la medianoche. Al día siguiente nuestro consulado móvil abría a las ocho de la mañana y era necesario reposar.

Ya en el hotel volví a pensar en Juana. ¿Qué ideas cruzarán su mente ahora que está tan cerca de su hermano?, ¿tan cerca de fugarse de Irán? La imaginé mirándolo todo como se mira lo que uno está a punto de abandonar, incluido su marido: ojos temerosos, con anticipada nostalgia; ojos fieros, casi salvajes, ante la idea de lo que está a punto de hacer, a

sabiendas del costo que tendrá para los demás; ojos famélicos, que quieren devorarlo todo, incorporarlo; ojos depredadores, que hunden sus colmillos y no les importa la sangre. ¿Cómo será su vida?, y sobre todo, lo más extraño y difícil de justificar, lo que golpeaba y golpeaba mi cerebro, como una gota de agua (esa vieja tortura china): ¿por qué nunca intentó comunicarse con Manuel?

Una palabra suya y nada de esto habría sucedido.

Al día siguiente, a las ocho y media de la mañana, la comunidad de colombianos con trámites pendientes empezó a llegar. Olympia se instaló con el segundo secretario en lo que vendría a ser el salón comedor, y yo, detrás de una escalera, en un pequeño escritorio. El único inconveniente que tuvimos —y que estuvo a punto de rompernos los nervios— fue conseguir una máquina de escribir eléctrica para rellenar y hacer los pasaportes. Una máquina lo suficientemente grande para que las libretas pasaran por el rodillo y que tuviera corrector automático; por ser un aparato arcaico era imposible conseguir el clásico borrador Tippex (en mi primera novela, escrita en Remington portátil, usé ese corrector, que se quedaba en los dedos). Al final la embajada de Cuba nos prestó una, ¡y llegó a tiempo!

La mayoría eran mujeres y, debo decirlo, casi todas muy atractivas. Tras mi propia experiencia en Japón recordé lo que Olympia me había dicho sobre la conexión Tokio & Teherán. A la luz de esto, el caso de Juana era uno entre muchos.

Cada vez que sonaba el timbre y la secretaria de la embajada abría la puerta, imaginaba a Juana entrando a la sala. Pero nada. Aun teniendo su número preferí no llamarla para evitar sospechas. Debía inventar una coartada para venir. Seguí esperando.

A las tres de la tarde había firmado —y hecho a mano, con Mauricio y Olympia— veintidós pasaportes y dieciséis registros de nacimiento. También registramos nueve matrimonios. Algunas de las colombianas venían con sus maridos para pedir visa, pero esta era una de las pocas diligencias que no podíamos hacer, ya que Irán está en la lista de países para los cuales la cancillería obliga a enviar los formularios a Bogotá, y son ellos quienes la autorizan. A las cuatro recibimos los últimos formularios y

anunciamos la entrega al día siguiente. Con eso dimos por concluida la jornada.

Hacia las cinco el chofer me llevó a conocer el bazar, una de las atracciones de la ciudad: un bellissimo mercado medieval que sube y baja a la superficie, se convierte en túnel, bóveda, serpentea entre las callejuelas. Compré pistachos —los mejores del mundo—, admiré su repostería, su labor en cuero y las múltiples ofertas de velos; al igual que en el bazar de Damasco, hice fotos de los espléndidos puestos de ropa interior femenina («Su alma es la brevedad», ¿quién lo escribió?), con atrevidos calzones y tangas multicolores, hilos dentales con flores de plástico y lucecillas intermitentes, corsés, slips con abertura delantera, una serie de modelos que, al menos en Europa, sólo se encuentran en los sex shops, lo que no deja de ser curioso dados la férrea moral y el pudor islámico con los cuerpos femeninos.

Luego, a las siete, fui con el segundo secretario al Ministerio de Exteriores para un saludo protocolario con el ministro. Su asesor para América Latina hablaba un excelente francés y algo de español, y el propio ministro había servido como embajador en Cuba y Venezuela durante diez años. Ambos estuvieron de acuerdo en que el deseo de Irán era estrechar lazos con nuestro país, pues veían en la región una zona de prosperidad. Su amistad con Venezuela y Bolivia les había abierto los ojos. Devolvimos el saludo. Insistieron en su deseo de que Colombia reabriera una sede diplomática en Teherán, cerrada desde el año 2002 por el gobierno de Uribe. Tomamos nota e hicimos promesas, comimos más deliciosos pistachos con té y, media hora después, regresamos a la calle.

Esa noche cenamos en un restaurante típico: carnes, kebabs, arroz azafranado, menta, extraordinarios sabores. Es difícil disfrutar una cena de ese calibre sin alguna clase de vino. En lugar de eso bebimos té y aguas minerales. Un poco más tarde vi un espectáculo singular, cuando un cliente quiso celebrar al cantante ofreciéndole dinero. El jefe de ceremonias cambia la cantidad por billetes pequeños y se los tira encima al cantante, uno por uno, una lluvia de dinares, algo muy colorido que, de haberlo visto alguno de nuestros capos del narcotráfico, seguro ya se habría instaurado en nuestro país.

Al día siguiente abrimos a la misma hora.

La espera fue larga hasta que, al fin, cerca de las doce, apareció Juana. Me pareció irreal, como surgida de la niebla: una idea que se materializa y toma cuerpo, que emerge de un bosque o una laguna, de algo simbólico y, a la vez, profundamente humano. ¿Era hermosa? Cualquiera persona precedida de una historia así lo es. La saludé conteniendo la emoción. En realidad era muy atractiva. Todas las palabras de Manuel estaban en ella: en su sonrisa y sus ojos fieros, en su colosal expresión de fuerza. Me dio un abrazo, luego me mostró a su bebé.

—Este es Manuelito.

Algo en su expresión, un cierto cansancio o tristeza, mostraba los golpes recibidos. Le propuse un té. Cuando estuvimos apartados del resto la miré a los ojos y le dije, ¿estás decidida?, ¿vienes conmigo?

—Sí —respondió—, todo está listo. ¿El viaje es el domingo?

Le dije que podía venir a mi hotel y desde ahí partíamos. Por razones obvias no puse su nombre como acompañante de nuestra delegación, ya que podría causar problemas diplomáticos. Pero viajaría a mi lado. Dijo que sí. Fuimos a la oficina y ella misma comprobó que los documentos del niño estuvieran en orden. Su pasaporte ya estaba redactado y también el registro de nacimiento (Manuel Sayeq Hedayat Manrique). Hecho eso el segundo secretario procedió a quitar los adhesivos de la libreta para la firma, pero cuando fui a entregárselo, Juana me detuvo.

—No, por favor, guárdelos usted. No quiero arriesgarme a que alguien los encuentre. Llegaré a su hotel el domingo a las once, con todo listo. Gracias.

La acompañé a la puerta. Se despidió con una sonrisa nerviosa, triste. La vi caminar por la calle en dirección a la avenida. Luego llamé a mi agente de viajes en Delhi y, con su confirmación, ordené expedir los pasajes de ella y el niño en el mismo vuelo de regreso que había reservado para mí. Previendo esta situación había tomado el regreso para el domingo, mientras que Olympia y el segundo secretario regresaban el sábado. Ellos eran de toda mi confianza, pero prefería no tener testigos.

El día del viaje, Juana llegó a la hora convenida, con dos maletas pequeñas. Manuel Sayeq dormía en sus brazos. La noté nerviosa, pero su

mirada era dura, resuelta. Había estado en aguas más difíciles, frías y profundas; estaba acostumbrada a tomar decisiones definitivas, incluso crueles. Omití preguntar por su marido o mencionar su vida iraní, que estaba a punto de abandonar. No era el momento.

Tenía una chaqueta azul apretada en la cintura, que le cubría las caderas, como es tradición, y un velo también azul, un poco más claro. Respetaba el *hiyab*, obligatorio en Irán. Sus ojos eran bellos. Resaltaban. Yo había despedido el día anterior a los choferes dados por el gobierno, así que pedí un taxi. Hacia el mediodía salimos para el aeropuerto y, al llegar, nos registramos sin novedad. El único momento de nerviosismo fue el paso por inmigración, pero al estar conmigo y tener yo pasaporte diplomático nadie hizo preguntas. Cuando subimos al avión de Mahan Air, apretó a su hijo contra el pecho y lloró en silencio.

Teníamos cuatro horas y media de vuelo, pero preferí no hacerle preguntas y prácticamente no habló durante el trayecto. Sólo la escuché hacerle mimos a Manuel Sayeq en dos ocasiones en que el niño se despertó para pedir pecho.

Al llegar a Delhi la inmigración india debía darles un visado de diez días que yo había tramitado la semana anterior, explicando que se trataba de un caso urgente. No hubo inconvenientes y, a eso de la medianoche, entramos a mi casa de Jangpura. Manuel Sayeq dormía en brazos de su madre. Los instalé en mi estudio tras indicarle a Juana dónde estaban las luces, la nevera y la despensa.

Luego se quitó el velo y dijo:

—Adiós a este trapito, adiós para siempre.

Se deshizo el moño y el pelo le cubrió los hombros.

—Tiene un montón de libros, cónsul —me dijo—, ¿puedo mirar?

—Claro, están ordenados por autores, y un poco en orden alfabético.

Caminó con lentitud por las estanterías, miró y pasó el dedo por algunos lomos. De pronto extrajo uno, leyó algo que la hizo sonreír y volvió a guardarlo. Luego otro. Miró también mis cuadros. Le llamó la atención un óleo de san Sebastián.

—Es de mi mamá —le dije—, es artista.

—Me gustan —dijo—, sufren y prefieren no ver el mundo, o que el mundo no los vea.

Siguió dando vueltas entre los libros mientras yo encendía el computador para revisar mensajes. Esperaba algo del abogado de Bangkok, pero no había nada. Pensé que la gente no escribe correos de trabajo el fin de semana.

De pronto me dijo:

—¿Tiene libros de arte?

—Sí —le dije—, ¿algo en particular?

—Cualquier cosa, mejor si es clásico.

Fui a un anaquel y revisé algunos.

—¿Mantegna está bien? —pregunté.

—Sí, perfecto.

Luego me serví —podría decir: me abalancé sobre— una ansiada ginebra, un vaso frío repleto de hielo y rodajas de limón. Le propuse acompañarme.

—Sí, por favor —dijo—. Llevo un año sin tomarme un puto trago.

Bebimos, luego preguntó:

—¿Cuándo vamos a ver a Manuel?

Al preguntar, con el libro de Mantegna abierto, acarició con las yemas de los dedos la imagen del *Cristo muerto*.

—Hay que esperar el okey de Colombia —le dije—, pero es cuestión de pocos días. Desde allá también están haciendo presión.

Le expliqué que al día siguiente llamaría al abogado de Bangkok, aunque al no tener mensajes era de esperar que no hubiera cambios. Quise saber si había algo en Delhi que le interesara conocer. Debíamos pasar acá unos días antes de viajar a Tailandia.

—Sí —dijo—, un templo de Sai Baba. Es lo único.

—¿Sai Baba? Hay uno a diez cuadras de aquí —le dije—. Es como el Vaticano de Sai Baba. Mañana por la tarde te llevo, ¿te interesa la espiritualidad india?

—Me parece que sí —dijo—, aunque en todo este tiempo no he logrado creer en nada. Sai Baba al menos no es un dios. Sólo fue un gurú.

Al día siguiente, en la oficina, hicimos el balance del consulado móvil y enviamos los respectivos informes a la DACCCE, con los soportes legales de actividad, gastos, desplazamientos. Un trabajo agotador. Olympia fue al banco e ingresó la plata recaudada, el impuesto de timbre y lo que va al fondo del ahorro. Pero antes de salir me dijo, en un aparte: ¿se vino con usted? Le dije que sí, que estaba en la casa con el niño. ¿Tendremos algún problema diplomático o de cualquier tipo con Irán por esto? Olympia respondió que no: es mayor de edad, extranjera y tiene un pasaporte válido. Puede moverse por el mundo y hacer lo que le dé la gana. Si tiene problemas con la ley iraní será con el marido, por el niño, pero eso no nos involucra.

Luego llamé a Bangkok, al abogado. Me dijo que aún no se fijaba la fecha del juicio pero que había presionado para que se acelerara. Agregó que debíamos estudiar la fórmula con la cual se aceptaba la culpabilidad, de modo que pudiéramos ganar tiempo. Si era desgarrada y teatral, mostrando un dolorido arrepentimiento, podríamos impresionar a los jueces y obtener una sentencia más corta. Concluyó diciendo que ya le habían informado a Manuel lo de la hermana.

Salí temprano de la oficina y fui a la casa. Antes me detuve en el Prynne Market y compré un par de carritos Ambassador para el niño: un taxi negro con techo amarillo y un vehículo oficial, blanco, con sirena. Estaba ansioso por contarle a Juana las noticias.

La encontré en el balcón, dándole un tetero a Manuel Sayeq y mirando las águilas que planeaban en círculos sobre el parque. Mientras hacían el sobrevuelo dos loros verdes, de pico rojo, se escondían entre las ramas de un plátano. Abajo, en la calle, un afilador de cuchillos empujaba un carromato y gritaba algo. Tres niños jugaban cricket cerca de una montaña de basura.

—Manuel ya sabe que estamos juntos y que vas a ir —le dije—. Debe de estar muy contento.

Abrió tanto los ojos que pensé que iba a perder el sentido. La emoción la hizo llorar y escondió la cara.

—Tendré que prepararme —dijo, al reponerse—, cuando lo vea no voy a saber ni qué decirle.

Volvió a llorar y la abracé. El llanto la hizo temblar. De pronto retiró la cabeza y, entre fuertes sollozos, dijo:

—¡Me siento tan culpable...!

Caminó hasta la baranda y se quedó un rato frente al parque: los pájaros, los nubarrones de smog y polvo que cubren el cielo. Preferí dejarla sola con sus pensamientos.

Un rato después regresó a mi estudio, ya repuesta. Tomamos una ginebra rápida, con mucho hielo, y salimos para el templo de Sai Baba, cerca del India Habitat Center y el barrio de Jorbagh.

El templo era una extraña construcción, con una escalera de baldosines blancos y rejas metálicas alrededor del oratorio. De la parte alta de los muros colgaban pendones de tela color azafrán. El suelo estaba cubierto de pétalos de rosa marchitos, banderines de papel, inciensos y sahumerios, velas encendidas, montañas de esperma (de vela) endurecida y negreada por el polvo, guirnaldas de flores de azafrán, cáscaras de fruta pisoteadas, empaques plásticos, y afuera, contra la avenida, de infinidad de puestos de frituras, vendedores de pistachos, maíz, de mil tipos de granos fritos y salados, de chapatis con salsas picantes, y alrededor, tirados sobre el polvoriento suelo y los andenes, de centenares de platos desechables con restos de comida y repletos de moscas, asediados por perros y cuervos, generando un olor a alimentos descompuestos que venía a mezclarse con el de las frituras, la contaminación, el kerosén y los gases de los buses.

—Exactamente como lo imaginaba —dijo Juana.

Subió muy despacio, abrazando a Manuelito. Al llegar al oratorio se arrodilló y permaneció así. Durante su rezo no cambió de lugar, sólo hizo lentos movimientos pendulares, como si estuviera calmando al niño de un llanto súbito, susurrándole palabras de consuelo y amor que, por su gesto, supuse que ella misma habría querido escuchar. Parecía una diosa en su templo y no alguien que rezaba.

Súbitamente recordé la conversación con Manuel:

«Lo que me hace ser frágil es haber sido desdichado en mi infancia», dijo.

Recuerdo que lo miré en silencio y no dije nada, pero pensé: a mí lo que me hizo frágil fue lo contrario, haber sido feliz. ¿Y entonces? Luego

Manuel se quedó pensando un momento y agregó: La vida, a fin de cuentas, siempre pasa una extraña factura. Por eso Marx decía que los hechos, a lo largo de la Historia, ocurren primero como tragedia y luego se repiten como comedia.

Cuando Juana salió del templo parecía transformada. Su sonrisa era más limpia, se percibían en ella menos tormentas.

Puede que fuera un efecto de la luz o de mi propia ansiedad. No lo sé. Luego fuimos a dar una vuelta por algunos lugares. Le mostré India Gate, Connaught Place, la casa de Gandhi y la de Indira, las mansiones de Golf Links y la arquitectura de Sundar Nagar. Por la noche salimos a cenar al Belluchi, en Hauz Khaz Village, pues aparte de comida punjabi tenían cerveza Kingfisher de botella verde, la de más alta graduación.

No quise presionarla, pero me intrigaba conocer su vida, aquello que la llevó a alejarse de modo tan drástico de todo, su aventura en Japón, su relación con Jaburi, que ahora debía de estar desesperado, golpeando paredes y ululando de cólera. ¿Le habrá dejado una carta?, ¿le habrá prometido regresar después de ver a su hermano?, ¿qué planes tenía?

—Cuando te sientas bien podrías contarme algo de tu vida —le dije—, lo que quieras. Siento curiosidad. Manuel me contó algunas cosas.

Una sombra le pasó por la cara. Sólo duró un segundo, pero pude notarlo. Sus ojos dejaron de estar en paz.

—¿Sabe él que yo fui a Tokio a...?

Supuse que era inútil ocultárselo.

—Sabe todo —le dije—, por eso fue a buscarte.

Ahora adoptó un tono grave y fue a decir algo, pero no llegó a hablar.

—Tú decides, si quieres —le dije—. En el fondo no tienes por qué contarme nada.

Me miró. Sus ojos parecían rayos.

—Está bien, cónsul, pero ahora, ¿le importa si nos quedamos un rato en silencio?

Pasaron un par de días. En la oficina seguí esperando noticias de Bangkok que me permitieran regresar, volver a ocuparme del caso. Pero todo parecía congelado.

La DACCCE continuó sus contactos con la embajada de Tailandia en Bogotá. Enviaron un memorando en el que pedían que se le permitiera a Manuel Manrique ser juzgado en Colombia. La embajada lo transmitió a su ministerio en Bangkok y se esperaba una respuesta, en realidad un comentario, algo que permitiera el inicio de una negociación. Hasta ese momento consideraban inútil que fuera, con viáticos y gastos.

No podía hacer otra cosa que esperar.

Las empleadas de mi casa se encariñaron con el niño y una de ellas empezó a llevarlo al parque por las tardes para que jugara y viera a otros niños, dando así un poco de tiempo libre a Juana, que aprovechó para leer *Vislumbres de la India*, de Octavio Paz. Yo llegaba a eso de las siete y media, a veces un poco más tarde. Bebíamos unas ginebras hasta la hora de la cena. Luego ella se encerraba en su habitación y yo me quedaba leyendo.

Pasó una semana.

El jueves siguiente daban una película española de Carlos Saura, *Cría cuervos*, en el Instituto Cervantes. Se lo propuse y fuimos. Le gustó. Otro día me acompañó a la presentación de un libro en el India Habitat Center. Luego a un programa de literatura en la Alianza Francesa. La vida cultural en Delhi es grande. El Centro Cultural Italo-Indio ofreció un programa de literatura y comida e invitó a un grupo de personas a degustar platillos que tenían relación con algunas de sus más célebres películas. Juana empezaba a sentirse a gusto, o al menos eso creí. Me intrigaba saber de qué modo se explicaría a sí misma los sucesivos abandonos, el de su casa y Manuel y luego el de su marido iraní. ¿Cómo había sido su vida en Teherán?, ¿cómo era Jaburi?, ¿le haría chantajes con el hijo?, ¿sería un caso similar al de ese film sentimental *No sin mi hija*, en el que los varones iraníes eran pintados como monstruos? No podía saberlo. Aún no se decidía a contar nada.

Ante la ausencia de noticias de la DACCCE debí escribir a la embajada india en Bogotá pidiendo una prórroga de la visa de Juana y su hijito que, afortunadamente, concedieron sin tener que salir del país. Tras el ataque a Bombay en los hoteles Oberoi y Taj, eso que los indios, imitando a los norteamericanos, llaman el 26/11, India modificó la legislación sobre extranjeros obligando a más requisitos para obtener visados o prolongarlos. Quienes tenían visas de seis meses ya no podían simplemente salir a Nepal

y sellar el pasaporte, sino que debían esperar dos meses para volver a entrar a India. Afortunadamente no fue el caso de Juana, gracias a la recomendación de su embajada en Bogotá.

Un día, en medio del desayuno, quiso saber si sus papás habían sido informados.

—Manuel me pidió que no —le dije—, y así lo transmití a la oficina jurídica de la cancillería. Sinceramente no lo sé.

Se quedó pensativa, así que agarré el teléfono y se lo ofrecí.

—¿Quieres llamarlos? Llámalos, puedes hablar todo el tiempo que quieras.

Miró el aparato, pero de inmediato lo devolvió a la mesa.

—No, gracias, sólo quería saberlo. Cuando vea a Manuel decidiremos juntos qué hacer.

Pasaron otras dos semanas y Juana empezó a impacientarse. Era comprensible. Para el abogado de Bangkok las cosas iban bien y pronto habría noticias. Su amigo de la policía le aseguró que estaban por hacer un gran arresto en el medio de los traficantes de drogas. Había que tener paciencia.

Juana compró un *sari* en Fabindia, un almacén de ropa tradicional, con buenas ofertas, y una noche mi empleada nepalí le enseñó a ponérselo. Qué prenda curiosa y bella: seis metros de una tela muy colorida que se pliega hasta cubrir el cuerpo, dejando la barriga libre, lo que es una comodidad y al tiempo una picardía. Las mujeres indias, con sus *saris*, parecían todas princesas. Los hombres, con sus banales pantalones de dril o jeans, parecían empleados de tercer orden, salvo cuando usaban *kurta* o el chaleco de los punjabis.

Al regresar de la oficina Juana me esperaba con su *sari* puesto. Le hice una gran alabanza, brindamos y nos aprestamos a salir. Primero a mirar libros a Full Circle, en el Khan Market, donde se podía tomar onces en una terraza en la que sobrevolaban cuervos y volturnos; Juana lo miraba todo con cierta ligereza, como si no quisiera establecer con nada de lo que veía una relación estrecha, ni sorprenderse de forma excesiva. Como una mariposa que se detiene aquí y allá. Más tarde comimos en el restaurante de

los jardines Lodhi, que tenía buenos platos de langostinos preparados al estilo indio.

A pesar de que su *sari* era compacto, creí ver debajo extraños signos e imágenes. Serán tatuajes, pensé, o una camiseta estampada.

Otro día invité a algunos amigos a la casa. Entre ellos a un extraño y simpático colombiano, Alexis von Hildebrand, de Unicef, que había vivido diez años en Madagascar, única persona que conozco que ha estado en islas Tonga. Su abuelo fue un filósofo católico, alemán, amigo de Nicolás Gómez Dávila. También invité a Sudeep Sen, poeta y director de una revista literaria de Delhi. Al aspirante a gurú y colaborador mío en la embajada, Madhuván «Rishiraj» Sharma, que se preparaba interpretando el *Mahabharata*, y por supuesto a mi amigo el profesor Chattopadhyay. El grupo lo completó una pareja hispano-india, Lola McDougall y Nikhil Padgaonkar, poetas y artistas fotográficos, y Òscar Pujol, catalán, director del Instituto Cervantes de Delhi y profesor de sánscrito de la Universidad de Varanasi.

Les presenté a Juana como socióloga, de paso en Delhi, y la velada fue inolvidable. Von Hildebrand narró una extraña tradición de islas Tonga: una vez al año el rey debe entrar al mar y entregarle en mano al rey de los tiburones un cerdo asado. Si el tiburón lo muerde (al rey), es señal de que ha sido un mal gobernante.

Luego Von Hildebrand se fue a la cocina y regresó con una jarra de litro y medio de pisco sour, su especialidad, que acompañó la mayor parte de la cena.

Más tarde, al abrir la tercera botella de gin Bombay, entre narraciones de viajes a países lejanos y citas literarias, la MacDougall propuso un divertido juego: la construcción de pagodas y zigurats con libros de autores preferidos.

Juana, sin llamar la atención, construyó una simple casa de un piso usando la poesía de E.E. Cummings, y techó con Rudolf Otto. Yo intenté erigir un templo japonés con Houellebecq (Nikhil me dijo, en francés, *tu te houellebecquises!*). Todo el mundo hizo su trabajo y al final había diferentes conceptos: un estilo Liberty (versión italiana del art nouveau) hecho de aforismos de Lichtenberg y prosa de Edmund Jarres, un templo islámico

entre Raymond Roussel y Vikram Seth, un templo védico hecho de Malcolm Lowry, y un gran zigurat de obras confesionales: el *Journal intime*, de Benjamin Constant, *Radiaciones*, los diarios de Jünger, *La tentación del fracaso*, de Julio Ramón Ribeyro, dos tomos de Anaïs Nin y el *Journal littéraire* de Paul Léautaud.

Sudeep leyó algunos poemas de Dylan Thomas, por quien brindamos, recordando su muerte inesperada a los treinta y nueve años, en Nueva York, después de una serie de exitosos recitales. Al respecto presenté (y sostuve) mi tesis de un ictus apoplético, producto de la hipercolesterolemia: sedentarismo, alcohol, sobrepeso, tabaquismo, hipertensión, alta irrigación cerebral e insomnio. Cien miligramos de Losartán en ayunas y cinco de Amlodipino en las noches, más una dieta de grasas no saturadas, habrían prolongado su vida y su obra al menos veinte años. Veinticinco si le hubiera agregado treinta minutos de caminata diaria. *Domage!*

Chattopadhyay, recordando su época de guerrillero naxalita, nos instruyó de cómo y por dónde deberíamos huir de mi apartamento en caso de un asalto de la policía, y luego recitó varios poemas de Neruda, su especialidad (sobre todo «Tango del viudo»). Hablamos de Malraux en India (*Antimemoires*), de Roberto Rossellini en India (se casó con una mujer india) y de Romain Rolland en India (fue embajador de Francia en 1921, está en sus *Diarios*). A partir de ahí la lista de visitantes volvió a ser interminable: Paz (*Vislumbres de la India*), Passolini (*El olor de la India*), Herman Hesse (*En India*), E.M. Forster (*Pasaje a la India*), Alberto Moravia (*Una idea de la India*), Michaux (*Un barbare en Asie*), una larga lista de autores que he investigado y leído para un libro al que, por cierto, aún dudo en titular *India: una apasionada familia humana*, o simplemente *Masaala Tea*.

A las cuatro de la mañana, tras despedir a los invitados y razonablemente ebrios («cada cual bebe lo que necesita», dijo Teresa), Juana y yo nos dimos las buenas noches, pero luego, desde mi cuarto, la escuché regresar al salón a recoger vasos y botellas vacías, acomodar sillones y reordenar libros. Definitivamente se sentía en su casa.

Llegó el fin de semana y le propuse ir con el niño a pasear al Nehru Park. Me habían prestado un coche para Manuel Sayeq y era la ocasión

perfecta. El parque estaba cruzado por senderos en medio de jardines y arboledas, un lugar fresco y limpio, ideal para un sábado. Como un recuerdo de otros tiempos tenía una estatua de Lenin.

Caminando entre flores y arbustos, de repente, Juana me dijo:

—¿Le molesta si le cuento algo de mi vida?

—Al contrario —le dije—. Lo estoy esperando hace tiempo.

Me miró con afecto, guardó silencio unos pasos más, empujando el cochecito de Manuel Sayeq por un sendero, y comenzó por fin a hablar.

MONÓLOGOS DE INTER-NETA

Algunas noches, con el cielo ardiendo de tormentas lejanas, se me aparecía la Virgen. Mi habitación se iluminaba y al mismo tiempo se llenaba de densas sombras. Por supuesto, era una Virgen diferente a la de las tres pastorcitas de Fátima. Ustedes juzgarán.

La mía llegaba con aire cansado y se recostaba en el sofá de mi cuarto. Sírveme un whisky, o lo que tengas, Inter-Neta, ojalá por encima de los cuarenta grados, que es la temperatura líquida que mejor se adapta a mi espíritu. Tú me entiendes.

Lo bebía despacio, mirando hacia el techo, como si estuviera haciendo una complicada cuenta mental. La última vez me dijo: 11.186.986 jovencitas dejaron de ser vírgenes hoy, uf, lo hubieras visto... La más pequeña tenía siete años y fue violada por un sacerdote, un tipo sucio que primero le metió el dedo, hizo que se la chupara y luego la penetró. No me preguntes ningún detalle, me dan asco los curas, son reptiles de piel húmeda, como ese personaje de Dickens, no sé si lo has leído, Uriah Heep, que siempre tiene las manos frías.

La mayor tenía treinta y ocho años, un verdadero récord, y lo curioso es que llevaba doce de casada. Hasta ahora le decía a su marido que no quería la penetración frontal por respeto a mí, y el tipo aceptaba. ¿Te imaginas eso? La sodomizaba, se hacían felaciones y pajas. Él es un técnico de puertos y, curiosamente, se lo contaba a sus amigos íntimos, e incluso hacía bromas. ¡Mi mujer tiene una lengua de treinta y cinco centímetros y sabe respirar por las orejas! Y todos reían.

Ella también reía con sus amigas: mi esposo tiene una verga pequeña, no más grande que su lengua, y un semen que sabe a pastís o a whisky, depende de lo que haya bebido la tarde anterior. Así estuvieron todo este tiempo, pero hoy ella tuvo una fiesta en la oficina, bebió en exceso y acabó fornicando en el baño, con un colega. Esto pasó en Francia, en una oficina de la BNL. No puedo darte más detalles. Al ver la sangre correr por el muslo, el secretario de cuentas corrientes de la sucursal Sully Morland creyó que le estaba empezando la regla y exclamó, *mon dieu!*, al menos no quedarás embarazada, pero ella lloró de dolor y él creyó que lloraba de amor y de placer, y entonces le dijo algo grosero. Se separaron en medio de un gran malentendido. Más tarde él regresó al baño a lavarse uno de los faldones de la camisa. Tanto esperó el marido y mira cómo acabó.

Sírveme otro, ¿de verdad es whisky esto? No importa. Basta con que tenga alcohol, estoy cansada, tú no sabes, querida Inter-Neta, lo que significa ser lo que soy y la tremenda soledad en que vivo. Allá arriba ya no queda casi nadie. Creo que todos, incluido Él, beben demasiado y no quieren saber nada. Yo también bebo, pero es diferente. Bebo porque el dolor del mundo es demasiado para mí, y ya no me cabe una brizna más de dolor.

¿Quieres otra historia alocada y estrafalaria? Tal vez la mejor sea esta: una joven de veintidós años decide entregarle su virginidad a su profesor de filosofía, que es casado. Después de una clase de presocráticos él la lleva a un motel —esto sucede en América Latina—, la penetra una primera vez con dulzura, suavemente, hasta que ella le dice, ya, dale fuerte, entonces él la vuelve a penetrar y ambos ríen y se besan y ella, colmada de éxtasis, grita en francés, *Je suis une sirène!* Follan y follan como si hubiéramos inventado el pecado original exclusivamente para ellos —para esa noche—, y después, ya penetrada por la mayoría de los orificios de su bonito cuerpo, cuando están tomándose una cerveza, fumando un cigarrillo él y ella preparándose una raya de perico, la joven ve que el sangrado ritual fue copioso y las sábanas de la modesta cama de motel quedaron inundadas, como si el mar Rojo hubiera irrumpido en ese pequeño espacio de adulterio y placer.

Cuando están por irse la joven sufre un ataque de pudor, y dice: no puedo dejar esto así, es una vergüenza y un asco, me llevo las sábanas para lavarlas y las mando de vuelta por courrier. El profesor de filosofía, dionisiaco, extenuado, le dice, no te preocupes, están acostumbrados, cosas peores habrán encontrado, pero ella insiste, tiene formación francesa y es terca, cree que ante cada situación de la vida hay sólo un modo de proceder que es el correcto, así que agarra las sábanas y las pone en el sillón trasero del carro.

La suerte o el *fatum* quiso que esa noche, regresando a la ciudad —el motel era a las afueras—, hubiera un control rutinario de la policía, y cuando los agentes registraron el carro las encontraron. ¡Sangre! Los detuvieron por sospecha de asesinato. De nada valió explicar que era su virginidad y los análisis tomarían un par de días. Los llevaron a la comisaría de la zona. El filósofo debió llamar a un abogado y por supuesto a su esposa.

Fui una niña feliz, cónsul, pero en un mundo triste, opaco. Un mundo en blanco y negro. ¿Y por qué? Todavía me lo pregunto. Era muy poco lo que había en esa felicidad, si uno la miraba por dentro: paisajes nublados, personas grises que odiaban su vida y soñaban con algo distinto, gente que no lograba parecerse a nada de lo que creía bello, seres banales conscientes de su banalidad, prisioneros de algo que no tenía fin ni podía tenerlo. Fui una pequeña reina mientras creí que el mundo era igual para todos. Luego comprobé que no y me dio rabia. Una rabia que todavía no se me pasa, pero en fin, no es eso lo que quiero contarle.

Como en las historias infantiles o las novelas rusas, comenzaré por el principio. Aun si el principio es aburrido. Fui la consentida de mi casa hasta que, a los cuatro años, me anunciaron que tendría un hermano. Sentí que me habían traicionado y eso desató el odio, la sensación de abandono, incluso una cierta orfandad, y cuando el niño nació quise que muriera. Era un intruso, un polizón. Viéndolo gatear por mi espacio, notando con horror cómo se desplazaba sobre mis cosas, tuve muchas ideas: empujarlo por las escaleras, abrir la puerta para que se perdiera en la calle. Pero noté que a pesar de la novedad yo seguía siendo la niña mimada, y eso le salvó la vida. Mi puesto no estaba en peligro y para estar segura los obligué a elegir. Los puse a prueba. Papá siempre optaba por mí. Entonces me quedé tranquila. Mi pequeño mundo siguió funcionando más o menos como antes, y pasaron los años. Seguí ignorándolo. ¿No quieres a tu hermanito?, me decían, y yo, sí lo quiero, es el rey de mi país, y yo la reina, y todos se reían y decían que éramos lindos, pero no se daban cuenta de mi desprecio. Sus pañales, sus talcos, su llanto lúgubre. Lo detesté y me dije: dios lo mandó para ponerme

a prueba, porque en esa época yo creía en dios, ¿sabe? Pensé: está aquí sólo para ver qué hago, pero luego dios lo quitará de en medio. Habrá que estar muy atenta. Fue lo que creí siempre, y esperé y esperé, pero dios no acababa de cumplirme.

Papá me idolatraba.

Nunca lo quise como él a mí. Era un pobre hombre al que le habían torcido el pescuezo y quebrado las alas. ¿Qué podía hacer? Decidí quedarme quieta, esperar. Mis amigas del colegio tenían más suerte, sus familias eran ricas e importantes y en sus vidas no había ese sabor rancio, esa atmósfera de desolación que se vivía en mi casa. ¿Qué hice? Quedarme quieta. Acechar.

Un día pensé que dios me había oído, pues mi hermano se enfermó. Lo llevaron a la clínica, y dije, adiós a todo esto, volverá el mundo sin él y será mejor. Pude ver en la cara de mis papás que era grave, pero noté (y de algún modo supe) que para ellos no iba a ser una gran pérdida. Me tenían a mí, ¿para qué querían más?

Un sábado me propusieron ir a visitarlo, y yo acepté, está bien, haré un pequeño sacrificio, pero mirando hacia arriba dije, dios, ya sé a qué estás jugando, iré a verlo y luego te lo llevas, ¿de acuerdo? Al entrar a su cuarto lo miré a los ojos y pasó algo muy extraño. Era la primera vez que lo miraba de ese modo, y lo que vi me cambió la vida. ¿Cómo explicarle? Supe que no había dios y que nadie lo había mandado a ninguna prueba; era sólo una personita terriblemente sola y frágil que parecía decir: aquí está la otra mitad de tu alma. Eso escuché en sus ojos, y había más, una especie de camino, o un mundo; yo en esa época aún no había leído a Rimbaud, pero más tarde lo comprendí: «En la aurora, armados de una ardiente paciencia, entraremos en ciudades espléndidas». Ahí estaban las palabras de esa marcha que, pensé, debíamos hacer él y yo, solos, porque en el fondo lo que había en sus ojos silenciosos era una voz, la de un fantasma que parecía susurrar: tú estás también aquí, contenemos el mismo soplo, mi alma y la tuya están unidas, no la desgarras, entonces alargué la mano y lo toqué, comprendiendo profundamente quién era, y acto seguido, por primera y única vez en mi vida, sentí amor, un cataclismo que casi me sepulta, una tormenta que me quitó el respiro, algo tan grande que llenó desde ese

instante mi vida y ya no pude amar a nadie más, ni siquiera hoy, sólo a mi hijo que también se llama Manuel porque ambos están hechos con la misma materia: la carne y los huesos y la sangre y la mirada de ese amor.

No fue necesario hablar. No nos dijimos nada, ¡éramos muy niños! Pero supimos que estábamos juntos: nos habíamos reconocido. Por eso me dediqué a protegerlo. Era mi hermano menor. Lo protegí cuanto pude de la maldad de esa ciudad, y de eso tan cruel que es la infancia. Traté de protegerlo también de la familia. No sé si lo logré. Y luego, a medida que fue creciendo, percibí su inteligencia descomunal. Sus opiniones sobre la vida y el mundo, y más tarde sobre el arte, eran excepcionales. Todo en él era así: genial, enigmático, sobrehumano. En su interior crecía algo hermoso y yo estaba ahí para cuidarlo, como una brasa encendida a la que hay que acunar entre las manos para que se convierta en fuego. Eso nos dio fuerza. El valor nace a veces de dos cobardías. Fue nuestro caso.

Desde los quince años sentí que debía encontrar el modo de escapar. Un día vimos la película *Papillon*, con Steve McQueen y Dustin Hoffman, y nos dijimos que así debía ser para nosotros, salir de una isla prisión aprovechando las mareas, escapar obsesivamente, era eso o la muerte, dejar nuestra casa triste, el barrio de clase media con su arribismo, la odiada ciudad triste. Nuestra isla prisión. Debíamos saltar cuando la ola fuera gruesa, como en *Papillon*.

Desde muy niño Manuel empezó a leer y a ver cine, gracias a un amigo de la cuadra. Después, para mi sorpresa, comenzó a pintar grafitis. Cosas bellísimas, islas, mares, tormentas. Él tenía por dentro un mundo hermoso que yo quería conocer, tocar. Por eso debía conseguir plata para comprarle tarros de pintura en spray, libros y DVDs, en fin, para que tuviera todo lo que necesita un alma elevada, así que empecé a buscar trabajos pequeños en el colegio. Le hacía las tareas a los compañeros ricos, les hacía los trabajos, les soplabá en los exámenes o se los hacía yo misma, poniendo su nombre. Me pagaban y yo me iba feliz a buscarle lo mejor; mientras las amigas del curso miraban vitrinas de ropa y pedían precios, yo me paseaba entre libros tocando los lomos, siguiendo el orden alfabético, descubriendo yo también el inmenso placer de comprar libros, el olor de los anaqueles, ese silencio cargado de sabiduría que hay entre los libros y las personas que los

compran, una atmósfera densa, y así volvía a la casa con dos nuevos, a veces tres, sabiendo que con ellos le daba a Manuel algo de la vida que no tenía y que era el espacio en el que ambos, más adelante, seríamos felices.

Déjeme contarle algunas cosas íntimas, consúl, y disculpe. A los dieciséis años una compañera del colegio me dijo en el bus: ya la perdí. Era un lunes. Había estado con el novio en una fiesta el sábado anterior y luego ido a un motel. Estas cosas son importantes para una jovencita. Para mí, al menos. Un ejército de hormigas corrió por mis venas, y le pregunté, ¿qué sentiste?, y ella, casi me muero, creo que me desmayé. Y yo, curiosa, ¿pero te dolió? Un poquito al principio, dijo, pero es tan rico que se pasa. A partir de ese momento se me convirtió en una obsesión, pero no tenía novio ni quería tenerlo. En las fiestas bailaba y me abrazaba con tipos, pero no me los tomaba en serio. Por fin, poco después, conocí a uno. Era de un colegio extranjero y tenía plata. Cuando me pidió el teléfono, le dije: llámeme, le conviene. A mediados de semana llamó y la verdad es que me dio una pereza infinita, pues era bastante idiota, pero el sábado, cuando me recogió en la casa para ir a comer un helado, le dije, mire, le propongo más bien una cosa, vámonos a un motel y me desvirga, ¿sí? El tipo se quedó sorprendido y dijo, ¡de una!, aceleró y subimos por la vía a la Calera, y ahí, en un cuarto con jacuzzi y discoteca, con vista a Bogotá, la perdí, nada muy espectacular, más bien poca intensidad, pero al menos estaba hecho, así que a la semana siguiente se lo dije a mi compañera, listo, yo también la perdí, y empezamos a comparar, ¿como así de grande?, ¿y a qué le olió?, ¿y se vino en cuánto tiempo?, ¿y le puso el condón?, esas cosas.

A mediados de semana el tipo llamó a invitar a una fiesta, pero le dije, nada de fiestas, yo no soy su novia, si quiere tirar vamos y tiramos, pero no me proponga pendejadas, y el tipo, que era querido pero una completa hueva, me dijo, bueno, Juana, fresca, hacemos lo que usted quiera, y así tuve amante, y como no le paraba bolas el hombre se pegó la enamorada del siglo, en eso los tipos son todos iguales, así que me llamaba y decía, uy, Juanita, quiero verte, ¿puedo ir a tu casa?, y yo, ni muerta, llámeme el sábado, y no me tutee, no sea lobo, y el sábado llamaba y le decía, no, me voy al cine con mi hermano, y él, ¿y qué va a ver?, y yo, no, fresco, es de las que a usted no le gustan, y él, uy, Juana, al revés, si a mí me fascinan

Fellini y Pasolini y todos esos apellidos italianos, en serio, y yo le decía, no, mil gracias, llámeme el próximo sábado, y entonces el tipo atacaba por el lado de mis amigas, pero como ninguna sabía dónde vivía yo ni modo, y llamaba como loco, mandaba mensajes y huevonadas por texto SMS, por Facebook, hasta que me sacó la piedra, que se estaba muriendo, que necesitaba verme, que no paraba de llorar, así que le mandé un mensaje diciendo, bueno, se acabó esta maricada, chao, lo voy a bloquear y lo voy a sacar de mi Facebook y de todo, ¿bueno?, así que mejor no insista, gracias, y claro, el tipo quedó vuelto nada y a través de amigos me mandó mensajes y regalos, y yo le devolví todo, lo puse en spam, hasta que se me apareció en el colegio llorando, se puso de rodillas, entonces le dije, bueno, párese, qué oso, hablemos el sábado, y el tipo se fue y el sábado llamó y yo le dije, recójame en el Pomona y nos vamos a un motel, pero a condición de que no me hable ni me cuente las pendejadas que me vive contando, y así fue, tiramos y el tipo mudo, y así sí me gustó y seguí viéndolo, aunque un día le dije, vea, lo mejor es que se vaya consiguiendo otra novia, si quiere seguimos tirando mientras la consigue, pero le anuncio que esto no va a durar mucho, voy a entrar a la universidad a estudiar Sociología y ya no quiero andar con gomelos ni volver a saber de gente como usted, ¿me entiende?, le tengo aprecio, prefiero no ser mierda y por eso se lo voy diciendo desde ahora para que no le vaya a dar la misma pataleta de la otra vez, ¿okey?

Me lo quité de encima al entrar a la Nacho, donde conocí gente muy chévere y encontré mi mundo. En mi colegio cabían ricos y gente de clase media, como yo, pero las reglas de lo bueno y lo chévere las dictaban los ricos, mientras que en la Nacional no era así, había otros valores. Ser culto, tener valor o nobleza, era mucho más importante que una camisa o unos zapatos. Lo contrario del mundo asqueroso del que acababa de salir y al que nunca pertencí.

Mi lugar era la Nacional, con sus prados y edificios blancos llenos de grafitis y sus construcciones de ladrillo, su gente de clase media y baja preparándose para salir a la vida como leones o cocodrilos, con la barriga contra el suelo, todos por igual en esa enorme alacena, una muchedumbre gnoseológica, como decía un poeta cubano, y por eso al saber que me

habían aceptado sentí las mejillas arder de orgullo, es la Colombia que se parece a mí, me dije caminando por un sendero que cruzaba un prado e iba a Sociología, y cuando pasaron lista de los inscritos en primer semestre se me aguaron los ojos, levanté la mano con fuerza al oír mi nombre, yo, yo, aquí estoy, tan emocionada que me miraron, y pensé, este es mi parche, quería conocerlos a todos, quererlos a todos, decirles cuánto los había esperado, qué alegría, pero claro, en la casa era al revés, un ambiente lúgubre, para evitar problemas le había dicho a papá que me iba a matricular en Derecho o en Ingeniería, luego dije que Sociología era mi tercera opción y me había tocado. No me creyeron, pero ya no se podía hacer nada.

Papá y mamá eran conservadores, pero no de una derecha ilustrada y aristocrática, sino de esa derecha barata, taimada y patriotera típica de allá. Ese grupo humano de los que están llenos de odio y resentimiento y buscan algo o alguien con quien (o a través de quien) expresar ese odio y resentimiento; con su admiración por la clase alta y su arribismo; con su clasismo y racismo. Por eso Marx decía que la clase media era la menos dispuesta para una revolución. Sólo se equivocó en parte, pero con respecto a mis papás, tuvo razón.

Usted se acordará, señor cónsul, que Uribe ganó esas elecciones con frases que encendieron al pueblo hablando de la patria, llenando los brazos de la gente de pulseras con banderitas y poniendo en la boca de todos una palabra: «seguridad». El pueblo quería guerra y él les prometió guerra. El pueblo quería muertos y él les prometió muchos muertos. El pueblo quería un patriarca, un soberano, un sátrapa, y él les prometió ser un patriarca, un soberano, un sátrapa. Su victoria se celebró con disparos al aire y motosierras rugiendo, ¿se acuerda? Los paramilitares celebraron y la izquierda dijo: ahora sí nos jodimos. Las FARC lo recibieron con una lluvia de granadas en Bogotá que mataron a un par de sopladores de basuco en una *olla* cerca del Palacio de Nariño. Las FARC dijeron, guerra es guerra, y Uribe contestó, vénganse, a ver quién es más verraco.

Porque él representaba a la gente verraca, católica y frentera. Los conservadores gritaron de alegría. Los liberales celebraron. Nuestros millonarios de la lista Forbes destaparon botellas de Veuve Clicquot y se

frotaron las manos diciendo, preparémonos para ganar más billete. Los que no tenían nada se emborracharon con aguardiente o vino dulce y suspiraron diciendo: ¡ay, qué orgulloso me siento de ser un buen colombiano! Los paracos dispararon sus mini Uzis al aire, y esas balas hubo que agradecerlas porque no fueron a parar a cráneos o espaldas dorsales de campesinos, sindicalistas, líderes comunales o indígenas. Los católicos se postraron ante el nuevo Mesías: «¡Lleva cosida en el puño una estampa del beato Marianito!», ¿no era en el prepucio?, no, ¡en el puño! Los evangélicos dijeron: «¡Adora a la Virgen María!». Las elegantes señoras rolas e hinduistas, celebraron: «¡Se levanta a las tres de la mañana a decir chacras y meditar!». Los judíos se abrazaron: «¡Este tipo es medio facho, pero es amigo de Israel!». Los paracos cantaron el himno nacional con una mano en el corazón, y dijeron: «Ahora sí van a ver lo que es bueno, hijueputas».

Acuérdese, acuérdesese cómo fue eso, cónsul.

El país se llenó de banderas tricolores, todo el mundo gritó, ¡que viva Colombia!, o también, ¡que viva Colombia, hijueputa!, o incluso, ¡que viva Colombia, triple hijueputa! Otros decían, ¡se acabó esta huevonada de los derechos humanos!, ¡vamos a coser a bala a los vendepatrias! Y otros, ¡las regiones de la Autodefensa son zonas de progreso! O también, ¡las regiones de la Autodefensa son zonas de progreso, gracias, presidente!, ¡ahora sí a trabajar y a querer a la patria! Y otros, ¡a mí me cortan las venas y me sale Colombia! También se repetían a gritos, entre chorros de aguardiente, versos de nuestras ridiculas canciones populares: «¡No me den trago extranjero!», «lo de mi patria primero», «¡fiel surtidor de hidalguía!». El que criticaba a Uribe era un aliado del terrorismo; el que criticaba a Uribe era un terrorista; el que criticaba a Uribe era un hijueputa terrorista. Véalo, allá va. Hijueputas terroristas. Más vale que les den piso, pum, pum, matacán. Que se los bajen. Son anticolombianos, gente peligrosa.

En muchas regiones, empezando por Córdoba, donde el Soberano tenía su finquita, gritaron a voz en cuello: ¡Vivan las Autodefensas Unidas de Colombia!, ¡Viva el presidente Uribe!, ¡Viva el progreso y la pacificación!, y por encima de todo: ¡Que viva Colombia, hijueputa!, y más arriba, por encima de todo, en lo más alto: ¡Que viva la Virgen María, hijueputa!

Mis papás eran eso, cónsul. Dos partículas de esa masa que se sintió enaltecida. Nada une más que el odio y las ganas de ejercer el odio. Y el odio es lo mismo que decir el miedo. Buscar protección y hacer de eso algo perdurable, un himno marcial que habla de muertes y batallas y se cuele en el alma.

Cada vez que pasaba algo importante o grave, es decir todos los días, mis papás decían: «¡Tenemos que estar con nuestro presidente!». La palabra «presidente» reemplazó a muchas otras: padre, gurú, líder, jefe, benefactor, salvador, libertador, dios. Cada vez que se insultaba con algún mandatario vecino, decían: «¡Estamos orgullosos de nuestro presidente!». Podría haberse meado desde un helicóptero, encima del país, y el país habría seguido adorándolo. Podría haber gritado desde lo más alto, desde el pico Cristóbal Colón, a 5.800 metros de altura: «¡Colombianos malparidos!», y la gente se habría puesto de rodillas, hincado en el suelo, pidiendo perdón.

Más allá de mis papás, el resto de la familia también era así. Sólo un hermano de mamá, que trabajaba de empleado en una compañía de seguros, dijo un día, en un cumpleaños familiar: «Colombia se está volviendo un campo de entrenamiento de paracos», y le cayeron encima, pues ojalá sea cierto, le gritaron, eso es lo que falta en este país de zánganos, disciplina y orden, y eso es lo que por fin tenemos ahora, disciplina y orden, y el pobre tío reviró, sí, pero ¿a cuánta gente hay que matar o desaparecer?, y entonces le dijeron, Omar, usted está muy viejo para volverse comunista, ¿y sabe qué?, habrá que matar al que haya que matar, y a la gente que matan, pues por algo será, ¿no?, la gente de bien no tiene nada que temer, no podíamos seguir así, el que no sirve que no estorbe, ¿no ha oído eso?, aquí había que operar con dolor y es lo que se está haciendo, gracias a dios hay gente que decidió meterle el hombro, darse la pela, preocuparse por el futuro, y si no le gusta váyase a Venezuela y lo verá, ¿no? Ese tío nunca volvió a las reuniones familiares, y los demás dijeron, Omar se volvió comunista, allá él. Pero en realidad pensaban: ojalá lo maten.

Ni mi hermano ni yo soportábamos esa atmósfera sucia y por eso empecé a tratar de ganar más plata. Si papá se enteraba me mataba; él decía con orgullo que podía mantener a su familia, pero la verdad es que no le alcanzaba, no era culpa de él, tampoco éramos pobres como el cincuenta

por ciento de los colombianos, pero no podía, él lo consideraba una cuestión de dignidad y yo no quería herirlo, así que busqué y busqué, pero claro, en la universidad lo de hacerle trabajos a los demás no funcionaba, la gente no era rica y los trabajos eran complejos, a duras penas tenía tiempo para los míos, así que empecé a mirar anuncios. Una amiga que cuidaba ancianos me dijo que era fácil, uno podía estudiar mientras tanto, sólo había que sacarlos a pasear, darles la comida, leerles, y si era de noche aún más fácil, sólo estar ahí mientras dormían, administrar las medicinas a través del suero, velar el sueño.

Empecé a buscar hasta que encontré un anuncio, se trataba de cuidar a un anciano recién operado, buscaban una enfermera para la noche, y yo dije, qué huevo, me disfrazo de enfermera, mi amiga me podía prestar el uniforme, así que fui y me contrataron, era un señor muy flaco, un costal de huesos, el pobre, acostado en su cama y conectado a una bolsa. Yo llegaba después de la comida, cuando la otra enfermera acababa su turno, y me quedaba con él hasta la mañana siguiente. Debía reponer el suero, estar atenta con los calmantes, pasarle una toalla húmeda por la frente. Eran tres noches a la semana. En la casa dije que tenía grupos de estudio y debía quedarme donde amigos. La ventaja era que a mamá no le gustaban mis compañeros, así que no tenía problema; papá decía, vaya y quédese, pero si ve que no está cómoda me llama y vemos qué se hace, a lo mejor para que se devuelva en taxi, ¿bueno?, a mí me daba ternura oírlo, porque en la casa mencionar un taxi era como hablar de una botella de champán francés, cosas de ricos, ¡un taxi!

Comencé a guardar la plata en una cuenta de ahorros que abrí a escondidas, y de ahí sacaba para invitar a Manuel, comprarle libros, películas, mucha pintura acrílica para que saliera a pintar todos los muros que quisiera, pagarle entradas a cine. Lo estaba educando y quería lo mejor para él, era mi gran orgullo. En esas noches de guardia, oyendo la respiración entrecortada del anciano, me dediqué a leer. El viejo era una persona culta. No sé si mencioné que era francés, creo que había olvidado decirlo. Era francés pero vivía en Colombia desde los años sesenta. En su biblioteca había libros franceses y yo los miraba admirada. Algo entendía, pues estudié el idioma en el colegio. Libros de Jean Genet, de Albert

Camus, todo Proust, André Gide. Tenía *La condición humana*, de Malraux, con una dedicatoria que parecía del propio Malraux, ¿lo habría conocido? Vivía en un viejo caserón de Chapinero alto, en la Cincuenta y ocho arriba de la Séptima. Tenía empleados, un chofer. Sus hijos venían todos los días, pero por las noches necesitaban a alguien. No querían internarlo en un hogar geriátrico. O mejor: no podían hacerlo hasta que no estuviera curado del todo. Me fui acostumbrando a esa rutina y a la universidad, a mis estudios y nuevos amigos.

Cuando el anciano, que por cierto se llamaba monsieur Echenoz, estuvo curado, empezamos a hablar. Le pregunté por qué había elegido quedarse en Colombia, un país tan atrasado y violento y del que todo el mundo quiere irse, y él me dijo, eso no es cierto, ¿tú te irías?, le dije que sí, si pudiera me iría en ese mismo instante, con mi hermano, ¿y adónde?, quiso saber, y yo le dije, a cualquier parte, cualquier rincón del mundo debe ser mejor que esto, me gustaría ir a Europa, a un país civilizado, y él me miraba sin juzgarme, la sábana cubriéndole la mitad del pecho, con vellos canosos que le salían por los ojales del pijama, y decía, ¿país civilizado?, tú no quieres irte de Colombia, lo que quieres es alejarte de algo que no te gusta pero que podrías encontrar en cualquier otra parte, y decía, yo conozco bastante el mundo, Africa sobre todo, de joven trabajé para petroleras francesas en Zaire y Ruanda, países llenos de cosas duras, pero también hermosas. Lo mismo te puedo decir de Asia. A pesar de las dificultades, la vida es mucho más hermosa que en los lugares «civilizados», ¿qué significa la civilización? En Europa no hay futuro. Un continente cansado y cascarrabias que quiere enseñarle a los demás a vivir, pero que de tanto mirarse al espejo se congeló. ¿Tú estudias Sociología? Italia y Francia gobernadas por payasos, ¿qué significa allá ser de izquierda?, no mucho, leer la prensa de izquierda, tener un viejo CD de Manu Chao, camisetas del Che Guevara y el Subcomandante Marcos, preocuparse por el medio ambiente, por los derechos humanos en algún país lejano, poco más; Europa, como toda sociedad opulenta, cae por la pendiente. Lo mismo que un individuo que lo tiene todo, que está enamorado de sí mismo y se admira, eso es lo que pasa allá, pero lo que no saben los europeos es que ellos no son el futuro de nadie. Es al revés: el futuro es la periferia. ¿Cómo

vas a decir que este país es atrasado y violento, como si eso fuera un valor esencial, racial o cultural de una nación y no de otra? Lo que pasa es que es un país joven, muy joven, y aún está buscando un lenguaje. Lo que tú ves en Europa, esa paz de hoy, costó dos mil años de guerras, de sangre, torturas y crueldad. Cuando las naciones de Europa tenían la edad de Colombia eran enemigas entre sí y cada vez que se encontraban corrían ríos de sangre; había lagunas y estuarios, dársenas de sangre. La última guerra europea dejó cincuenta y cuatro millones de muertos. ¿Te parece que eso no es violencia? Nunca lo olvides. Sólo en la toma de Berlín por las tropas rusas, algo que duró un par de semanas, hubo más muertos que en todo un siglo de conflictos en Colombia, así que quítate esa idea, este no es un país especialmente violento. Sólo que tiene una gran complejidad y ha sido vapuleado, y lo peor, armado. Tiene riquezas y una ubicación notable, y eso siempre acaba por explotar. La violencia es parte de la cultura, de la Historia, de la vida de las naciones. De la violencia nacen las sociedades y los periodos de paz, es así desde el principio de los tiempos y Colombia está en medio de ese proceso; te aseguro que lo va a lograr más rápido y con menos sangre que Europa.

Yo escuchaba al señor Echenoz con escepticismo y le decía, pero en las guerras europeas la gente se mataba por un ideal, aquí no, aquí es pura barbarie, es la plata o las tierras o la hoja de coca, pero él decía, es lo mismo, las razones que cree tener alguien que va a disparar contra otro pueden variar, pero el hecho es el mismo, alguien oprimirá el gatillo, y cuando el plomo rompa la piel y trepane el cráneo e interese un lóbulo y lo perfora y abra un surco en el cerebro, una vida con una historia y un pasado quedará detenida y un cuerpo transformado en masa sanguinolenta caerá al suelo, y ese hecho, aborrecible en sí mismo y que no tiene ni puede tener explicación o justificación, hace que todos los motivos sean equivalentes; a mediados del siglo xx eran las ideologías, luego fue la tierra o el control de los recursos, las reservas de hidrocarburos. La política no es el motivo, sino el modo en que la política representa una necesidad para dar el paso siguiente, que es el ataque. Las ideologías no son más que profecías de autocumplimiento. La fuerza bruta es el argumento más utilizado por el hombre en su historia, sea de la cultura que sea, y no te preocupes, aquí no

se hace nada que no se haya hecho ya en otras partes, y por los mismos motivos. Lo que pasa hoy en Colombia, en el fondo, es el resultado de una fórmula impuesta. ¿Sabes cuál es el nombre contemporáneo de la perversidad? Se llama democracia. Si un chimpancé con un tambor llega a ser popular y gracioso, podría ser elegido presidente. ¿Por qué el voto de quienes no tienen criterio ni educación ni cultura vale lo mismo que el de quienes sí la tienen?, ¿por qué un voto obtenido con un revólver en la cabeza o lavando el cerebro de la gente con publicidad o comprado con cincuenta mil pesos, vale igual que un voto expresado en libertad? Pregúntaselo a los defensores de la democracia. Esa es la gran perversidad, pero esto no se puede decir. Si todos tuvieran educación y las variaciones entre lo alto y lo bajo, en términos de cultura, fueran más pequeñas, la democracia sería universal y estaríamos en Suecia, pero no es así. En África la gente vota por los de su tribu y por eso siempre gana el partido de la tribu más grande, ¿y sabes cuál es la única forma que tiene una tribu para reducir el número de votantes de otra? El machete. En muchos países de África lo que ha llevado a la guerra civil no es la dictadura, sino la democracia. Las tribus pequeñas odian el sistema que le da el poder al clan más grande, ¿y qué es el poder? El derecho a apoderarse de un país. Aquí es diferente porque no hay tribus, pero sí clanes y, últimamente, caciques. ¿Cómo va a poder ganar en un medio así un candidato de izquierda, o un ecologista, por ejemplo? Gana el que tiene más plata, como en Italia, o el que tiene más armas y es más fuerte. Gana el macho alfa, porque la democracia, en términos de sexualidad, es una relación masoquista: se le da el poder al fuerte para que lo ejerza sobre el débil, y este adopta una actitud de sumisión que consiste en ponerse de espaldas, levantar la cadera y ofrecer el ano para evitar la confrontación.

Las opiniones reaccionarias del señor Echenoz me hacían brincar en la silla, y, al principio, se las discutía, pero luego me di cuenta de que no tenía sentido. De todos modos estar en desacuerdo con él era más estimulante que hablar y hablar durante horas con mis compañeros, que pensaban igual que yo. Tal vez porque sus ideas provenían de su experiencia, no sólo de los libros ni de los idearios políticos. Decía lo que se le pasaba por la mente. Para él, la utopía era un sistema donde los notables de una sociedad, la

aristocracia del pensamiento, tomara las riendas. Una aristocracia de viejo abolengo que asegurara evitar lo único que le parecía un verdadero pecado, que era entregar el territorio a países o potencias extranjeras.

Cuando le preguntaba por las democracias adelantadas de Suecia y Noruega, él decía: ni las conozco ni me interesan. No me atraen los países donde la vida es apacible y justa, donde todos tienen niveles de protección, buena salud y felicidad estipulados. No me interesan las sociedades perfectas; sólo me digné mirarlas cuando supe, a través de las novelas negras, que allá también ocurrían crímenes abominables y dramas que les daban algo de humanidad. Cada uno de esos hombres de hielo esconde un infierno en su mente. Pero prefiero la vida en sitios donde, de tanto en tanto, la sangre corre por las calles. Por eso me quedé en Colombia.

De su vida supe poco. Había trabajado siempre con empresas francesas, pero después de su jubilación decidió quedarse en Bogotá, donde estaban sus hijos y sus nietos. Era viudo. Su esposa se había suicidado mientras él estaba en un motel con otra mujer. Tenía cuarenta y dos años cuando eso pasó. Su mujer se enteró por la secretaria, que, no sé por qué, aunque me lo imagino, prometió avisarle a la esposa cuando tuviera una cita con la nueva amante. Lo hizo y la esposa, en lugar de aparecerse y montar un escándalo, se cortó las venas en otro hotel. La secretaria lloró y lo confesó todo. El señor Echenoz asumió la culpa, renunció al trabajo y no volvió a ver a su amante. La esposa le dejó una carta en la que sólo había una pregunta: «¿Por qué?». Varias veces tuvo una pistola Browning en la mano, pero nunca reunió el valor. La esposa era belga y estaba en Colombia por él, se habían conocido en Africa. Habían hecho todo juntos. Cuando le pregunté si la amante era colombiana dijo que no, era húngara, y agregó: otro día te cuento esa historia, pero al final nunca me la contó. Lo que sí dijo fue que un hombre necesita la compañía de varias mujeres, y las mujeres también, aunque por motivos diferentes. El matrimonio y la monogamia son una estupidez, decía, y sobre todo, la mayor fuente de infelicidad; el mamífero necesita ejercer la sexualidad, y tanto en el hombre como en la mujer hay un principio vital muy fuerte: la curiosidad. ¿Tú tienes novio?, me preguntó, y yo le dije, no, señor, tengo amantes, gente que entra y sale pero nada más, y él dijo, haces bien, no te vayas a encadenar a nadie, la gente

joven, por definición, es bastante estúpida, pero no tiene la culpa; es estúpida por algo que le inculcan los adultos, y es la fe en el futuro; es estúpida porque tiene esperanzas, algo que con el paso de los años se arregla; por eso lo peor es que una joven se case con un joven, la unión de dos estupideces; lo mejor que puede hacer una joven es estar con un hombre mayor, pero no casarse, no digo eso, digo estar con alguien mayor, y escucha mi consejo: usa a los jóvenes para divertirte, para el placer y obtener cosas materiales, déjalos que te halaguen, todo eso es normal, no le creas a las feministas que dicen que la mujer defiende su dignidad siendo independiente, eso son idioteces, la mujer no necesita plata porque tiene algo que es mucho más poderoso que la plata, y tú sabes qué es. He visto a los hombres más poderosos del planeta derrumbarse ante una vagina: Kennedy, Onassis, Rockefeller, ¿y qué tal París y el rubio Menelao? Eso sí es poder, y te doy un consejo: cuando quieras algo úsalo, y no te avergüences, muchos te van a decir cosas horribles, sobre todo las feministas y las lesbianas, te van a insultar, dirán que es por gente como tú que las mujeres sufren, y puede que tengan razón, pero tú sigue adelante porque la vida se vive individualmente. Los hombres hacen lo mismo cuando tienen la suerte de ser deseados, sobre todo por mujeres mayores. ¿A quién perjudican? Le hacen hervir la sangre a quienes ya comienzan el climaterio y obtienen plata, regalos, viajes. Todo el mundo es feliz, pero estos casos son raros. Lo común es lo contrario. Nadie le pide al hombre que sea bello. Se le pide que sea poderoso o rico. Que sea célebre y famoso, que sea un macho alfa. Cuando era más joven e iba al mar, en Europa, vigilaba los autos deportivos de los balnearios. Sus ocupantes eran siempre tipos ricos, por lo general gordos y groseros, y sus acompañantes mujeres hermosas. Nunca falló. Casi siempre eran rubias, aunque los vellos de los brazos y las cejas fueran negros.

Cada noche, el señor Echenoz tenía una historia nueva, algo que opinar o enseñarme, algo que contradecir, siempre con su desfachatado cinismo. Me pedía que le contara sobre mis cursos y yo le hablaba de autores como Mario Bunge, Ernest Cassirer o Georgy Lukacs, sobre todo *El asalto a la razón*, y él los conocía, los reducía a frases comprensibles, los desmentía y criticaba de un modo lúcido que, luego, en clase, yo repetía, y mis

compañeros me miraban sorprendidos, ¿de dónde saca esas ideas? A veces el señor Echenoz se interrumpía por un violento ataque de tos que lo dejaba lívido. Tenía enfisema pulmonar. Había sido alcohólico tres o cuatro veces durante su vida. Estaba a punto de morir y me decía: si pudiera levantarme saldría a comprar cigarrillos y alcohol, ya no puede pasarme nada peor, voy a morir muy pronto; pensé en llevarle, pero si sus hijos se enteraban me podían denunciar e iría a la cárcel por suplantación.

Un día le pregunté si había conocido a Malraux y me dijo que sí: siendo muy joven, en Hong Kong, tuvo que acompañarlo durante una visita oficial, cuando Malraux era ministro de Cultura. Fue ahí que le dedicó el libro. Y agregó: un tipo arrogante y sin escrúpulos. Habría dado cualquier cosa por ser más rico, más famoso y más poderoso de lo que fue, pero en el fondo nunca dejó de ser un *parvenu*. En realidad lo desprecio, y si conservo ese libro es sólo para recordar el fastidio que me producen él y los que son como él. ¿A quién admiraba?, y él decía: a Céline, un escritor que tuvo el coraje de decir lo que pensaba toda Francia, y que lo siguió diciendo hasta el final, cuando decirlo costaba la cárcel. O Jules Barbey D'Aureville, acusado de pornógrafo y monárquico en un país donde todos son monárquicos y pornógrafos. Le gustaban Jarrés y Pierre Louÿs. También Jean Genet, excepto en su militancia a favor de causas nobles, y decía, enfurecido: ¡aborrezco a los escritores que defienden causas nobles!, son oportunistas que medran con sangre ajena, hipócritas. Cuando la sangre corre por las calles lo único sensato es el consejo del barón Rothschild: comprar bienes. Entre los contemporáneos admiraba a Houellebecq, pues le reconocía ese mismo espíritu desligado de la moral bienpensante. Francia siempre había tenido escritores así, según él, porque esa crudeza y frialdad formaba parte del cromosoma galo. Ponía como ejemplo la propia lengua, y decía: el francés, que a los ignorantes les parece un idioma bonito y sonoro, es una de las más duras y hostiles. No hay más que ver sus expresiones crueles para referirse a cosas crueles: *elle c'est fait violer!* («se hizo violar» por «la violaron»). ¡Es una lengua de campesinos brutos! Sólo los malvados y los asesinos pudieron sacarle belleza, gente como Rimbaud o Baudelaire, o como el Marqués de Sade, encarcelado en una mazmorra y, según una

pésima película, escribiendo con su propia mierda, algo bastante ridículo, por cierto.

Cuando subía por las calles empinadas de Chapinero alto, oscuras y un poco lúgubres, me preguntaba, ¿qué me irá a contar hoy el señor Echenoz? Luego empecé a hacer los trabajos de clase con él. Me decía que le alcanzara tal o cual libro, que le leyera. A veces él mismo miraba el índice. Por supuesto no podía leer en voz alta, no le alcanzaba el aire, pero yo sí, y de ese modo avanzábamos. Yo escribía y le leía. Él hacía comentarios, me ayudaba con la redacción. Era muy estricto con las palabras. Decía que las ideas eran una ilusión del lenguaje y que por eso al escribir uno debía ser hipnótico, preciso, contundente. La única verdad, decía, es esa: la que está bien expresada, la que convence por su forma. Yo tomaba nota y luego releía y me daba cuenta de la cantidad de cosas extraordinarias que aprendía con él.

Una noche, como a la una de la mañana, le dio un ataque de tos y un ahogo tan fuertes que debí llamar una ambulancia. Le pusieron oxígeno, se lo llevaron. Quise ir con él, pero había llegado uno de sus hijos y no me permitieron subir a la ambulancia. Pensé que iba a morir y sentí angustia. Lo internaron en el Centro Médico de los Andes por tres semanas; yo las pasé vigilando mi celular con la esperanza de que llamaran y dijeran: ya puede volver, el señor Echenoz está de vuelta en la casa.

Por esos días, que para mí fueron de espera, la prensa habló de once jóvenes de Soacha, primero presentados como «desaparecidos» y luego reportados como bajas en combate con el ejército, cerca de Ocaña, en Santander. Fue un gran escándalo, ¿lo recuerda? Uribe salió por televisión y dijo que no eran desaparecidos sino delincuentes, que habían caído en combate contra el ejército. Los familiares decían que eran desempleados, no guerrilleros. Uribe protegió al ejército pero la gente empezó a protestar, a salir a la calle. Aparecieron casos en otras zonas del país y hubo más testimonios y acusaciones. El ejército se ocultaba diciendo: la tranquilidad de los ciudadanos reposa sobre nuestros hombros y nuestra sangre, el ejército no descansa en su tarea de construir la paz, son habladurías de terroristas y sus cómplices, la gente de bien no tiene nada que temer, somos un ejército derecho y humano, nuestras armas son la base de una nueva

sociedad, libre del flagelo de la violencia, que viva el Estado de derecho, que viva el presidente Uribe.

Como era de esperarse, mamá sacó el tema en la mesa, durante la comida, y dijo, ¿qué tal el escandalito ese?, ¿tanta alharaca por una panda de marihuaneros y desechables? Papá no quiso meterse a la discusión con la esperanza de que muriera sola, pero yo no fui capaz de tragarme la lengua, así que dije, ¿desde cuándo estamos con los asesinos?, ¿qué pasa en esta familia?, ¿cuándo se van a dar cuenta de lo que pasa en este país?, y mamá peleaba, enfurecida, y decía, lo que pasa en este país no será lo que dicen los terroristas de la Nacional, allá se sabrá lo que pasa en el país de las FARC y el ELN, no en el nuestro; el presidente, que de todas maneras es el presidente y no un periodista cualquiera, ya explicó en televisión lo que había pasado, y el procurador también, y ya saben que esos tipos sí estaban combatiendo al ejército, y ahí sí, el que a hierro mata a hierro muere, y yo le decía, a esos pobres los asesinaron, eso es limpieza social, como hacen los paracos en otras regiones, limpieza social hecha por el ejército para cobrar premios, es un crimen de Estado y Uribe lo está ocultando, y entonces papá entraba a la discusión y decía, ay, Juanita, deje de decir pendejadas, cómo va a ser crimen de Estado que el ejército se enfrente con los bandidos, no faltaría sino eso, al contrario: crimen sería que no nos defendieran, Juanita, definitivamente lo que le dicen en la universidad sí está muy torcido, ya vio al presidente hablando, ya vio que el procurador confirmó que habían muerto en combate, y qué, a ver, ¿están diciendo mentiras?, ¿el presidente y el procurador, las dos máximas autoridades, están diciendo mentiras?, no, Juanita, tampoco exageremos, pero yo les decía a los dos, sí, están diciendo mentiras, a esos muchachos los mataron, yo le creo a las mamás, y entonces mamá decía, ¿ah, sí?, ¿y qué querías que dijeran las mamás de esos zánganos?, haberlos educado mejor.

Fue tanta la rabia que al domingo siguiente fui con dos compañeros a Soacha y nos metimos a una manifestación por los desaparecidos; vi a mujeres llevando las fotos de sus hijos, levantando pancartas, impotentes, y llorar y gritar los nombres de esos jóvenes que ya se los habían traído en bolsas, pero no a todos; algunas decían que sus hijos todavía no habían aparecido, ni siquiera muertos, y nosotros, con mis compañeros,

empezamos a gritar, y yo sentí dolor y una infinita lástima, pues lo que pedían esas pobres madres, es decir justicia y verdad, parecía un deseo loco, el capricho de un príncipe, algo lejano porque, como dijeron mis papás, quién iba a poner en duda al presidente y al procurador juntos, pero yo pensé, el que vea a estas mujeres caminar con dolor y dignidad, el que vea cómo alguna desfallece y cae al suelo y las demás paran el cortejo y la levantan, el que vea esto sólo podrá creerle a ellas, y entonces me agarré del brazo de una y empecé a gritar el nombre de su hijo, un muchacho que podía haber tenido mi edad o la de Manuel, empecé a gritar y ella me apretó y caminamos, y noté que la madre olía a aceite y a cebolla y a cilantro fresco, y pensé, antes de venir a manifestar estas mujeres le dejaron la comida hecha a los otros hijos, y tendieron camas y lavaron ropa, y sentí algo parecido al día que entré a la Nacional, y pensé de nuevo, ¡este es mi país! No el de los hipócritas, no el de los que se tapan los ojos ni el de los asesinos, y me emocioné tanto que empecé a llorar y fue la mujer quien me consoló, diciendo, ¿por qué llora, niña?, y yo le dije, lloro por todo esto, por lo que les hicieron a ustedes, porque hay cosas que no se pueden recuperar, y lloro de rabia por la mentira y el cinismo, y ella me pasó la mano por la cabeza y dijo, tranquila, niña, siga caminando, y pude hacerlo, pero a cada paso me decía, hay que saber y hay que vengarse, algo debo poder hacer.

A la semana siguiente el señor Echenoz volvió a su casa, así que fui a cuidarlo. Qué alegría subir por las callejuelas, cruzar el parque y trepar la escalinata que llevaba a su viejo caserón. Sólo ahí me di cuenta de hasta qué punto había entrado a formar parte de mi vida, de mi pequeña vida, el hilo de una historia para seguirla. El anciano estaba más flaco, con la piel acartonada y repleta de venas violáceas en torno a la nariz. Se alegró de verme y, como antes de su crisis, noté que esperaba ansioso que la otra enfermera se fuera para quedarse a solas conmigo.

Le conté lo que había visto en Soacha y le dije que quería hacer algo, y él me dijo, a esos jóvenes los mataron y mientras arman una historia salen a negar, presentando detalles que desvíen la atención, y al final habrá otro escándalo que distraiga, pero esas mujeres deben seguir saliendo a la calle y tú debes apoyarlas, me dijo, y luego, con una mirada pícaro, agregó: podrías intentar saber más, y hacerlo desde adentro. Lo miré sorprendida, ¿desde

adentro? Sí, dijo. Eres joven, bonita, podrás acercarte a quien quieras y saber lo que quieras. Puede que sea difícil, pero no imposible. Trata de llegar hasta lo más alto, puede que desde allá logres ayudarlas. Ya te lo dije una vez: no hay nada que una mujer no pueda conseguir. El sexo es el arma más potente que hay sobre la tierra. Yo tengo ochenta y tres años y es la única cosa que añoro y por la que quisiera volver a ser joven. El que te diga lo contrario o es un soñador o es un imbécil que confunde la vida real con ideas y suposiciones de cómo debería ser la vida. Métete al mundo de esos sinvergüenzas y destrúyelos desde adentro, si en verdad los odias. Es un mundo de hombres, de machos brutos y sin escrúpulos. Si logras acercarte, bailarán en tu mano. Recuerda que una jovencita gringa y boba, usando la boca, estuvo a punto de hacer caer al presidente más poderoso del mundo, ¿no lo ves? Y te digo algo: cóbrales bien caro y no tengas ningún escrúpulo. Destruyelos y sácales lo que puedas, que la plata es en el fondo lo único que da libertad en este mundo miserable. Te van a decir que eres una prostituta y cerrarás los oídos. Que hablen y griten. Te van a decir que eres mala y bruja, déjalos que ladren. No pierdas de vista tus objetivos. Tu familia te va a criticar, olvídalos. Las madres les dicen a las hijas: cástate bien, elige bien, pero eso, en el fondo, quiere decir «véndete bien». Es la peor prostitución, a un solo cliente, y el pago es una mentira que se llama «respetabilidad». No entres en ese mundo de insectos, Juana, porque tú eres fuerte e inteligente, tú sí puedes tener un destino propio. Si optaste por la libertad vas a ser un arma verdaderamente letal. Destruyelos.

Por las mañanas, bajando hacia la Séptima para ir a la universidad a desayunar, me repetía sus historias y consejos, y a medida que avanzaba, con ese escalofrío que da el viento de las siete de la mañana y el olor ya ácido de los exhaustos, pensaba que a pesar de su cinismo y su fastidio hacia la vida el señor Echenoz tenía razón: el mundo no estaba hecho para la armonía y la bondad, sino todo lo contrario, para la confrontación. El mundo es un cuadrilátero, un campo de batalla. Y a los campos de batalla uno no va con sonrisas y palabras suaves, no señor, uno va armado hasta los dientes. Verlo de otro modo me parecía infantil y estúpido.

Recuerdo que ese día, caminando por la Cincuenta y siete, paré en un desayunadero, pedí unos huevos pericos con cebolla, café con leche y jugo

de naranja, y me puse a ver la ciudad recién levantada: limpiadores de carros, mendigos, una mujer en uniforme baldeando la entrada de una farmacia, los empleados de una agencia de celulares encendiendo cigarrillos al lado de la puerta, la gente apelotonada en la esquina a la espera del bus, tiritando de frío, y un nubarrón negro encima, trayendo ese viento que parece húmedo. Saqué un cuaderno y escribí: «La vida es un puto campo de batalla y hay que estar armado hasta los dientes». Leí la frase como cien veces. Luego arranqué la hoja, hice una bolita y la tiré a la caneca.

Y seguí caminando hacia la universidad.

Pasó el tiempo. Una tarde sonó mi celular. Era la hija del señor Echenoz. Debo darle una noticia, me dijo, papá murió ayer. ¿Cómo? Fue durante el sueño, los médicos dicen que no sintió nada, estaba acobijado, parecía dormido. Me alegré por él. Ya se había ido al otro lado, lejos de esta vida que, de todos modos, conoció y analizó como nadie. Pregunté por la funeraria y el entierro, me dieron los datos y pasé un momento a saludar a los hijos. Quise verlo una última vez pero la caja estaba cerrada. Fue mejor así, pues me quedé con la imagen de sus ojos llenos de furia, y de sus palabras, apagadas por el ahogo del enfisema, pero que eran puro fuego. En lugar de rezar, me senté a un lado y, en una libreta, comencé a escribir lo que recordaba de él, sus frases cínicas, sus sentencias y opiniones. Quise que una parte de sus ideas sobreviviera, y por eso me propuse vivirlas.

«Las ideas no están hechas para ser pensadas, sino para vivirlas», dijo Malraux. Y el señor Echenoz tenía razón: si el mundo era cínico y cruel, lo mejor era ser cínica y cruel. Mi bondad y mi amor estarían, a partir de ahora, bajo tierra, detrás de una gruesa puerta de hierro, y serían sólo para Manuel. La realidad era el lugar en el que Manuel y yo debíamos sobrevivir, una solitaria y árida estepa, un desierto rocoso, infestado de víboras y escorpiones, en el que debíamos buscar agua o animales más débiles para alimentarnos, y sobre todo armas; armas para evitar que otros lleguen primero al valle, o a la llanura, al prometido lugar donde podríamos ser felices.

Desde la semana siguiente comencé a buscar otro trabajo y, tras una serie de entrevistas, volvieron a contratarme para cuidar a un anciano. Me alegré. Me gustaban los ancianos. Sería difícil encontrar otro señor

Echenoz, pero estaba dispuesta a sacar provecho de lo que fuera. A este también lo habían operado. Tenía sobre el costado una horrible herida. Cuando llegué, una vieja me dio las drogas que debía suministrarle, me mostró la cocina, las toallas, cómo era la casa, y luego se fue a dormir a otro cuarto. Había que bañarlo. El viejo se acostó en la tina de agua caliente y me pidió restregarle la piel y limpiar la herida. Me dio asco, pero lo hice. Luego lo ayudé a salir y lo llevé a su cama. El anciano se quedó sobre las cobijas, desnudo, y me pidió que le trajera algo señalando un cajón. No le entendí bien. Fui a abrir y encontré un montón de cremas. Las traje y me pidió que se las untara. Luego señaló otro y mientras iba a abrirlo se acostó de espaldas. Dentro había una verga de plástico negro, y noté que el viejo, en medio de su cuerpo acartonado y herido, tenía una erección. Salí corriendo, paré un taxi. Me sentía humillada. Al llegar a la casa me lavé las manos durante horas y quise cortármelas, ser una salamandra que se mutila una extremidad para escapar del peligro y luego le vuelve a nacer, limpia.

Recordé al señor Echenoz y me dije, se acabó esta pendejada, ahora empieza la guerra.

Sabía de unas compañeras de Diseño Industrial que salían con tipos y les cobraban, y me les acerqué, decidida a ganarme su confianza, hasta que me propusieron salir a una fiesta. Unos estudiantes de Los Andes, de nuestra edad. Eran cuatro y cuando llegamos estaban hinchos y periqueados. Nos dieron trago, pepas, perico. Tenían de todo. En una ida al baño le pregunté a una de las compañeras cómo era la vuelta, y me dijo, les cobramos trescientos mil por mamárselo y tirar, pero, fresca, con lo que se han metido no creo que se les pare, gócese la rumba y no olvide cobrar apenas entre al cuarto, antes de empelotarse; si no, se duermen y no sueltan el billete. La única regla es no dar besos y no aceptar intercambios. Ya se los dijimos. Volvimos a salir y me senté en la sala. Los gomelitos estudiaban Filosofía y Letras. Los oí hablar de Wittgenstein y de Clément Rosset, pero estaban tan hinchos que no daban pie con bola, y además, me dije, ¿qué van a saber o entender estos pendejos del pensamiento trágico de Rosset? Todo era lujoso y me sentí cohibida, pero las palabras del señor Echenoz me dieron fuerza. De pronto el dueño del apartamento dijo, bueno, viejos, pongámonos a hacer algo serio con las nenas, ya estoy arrecho, y los

otros dijeron que sí y pusieron vallenatos y nos sacaron a bailar, un baile que me iba saltando la piedra porque consistía en que al primer paso el tipo le metía a una la mano debajo de la falda, algo que me repugnó, y se lo dije, oiga, nene, le va a tocar ser un poquito más amable si no quiere hacerse una paja esta noche, y él dijo, uy, tan brava, ¿qué le pasa?, si yo le estoy pagando, pero le dije, todavía no me ha pagado y mi celular tiene once llamadas perdidas, así que si quiere me voy, entonces el gomelo dijo, no, uy, no, espere, no se empute, ¿usted quién es?, quiero decir, ¿cómo se llama?, y yo, Daisy, como la novia del pato Donald, pero no soy ninguna huevona, ¿me oyó?, si quiere vamos al cuarto pero me paga primero, y el tipo, qué nena, sí señora, ¿algo más?, y yo, sí, bájese los pantalones que se lo voy a mamar, cierre los ojos y piense en su profesora de Lógica o en Paris Hilton o en Ricky Martin, eso es cosa suya, y él, uy, qué nena generosa, ¿y puedo pensar en usted?, pero le dije, ni se le ocurra.

Esa fue mi primera noche. Me di cuenta de que podía hacerlo sin remilgos y así seguí, casi siempre con gomelos de los Andes o la Javeriana, o jóvenes ejecutivos que celebraban cumpleaños o hacían fiestas; unas veces en apartamentos y otras en moteles. Aprendí a despreciar a todos esos hijos de papi, viviendo de espaldas al país. Mi desprecio se fue convirtiendo en odio. Cada vez les cobré más caro y al ver que lo pagaban me sentí fuerte. El señor Echenoz encarnaba en mí y yo era feliz. Un día, aprovechando una confusión en una fiesta, me robé un computador portátil y un iPad. No me importó y luego, cuando el tipo llamó a preguntar, le dije que estaba loco, que debió haber sido otra puta, que yo no era la única puta que estaba ahí esa noche. Lo encendí para borrarlo y encontré una colección de fotos sexuales de niñas y niños; vaginitas penetradas con crueldad, niñas haciendo felaciones, niños sodomizados. Llamé de vuelta al tipo y le dije, tengo el computador pero hay un problema, baby, soy del DAS. El tipo empezó a tartamudear. No, mentiras, le dije, no soy del DAS pero le tengo un chisme buenísimo: soy una de las putas de la fiesta y está metido en un lío porque encontré las fotos. Me dijo que no lo denunciara, que me daría lo que fuera. Le pedí veinticinco millones en efectivo. Era un ejecutivo de una empresa de seguros bastante grande. Me dijo que era demasiada plata y que estaba loca. Bueno, le dije, el precio acaba de subir a cincuenta, si no ya

mismo le entrego esto a sus jefes y a la policía. Le aconsejé que pidiera un préstamo, había bancos que tenían créditos rápidos para casos urgentes, y este era uno de esos. Muy urgente. Cincuenta millones. Le hice tres copias al disco duro con todo lo que tenía y sus propios datos personales. Lo cité en Unicentro, frente a la entrada de los cines. Le dije que si me pasaba algo todo le llegaría a la policía. El tipo entregó la plata, ¡pero qué le va a pasar, mamita, si aquí está todo! Le dije que metiera en la bolsa el celular, no quería que me volviera a llamar. Se quedó perplejo. Uy, pero ¿y mi tarjeta SIM? Consígase otra, le dije. Luego entré a la librería y compré los *Diarios* de Luis Buñuel, para regalarle a Manuel, y una novela de Martin Amis llamada *Dinero*. Estaba nerviosa. Era la primera vez que cometía un delito. Pero me dije, si ese cabrón llega a denunciarme lo mato. ¿Qué hacer con la plata? Ya había previsto un escondrijo en mi casa, en el techo del baño. Sería sospechoso meterla a mi cuenta. Volví y la guardé muy bien. Luego me fui al correo y expedí las tres copias del disco en tres sobres: uno al Instituto Colombiano de Bienestar Familiar, otro al director de su empresa de seguros y un tercero a su dirección, a nombre de su esposa. Cumplí lo prometido en no enviarlo a la policía. Por las dudas guardé una copia. Sentí placer imaginando al tipo enfrentado a la verdad, dándole explicaciones a los jefes y a su mujer. Sé que la vida en general es bastante asquerosa, pero tampoco hay que pasarse. Por cierto, el iPad lo borré y volví a cargarlo, y se lo regalé de cumpleaños a Manuel.

Un fin de semana volví a Soacha a ver a las mujeres que se manifestaban. Las cosas habían cambiado y ya se sabía que los jóvenes sí habían sido asesinados. El ejército anunciaba una purga. Me reuní otra vez con la señora Martha, la que me vio llorar la vez anterior, y le dije, ¿cómo la puedo ayudar?, pero ella dijo, no hay nada que hacer, van a juzgar a unos militares pero todo es lento y difícil y a nosotras ya nos están llegando amenazas, dicen que somos de la guerrilla. Me tembló la voz y me temblaron las manos, de nuevo me llené de odio. Ese día pude haber matado. Regresé a mi casa en un Transmilenio repleto y disfruté el olor de los estudiantes, de la gallada pobre: los que debían cruzar la ciudad para un trabajo y luego correr a una clase nocturna y tener la fuerza de no dormirse sobre los libros. Pobre gente. Sólo la esperanza y probablemente la fantasía

les daba fuerzas para soportar esa vida de mierda. ¿A qué hora les sucedía algo placentero? Casi nunca. Yo iba a ser su ángel vengador.

El siguiente paso era meterme con el Estado y sus yuppies, con su oficina de seguridad y esa panda de machitos, muy machos detrás de sus fusiles y sus chequeras de plata pública y la complicidad del gran macho alfa, del supremo cacorro de la nación.

Ya verían, malparidos.

Yo los busqué, cónsul. Me infiltré en el DAS, ¿y cómo? Me convertí en su puta. Fui su puta porque quise. Preferí venderles el cuerpo en vez del alma, que es lo que todos vendían en ese asqueroso país. Todo el mundo menos yo, yo hice al revés. Les di mi cuerpo. Míreme, soy bonita y puedo ser una mamasita bien linda si me pongo tacones, minifalda, un buen escote y listo. Me pasaron el dato de un bar donde iba gente del DAS y allá enganché a uno de la pesada, se llamaba Víctor. El tipo andaba con un fajo de dólares, botella de whisky sello azul y una bolsa de perico en el carro. Todo viene de los decomisos, mami. Íbamos a tirar al motel El Paracaídas, luego al de la Calera, y luego a los del norte. A él no le gustaba aficionarse a uno preciso, por seguridad. No sea que me estén siguiendo, decía. La maldad no descansa, ese era su lema. Salíamos con uno de apellido Piedrahita que era su jefe en Narcóticos y las fiestas acababan en un reservado de La Francachela, en la sala VIP. Los dueños del motel los invitaban, nunca pagaban. Contrataban otras putas para que hicieran striptease y les jugaran, pero al final Víctor tiraba conmigo y Piedrahita con Mireya, una chocona que parecía un travestí y era su locura, su amor, pues al jefe le gustaban de raza negra. Melanina y pelos enredados, así decía. Las fiestas duraban tres y cuatro días, hasta que los llamaban de la central y se iban a resolver algún caso. Cuando les iba bien se volvía a armar la fiesta. Metíamos perico, bebíamos whisky fino, comíamos paella y veíamos películas porno; Piedrahita, que debía de tener unos cincuenta años, se emborrachaba muy fuerte y a veces se le salían los diablos y hacía cosas feas, le daba billetes de cien dólares a las putas para que se la chuparan a la chocona delante de él, y si alguna decía que no sacaba el revólver y lo ponía sobre la mesa, golpeando, a ver, nenas, ¿luego es que no les gusta o qué?, ¿me salieron racistas?, ¡el racismo es anticonstitucional!

Mireya le decía al oído, no te pongas así, papi, vámonos para el cuarto, y se lo llevaba a trancazos. Un día se le escapó un tiro que fue a dar al techo y le tocó a Víctor salir con la placa del DAS a calmar a los vecinos.

Otra noche estábamos en los cuartos y vino a golpear llamando a Víctor: hermano, pilas, vístase en bombas, el deber nos llama, este hijueputa país no lo deja a uno pichar tranquilo. Víctor salió al corredor. Espere nos nivelamos, le dijo Piedrahita, y armó cuatro rayas. Se las metieron. Ay, nenas, no lloren por nosotros, esto de ser servidor público es muy sacrificado, ahí les dejo para que se diviertan pero nada de ponerse a arepear, ¿no, mis reinas?, y puso media de sello azul, un fajito de dólares y lo que le quedaba de perico sobre la mesa. Mireya vino al sofá, hablamos. ¿Qué tal es en la cama?, le pregunté. Se sirvió un whisky en un pocillo de café y encendió un cigarro. A él lo que le gusta es que yo le dé por atrás con la mano; toma kilos de viagra pero no le funciona; en el año y pico que llevamos de novios sólo me la ha metido unas diez veces, ¿no me cree? A una siempre le hace falta. Pero si se llega a enterar que le conté nos pega un tiro a ambas.

Víctor era casado y tenía tres hijos. No era mala persona, pero yo lo odiaba. Decía que conmigo podía compartir el estrés laboral, pues las salvajadas que hacía no se las contaba a su mujer, por respeto. Malparido. Una noche llegó untado de sangre. Habían agarrado a unos traquetos en una casa de Modelia, unos muchachos jóvenes; la información se la había dado un desmovilizado. Les encontraron veinte kilos, tres metralletas y diez pistolas. Una bolsa con doscientos mil dólares. Piedrahita estaba muy empericado y empezó a pegarle cachazos a uno de ellos, preguntándole por la caleta con la plata grande, ¿¿dónde, dónde?! Le habían dicho que había más dólares. Víctor trató de calmarlo. Ya, jefe, con esto es suficiente, entregamos una parte y la vuelta queda hecha, pero Piedrahita se enloqueció con el traqueto y le pegó un tiro en la cabeza, y ya no hubo nada que hacer, tocó pegarle su plomazo a los demás. Eran cinco. Cinco muñecos. Tres agentes del DAS los bajaron a un garaje. Víctor temblaba y Piedrahita le dijo: súbanmelos a la camioneta. Fue a hablar por teléfono y regresó diciendo, aquí no ha pasado nada, se los voy a mandar a un compadre del batallón Lanceros, a ellos les sirven más que a nosotros, y se volteó y le dijo

a Yesid, el agente más joven, vea, mijo, llévele estos muñecos a mi comandante Suárez, ya hablé con él y los está esperando, pero vuélese, y luego me llama, mijo, que esta platica es nuestra, ¿okey?

Esa noche Víctor llegó con fajos de dólares en los bolsillos, y cuando le dije que tenía suerte con ese trabajo tan bien pagado respondió, qué va, si casi no puedo disfrutar esa plata, sólo regalarla y gastarla en trago, ni comprar una casa porque me agarran los de la DIAN, ni meterlos al banco, sólo regalos a mi esposa y a mis niños, pero cosas pequeñas, y mandarle a la mamá, poquito, era lo malo, una de las cosas injustas de la vida, según él, después de tanto sacrificio. Ese día estaba muy borracho y le pregunté, ¿y qué hacen los soldados con los muertos?, ¿los entierran?, y él dijo, no, mamita, ellos con eso ganan plata, pero no pregunte tanto que se indispone y la hace peligrar. Usted no sabe las cosas tan feas que hay que hacer para proteger a este hijueputa país.

Yo me hacía la boba y pensaba: ya sé lo que hacen, gran huevón, no necesito que me lo diga, lo que sale en los periódicos es cierto, están matando gente, ya les llegará su turno.

Salía con él dos o tres veces al mes, cuando «coronaba» alguna detención buena. El resto del tiempo estudiaba, leía, iba al cine. Pasaban cosas y presentía otras. La vida iba pasando como un viento que me erizaba, me daba escalofríos, me hacía mojar. Todo sucedía muy rápido. Un día una compañera de la facultad me invitó a un bar del norte. Allá van políticos, gente chévere, dijo, tipos con billete. Me dio miedo encontrarme a alguien del DAS, pero era un lugar exclusivo, al que sólo llegaba gente con estilo. A los tres vasos de ron ya tenía a un man simpático revoloteando, haciendo sonrisas y chateo de pestaña. Al fin se decidió a hablarme. Me invitó a meterme un perico y se lo acepté, una raya de un kilómetro. ¿Bailamos? Era asesor de un senador, no me acuerdo de cuál. De ahí nos fuimos a un apartamento en la circunvalar a seguirla. Un sitio de lujo, de una nena que venía con ellos. Lo raro es que yo no iba de escort, pues nadie me había ofrecido plata, pero me parecía que era lo mismo. El tipejo se llamaba Juan Mario y cuando me preguntó qué haces, dónde estudias y esas cosas, le dije que en la Nacional, y se rió, ¿en serio?, uy, marica, ¿de verdad?, me dijo, y yo, sí, estudio Sociología, y él, uf, marica, ¡Sociología en la Nacho!, ¿no

serás de las FARC? Eso mismo cree mi papá, le dije, pero me arrepentí de haberle contado porque al rato vino un amigo, se abrazaron ebrios y Juan Mario le dijo, uy, marica, venga le presento a esta vieja, ¿a ver si adivina dónde estudia?, y el tipo, ni idea, o sea, no sé, marica, pues dónde va a ser, ¿en Los Andes?, y Juan Mario, soltando una carcajada, le dijo, no, marica, frío, frío, es increíble, huevón, ¡en la Nacional!, y el otro, y cuál es el chiste, huevón, del putas, la Nacho, marica, es una universidad del putas, cuál es el chiste, ¿cierto? Me cayó bien y le dije, ¿y tú cómo te llamas?, y él, Daniel, espera, te doy una tarjeta, la sacó y leí, «Asesor, Congreso», así que le dije, ¿y qué es lo que tanto asesoran ustedes? El tipo se rió y le dijo al otro, si ve, huevón, la gente de la Nacho es del putas, mira, estudiamos proyectos, ¿te puedo tutear?, gracias, sugerimos qué temas pueden ser presentados, estudiamos la constitucionalidad, soy abogado, por cierto, en fin, esos rollos, aburridísimo, uno es el que trabaja, el congresista sale y remata, y a veces la caga, mejor dicho, por lo general la caga, así es esto, ¿y cómo va la Nacho?, uf, qué putería, yo soy súper Mockus, en serio, mi perro se llama Antanas, un labrador inteligentísimo, te lo juro, ¿no?, luego me pidió el celular y se lo di, y un sexto sentido me dijo que si quería agarrarlo debía irme de la fiesta; llamé un taxi y me fui a mi casa, pero al otro día, efectivamente, el tipo me llamó, hola, nos conocimos anoche, ¿te acuerdas?, te fuiste rapidísimo, ¿no te gustó la rumba?, uf, la verdad estaba aburrida, mucho lagarto, muy solemne, ¿no?, oye, ¿te acuerdas de mí?, soy el asesor, no, el otro, el segundo que conociste, Daniel, ¿estás en clase?, ¿me marcas cuando salgas?, y así empecé a salir con él, un poco a escondidas, tenía una novia oficial pero decía que yo era más chévere, que conmigo podía ser natural, decir lo que pensaba, así que le pregunté, ¿y qué cosas piensas?, y él dijo, pues no sé, esto que te digo, me gustas un montón, nena, contigo puedo hablar de cine, de libros, y yo le decía, ¿y a tu novia no le gusta el cine o qué?, y él, no, pues sí, pero sólo las películas románticas o chistosas, y se la pasa bajando videos de YouTube y chateando, ¡imagínate!, el otro día tuvimos una discusión y... ¿sabes lo que me dijo?, mira, no soporto hablar contigo, mejor pasémonos al chat, ¿eso se hace?, o sea, ¡qué le pasa a esa vieja!, ¿qué tal?, ¿nos pasamos al chat?, y lo peor es que tiene razón, me entiendo mejor por chat, ¿quieres verla?, y mostraba fotos de la nena en

su BlackBerry, una monita chusca, tenía hasta una foto mostrando el trasero con su buena tanguita, ¿y tiran rico?, le pregunté, y él, sí pero es muy histérica, si la abrazo dice que no, que tiene que surgir natural, no le gusta que me acerque con ganas, dice que se siente una perra, y entonces yo le digo, pero, nena, ¿si no nos acercamos cómo va a surgir?, y ella, ¡pues natural!, que nazca de los dos, no tú ahí, como si tocara tirar, por obligación, no, deja que las cosas se den, y yo, bueno, no entiendo cómo se van a dar si nos quedamos a un kilómetro, pero en fin, y un segundo después ya se ha dormido, vive muerta del sueño y ocupadísima, y cuando tiramos, no sé, yo le digo, o mejor, pienso, que es una nueva forma de sexo anal, ¿sabes?, consiste en tirar haciendo cara de culo, para que sea rico toca meterle una botella de vino, es una mamera, por eso me gustas tú, no le pones tanto rollo a esto, puedo hablar y decir las vainas que pienso en serio, es lo que me gusta de la gente de la Nacho, yo soy súper Mockus, ¿ya te lo dije?

Tirábamos en su apartamento, en La Cabrera, y no le cobraba porque lo que me interesaba era el Congreso, saber cosas, tener información. Yo le hacía preguntas como si fuera una niña tonta, una estudiante, ¿quién es este senador?, ¿por qué tiene tanto poder aquel otro?, y él empezaba, pues mira, nena, ese man es un duro, de los duros duros, y así me soltaba cosas que yo iba montando, y me decía, a través de este pendejo voy a llegar a otros, tuve paciencia y así fue. Una vez me dijo, nena, ¿te vendrías a Buenos Aires?, hay una reunión del Foro Latinoamericano de Administración Pública, ¿conoces Buenos Aires?, ¿no?, uy, es una chimba, te va a encantar, hay un millón de librerías y gente súper intelectual, como te gustan a ti, nena, ¿vienes? Viajé con él y ahí conocí a más asesores, entre ellos a uno del secretario privado de la presidencia, y me dije, ese es el que andaba esperando, mi pez gordo. La oportunidad se dio muy rápido porque las reuniones de Daniel acababan tarde y él siempre llegaba al final, así que un día me encontré al asesor de presidencia en un cóctel del hotel, un sitio elegantísimo en Recoleta, y me le acerqué haciéndome la pendeja, una sabe cómo llamar la atención sin que se note, y el tipo cayó en la red, me vio en la fila de la mesa de tragos y se adelantó, ¿qué va a tomar?, y yo le dije, una copa de vino tinto, y él, ¿Malbec?, y yo, sí, es mi preferido, así que agarró

dos y me dijo, ¿la puedo tutear?, gracias, me llamo Andrés Felipe, soy asesor del secretario privado de la presidencia, y yo le dije, ya sé, Daniel me habló de ti, y él, ¿vienes con Daniel?, le dije que sí, pero uno de esos sí de mujer que quieren decir: «sí mientras consigo algo mejor». El tipo se dio cuenta y dijo, ay, lástima, qué tristeza o qué envidia porque yo en cambio vengo solo, así que le dije, ¿solito en esta ciudad tan fría?, no le creo, con esas argentinas tan bellas que se ven por la calle, y él, pues mira, hermosura, esas podrán ser muy lindas, pero a mí lo que me gusta es el género nacional, para qué mirar afuera teniendo tan lindo adentro, ¿no?, mirá aquella, por ejemplo, y señaló el espejo en que yo estaba reflejada, y me reí justo cuando entraba Daniel por la puerta, buscándome, lo vi por el espejo, así que le dije a Andrés Felipe, encantado, paisita, a mí me fascinan los paisas, ¿en qué cuarto estás?, y me dijo, el 711, allá tiene su casa, princesa, servicio veinticuatro horas.

Llegó Daniel haciendo cara de cansado, hola, nena, ¿qué estás tomando?, uy, Malbec, deli, espera me sirvo una, ¿ya te conociste con Andrés Felipe?, y le dije, sí, muy simpático, y él, sí, es un man súper poderoso, bien preparado, con buena agenda y protegido de Uribe, obvio, uf, pero te voy a decir algo, nena, o sea, ¡en Bogotá ya estamos mamados de tantos paisas!, en Palacio ya no cabe uno más, en fin, no se puede hacer nada, y yo le dije, bueno, han debido pensar en eso antes, ¿no?

Al otro día, a las once de la mañana, llamé al 711 y me contestó Andrés Felipe, hola, belleza, hoy capé reunión porque un pajarito me dio un consejo, me dijo, vea, quédese que le conviene, quédese que le va a pasar algo bueno. Le dije que iba para allá y un minuto después nos besábamos en el tapete; tiramos en el sofá y sentada en el mueble del lavamanos y por fin en la cama, que digan lo que digan es el mejor sitio para tirar; me contó que estaba casado, que tenía dos hijos y que sólo por ellos no se separaba. La mujer era una histérica, y yo le dije, ¿en serio?, ¿y eso por qué?, y él, casi nunca hacemos el amor, siempre que yo quiero me dice, no me acoses, a mí me gusta que surja natural, entonces le dije, ah, sí, conozco eso, y al final se duerme, ¿verdad?, se rió y dijo, exacto, se duerme, y uno ahí, mirando un chispero.

Me cuadré con Andrés Felipe y al volver a Bogotá empezamos a vernos, primero en los moteles del aeropuerto y luego en La Calera; los del aeropuerto eran buenos pero el ruido de los aviones no lo dejaba hablar por celular. Un día estaba con él y llamó Daniel, pero no le contesté. Otro día me entró una llamada de Víctor, el del DAS, y me dijo, ¿por qué tan perdida, mami?, le tengo un regalito, vamos a rumbear todo el fin de semana con mi jefe, y yo le dije, listo, pero ahorita no puedo, le marco en un rato, qué delicia oírlo; me moría de miedo de que me interceptara así que apagué el celular y le dije a Andrés Felipe, me tengo que ir, papichurris, chao, y él, ¿pasó algo con Daniel?, y yo, mira, no sé si sepas que tengo una vida privada y a veces se me aparece, después te cuento, lo besé en la boca y salí corriendo llevada por el pánico, nunca me había dado tanto miedo Víctor; me fui a la casa de mi amiga, en Chapinero, me cambié de ropa, ah, porque no le conté que yo tenía ropa distinta para unos y otros y no podía dejarla en la casa; la de los asesores era fina, cosas de marca que una amiga me guardaba.

Me puse algo sencillo y provocador, y llamé a Víctor. Me contestó al tiro, mijita, ¿mando ya por usted?, dígame dónde está, y yo, para que no sospechara, le contesté, listo, papi, estoy donde una amiga, que me recojan en la Trece con Sesenta y siete, en las escalinatas del Cinelandia, y él, listo, va Yesid en la camioneta negra, y al rato ya estaba con ellos, Piedrahita borracho con Mireya en las piernas, Víctor pasadísimo, no en un motel sino en un apartamento en el norte, cerca de San Cristóbal, así que les dije, fingiendo alegría, ¡hoy la fiesta está elegante!, me hubieran avisado para ponerme de largo, y Piedrahita contestó, no, mami, qué golpe de suerte tan verraco, este apartamento lo vamos a entregar después, pero por ahora nos lo podemos gozar, es de un forajido que cayó esta tarde, ¡pum, pum!, le dimos piso y lo agarramos preñado, ¿cierto Víctor?, sí, jefe, dijo él, bien preñado, y sacó un fajo y me lo puso en el bolsillo, cuatro mil dólares, después los conté en el baño, y empezamos a darle al trago y al perico y mandaron a Yesid a traer pollo asado con porciones de papas chorreadas, ¿les gusta Kokoriko, Cali Mío o Distraco, damiselas?, preguntó Piedrahita, y Mireya, ay, no, gas, a mí tráiganme Kentucky Fried Chicken, tan corronchos, dizque Kokoriko, eso da colitis, y con papas a la francesa me

hacen el favor, así estuvimos como tres días, Yesid entrando y saliendo con caldos de costilla, arepas, trayendo botellas de aguardiente porque, al cabo de los días, Piedrahita y Víctor se aburrían de tomar whisky y les volvía el paladar patrio, ¡tráiganos un guarito, Yesid!, le gritaban, y de nuevo uno o dos días, ni me acuerdo porque el tiempo pasa, además había jacuzzi y sauna y ahí nos metimos, un poco caótico con los perniles de pollo y el huacamole, pero en una de las idas a la cama le pregunté a Víctor, ¿qué fue eso tan bueno que agarraron?, y él, con los ojos en la nuca, me dijo, hicimos fue moñona, mamita, ¿ah, sí?, ¿y por qué?, yo me hacía la boba mientras se lo mamaba, y él seguía hablando, agarramos a cuatro bien popochos y nos bajamos a dos, ¿y sabe qué?, los dos que quedaron nos van a servir para otra vuelta, hay que arreglar a un periodista que tiene nervioso al jefe, un man que no hace sino meter la nariz por todas partes, la orden la dieron de bien arriba hace rato, que le encontráramos algo como fuera, pero nada, más limpio que calzón de monja. Con estos dos manes se lo vamos a montar de película para que quede bien cagado, ya están escribiendo el texto de lo que tienen que decir en la Fiscalía para que quede bien chévere, en fin, no vaya a creer que esto es cosa de chichipatos, mamita, esto viene de bien arriba y por eso el premio fue grande, nos dejaron el botín a nosotros, y entonces le pregunté, y a los dos manes que van a declarar qué les pasa, ¿los condenan?, y él dijo, a esos los escondemos un poco y luego pin pin, es lo más seguro, mejor dicho, lo que ordenen de arriba, ay, dios, en este país la vida no vale nada, ¿me prepara una rayita, mami?, y así me seguía contando, de aquí y de allá, hasta que oíamos los gritos de Piedrahita, salíamos a ver y estaba en calzoncillos, con la pistola en la mano, gritando, ¡Yesid!, ábrase la otra bolsa que se acabó el basuco para Mireya, y luego le subía al estéreo, un reggaetón asqueroso, el apartamento parecía un bailadero de la Caracas, entonces Víctor le hablaba, jefe, bájele que los vecinos se van a quejar, y era peor, que vengan esos hijueputas y les meto plomo en la boca, o por el culo, no sea paranoico, Víctor, los muros están insonorizados, ¿o es que cree que los traquetos no rumbean? A usted si es que el perico le entra en reversa, ¿no?, ¿qué está tomando?, y agarraba una botella de Chivas veinticinco años o una de sello azul y le llenaba el vaso hasta el borde, y le decía, hágale, para que se nivele, y volvía a meterse al

cuarto donde se veía a Mireya con una tanga muy rara, metida entre la nalga y con tremendo paquete por delante, y Piedrahita decía, uy, esa es mucha negra tan mamasota, ¿sí les conté que estamos buscando muchachito?, y se devolvía al cuarto.

Cada vez era más difícil, decía Víctor, el jefe está muy nervioso, lo están presionando de arriba, en esta operación también se le fue la mano, a uno de los tipos lo quebró a golpes con la cacha de la pistola, le hundió el cráneo, me tocó agarrarlo para que no le siguiera dando cuando ya estaba muerto, jefe, jefe, el hombre ya se blanqueó, déjelo, porque a Piedrahita se le salen los diablos, se pone energúmeno, hasta a mí me da miedo y eso que yo soy su alumno, en fin, con lo de hoy de pronto me ascienden, los jefes quedaron bien contentos y allá están dando declaraciones a la prensa; hay un tipo en la oficina que es el duro de las historias, le decimos el poeta: es el que organiza las vainas para que se vean bien, porque aquí a uno le toca pelear con todo, esos terroristas son peor que los alacranes y nos han dado duro, imagínese, a dos amigos les pegaron unas matadas bien feas el mes pasado, con esa gente no se puede andar con güevonadas, se lo clavan a uno en vivo, con perdón, ay, ¿sí ve?, se me está dañando el hablado por andar con Piedrahita, yo no era así, qué man tan grosero, lástima que sea mi jefe para corregirlo, y lo peor es que ya se me están saliendo estas palabras delante de mi mujer y mis hijos, y entonces le pregunté, por primera vez, ¿cuántos años tiene su esposa?, y él, veintinueve, y los niños siete y cinco, una parejita, la niña es la mayor. Sacó una foto de la billetera y los vi, dos pelaos feísimos, la verdad, porque eso es algo típico de Colombia, cónsul, cómo son de feos los niños pobres, ¿no le parece?, a mí me gustan ya grandes, y no es que Víctor fuera pobre, tenía bolsas de dólares de los decomisos, pero era humilde, la mamá tenía una tienda de abarrotes en un pueblo de Boyacá, en fin, los niños, no le dije lo que pensaba sino lo contrario, obvio, tan lindos, el niño es igualito a usted, y él, ay, mamita, ahí sí me mató, y sacó otro fajo de dólares y me dijo, vea, reina, para que vea cómo la aprecio, y me lo entregó, otros dos mil, o sea que ya llevaba seis, era lo bueno de las detenciones gordas.

Después yo me ponía a buscar por Internet a ver qué era lo que había pasado. En el caso de esa rumba que duró cuatro días, más dos de

recuperación, habían dado de baja a un testaferro con plata del narcotráfico, pero de un frente de las FARC; poco después se dijo que uno de los detenidos había acusado a un periodista, y que todo se corroboraba en unos correos electrónicos, que le habían pagado no sé cuántos dólares y que el DAS seguía investigando porque ese periodista había hecho denuncias contra el gobierno, sobre todo contra un ministro, se sospechaba que detrás podrían estar las FARC, una conspiración, en fin, ese era el lenguaje que se usaba en esa época, ¿se acuerda de eso, cónsul?

A pesar de las salvajadas, a Víctor y su jefe nunca les pasaba nada. No se sentían en peligro, todo lo contrario: se creían héroes, y lo peor es que tal vez lo fueran. Héroes de ese asqueroso país. Yo les oía las historias, se bajaron a estos, le dieron matacán a aquellos, inculparon a tal, le crearon pruebas a cual, arrestaron a uno que antes protegían, amenazaron a otro, en fin. Un día me llevaron a una celebración con otra gente del DAS y ahí me di cuenta de que todos estaban en el mismo juego. Jugaban a matar. Eran policías de civil y se sentían protegidos. Al jefe le tenían varios apodos: Gran Jefe o Cacique Pluma Blanca.

Cada vez que oía de alguien al que le habían metido plomo, yo me decía, es gente como yo o mi hermano, personas que quedan enterradas para siempre en potreros, abandonados, qué soledad estar muerto en un potrero, sin que nadie sepa dónde, ¿no le parece? Así quedaba la mayoría de los que agarraban porque, según Víctor, el país estaba jodido por la cantidad de sapos, y por eso había que meterles bala. Y yo, viéndolo con Piedrahita, les decía en mi mente, sigan creyéndose dioses, sigan mientras puedan, malparidos, porque muy pronto se les va a acabar la dicha, y seguía tomando nota y preparando la venganza, haciendo cuentas y cábalas.

Lo primero era sacar a Manuel del país, mandarlo a Europa a que estudiara cine. Mi sueño era pagarle la carrera que él quisiera, ya no Filosofía sino cine, y que fuera un gran director, así yo tuviera que bajar de rodillas al infierno. Ahorré y ahorré, pero claro, también tenía gastos. Me puse la meta de cien mil dólares; incluso pensé en pedirselos a Víctor, decirle que eran para ayudarle a mi hermano a estudiar, pero luego recapacité: mejor no darle nada de mí ni hablarle de nuestros proyectos, que era lo único bonito de mi vida.

En la casa me la pasaba contando mentiras: que había estado en los Montes de María en una investigación con una comunidad indígena, que por allá la situación está tenaz con la guerrilla y los paracos, y mamá exclamaba, ay, dios, Juana, ¿y viste terroristas de las FARC?, y yo, por mamarle gallo, claro, mamá, si el trabajo era con ellos, y mamá se ponía furiosa, y decía, ay, mijita, ya me está dando la razón, lo dije desde el primer día suyo en ese campo de entrenamiento que es la universidad, ¿no?, pero papá me defendía, Bertha, quédese tranquila, ¿no ve que la niña le está tomando el pelo?, y así hasta la hora de dormir, y cuando ya no había ruidos iba y me le metía al cuarto a Manuel, y le decía, ¿qué piensas?, ¿qué ves?, cuéntame esas cosas tan bonitas que tienes en la cabeza, y entonces él me abrazaba, me tapaba los ojos con sus manos divinas y decía: hay una constelación nueva, un cielo diferente donde no hay estrellas sino volcanes y tú y yo estamos sentados al borde de uno de esos volcanes, viendo cómo los otros escupen lava, eso veo; la lava parece oro líquido; hay un silencio terrible en esa constelación y las erupciones retumban, pero nosotros estamos tranquilos, hay un viento que refresca y lo que nos llega es el eco, un eco que viene de muy lejos, y entonces, señor cónsul, yo cerraba los ojos y lo oía hablar, y las palabras de Manuel, esos mundos que él tenía por dentro, existían porque existía él, y así me quedaba dormida, soñando con esos cielos y esos volcanes, él y yo abrazados. Y podía verlos no sólo por sus palabras, sino porque los pintaba en los muros del barrio flotando en el aire, o en el agua del mar, planetas solitarios repletos de volcanes, ese era su hermoso mundo. En esas noches era muy feliz, usted no se imagina cuánto, pero me daba angustia ser tan feliz, tan atterradoramente feliz. Por eso cuando dijo que le gustaba el cine yo pensé: al fin podré ver nuestra historia, más de lo que él tiene por dentro, y podré protegerlo, y me reafirmé en la idea de hacer todos los sacrificios, lo que fuera con tal de lograrlo, así tuviera que robar un banco.

Me veía entrando con Manuel al estreno de su primera película, en Cannes o en Venecia o en San Sebastián, y luego dormía, acunada por estas fantasías, y a la semana siguiente continuaba con más fuerza, ahorrar plata, vivir sin miedo, y le contestaba las llamadas a Andrés Felipe, que siempre volvía al ataque cuando yo estaba con Víctor, como si tuviera un radar, y le

ponía citas y tirábamos de lo lindo y le oía los rollos de su esposa frígida, todo con tal de que me tuviera confianza, porque no olvidaba la cara de esa mujer en Soacha y la promesa que le hice, ¿sabe?, yo soy de ideas fijas y si le digo algo a alguien lo cumplo, esa pobre mujer y su hijo, yo imaginaba muy bien dónde podía estar, o mejor sus huesos, porque ese maldito país está construido encima de una fosa, en cualquier parte que uno escarbe choca con huesos, llevamos años sacando huesos y buscándoles un nombre, y todavía hoy siguen saliendo, qué horror, pero qué le voy a decir yo, usted sabe de lo que hablo, ¿verdad que sabe?

Un día llamé a Andrés Felipe al celular y le dije, entonces qué, paisita, ¿se aburrió de mí? Todo lo contrario, cariño, me dijo, pensaba llamar ahorita para que me acompañés a una convención en Cartagena, ¿te gusta Cartagena?, y yo le dije, uy, divino, tengo un vestido de baño nuevo, y él dijo, traelo que vamos para el Santa Clara, el hotel más lindo, y allá fuimos, ¿convención de qué?, quise saber, y él dijo, pues de qué va a ser, linda, de asesores, y yo le dije, carajo, eso de ser asesor está muy bueno, pero al llegar allá me di cuenta de que la vaina era más bien sobre seguridad, no una cosa abierta al público sino privada, se reunían con gringos, asesores en seguridad, y casi me da un infarto cuando oigo a Andrés Felipe decir que con ellos estaba el jefe del DAS, porque el presidente iba a asistir al tercer día, él mismo pidió que se convocara, por eso yo debía quedarme en el hotel, un poco escondida, las reuniones eran en sitios privados y no era bueno que lo vieran con una desconocida, me explicó, pero yo le dije, peor para ti, paisita, y me fui a pasear y a comprar artesanías, aunque con una preocupación, carajo, si vino el jefe del DAS habrá un esquema de seguridad, ¿y qué tal que Víctor y Piedrahita anden por ahí y ya me tengan entre ojos? No, no, me decía, ellos están en Narcóticos, pero igual me daba miedo, no estaba haciendo nada malo pero eran policías y a todo le veían lo malo, era mejor andarse con cuidado, así que me pasé la tarde paseando y en la noche fui al hotel a esperar a Andrés Felipe, y cuando le pregunté qué tal había ido lo encontré furioso, furioso con los gringos que les daban lecciones y furioso con el del DAS, que decía que el problema era que tenían que respetar los derechos de la gente y que en un país como este, en guerra, o se peleaba para ganar o se protegían derechos, y claro, Andrés

Felipe, que había hecho cursos en Princeton, se sentía mal, no le cuadraba la teoría, pero se la tenía que tragar, porque la orden era seguir las instrucciones de los gringos, y luego, cuando los gringos se fueron, el mismísimo jefe les dijo, bien, muchachos, ya saben lo que tienen que hacer, los terroristas están metidos entre nosotros, no sólo en el monte, ojalá se hubieran quedado allá para ametrallarlos, pero no, ahora andan de corbata por los corredores y oficinas de la Corte Suprema, en las redacciones de prensa, en las universidades, en los sindicatos y las oenegés, y ahí no los podemos ametrallar, la guerra consiste en sacarlos a la luz, así que vamos a espiarlos, a escucharles lo que dicen al teléfono, y como esta pelea no da tregua y hay que ganarla rápido, conviene precipitar la cosa con testigos y testimonios, no podemos esperar a que los terroristas caigan por sí solos, es un modo de salvar vidas de compatriotas, ¿me están oyendo?, ¿alguien está en desacuerdo?, y todos, ¡no, no!, muertos de miedo, así me lo contó Andrés Felipe, porque según él lo que sentían ante el Supremo era sobre todo eso, miedo, un tipo tan frío y autoritario, con esa mirada gélida, desprovista de escrúpulos, como la de una serpiente que está a punto de morder, y todos salían a obedecerlo. Nadie es capaz de mantenerle dos frases en contra, me dijo, pero en fin, más tarde, con unos traguitos en la cabeza, fumando un bareto y después de que nos pegáramos una fornicada espectacular en la terraza, Andrés Felipe me dijo que el jefe era una persona dura pero, eso sí, inteligente y leal, y que a veces lo ponía a uno a hacer cosas feas pero el resultado al final era bueno, ¿cómo es que es esa frase?, ay, reinita, vos te la debés saber, seguro, ¿el fin qué...?, y yo le decía, el fin justifica los medios, bestia, ¿no te sabes eso tan sencillo?, cómo será lo que asesoras...

Luego, en su soliloquio enmariguanado, Andrés Felipe me contaba que su familia era amiga del presidente hacía varias generaciones, y que a pesar de eso había cosas con las que él no estaba de acuerdo, aunque sabía que tocaba, sobre todo por los contactos con la gente de azul, así les decía, y yo preguntaba, ¿y quiénes son los de azul, paisa?, y él, rulando otro baretico y pegándose un sorbo de whisky, decía, pues quiénes van a ser, preciosa, blanco es gallina lo pone, por supuesto cada vez que alguien lo denuncia ahí mismo lo ponemos bajo escucha y le metemos esquema, porque lo que yo sí

he pensado es que hay momentos de la Historia, de la Historia con mayúsculas, en que uno debe tomar partido y arriesgarse, así la cosa se salga un poquito del tablero, ¿sí me entiende?, y yo, como una niña sumisa, a sus pies, le decía, claro que sí, y le preguntaba, ¿y tú cómo te estás arriesgando en esta guerra?, y él contestaba, pues... ¿le parece poco?, estar al lado del jefe, asesorarlo en vainas con las que ni yo mismo estoy de acuerdo, llevar mensajes, cruzar información, proteger la causa, todo eso que yo no haría, por decir algo, si viviéramos en Suiza o en Costa Rica o en Estados Unidos, países que no lo ponen a uno contra las cuerdas, pero qué le vamos a hacer si vivimos en Colombia y este verraco país que tanto nos gusta nos obliga a hacer cosas complicadas, ¿sí me entiende?, y yo le dije, sí, claro que entiendo, tengo un amigo que dice lo mismo, ¿y por qué le gusta tanto este país?, quise saber, y él, pues porque es el mío, ¿por qué más va a ser?, yo adoro a este hijueputa país, mejor dicho, a mí me cortan una vena y lo que sale por ahí es... ¡Colombia!, ni más ni menos, ¿a vos no te pasa lo mismo?, y yo le decía, no, a mí lo que me sale es sangre, pero te entiendo, y para que no me viera con desconfianza le encendía el baretico y me deslizaba sobre él y me lo volvía a fornicar hasta que decía, mirándome a los ojos, romántico, más bien cursi, ay, Juana, vos sos el lucero de mi alma y el polvo de mi vida, ¿cómo se llama lo que estamos haciendo?, y yo le contestaba, culear, paisa, y él, tan grosera, no señora, ¡esto es hacer el amor!, de verdad, ¿vos no sentís lo mismo o qué?, y yo le decía, claro que siento lo mismo, los dos tenemos corpúsculos de Krause en las mucosas, y él, no, pues, ¿me la va a montar de universitaria o qué?, y me daba besos, y decía, venga para acá, mi bella genio, que si no tuviera esos tres niños le juro que me separo, y yo le decía, no te separes, ni se te ocurra, esos niños se lo merecen todo.

En el cierre de la reunión hubo un cóctel en el centro de convenciones, y, al final, cuando los jefes se fueron y la gente del DAS ya estaba volando de vuelta a Bogotá en su avión privado, Andrés Felipe me llevó a una fiesta en un apartamento muy lujoso de Bocagrande. Allá conocí a otros asesores, todos de seguridad. La rumba cogió vuelo hacia las dos de la mañana, con la llegada de una ex Señorita Colombia que le metió picante a todos, cantó vallenatos y animó al personal con unas acompañantes muy chuscas. Me

extrañó que llegara sola, quiero decir sin pareja, pero luego vi que se sentaba en las piernas del dueño de casa, un tipo que me parecía conocido, un viejo actor o antiguo presentador de televisión. Rodaban pepas, los ceniceros de cristal estaban rellenos de perico. En una de las vueltas vi a un asesor pasarle una pepa en la lengua a la novia, y luego a la ex Señorita Colombia meterse un pase pero de un polvo café que no parecía perico. Me asusté. Yo le daba a lo que fuera, pero dentro de ciertos límites. Después de un par de horas le dije a Andrés Felipe que me sentía mal, que nos fuéramos, pero él no quería irse y dijo, ve a recostarte a un cuarto, princesa, yo te llamo. Fui al segundo piso, entré por un corredor y abrí una puerta al azar, pero volví a cerrarla al ver al dueño de casa, en la cama, con un muchacho negro. Ahí lo reconocí y me dije, claro, ¡era un viejo actor! Más adelante, en una especie de living, encontré un sofá y me quedé dormida.

No sé cuánto tiempo pasó, pero al despertar ya había amanecido y la atmósfera era muy irreal. Tenía dolor de cabeza, flojera en los músculos. Un grupo de empleados acababa de sacar una mesa de frutas, huevos y arepas al balcón, al lado de la mesa de licores. Había gente en vestido de baño, saliendo de una piscina y de un jacuzzi que había al fondo. No vi a Andrés Felipe por ningún lado, pero no me importó. Fui a comer un plato de frutas. Luego me metí un pase, pues alguien rellenaba regularmente los ceniceros, y caminé hasta el jacuzzi. Encendí un cigarrillo y me sentí algo mejor. La ex Señorita Colombia estaba ahí, en ropa interior, con una tanga negra que parecía de hilo. Tenía un vaso de ginebra en la mano y charlaba con dos tipos. Me quité el vestido y entré al agua, que me hizo renacer. Qué delicia un jacuzzi a esa hora. Me dieron los buenos días. Alguien dijo que habían visto a Andrés Felipe en la otra terraza, pero yo me alcé de hombros. Los escuché hablar desde muy lejos, con el agua tibia en el cuerpo y la brisa todavía fresca de la mañana. Me preguntaron quién era y les dije cualquier cosa, un nombre inventado, y que estudiaba Sociología en la Nacional. Uno de los tipos me ofreció un pase, pero dije que había metido hacía poco. Los tres se jalaban su par de rayas y siguieron charlando, hablaban de lo difícil que era conseguir créditos por la fluctuación del dólar y, lo peor, dijo la ex Señorita Colombia, la maldita revaluación del peso que nos tiene fregados, ¿no?, una ahorrando por fuera y resulta que ahora es al revés, lo bueno es

tener pesos. Tenía una agencia de modelos en Bogotá y según entendí algunas de las niñas de la fiesta eran suyas. Hablaron del reinado nacional de belleza, dijo que este año le apostaba a Atlántico, pero que en Miss Universo sí era difícil porque, según ella, Chávez lo tenía comprado, y entonces los dos tipos dijeron, ese payaso, ese malparido, pobres venezolanos, no entiendo cómo los gringos no se lo han bajado, y el otro opinó: deberíamos bajárnoslo nosotros, qué pendejada depender siempre de los gringos, y el primero, sí, pero si se llega a saber, ¿se imaginan?, y la ex Señorita Colombia, lástima que aquí en Colombia el gobierno no les ayude a las misses ni a las modelos, nos toca solas, debería haber subvenciones para la belleza, en ese sentido las venezolanas dan envidia porque sí están protegidas, y entonces uno de los tipos dijo, a ver, ¿pero a ti qué te falta?, y ella, no, a mí nada, gracias a la agencia tengo todo, mis niñas son las mejores y me las llaman de todas partes, el problema es que a veces me las dañan, me las devuelven con kilos de más o con vicios, y uno de los tipos, pasándole el espejito de la perica, se rió y dijo, ¿y con qué vicios te las devuelven?, y la ex Señorita Colombia, metiéndose una por cada fosa, dijo, con el peor de todos, el vicio de la plata fácil, ese es el peor de este país, el que todos tienen, hasta nosotros aquí, en esta terraza de Cartagena, en este jacuzzi delicioso, sin tener que madrugar a trabajar como la demás gente, y uno de los tipos, señalándome con los ojos, dijo, bueno, no exageres, qué va a pensar nuestra invitada, somos empresarios, ya nos partimos la espalda construyendo un patrimonio, generando empleo y masa crítica, haciendo país, ya ahora nos merecemos un poco de alegría, ¿no? Yo me reí y les dije, merecidísimo. Me serví un trago de aguardiente de una bandeja y les dije, salud, este es el primero del día, los tres aplaudieron y dijeron, espera te acompañamos, se sirvieron tres copitas y brindamos, y la ex Señorita Colombia me dijo, eres bonita, ¿qué haces estudiando con los guerrilleros de la Nacional? Yo me volví a alzar de hombros, pero ella insistió, deberías venir a mi oficina, en Bogotá, tienes un cuerpo lindo, a ver, ¿te importa pararte un momento? Le di gusto y dijo, mira, con un mes de gimnasio quedas perfecta, tengo profesoras que te pueden formar, ¿te gustaría?, y yo le dije, sí, claro, mil gracias, entonces llamó por su BlackBerry a alguien y al rato vino una jovencita con tarjetas y me dio una, ¿en serio me llamas la

semana entrante?, le dije que sí y siguieron hablando, uno de ellos le dijo, oye, tú eres la única que trabaja en las rumbas y a esta hora, pero la ex Señorita Colombia dijo, es que el talento y la belleza de este país no admiten tregua, hay que tener bien abiertos los ojos, y siguieron hablando de política, todos querían que el presidente fuera reelegido por tercera vez, este país nunca ha estado mejor, decían, ¿no?, y todos sí, tenemos inversión extranjera, seguridad, se hacen buenos negocios, ah, nos vale verga la Constitución del 91, ¿cómo es que no vamos a poder cambiarla?, y volvieron a llenarse las copitas y me llenaron la mía, y dijeron, a ver un brindis, ¡por nuestro querido presidente!, nos empujamos el aguardiente, yo atragantándome, claro, pero callada, y uno de los tipos alcanzó el espejo y nos metimos otros pases, y como se acabó llamaron a una sirvienta, una negra con un delantal, que parecía del siglo XIX, y le dijeron, hágame el favor y nos arma otras rayitas, y volvieron a brindar, ¡por el presidente que nos va a hacer ganar la guerra!, y otro dijo, ¡alabado sea!, y si los países vecinos se alebrestan les damos garrote, Chávez está capando invasión, y Correa, que sepan que nos metemos a su territorio cuando se nos dé la hijueputa gana a matar terroristas, para eso tenemos medio millón de soldados y policías, a ver, que se vengan, aquí los estamos esperando.

Desde una de las mesas de la terraza, un grupo de invitados volteó a mirar hacia nosotros, y levantando la copa dijeron, ¡por el presidente más frentero y verraco!, y los que estaban asomados en las ventanas del segundo piso, al oír el brindis, levantaron sus copas también, igual que los que estaban en los cuartos y la azotea, todos juntos; los empleados dejaron sus bandejas, de otros apartamentos se asomaron y levantaron la mano y gritaron al unísono, ¡¡viva nuestro presidente!!, un grito estruendoso, envolvente, abrasador, que se fue repitiendo de edificio en edificio, ¡¡viva nuestro presidente!!, como si una tormenta invadiera el cielo, algo oscuro y eléctrico, un nubarrón cargado de presagios. Luego el grito se fue por el aire hasta perderse muy lejos, en una zona nubosa donde ya no había diferencia entre cielo y agua y que a mí, desde ese jacuzzi, me pareció la entrada del infierno.

Luego me tomé otro aguardiente y siguió la rumba.

Al volver de Cartagena llamé al número de la ex Señorita Colombia y fui a verla. Tenía oficina en la Setenta y ocho, abajo de la Once. En la puerta de entrada había una placa: «Escuela de Modelos».

Ay, qué bueno que te animaste, dijo, ¿me recuerdas tu nombre?, saludó y escribió algo en una agenda barata, de otro año, y después dijo, ¿y cómo quieres llamarte?, ah, sí, le dije, pues mira, me gustaría llamarme Jessica, pero ella, no, mi amor, ya tengo tres Jessicas, así que dije, bueno, recomiéndeme uno, como en el hotmail; nos reímos, miró su cuaderno, está bien, viéndote como te he visto, viendo lo verraca y echada pa'lante que eres, yo te bautizaría con un nombre francés bien del putas, y el mejor es Emanuelle, ¿te acuerdas de la película?, le dije que sí, yo sabía todo de cine, pero le dije de frente, oye, tengo una curiosidad, ¿todas las modelos tienen nombre falso?, y la ex Señorita Colombia dijo, bueno, eso es para protegerse, hija, porque usted sabe cómo son los hombres, y yo le dije, ¿pero lo del modelaje consiste sobre todo en irse con tipos o qué?, y ella, carraspeando, dijo, ay, hija, aquí toca jalarle a todo, con esa olla en la que andamos, con la crisis económica y la revaluación del peso, con la caída de Wall Street, si sale algo de modelar pues bien, pero mientras tanto la mayoría de las niñas se le miden a lo que sea, obviamente con un buen pago y sabiendo quién es el cliente, nosotros no le servimos ni a traquetos ni a paracos ni a jefes guerrilleros, nada de eso, sólo empresarios y ojalá extranjeros, diplomáticos, gente de altas esferas, es que hoy por hoy la vida ha cambiado mucho, fíjese que a la fiesta de Cartagena yo llevé a siete chicas y a todas les pagaron súper bien y quedaron felices, porque al fin y al cabo les pagan por hacer lo que les gusta, que es rumbear, meterse sus pepas y su perico, tomarse sus traguitos, echarse un par de polvetes que ni se dan cuenta y listos, se ganaron dos milloncitos, a veces tres, y yo pensé para mis adentros, pobres muertas de hambre, ¿tres millones?, ¿para eso les sirven esos traseros y esas puchecas operadas?, si a mí Víctor me pasa promedio tres mil dólares por rumba, pero claro, es clase media, que es más generosa, así que le dije a la ex Señorita Colombia, mire, le dejo mi celular, a mí no me interesa modelar ni esas pendejadas, sólo salir con tipos de muy alta categoría, sobre todo abogados, me matan los abogados y le sirven a una cuando hay algún problema, ¿está bien?, y la ex Señorita Colombia,

que cuando dije esto me miró sorprendida, respondió, muy bien, jefa, muy bien, ¿y cuánto les cobramos?, a lo que yo dije, cinco millones, mínimo, el resto es para su oficina, y ella dijo, no, mamita, eso es muy alto, entonces le dije, okey, está bien, cuatro y medio, aquí está mi teléfono, encantada de conocerla.

A los tres días estaba yo en la cafetería del Centro Cultural García Márquez leyendo *Juego de damas*, de R.H. Moreno Durán, cuando sonó el celular. Era ella. Mija, le tengo el primer cliente, y yo, ¿condiciones okey?, y ella, okey, más que okey, ¿está presentable?, y yo, depende, ¿de qué se trata?, y ella, es un amigo muy querido, tiene sesenta y siete años, ¡pero es un roble!, le conté de usted y dijo que quería conocerla, es abogado, esta es la dirección; me fui a mi casa, me puse una tanga negra Punto Blanco, un bluejean Diesel y me cambié de camisa; en lugar de los tenis unos zapatos de tacón bajo, me maquillé al estilo gata y pedí un taxi. Miré la dirección: era en el edificio El Nogal. Chévere. No lo conocía.

Llegué y resultó ser un tipo genial, un papacito sénior; me hizo pasar a la biblioteca y había de todo, libros de historia, literatura, diccionarios de cine y películas, me ofreció algo de tomar y mientras traía hielo para un whisky saqué un libro de Lévi-Strauss que en la biblioteca de la universidad siempre estaba prestado, *El pensamiento salvaje*, lo tenía en español y en francés; al volver con los vasos me dijo, ¿te interesa Lévi-Strauss?, y le dije, disculpe, sólo quería ver este libro, llevo meses esperándolo en la biblioteca, y entonces dijo, te lo regalo, y además ven, mira, y sacó *Lo crudo y lo cocido* y también *Tristes trópicos*, libros que parecerían de ciencia ficción en la biblioteca de la universidad, y dijo, llévatelos, son tuyos, yo ya los leí y los tengo en francés, los libros son de los que los leen y los aprecian, desde hace años nadie saca esos pobres volúmenes, me dará gusto saber que los vas a leer y que se los vas a prestar a tus amigos, para eso son, para ser leídos muchas veces y por gente diferente.

Nos sentamos en el sofá y hablamos de literatura y de historia, de los *Escolios* de Nicolás Gómez Dávila, los aforismos de Lichtenberg y los de Elías Canetti; luego habló de la vida y me leyó un fragmento de un poema de William Blake, que decía:

*¿ Hombre debería trabajar y entristecerse y aprender y olvidar y regresar
oscuro valle del que vino para empezar de nuevo sus tareas.*

Así era él, dijo, intentando regresar a algún lugar, buscándolo ansioso, pero tal vez su valle estuviera en los libros o en la memoria o en el cine, ya le quedaba poco. Me contó que era viudo, sus hijos vivían en Europa y por el momento no tenía novia. Estaba en receso. Su verso de Blake me había hecho pensar en uno de Maiakovski, y él dijo, ¿te lo sabes?, ¿me lo puedes decir?, y se lo dije:

*Sin beber ni una gota
he llegado a la meta de mi alma.
Mi solitaria voz humana
se eleva
entre gritos
entre llantos
en el día naciente.*

Me dio un abrazo y, de repente, noté que tenía los ojos vidriosos. Es muy bueno, y me habló de Maiakovski, «el desdichado Maiakovski», como lo llama Sabato. Dijo que en Moscú había un Museo Maiakovski al lado de la antigua central de la KGB, un extraño museo elíptico y teatral que buscaba reproducir su poesía y su mundo. Algún día lo visitarás.

Con mucha elegancia me fue acariciando y besando y yo quedé encantada, cónsul, se lo juro, y tiramos muy rico; luego pidió disculpas para poner el noticiero en la televisión y le dije que no deseaba interrumpirlo, que ya era hora de irme, pero dijo no, acompáñame, y lo vimos ahí, desnudos en la cama. Entonces nos pasó por encima ese huracán de horror que es cualquiera de los noticieros de ese maldito lugar, con las masacres y la violencia y la hipocresía, y luego esas tontas que presentan la parte final, como si su noticiero hablara de Disneyworld y no de un país con más desplazados que el Zaire y más ejecuciones que Liberia; al llegar a este punto, Alfredo, así se llamaba, me dijo, no soporto a estas pendejas, y apagó, y entonces le dije, me ha dado mucho gusto conocerlo, ya me tengo

que ir, y él dijo, espera, se levantó y se vistió y cuando iba yo saliendo me alargó un fajo de billetes, pero le dije, no se preocupe, Alfredo, con los libros es más que suficiente y le quedo debiendo, entonces él insistió y yo me mantuve, no señor, usted y esta casa son un oasis, no sé por qué le digo esto, y él me abrazó y me dijo, entiendo por qué lo dices, ¿puedo volver a verte?, y yo, sí, y le di mi teléfono, llámeme cuando quiera, no importa la hora, llámeme y vendré de inmediato.

Salí con la extraña sensación de haber tocado algo limpio, incontaminado. Por supuesto que el señor Echenoz también lo era, aunque de un modo luciferino, cínico. Alfredo no, y eso que era rico y bogotano. Me fui caminando por la Séptima hacia el norte, ojeando los libros con la luz de los postes, y cuando llegué a la casa Manuel no estaba, se había ido al cine, así que me encerré a leer y a tomar notas, recordando la voz de Alfredo al decir: «Me dará gusto saber que los vas a leer y que se los vas a prestar a tus amigos», justo eso pensaba hacer, y me dormí con una sonrisa.

Pasaron unos días así, saliendo de vez en cuando con Víctor y con otro par de clientes de la ex Señorita Colombia que no resultaron gran cosa, hasta que Andrés Felipe el Asesor, como yo le decía, me volvió a llamar. ¿Qué dice mi preciosa?, y yo, aquí aburrida, como ya se olvidó de mí, y entonces él, no, preciosa, si precisamente la llamo para que me acompañe a un paseíto muy sabroso, es a una finca en Antioquia, ¿le suena?, sí me suena, le dije, ¿y para cuándo?, y él dijo, ya, para ya, prepárese que mando a recogerla, deme una dirección. Le dije que en la entrada del Centro Andino y me fui para allá con un maletín de mano. Vino un carro con placas oficiales y me llevó al aeropuerto de Catam, junto a El Dorado. Andrés Felipe me esperaba en una de las pistas con dos señores vestidos de oscuro que no conocía; ahí nos subimos a un helicóptero y arrancamos; yo estaba contenta porque nunca había visto Bogotá desde un helicóptero, es decir como la ven los pájaros, los gallinazos y los chulos, y la verdad es que apenas levanta el vuelo y se alza en el aire la ciudad parece un pesebre de casitas de azúcar y caminos serpenteantes; claro que si uno sube más ya parece una mancha de vómito, al lado del cerro; después me puse a mirar las montañas y los ríos, esos paisajes tan lindos que tiene el país, y me los imaginé llenos de guerrilleros y de paracos, nuestros hermosos campos, las

veredas y valles repletos de minas y huesos y casquillos de fusil, y así seguimos, sin que nadie hablara, hasta que uno de los tipos, mirado una BlackBerry, le dijo a Andrés Felipe, ya, mi don, ya nos mandaron las coordenadas, espere se las doy al piloto, y entonces la aeronave dio un viraje y agarró más velocidad y dos o tres horas después vimos que se abría un claro en medio del verdor y al ir bajando apareció una finca con dos piscinas y jardines cuidados, simétricos, coloridos. Un grupo de personas nos hacía señas al lado de un árbol.

Bajamos y Andrés Felipe dijo, aquí toca hablar poquito, belleza, ¿sí me entendés?, y yo le dije, sí, ¿y estos amigos quiénes son?, y él, no preguntés tanto, preciosa, después te explico. Nos recibieron con abrazos y nos llevaron al cuarto de huéspedes, que parecía la suite de un motel cinco estrellas, con aire acondicionado y baño con tina de mármol, vasijas de porcelana, jabones españoles Heno de Pravia y espejos enmarcados en madera. Sólo faltaban los condones Benetton. Dejamos los maletines y nos invitaron a sentarnos en la terraza, al lado de la piscina, y alguien dijo, ¿quieren un aguardientico bien fresco? Yo acepté, pero Andrés Felipe pidió una Coca-Cola Light. Estaba nervioso, miraba a los lados y cada rato parlamentaba en voz baja con los de la casa. Una señora muy querida, que parecía la esposa del anfitrión, preguntó si quería ponerme el vestido de baño; le dije que sí y me llevó al vestier, y mientras tanto me puse a hablarle, ¿usted vive acá?, y ella respondió, no, vengo sólo a descansar, y entonces le dije, ¿y en qué trabaja? No, yo no trabajo, vivo con mi marido. Me dieron ganas de preguntarle, y si no trabaja, ¿de qué necesita descansar?, pero preferí quedarme muda, había que ser ciego y tonto para no darse cuenta de que era una casa de paracos, o de narcos a secas, así que más bien le dije, la casa está linda, la felicito por el buen gusto, y ella, gracias, contratamos a un decorador extranjero, mi marido no quería hacer la típica finquita antioqueña sino algo de alto standing, y le salió bien, ¿no es cierto? Que si qué, le dije, ¡súper alto standing!

Salimos a la terraza y, con el calor, me metí de una a la piscina. Estaba fresquita. Un mesero me alcanzó mi copa de aguardiente, pero noté que los demás no tomaban, así que me dije, esta fiesta está un poco rara. Mejor hacerme la boba y no preguntar; luego le escuché decir a uno de los

hombres que el señor no vendría hasta el día siguiente, que lo esperaríamos. Con eso Andrés Felipe se relajó y se tomó unos whiskys. La señora de la casa nos puso conversación pero yo no pude decir nada porque hablaron sobre todo de fútbol colombiano. De nuestro fútbol que es pobre y feo, como el país: pobre y feo, y por eso no me gusta. Como hablar obsesivamente de una enfermedad, como esa gente que sólo habla de accidentes o de la locura. Pero nada más parecía importarles, y hablaban y hablaban, que si el Júnior o el DIM, o una cosa rarísima que se llama La Equidad, puro nombre de un supermercado de rebajas para pobres, y lo raro es que la que más insistía en el asunto era la dueña de casa. Comprendí que hablaban de eso porque no tenían otro tema y porque el motivo de la visita era secreto y sólo podía tocarse con el esposo, que llegaría al otro día. El papel de ella era distraernos. Cuando sirvieron la comida nos hizo pasar a un comedor muy emperifollado, con cubiertos de plata y una vajilla finísima azul y blanca, con escenas de cacería en relieve, y por supuesto vino, pero no argentino ni chileno sino francés, Pomerol, un tinto riquísimo, aunque raro en medio de ese calor tropical; igual me tomé como cuatro copas con el primer plato, que era un consomé de espárragos; luego cambiaron por uno blanco, Sancerre, también delicioso y muy frío, y llegó el seco que era pescado, un rollo de salmón a las finas hierbas con ensalada de puerros y puré, una vaina deliciosa, y como a mí me encanta hacer preguntas incómodas, haciéndome la pendeja, quise saber si el salmón era de algún río cercano, y la señora se rió y dijo, sí, del río Orkla, pero no de aquí de Antioquia sino de Noruega, y todos se rieron y yo quedé como una joven preguntona y boba pero ella me miró con afecto, pues le di la oportunidad de hacer su chiste y quedar bien.

Por la noche refrescó, encendieron la chimenea y nos sirvieron brandy y ofrecieron tabacos, Montecristo y Davidoff; ahora la charla era sobre Shakira, si representaba bien o no a Colombia en el exterior. La señora lamentaba que cantara en inglés, le parecía mal porque en Colombia no se habla inglés, pero yo dije, sí se habla, es lengua materna en San Andrés y Providencia, entonces dijo, bueno, y también de los yuppies del Parque de la 93 de Bogotá, ¿no? Otra vez todos se rieron. Andrés Felipe me miró agrado, estaba cumpliendo perfecto mi papel de novia bonita y tonta.

Después del brandy pasaron bandejas con un whisky oscuro y delicioso, servido en copas de cognac, sin hielo, pues decían que era demasiado fino, y se habló vagamente de lo bien que iba el país; como a la medianoche nos retiramos al cuarto y le comenté a Andrés Felipe, haciéndome la pendeja, qué gente tan elegante, nadie se metió un pase ni se encendieron baretos, y él dijo, no, linda, aquí es distinto, por eso te dije que lo mejor es no hablar mucho y seguir el ritmo, aunque lo estás haciendo muy bien, preciosa, estoy contento de que hayas venido. Me dormí después de una buena fornicada, pero antes pensé: ¿serán paracos o sólo narcos?

Al día siguiente llegó por fin el anfitrión cabalgando un alazán con una montura finísima, rodeado de guardaespaldas. Se saludó con Andrés Felipe y le dijo, qué bueno verlo, ¿sí me lo están atendiendo como se merece?, y Andrés Felipe contestó, claro, don Fermín, ni en la casa de mi abuela me atendían así, y entonces el señor dijo, hombre, Andrés Felipe, tampoco exagere que yo alcancé a conocer la casa de su abuela, a lo mejor usted no lo sabe pero mi mamá fue una de sus empleadas. Andrés Felipe no supo qué decir y todos quedamos desconcertados, hubo un silencio que pareció eterno, se oía pasar el aire, entonces metí la cucharada, por pura intuición, y dije, es lo bueno de este país, las oportunidades que nos da para progresar, lo felicito por su casa, señor Fermín, nos hemos sentido como en el Palacio de Versalles, y entonces el hombre se echó a reír y manoteando a Andrés Felipe le dijo, ¿y esta muñequita tan educada quién es?, y él, una amiga, la invité porque sé que a usted le gusta ver gente joven y simpática, y él dijo, pues hizo muy bien, venga, reina, me llevó del brazo hasta la terraza y me dijo, antes de que te vayás de acá te voy a hacer un regalito, y yo lo miré y le dije, no hace falta más regalo que esta invitación, pero se lo recibo porque a usted le nació, y él dijo, sí, me gusta la gente inteligente y sensible, pero vaya y métase a la piscina que yo me tengo que poner a trabajar con Andrés Felipe hasta el almuerzo, ¿sí?

Salieron como a las dos de la tarde. En un momento Andrés Felipe quiso encender su BlackBerry pero uno de la seguridad de don Fermín se le acercó nervioso y le quitó el aparato con brusquedad. Almorzamos y después llegó otro helicóptero. Antes de la despedida don Fermín me llevó a su estudio, cerró la puerta y dijo: le voy a dar su regalito, tal como le

prometí. Abrió una gaveta del escritorio y sacó una caja envuelta en papel dorado. Luego me dio un abrazo y dijo: cuidá bien a ese pendejo y saludes al jefe. En el helicóptero, ya volviendo, abrí la caja y encontré un reloj finísimo. Me quedó perfecto. Cuando aterrizamos en Bogotá, Andrés Felipe me puso en un taxi y se fue a la carrera. Lo esperaban en Palacio. Yo entendí todo pero no dije nada.

Veo que no le he contado de mis compañeros de facultad, cónsul. Uno de ellos era Jaime, sacerdote esculapio, con permiso especial de la curia para no estudiar en la Javeriana sino en la Nacho; un tipo de aspecto extraño, más parecía noruego o húngaro, o incluso ruso. Barba y pelo amarillos, piel rijosa y muy blanca. Vivía con su comunidad en un barrio cerca de Usme, con un sacerdote holandés. En realidad era un hogar de niños de la calle y él estudiaba Sociología porque quería entender cómo debía hacer para cambiar el mundo. Era santandereano. Buena gente y muy comprometido. Decía que Cristo, si viviera hoy, estaría precisamente ahí. Le repugnaban las capillitas del norte y los matrimonios de la gente rica. Decía que fusilaría sin que le temblara la mano a los que daban misa en esos barrios, aunque dejaba claro que no todos los ricos eran iguales, que había matices, incluso que había ricos buenos. Los que sí eran todos unos malparidos, según él, eran los curas de los ricos: engreídos, oportunistas, mentirosos.

Otros amigos eran Tamara, José y Carlos Mario. Los tres de Cali, muy pilos, mejor dicho, buenos estudiantes. Les gustaba la rumba y a veces yo me hacía con ellos para preparar trabajos o exámenes, porque al final, al acabar, siempre nos íbamos a tirar paso a Café y Libro o a Son Salomé. Les gustaba la salsa, como a mí, aunque también el rock en español. Con ellos fui a conciertos de Chocquibtown y Aterciopelados y Side Stepper. Todos eran de izquierda pero las FARC y el ELN les parecían de lo peor. Queríamos un cambio, simplemente aspirar a algo distinto. La guerrilla era un sistema corrompido por el billete del narcotráfico y los secuestros, por la actitud pasiva de afianzarse en las regiones, como caciques, y aguaitar. La universidad era un espacio abierto. A veces venían los farianos o los elenos y hacían paradas en la plaza del Che, pero no era nada, nadie les paraba bolas. Ese era mi grupo, con los que salía de clase; nos echábamos en el

prado a conversar, a dormir una siesta al sol, a hablar de cine o de libros o de nuestras vidas, o de política, claro, lo más sencillo y banal, lo más común del mundo, éramos jóvenes estudiantes de universidad pública.

A mí me parecía increíble que todos creyeran que la Nacional era de la guerrilla, cuando adentro la verdad era otra. La mayoría de los estudiantes eran de clase media o baja, y eso es lo que a todos les parece raro. Que los pobres tengan dónde estudiar, que la mejor universidad del país sea para ellos. Por eso quisieran verla cerrada y los terrenos usufructuados en algo rentable, por ejemplo un centro comercial, con parque de diversiones y hotel, eso es lo que quisieran algunos, por eso sueñan con verla cerrada y a sus estudiantes en fosas comunes. Les da rabia que la gente pobre tenga oportunidades, que haya buenos maestros y un presupuesto alto, se les hace agua la boca pensando en esos millones que podrían usarse en contratos o en fusiles y helicópteros para defender la patria, y resulta que se gastan en libros y en dotar laboratorios, no, a los ricos no les gusta porque, a ellos, la universidad de sus hijos les cuesta carísimo, en Los Andes o en el exterior, y por eso se sienten defraudados, ¿cómo es eso de darle lo mejor a los pobres?, ¿cuál es la gracia, entonces, de ser rico? Dicen que sus impuestos mantienen al país, pero usted sabe que no es verdad. Los que mantienen el país son los pobres y la clase media, que son los que sí pagan impuestos. Por eso Colombia es un país pobre y de clase media. En fin, qué le voy a explicar lo que usted ya sabe, cónsul.

Yo andaba con mi grupo de compañeros, y además estaban Brigitte y Lady, que me habían ayudado a meterme en esta vida. Una vez me las encontré en uno de los potreros de Artes y me preguntaron por mis amigos del bar, y les dije, muy bien, del putas el contacto, gracias, no quise decirles que ya andaba volando más alto, para qué, y en esas me llamó otra vez la ex Señorita Colombia y me dijo que fuera a su oficina.

Te tengo algo muy bueno, me dijo, pero no es para ya, sino para que lo pienses un poco y me dices, y yo, ¿qué es tanto misterio?, le conté que el señor Alfredo me había gustado, que volvería cuando me llamara, pero la ex me dijo, lo que te propongo es mucho mejor, se trata de agarrar un avión e irse a Japón a trabajar seis meses, máximo un año; allá vas a estar en una residencia muy sabrosa, con todo cubierto: hospedaje, comida, luz y

calefacción, todo. Trabajarás con japoneses, que son tímidos, limpios y bien educados, y en un año podrás ganarte, libres, unos cien mil dólares, allá el pago a mujeres de alto standing, como tú, es muy alto, es una gran oportunidad que yo no le propongo a todas, ahí verás, piénsalo unos días y me llamas, apenas te decidas te vas, tenemos un cupo libre.

Salí pensativa, ¿Japón?, ¿cien mil dólares? Era lo que estaba esperando para sacar a Manuel, pero parecía difícil justificar en la casa un tiempo tan largo; tendría que decirles a mis papás que me había ganado una beca o algo así, era complicado, demasiadas mentiras y papeles falsos. La cosa sonaba bien pero daba un poco de miedo. Tenía sus pro y sus contra. Pensé que podría ver cómo era la vida en Japón y más tarde traer a Manuel para que estudiara japonés y aprendiera a hacer cine, con Kitano y Kurosawa y Ozu, seguro que hay universidades muy buenas, me dije, pero el problema era siempre el mismo, ¿cómo explicarle lo que hacía?, de sólo pensarlo me entraba vértigo, como si tuviera que desnudarme y abrir las piernas en el centro de una plaza, ante la mirada fría y amenazante del mundo, no, él veía en mí la virtud, no podía mostrarle mi otra cara, aun si la finalidad fuera salvarlo, o salvarnos a los dos. Por eso cuando él entró a la Nacho a estudiar Filosofía evité que conociera a mis amigos, me daba nervios que por algún motivo llegara hasta Lady o Brigitte y supiera, me daba pánico. ¿Cómo podría estar con él en Japón sin contarle? Era difícil, pero una buena oportunidad. La tendría en mente a ver si pasaba algo que me ayudara a decidirme o si se presentaba algo mejor. Y también estaba lo otro: la promesa que me hice y que, de algún modo, le hice al señor Echenoz. Su memoria seguía muy viva dentro de mí.

Aquí ya la historia se va precipitando, cónsul, pues lo siguiente que pasó, un tiempo después, fue que Andrés Felipe me llamó una tarde muy nervioso y me dijo, preciosa, tengo que verte, ¿sí?, ven a la habitación 507 del hotel Charleston, estoy registrado con el nombre de Boris Salcedo, ¿te vienes ya? Llegué y lo encontré hecho un atado de nervios: que los estaban acusando de tener vínculos con los paramilitares, que en una operación conjunta de la policía y el DAS habían agarrado a una gente de don Fermín con un computador donde aparecía el nombre de él, de contacto, y que ya la prensa lo tenía, ¿te acordás de don Fermín, el de la finca en Antioquia? Dijo

que ir a esa puta casa había sido un error, que estaba cumpliendo órdenes, que la prensa estaba encima y también la Fiscalía, que además don Fermín les había dado tres días para solucionar el problema o se ponía a contar cosas, y que el presidente estaba nervioso; los asesores le habían dicho que lo mejor era quemarlo a él, ¡a mí!, gritó Andrés Felipe, metiéndose una raya de perico, ¿te imaginás eso?, lo que le sugieren mis colegas asesores es que me tiren a mí al charco, malparidos, decir que yo me reuní con don Fermín por mi cuenta para obtener beneficios o plata, y me están diciendo que el gobierno va a estar a mi lado para protegerme, y a mi familia, pero tengo que declarar que fui por *motu proprio*, ¿te imaginás?, eso pueden ser diez o más años de cárcel y el fin de mi carrera, ¿qué voy a hacer después?, ¿qué les va a pasar a mis hijos y a mi esposa?, por eso quería hablarte, preciosa, yo me voy a negar a declarar, me voy a defender, pero como tú viniste conmigo a lo mejor te van a buscar, van a pedirte que me denuncies, te van a ofrecer cosas o a lo mejor hasta te amenazan, yo no sé, por eso quiero que salgás del país por un tiempo, si necesitás plata yo te la doy, y yo le dije, pues claro, Andrés Felipe, claro que necesito, y él dijo, mirá, en ese maletín tengo diez mil dólares, agarralos ya pero vete a algún lado, hoy mismo, y entonces le pregunté, ¿y yo qué hice de malo?, y él, nada, pero estabas ahí, preciosa, a vos no te va a pasar nada, es sólo por si te buscan y te interrogan, y si llega a pasarme algo feo, eso sí, quiero que tengás bien presente y recordés que yo esa noche, cuando volvimos de la finca en el helicóptero, me fui directo a Palacio a informar de la reunión, ¿te acordás de eso?, y yo, sí, claro, me dejaste en un taxi, y él, perfecto, lo mejor es no tener que llegar a decirlo, pero si toca no podés olvidar cómo fue, ¿bueno?, vete a algún lado, deja que pase el chaparrón.

Me dio un abrazo, se metió dos rayas de perico de los nervios, y le pregunté, ¿pero usted ya está clandestino o qué?, y él, no, lo que pasa es que no puedo tener citas en ninguna otra parte, no sé qué hacer, he pensado en declararle a la prensa desde acá, mi abogado viene a hablar conmigo más tarde y ahí decidimos, pero quería resolver lo tuyo primero, ¿vos le dijiste tu nombre a alguien en la finca de don Fermín?, y yo, no, que yo me acuerde no, y él, menos mal, con eso es más difícil que te ubiquen, bueno,

preciosa, mucha suerte y no te comuniqué conmigo por celular, borra mi número y las llamadas, ¿okey?

Me fui nerviosa y haciendo cálculos, ¿qué podía pasarme? Supuse que Víctor podía ayudar, al fin y al cabo era del DAS, así que le mandé un mail, que era el único modo, y le escribí, ¿por qué tan perdido, papito? La cosa funcionó y al segundo día me llamó, hola, reinita, ¿mando por usted?, le dije que sí, en el Metro Riviera, y al verme me dijo, no, es que hay un bollo ni el hijueputa, yo creo que Piedrahita va a estar toda la semana en la calle, andan nerviosos allá arriba, yo me volé un ratito para verla, reina, pero más tarde me toca trabajar, estoy en un seguimiento, y yo, haciéndole chupadas en el cuello, le decía, ay, no me asuste, Víctor, ¿y a quién andan siguiendo tan peligroso?, y él, no, no es peligroso, es un hijueputica de cuello blanco que se le quiere torcer al jefe, es lo que me dijeron, hay que tenerlo en la pupila no vaya a ser que le dé por hacer alguna cagada, y claro, a mí se me fue el aire, ¿un hijueputica de cuello blanco?, tenía que ser Andrés Felipe, y si lo estaban siguiendo seguro me habrían visto entrar al Charleston y hasta oído lo que hablamos, pero me pareció raro que Víctor estuviera tranquilo conmigo, así que no dije más y me concentré en lo que estaba haciendo, una fornicada clásica, y cuando acabamos y él se estaba duchando vi temblar su celular varias veces, me estiré para ver la pantalla y sólo titilaban dos C mayúsculas, CC, era eso, una y otra vez. Se vistió rápido, me dio un fajito de dólares y nos metimos un par de rayas de perico; luego vio su teléfono y dijo, uy, espera, reinita, que esto es urgente, y marcó y yo lo oí decir, sí, sí, ay, hijueputa, ¿en serio?, bueno, espérenme allá, ¿y tienen todo grabado?, ¿no?, bueno, ya les caigo, y me dijo, me tengo que volar, reina, toca ponerse a buscar a una vieja que habló con el mansito, ay, dios, esto me está oliendo a podrido, cuántas veces se lo he dicho, este país está lleno de gente mala.

Salimos del motel y me dejó en la Séptima con Ciento cuarenta, muerta de pánico, segura de que esa mujer era yo. Empecé a enumerar qué sabía Víctor de mí, y pensé con alivio que casi nada, ni el nombre, sólo el celular, y como era para este trabajo lo había sacado con papeles falsos. Igual tendrían una descripción o fotos: los del hotel, los del helicóptero que nos llevaron a la finca. Tocaba andarse con cuidado.

Sentí miedo por Manuel y por mis papás, ¿qué tal que llegaran a la casa? Víctor y su jefe y los del DAS en general no se andaban con remilgos, tenía que hacer algo rápido. Entonces me vino a la mente la propuesta de la ex Señorita Colombia. Irme a Japón un año, dejar que las cosas se enfriaran y mandar más adelante por Manuel. Era la única solución, pero necesitaba hablar con alguien. Estaba sola, ¿qué hacer? No sé cómo se me iluminó la mente, y pensé, ¡Alfredo!, el abogado, él podría decirme qué tan grave era el problema y si valía la pena irse. No tenía su número y no quise llamar a la ex Señorita Colombia, así que fui directo a su casa. El portero, al verme, se acordó, y de inmediato levantó el auricular del citófono.

Me dijo que siguiera. Alfredo me esperaba en el ascensor, muy sorprendido. ¿Y a qué debo este milagro?, dijo, y yo, tengo que hablarle, es la única persona en la que puedo confiar, tengo un problema, disculpe, si está ocupado puedo esperar, y él dijo, no te preocupes, ven, ¿quieres un trago?, y yo, sí, por favor, cualquier cosa, doble, y empecé a contarle mi vida, mire, yo soy esto y esto y por eso me metí con un tipo del DAS y luego con gente del Congreso y del gobierno, y por eso había acabado en esto y aquello; le conté de la visita a don Fermín y él abrió los ojos, ¿Fermín Jaramillo?, y yo, supongo que sí, no le pregunté el apellido, y Alfredo dijo, caramba, espera te muestro una foto, buscó un periódico y me la mostró, ¿es este? Le dije que sí, ese es, estuve en su finca con el asesor que le dije, y Alfredo, haciendo gestos cada vez más graves, siguió escuchando la historia, y acabé con Víctor, y le dije, creo que me están buscando, no sé qué tan grave es lo que hice, eso es lo que más miedo me da, no saber, y él dijo, bueno, no es un delito ir de acompañante, no trabajas para el gobierno, el problema no es la ley sino los que están borrando las huellas y tratando de proteger a ese asesor, ¿Andrés Felipe?, pregunté, y él dijo, sí, la prensa investiga el contacto entre el gobierno y los paramilitares, los pactos secretos, y en eso el nombre de ese muchacho se volvió clave, lo más seguro es que lo presionen para que se declare culpable y diga que actuó solo, es lo que hacen siempre, por eso tu problema no es con la ley, digamos, con la ley legal, sino con la ley de ellos y del gobierno, que harán lo que sea por protegerse. No me extrañaría que a tu amigo lo metan en

algún asunto sórdido que haga parecer la visita a don Fermín algo secundario.

Se levantó, recibió una llamada por el celular y al rato volvió. No te preocupes, yo te voy a proteger. Si no tienes un sitio seguro quédate aquí, ¿tu familia sabe que yo existo?, ¿quieres llamarlos? No, le dije, eso no es problema, están acostumbrados a mis ausencias. Sentí vibrar mi celular y al mirar la pantalla mi pecho se contrajo. Era Víctor. Se lo dije a Alfredo, ¿debo responder? No, dijo él, más bien apaga el teléfono para que no te rastreen.

Pasé la noche en una habitación de huéspedes, mirando las luces de Bogotá y sintiendo miedo. Era cuestión de esperar. En el noticiero no hubo menciones al caso, pero yo sentía que algo estaba a punto de estallar. Tres días después Alfredo arregló para que yo viajara por tierra a Quito. Tenía un amigo, un magistrado de la corte ecuatoriana, que podría recibirme mientras las cosas se apaciguaban. Al fin me decidí a salir para ir a mi casa, inventar una disculpa y recoger mi pasaporte, pero al llegar no había nadie, sólo la empleada. Mamá había salido y Manuel, que ese día no tenía clases, se había ido a la Luis Ángel Arango. Me dio dolor no poder despedirme de él, pero me dije, es por poco tiempo. Dejé una nota diciendo que me iba a los Llanos, que llamaría apenas pudiera. Saqué la plata que me había dado Andrés Felipe y pensé que debía ir al apartamento de Chapinero por los demás ahorros. Cogí un taxi y fui, pero al acercarme había dos camionetas iguales a la de Víctor en la esquina de la calle. Regresé al edificio El Nogal, asustada, pero desde la Séptima vi otras camionetas del DAS en el parqueadero del edificio. ¿Qué estaba pasando? ¿Me habían rastreado? Me quedé un rato escondida del otro lado de la avenida, pero no pasaba nada así que decidí irme.

Fui volando al centro. Ya no tenía dónde ir pero por fortuna todo estaba listo para viajar a Ecuador. Desde una cabina llamé a mis amigos de la universidad. Tamara me tranquilizó diciendo que nadie había ido a buscarme por la facultad. No me pidió detalles, era una buena amiga. Luego llamé a Jaime, el sacerdote esculapio, y le dije, mira, necesito que me ayudes, es una cosa de vida o muerte, tengo que esconderme por unas horas, tal vez hasta mañana, pero es muy peligroso, ¿te le mides?, y él dijo,

claro, aquí en la comunidad te protegemos. Me fui para allá y, yo creo, eso me salvó la vida, cónsul. Estuve todo el día siguiente agarrándome la cabeza, hasta que por fin decidí que no había otra salida y llamé desde un celular de pago al amigo de Alfredo, el que iba a sacarme del país. Estaba inquieto, insistió en que debíamos irnos esa misma noche. Me recogieron dos horas después y empezamos el viaje. Me dijo que habían detenido a Alfredo y que le habían montado una acusación con unas grabaciones montadas. Cruzamos Rumichaca con un pasaporte falso.

Al otro día compré el periódico y vi la noticia: ex magistrado Alfredo Conde, detenido en su casa. Después me metí a Internet y vi los noticieros. Una autoridad daba declaraciones diciendo que se harían todos los esfuerzos para esclarecer las relaciones del abogado con el terrorismo. Detrás de él, junto al jefe de la policía, reconocí la cara seca y aindiada de Piedrahita, y pensé: supieron que yo estaba ahí y lo inculparon, y ahora me buscan. También vi que Andrés Felipe estaba detenido en una casa fiscal de la Picota, que lo habían agarrado tratando de salir del país.

Desde Quito llamé a la ex Señorita Colombia y le dije, acepto lo de Japón, pero necesito que me hagan el pasaje saliendo de Ecuador, y así fue, me enviaron por una ruta que parecía un bus de pueblo con paradas en São Paulo, Dubai, Bangkok y por fin Tokio. Cinco días viajando.

En Tokio todo me pareció fantasmagórico. Había leído a Murakami e imaginaba la ciudad como una suma de frases frías, a veces heladas, que hablaban de gente solitaria, cafeterías abiertas toda la noche y jóvenes que no lograban encontrar un lugar en el mundo y se aislaban en pequeños pueblos de montaña, así me lo imaginaba yo, un lugar en el que todos vivían sumergidos en sus obsesiones, y al llegar, yendo del aeropuerto al centro en una camioneta, miré por la ventana y me dije, estoy sola y estoy lejos, dejé a Manuel pero volveré por él, no pude hacer nada distinto a escapar para salvarme, para salvarnos a los dos, porque si yo estoy en peligro él también está en peligro, y me dolían las articulaciones y los lóbulos del amor al pensar que no podría escribirle ni llamarlo, ¿qué podría decirle?, ¿qué explicación darle? Lo mejor era vivir rápido este tiempo y luego, mirándolo a los ojos, revelarle la verdad. Sería doloroso estar separada de él, pero ya llegaría el día, había que ser fuerte.

De pronto, en medio de la ciudad, la camioneta se metió a un garaje subterráneo: era mi destino final. Bajamos las cosas y subimos a un apartamento en un piso alto, con vista a los tejados. Entonces me senté a esperar que las cosas fueran pasando, que el tiempo corriera, era lo único que quería. Le pregunté a la mujer que vino a recibirme qué iba a pasar, pero ella se limitó a decir, descanse, mijita, usted debe de estar muerta, dedíquese a dormir por lo menos tres días que la primera semana es para que se acostumbre y le pase el *jet lag* y se le quiten las ojeras. Así estuve encerrada una semana. Quise salir pero no me dejaron, y cuando por fin salí me llevaron escoltada. No quiero contarle nombres ni muchos detalles de lo que viví en Tokio, usted entenderá que es peligroso y que hay gente que podría dedicarle la vida a buscarlo a uno.

Trabajé con un grupo de japoneses que eran los clientes de la organización de mi *mamiya*, una colombiana amiga de la ex Señorita Colombia. No fue una experiencia traumática, pero sí dura. Al poco tiempo me asfixió la falta de libertad. No podía salir a la calle sola. Ganaba bien pero de ahí iban sacando para los gastos del viaje y mi llegada, el arreglo de los documentos y no sé qué más cosas. Cada vez que preguntaba mi deuda había aumentado. Un día le pedí cuentas a un japonés y el tipo, un enano asqueroso, me pegó una cachetada y me tiró al suelo. Supe que debía prepararme para una nueva metamorfosis: ser la mujer sumisa para luego golpear, cuando el enemigo bajara la guardia. Me prometí que ese enano japonés acabaría con el cerebro reventado y empecé una estrategia de seducción. El señor Echenoz volvió a tener razón y un mes después lo tuve delante de mí, desnudo. Supe lo que quería hacer tan pronto me obligó a ponerme de rodillas y chupárselo. La orca asesina. Se lo apreté entre los dientes pero algo extraño ocurrió: cuando estaba a punto de cortar la piel el tipo gimió de placer y eyaculó a borbotones. Quiso que le caminara sobre la espalda con los tacones puestos, y que me parara fuerte. Qué extraño. Luego agarró un encendedor y extendió el brazo, lleno de cicatrices keloides. Lo quemé y el tipo eyaculó otra vez dando gritos de dolor.

Pronto me di cuenta de que era el jefe de mi sector, así que me pareció bien seguirlo. Se llamaba Junichiro, pero yo le decía Juni. Sabía inglés, aunque hablaba poco en general. Tenía treinta y cuatro años. Una noche me

contó que, de niño, al entrar a la escuela militar de la provincia donde nació, los compañeros lo obligaron a lamerle el ano a los diez jefes de dormitorio. Durante un año le dieron golpizas en los baños, le orinaron en la cara y por supuesto se lo culearon miles de veces. Por lo que le entendí se sentía culpable de haber sentido placer y por eso se hacía castigar. Eso lo purificaba y excitaba. Estuve con él como un año. Una noche sentí ruidos en uno de los salones del apartamento y cuando fui a ver lo encontré casi desmayado. Sangraba por el ano. Quise saber qué le había pasado pero no dijo nada, y un segundo después vi entrar a Tarek, un guardaespaldas iraní, con una toalla y un poco de drogas para cauterizarle. Me pareció asqueroso y me fui. No quise verlo más y, afortunadamente, él me respetó.

Después conocí a Jaburi, que también era guardaespaldas. En las salidas iba con él y una noche, al volver al apartamento, le dije que me acompañara a ducharme. Me lo comí debajo del agua y luego lo fui enamorando. Era buen polvo. Mantuvimos la relación hasta que una mañana sentí algo, mareos, tenía un retraso, estaba embarazada. Sólo podía ser de él, pues culeábamos sin condón. Creo que mi inconsciente lo hizo para que me sacara de ahí, para recordarme que mi vida no era eso, y funcionó. Jaburi pagó mi deuda y fue a hablar con los jefes de zona. Nos casamos y me dieron un pasaporte iraní, porque el mío colombiano se había quedado en el bolsillo de un jean y en la lavadora se borró, tal vez porque era falso. Poco después nos autorizaron y pudimos viajar a Teherán, donde nació Manuelito. Pero esto no lo saben en Tokio: la organización les dijo a las otras compañeras que yo me había escapado; creo incluso que dijeron que me habían agarrado y torturado, no sé bien.

En Teherán fui demorando el momento de comunicarme con Manuel, cada día me decía: mañana, la semana entrante... Debía acumular fuerzas. Me moría por decirle que tenía un sobrino, en realidad un hijo. Manuelito era nuestro hijo. Hice el trámite de los pasaportes sin que Jaburi supiera. Esperaba escaparme a algún lado antes de escribirle a Manuel, pero sin darme cuenta pasó el tiempo. Nunca imaginé que él viniera a buscarme. Es difícil explicar lo que hice, pero eso fue lo que pasó. En Japón estuve casi todo el tiempo empastillada; fue lo que elegí para escapar. Tengo grandes lagunas. A veces miraba un reloj calendario y decía, ¿ya estamos en

septiembre?, y luego, diez minutos después, estábamos en otro mes, y de pronto alguien me decía al oído, feliz año, y yo sonreía y me tomaba otra pastilla. Jaburi me salvó pero yo le di mi cuerpo y un tiempo que para él fue feliz. No le di un hijo porque Manuelito es sólo mío. Una vez me pegó, aunque digamos que me lo busqué. Prefiero no hablar de esto, pero la verdad es que no le cogí odio, más bien lástima. Me pareció un pobre pendejo, un animal inferior. Se lo voy a contar, cónsul: una noche me negué a dárselo y él dijo, soy tu esposo, estás obligada. Le dije que nadie me obligaba a hacer lo que no quería y me levanté y me encerré en el baño. Luego comencé a gritar por la ventana. Los vecinos se despertaron, sus padres y hermanos, que vivían en los pisos de abajo, vinieron a nuestra casa. Yo empecé a decir que Jaburi era un cobarde, que me pegaba porque era incapaz de tener una erección y satisfacerme, y dije que no era un hombre porque me obligaba a meterle un dedo por el ano y refregarle, y que yo, como esposa, se lo hacía pero muerta de asco, y grité que Jaburi era un podrido maricón que no disfrutaba con las mujeres y que sólo tenía erecciones cuando me pintaba bigotes con un corcho quemado. Los vecinos comenzaron a reírse y a responder, diciendo, «mujer virtuosa», momento en el que Jaburi derribó la puerta y me agarró a golpes mientras yo gritaba y reía. No se le pega a una mujer, pero lo disfruté. Fue un modo de decirle: tú tendrás la fuerza y la religión de tu lado, pero yo soy la que tiene entre las piernas lo que tú quieres, y te puedo destruir. De nuevo alcé los brazos y oré por el señor Echenoz.

Por lo demás Jaburi lo pasó bien conmigo. El pago que obtuvo por salvarme fue más que suficiente. Lo pasará mal un tiempo y luego se repondrá y más tarde será feliz. Así es siempre en la vida. Entre más rápido uno sufre, a la larga, es mejor.

Y eso es todo, cónsul. El resto ya lo sabe.

PARTE III

Una comunicación urgente de Bangkok me dejó perplejo. Empezaba a acostumbrarme a la compañía de Juana y a la de Manuelito Sayeq, hasta que un día, como suele ocurrir cuando uno espera algo, sonó el teléfono.

Era Angie, la secretaria.

—Lo llaman de Bangkok, señor cónsul. Es urgente.

La voz del abogado sonaba muy alterada. Dijo que por algún motivo (algo extraño, lejos de su larga mano) la magistratura había adelantado el juicio para esa misma mañana, de forma abrupta, y que en la sala, al dársele la palabra, Manuel se había negado a declararse culpable, lo que hacía muy difícil todo.

—¿No me había dicho que el joven estaba de acuerdo?, ¿que le había explicado lo que estaba en juego? —preguntó el abogado molesto, recriminándome.

Me quedé de piedra.

Le dije que sí y que probablemente algo había cambiado dentro de él. Imaginé que al saber de Juana y del niño se habría renovado su deseo de ser libre. Aun si esa libertad fuera utópica, irrealizable.

—¿Y ahora qué hacemos? —quiso saber el abogado—. Le recuerdo que su compatriota puede ser juzgado por el artículo 27, la vieja ley militar con pena de muerte inmediata, sin esperar el fin del juicio. En realidad sin ningún tipo de juicio, sólo por orden del primer ministro y a petición de los fiscales. Se lo dije a él: a partir de ahora pueden detener todo y ejecutarlo en cualquier momento. Es muy grave, ¿qué podemos hacer?

Me extrañó que me hiciera a mí esa pregunta (¿cuál de los dos era el abogado con importantes contactos en Bangkok?), pero preferí no tener una

discusión, así que le dije:

—Por ahora defenderlo, defenderlo hasta lo imposible para que lo declaren inocente. Es la única opción.

—Ya le dije que eso no es realista —insistió el abogado, aún nervioso, o más bien molesto, como si yo lo hubiera engañado.

Colgué enfurecido y llamé a Colombia, pero... ¡la maldita diferencia horaria! Debía esperar cuatro horas. Por fin, hacia las seis y media, logré hablar con la DACCCE. Les dije que era urgente viajar a Bangkok, que el juicio había comenzado esa mañana, sin previo aviso. No podía explicarles cuál era mi principal idea: pedirle a Juana que lo convenciera de declararse culpable y ganar tiempo. No estaba seguro de que aún pudiera hacerse, pero era la única salida. El famoso abogado no iba a traer nada bueno.

En Bogotá, a la vista del dossier, me dijeron que si el abogado tenía en mano la situación no era urgente que yo me desplazara, pero que igual harían el trámite de una nueva comisión, pensando en la siguiente audiencia.

Preferí no decirle nada a Juana hasta no tener una fecha concreta y una respuesta del ministerio, así que esa noche pretexté una obligación diplomática, lo que por lo demás era cierto: un cóctel en la embajada de Bulgaria. Y para allá me fui, en el barrio de Chanakyapuri, pudiendo humedecer discretamente mi nerviosismo en vodka y *rakia*, saborear la sopa Tarator y unas espléndidas salchichas.

Volví a la casa tarde y, afortunadamente, ambos dormían. Me tomé la última ginebra sentado en la cama, dentro del mosquitero, pensando y pensando. Había que moverse rápido.

Al día siguiente llamé a Bangkok, pero sólo en la tarde logré hablar con el abogado. Me dijo que habían escuchado la versión de los agentes de policía que lo arrestaron y que la siguiente sesión sería en tres días. Le rogué que me informara al milímetro.

Luego llamé a Teresa a la embajada de México y le conté todo. Se alegró de escucharme, quiso ayudar y dijo:

—No te preocupes, trataré de ir a la próxima audiencia con el abogado, ¿crees que podrás venir?

—Estoy en eso, sin la luz verde del ministerio no puedo moverme. Ya sabes cómo es.

A los tres días no había llegado aún la autorización de viajar de la DACCCE, así que decidí pedir una licencia y pagar yo mismo los pasajes. Cuando le conté a Juana lo que estaba sucediendo hizo un gesto de preocupación y se retiró una lágrima. Abrazó con fuerza a Manuelito Sayeq y le cantó algo al oído, alzándolo. El niño lloraba poco, parecía inmerso en una gran paz que ni ella ni yo teníamos. Esa misma noche subimos al avión. El niño dormía.

Le expliqué la importancia de que Manuel se declarara culpable y lo entendió sin darle muchas vueltas.

—Es una locura no haberlo hecho desde el principio —dijo—, pero no se preocupe, cónsul, yo hablo con él y lo convengo.

Teresa nos esperaba en el aeropuerto, a las dos de la mañana. Ah, los vuelos nocturnos. Me dio un fuerte abrazo, le presenté a Juana y al pequeño Manuel Sayeq.

—Ayer no pude hablar con el abogado —dijo Teresa—, y a pesar de que fui no me permitieron entrar a la sala. La verdad es que no sé muy bien qué está pasando.

Llegamos a su apartamento en plena noche —Teresa nos ofreció alojamiento y acepté— y organizamos al niño en el cuarto de huéspedes. Yo dormiría en el sofá. Eran casi las cuatro pero ninguno parecía muy somnoliento, así que Teresa propuso un trago.

—Pensé que nunca lo dirías —dije.

Sacó una botella de Herradura y comenzamos a tomar con cierta desesperación, como si fuera el antídoto de una peligrosa picadura. Luego opté por desvanecerme mientras oía a Teresa y a Juana hacerse preguntas, contarse historias, conocerse.

Una socióloga colombiana de treinta y un años (¿cuántos tenía en realidad?) con una vida de pérdidas, fugas, odios, una aventura poco convencional y trágica que, sin embargo, no hizo de ella una resentida sino todo lo contrario, alguien lleno de vida, una mujer esperanzadora y fuerte, capaz de ponerle el pecho a cualquier huracán, y junto a ella Teresa, de cuarenta y pico, divorciada y madre de dos hijas, vida holgada y más

convencional excepto por lo poco convencional de su afición a los líquidos de fuego, diplomática, con privilegios en un país del sudeste asiático, mucha nostalgia, deseos (tal vez) de encontrar a alguien (¿no es lo que todos desean?, ¿deseamos?), proyectos para el futuro.

Cerré los ojos y me quedé dormido, sin saber a qué horas, y cuando desperté estaba instalado en el sofá, con sábanas limpias (olorosas a fresco, a lavanda), y ¡un bonito pijama que no era mío! (Teresa explicó que no pudieron abrir mi maleta y no quisieron despertarme, así que sacó uno de su padre, de una visita reciente.)

Amanecía.

MONÓLOGOS DE INTER-NETA

Hoy fue la Muerte la que vino a visitarme.

Antes mi vida era un festín en el que se abrían todos los corazones, donde todos los vinos corrían de vaso en vaso, de boca en boca.

Una de esas noches senté a la Muerte en mis rodillas y la encontré amarga. Y la injurié.

«Ah, Muerte, ven a llevarte el pensamiento de la Muerte», leí en un viejo libro.

«Huyen de mí y yo soy las alas», respondió, desde otro poema.

Reuní todas mis fuerzas. Me planté frente a ella y rechacé su aterradora furia. Después escapé.

La muerte tenía mil rostros. Todos los rostros.

A veces era un joven poeta contemplando el crepúsculo, en el puerto de Adén.

Ya está aquí la Muerte, y qué puntual.

Señor, su invitada lo espera en el salón.

Confié mis más preciados tesoros a las brujas, a los espíritus de la miseria, al odio. Logré que desapareciera de mi alma cualquier esperanza humana.

Ya se los dije: hoy fue la Muerte la que vino a visitarme.

La Chingona, la Pelona, la Todo Huesos.

La Muerte que no cesa en sus trabajos, en sus desvelos. La que nos ama y discurre entre nosotros como un viento, un *venticello*, una música lenta y densa, una nube oscura.

Llamé a mis verdugos para morder sus fusiles, convoqué todas las plagas para hundirme en su arena o en su sangre.

La desdicha fue mi dios. Mi único y amado dios.

Luego me tendí sobre el suelo empolvado de Harar y vi otra vez al joven poeta.

Escribía cartas, miraba hacia el sur. De vez en cuando hundía su mano en la tierra roja y la dejaba correr entre sus dedos.

Jugábamos (¿fantaseábamos?) con la locura, hasta que la tarde trajo a mi boca la aterradora sonrisa del idiota.

Pero recuperé el apetito y regresé a las fiestas, al vino. La Muerte seguía ahí, no podía ignorarla.

Todo esto sólo prueba que aún puedo soñar.

Amanecía.

Eran casi las seis de la mañana, Teresa y Juana aún dormían. Me senté en el salón a esperarlas, pensando que, una confesión de Manuel pondría las cosas en la dirección correcta. Será difícil la espera, los trámites del perdón (si es que llega ese perdón), pero otros lo han hecho. Ambos son jóvenes, lo soportarán.

Abrí el correo y encontré un mail de Gustavo:

¿Qué pasó con Manuel Manrique? ¿Encontraste a la hermana? No volviste a decirme nada.

Le contesté diciendo que la había encontrado.

Es una mujer increíble, ya te contaré. Está aquí conmigo. Ahora está durmiendo en el cuarto del lado. Estamos en Bangkok y en unas horas Manuel y ella se van a encontrar. Ya empezó el juicio. Espero que pueda pagar la pena en Colombia. Habrá que negociar con el ministerio. Gracias por todo, un abrazo.

E.

Hacia las ocho logré hablar con el abogado. Se sorprendió de que ya estuviera en Bangkok, y dijo que haría trámites para que me recibieran en Bangkwang. A mí y a la hermana.

—No podré acompañarlos —dijo—, tengo una reunión con el procurador que es clave para el juicio. Qué problema tan grande.

Le dije que intentaría convencer a Manuel de declararse culpable, quise saber si aún tendría efecto.

—Bueno —dijo el abogado—, si hace una confesión el juicio termina con una sentencia que puede ser larga, pero nos quitamos el peso del artículo 27. Lo importante es que la haga de un modo solemne, incluso algo teatral. Sería muy importante planearlo para la sesión del lunes. Yo puedo pedir la palabra al principio y anunciarlo. Eso sería muy bien visto. Puede incluso que le reduzcan algunos años por ese gesto. ¿Cree que puede convencerlo?

—Sí —le dije—. Estoy seguro. La hermana hablará con él.

—Es una excelente noticia —dijo—, entonces vaya a Bang-kwang hacia las diez de la mañana, ya mismo llamo al director para que lo esperen a esa hora. Y por la tarde venga a mi oficina. Tenemos cosas de que hablar.

—Muy bien —le dije.

Cuando colgué Teresa salía del baño, ya vestida. Llamó a su oficina y dijo que estaría ocupada hasta la tarde, que sólo le transfirieran llamadas urgentes. Pidió al chofer que viniera a recogerla. Juana estaba en la cocina: ansiosa, esperanzada. Con algo de temor por lo que debía encarar.

Desayunamos huevos con tocineta, jugo de naranja y café. El calor seguía subiendo. Poco después Manuelito Sayeq lloró. Faltando un cuarto para las nueve estuvimos listos. El auto de la embajada mexicana nos esperaba en la puerta.

De nuevo la algarabía de la gente, el smog, el sonido chirriante de los *tuk-tuk*, los acelerones y frenazos. Y al salir de la ciudad, el otro mundo: arrozales, campos con palmeras y frutales, mujeres inclinadas llevando sombreros triangulares, con sus hijos amarrados a la espalda.

Juana miraba todo sorprendida, y dijo:

—Supongo que tendré que acostumbrarme a esto. Por un tiempo va a ser el paisaje de mi vida.

—La siguiente lucha será tratar de que le trasladen la pena a Colombia —le dije.

Me miró con inquietud.

—¿A Colombia? Eso ya lo veremos después, cónsul, ¿qué le hace creer que va a estar mejor allá? ¡Cualquier cosa mejor que ese infierno!

Su respuesta no me sorprendió.

—Bueno, eso depende de ustedes, solamente de ustedes —le dije.

—Podría alquilar una de estas cabañas —dijo Juana—, cultivar arroz y visitarlo los fines de semana hasta que salga. Tenemos tiempo, somos jóvenes. Manuelito Sayeq crecerá cerca de su tío. Mejor dicho: de su papá. Manuel va a ser su papá.

Los muros de Bangkwang no la impresionaron. El director tenía una visita de la embajada de Australia así que debimos esperar, y a eso de las once, por fin, nos recibió en su oficina. Teresa se acreditó como diplomática, encargada por su cancillería de seguir el caso del país vecino. Le presenté a Juana, la hermana del detenido.

El hombre la saludó sin mirarla a los ojos, y dijo, sí, hace un rato llamó su abogado, tienen una hora de visita. Levantó el auricular y al segundo llegó un estafeta que nos llevó al primer patio.

Le pedí a Juana que esperara y Teresa la acompañó a la sala de encuentros. Yo me adelanté con el estafeta y uno de los guardias. Por ser una situación especial me autorizaron a ir hasta su celda y hablarle unos minutos, preparándolo para la visita. Pasamos tres portales de rejas oxidadas, en medio del calor y las moscas. El corredor era un pasillo húmedo.

—Es la de allá —señaló el guardia.

En el suelo, tras las rendijas de todas las puertas, había líquidos y manchas, pero al acercarnos a la de Manuel noté que algo brillaba. Sentí miedo y caminé más rápido.

Dios santo, ¡era sangre! Una mancha de sangre se extendía por el corredor, debajo de su puerta. Corrimos. El guardia tardó una eternidad en embocar la llave.

Al fin abrió.

Manuel estaba tendido en posición fetal. Se había cortado las venas con una cuchara afilada.

El guardia salió al corredor y le dio al botón de alarma, pero yo lo noté de inmediato: estaba muerto. Tenía los ojos entreabiertos, como si fuera a

reírse. Lo abracé, lo apreté contra mi pecho, y maldije. Aún estaba tibio. El calor de su piel me decía: hace poco, hace muy poco.

Sobre el muro, justo encima del cuerpo, había un dibujo hecho con su propia sangre y trazado con el dedo. Una isla en forma de corazón y un volcán. Dos figuras sentadas en la ladera, un hombre y una mujer, agarrados de la mano, mirando la tormenta que se acerca, sin poder ver los monstruosos animales que acechan bajo el agua. A un lado escribió: «Nosotros».

Una desesperada asociación me llevó a un poema de Vallejo, y lo grité, abrazándolo: «¡No mueras, te amo tanto! Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo...». Lo grité hasta donde me dio la voz, y mi cara, enrojecida, se llenó de lágrimas. En ese instante, al sentir que una parte de la realidad se abría dejando un hueco a la intemperie, a lo irracional, comprendí hasta qué punto esa historia se había convertido en *mi* historia.

Unos segundos después (o tal vez minutos, no podría precisarlo) llegó una camilla y lo sacaron envuelto en una cobija gris. Los guardias, nerviosos, vociferaban, se daban órdenes. Los demás reclusos también gritaron, aun sin ver lo que sucedía; el momentáneo caos pareció excitarlos. Qué oscuridad y qué tristeza, pensé. «Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.» El rostro de Manuel, su dignidad, parecía darle una luz irreal a esos muros sucios y desconchados.

Al cruzar la segunda reja el guardia salió al patio y empujó la camilla por un sendero justo al lado de la sala de visitas donde ellas esperaban. La algarabía hizo que ambas corrieran a la ventana.

Juana lo vio y después me miró.

Sentí en sus ojos que algo se derrumbaba. Más que dolor, me pareció reconocer un profundo gesto de cansancio. Salió al patio sin gritar, llevándose las manos a la cara. La camilla llegó a su lado y pudo tocarlo. Los hombres se detuvieron y Juana se desvaneció sobre él, besándolo: su sangre y sus ojos, su palidez. Besando su pelo y sus brazos heridos. Besando todo lo besable en ese rostro desencajado, ausente, en el que Manuel ya no estaba. Lloró y yo también lloré. «Llorar juntos nos hacía sentir una extraña felicidad.»

Teresa también lloró, pero mantuvo una distancia, pues tenía en brazos a Manuelito Sayeq. Los guardias se dijeron algo y prosiguieron con la camilla hacia la enfermería (supuse). Juana volvió a abrazarme y por un segundo fuimos una misma cosa. Sentí su dolor, su culpa, tal vez su rabia.

Un rato después vino el médico y negó con la cabeza, estaba muerto. Yo ya lo sabía. Todos lo sabíamos. Luego me entregó dos papeles doblados.

—Estaban en su bolsillo —dijo.

Uno era para mí, y decía:

Se lo dije, señor cónsul. Esta no iba a ser una novela negra, sino una extraña novela de amor. Ahora soy libre, incluso feliz, y con esta libertad me suprimo. Al fin.

El otro era para Juana. Ella lo leyó y lo leyó, llorando, y al final lo puso en mi mano.

—Por favor, cónsul, léalo.

Amada hermana. No pude encontrarte, creí que iba a lograrlo pero me hundí más y más, y ahora hay salida y no me sobran fuerzas. Perdóname por haber fallado. Le pedí al cónsul que te buscara pero no estoy seguro de que lo logre, se acabó el tiempo. Ya pronto vendrán por mí. Me parece oírlos, escucho sus pasos, pero no me encontrarán. Mi vida siempre fue tuya, pero la tomo prestada. Te la devolveré cuando llegues donde ya casi estoy, donde estaré siempre. No sabes el placer que siento al ver el líquido salir de mi cuerpo, al fin limpio de esa sangre. Esta pureza alcanzará para los dos. Con la mía, limpié la tuya. Te espero allá donde tú sabes. Si lees esto es porque te habrán encontrado. Un beso.

Me inquietó algo, o mejor, me indignó, ¿no le transmitieron los mensajes?, ¿no sabía que Juana vendría a verlo? Me fui a un lado (no quería que Juana, que aún lloraba en brazos de Teresa, me escuchara) y se lo pregunté al director de Bang-kwang: ¿no le envió el abogado unos

mensajes?, ¿no le dijeron que el cónsul había encontrado a la hermana?, ¿no le dijeron que veníamos para acá? El director hizo un gesto de sorpresa que no comprendí, y al repetir mi pregunta dijo que no, que no sabía nada.

Luego llamó a otro empleado y le preguntó, pero este negó con la cabeza. Sin pedir permiso levanté la bocina del teléfono y marqué el número del abogado. Un timbre, dos, tres. No respondió. No podía creerlo, ¿no le habían dado los mensajes! Con eso lo habían asesinado.

Le insistí al director: para nosotros era importante esclarecer esto, pero él levantó la cara en señal de desinterés. Por fin logré hablar con el abogado:

—¡Claro que transmití el mensaje, se lo dicté por teléfono al secretario del director y mencioné que era urgente!

Le conté lo que había pasado y anunció que llegaría inmediatamente, que lo esperara.

Pedí hablar con el secretario del director, pero me dijeron, ¿cuál secretario?, no tenía secretario, era una mujer la que tomaba los mensajes. Se lo pregunté al director y dijo, no, ya le dije, no recibí ningún mensaje. Llamaron a la mujer y alguien tradujo: nadie le había dejado un mensaje así, ¿cuándo dice que llamaron? La mujer con la que hablé, después de un rato, desapareció, y ya no fue posible hacer que regresara.

Finalmente llegó el abogado y le dije:

—Nadie recibió los mensajes y él nunca supo nada. Eso lo habría salvado.

El viejo mascó algo, una hoja parecida al bretel, y dijo, nadie se suprime por una cosa así, al menos en mi país. Sus razones tendría.

Lo miré con rabia y le dije:

—Usted lo mató, abogado, no le dio el mensaje que le habría salvado la vida, y nos engañó a todos.

El viejo escupió por la ventana.

—Comprendo que esté alterado, señor cónsul, pero ¿no me había dicho que el joven se iba a declarar culpable?

La sangre me subió a la cabeza, debí hacer esfuerzos para no golpearlo. Teresa se dio cuenta y vino. Me dijo al oído: cálmate, ya no hay nada que hacer. ¡Es un hijo de la chingada, pero no lo puedes tocar!

Me costó trabajo respirar, pero logré decirle:

—¡Manuel nunca supo que encontré a Juana, ni que estaba en Bangkok! Se cortó las venas muy poco antes, la sangre del suelo estaba líquida, ¿te das cuenta? ¡Él lo mató!

—Sí —dijo Teresa—. Pero no olvides que tú representas a un país. Luego tramitas una queja oficial o te meas en el Chao Praya, pero aquí debes guardar las formas. Si lo tocas les vas a dar la oportunidad de armar un escándalo.

Pasamos el resto del día en Bangkwang, en una sala mortuoria bastante pequeña, aunque con aire acondicionado. Cuando trajeron el cuerpo, en un ataúd hecho de tablas, Juana miró la cara lívida de su hermano por un tiempo que a todos nos pareció infinito. Empezó a oscurecer y el fiscal (que había llegado también) dijo que debíamos irnos, que llevarían el cuerpo a la morgue a la espera de la decisión de la hermana y de los últimos trámites legales.

—¿Se siente mejor? —le dije al fiscal—. Podrá pensar que su ciudad está ahora más limpia.

Teresa me apretó el brazo.

—Ojalá nuestros problemas se limitaran a jóvenes perdidos y torpes —dijo—, aunque sé que no debo juzgar a alguien que se quitó la vida.

—¿No le parece una demostración suficiente de inocencia? —le dije.

Se dio vuelta. Encendió un cigarrillo algo teatral.

—No realmente —dijo—. La verdad es que su muerte no demuestra nada.

—Las pastillas no eran suyas —insistí—. Alguien las puso en su maleta y usted lo sabe. ¡Todo el mundo lo sabe!

Teresa volvió a mirarme con ojos encendidos. El fiscal pareció impacientarse.

—Aquí vienen once millones de turistas por año —dijo—. Muchos a follar y a consumir drogas, otros a traficar y algunos, simplemente, de vacaciones. Es inevitable que haya víctimas.

Dicho esto subió a su auto. Pero de inmediato bajó la ventana y dijo:

—Olvidé darle mis condolencias a la hermana, le ruego que se las transmita. Y por favor, que decida rápido si quiere repatriarlo o sepultarlo

acá. Con el calor los cuerpos se descomponen.

—Se lo diré, no se preocupe —dije—. Por ahora confío en la calidad de sus cámaras refrigerantes.

Al llegar a su casa, Teresa abrió una botella de ginebra y propuso salir a la terraza a mirar el río, el devenir del tráfico, las nubes. Ya era noche cerrada. Juana seguía sin poder hablar. En torno a sus ojos se había instalado un aro violáceo, como si tuviera los párpados en carne viva.

El Chao Praya reflejaba los focos alucinados de la ciudad, sus iridiscencias. Teresa se sentó junto a mí y bebimos en silencio, un vaso tras otro. Cuando Manuelito Sayeq se durmió Juana volvió a salir. Puse mucho hielo en un vaso y le ofreció un trago.

—Lo quiero doble, cónsul, gracias.

—Es lo único que podemos hacer —dije—. Mis condolencias.

Me agradeció por haberla buscado y traído de Teherán, por haberle permitido llegar hasta él, aunque fuera tarde.

—No puedo no pensarlo —dijo Juana—. Si hubiéramos venido ayer...

Eso también horadaba mi mente: si la DACCCE hubiera dado rápido una respuesta, si yo hubiera tomado antes la decisión de viajar, si la magistratura thai no hubiera adelantado el juicio. Si los mensajes hubieran llegado. Si, si...

—Si le hubiera escrito un mail o un mensaje de Facebook o le hubiera hecho una llamada a su celular —dijo Juana—, estaría vivo, es todo tan...

Volvió a llorar. Teresa la abrazó.

—No pienses más, Juana —le dijo—, nada va a devolverlo. Lo tendrás en tu hijo.

—Debo decidir qué hacer con el cuerpo —dijo Juana—, pero la verdad es que ya no me importa. Él no está ahí.

—¿Vas a llamar a tu familia? —le pregunté.

—No lo he pensado todavía —dijo Juana—; supongo que ellos querrán enterrarlo en Bogotá. Manuel preferiría no regresar, pero la verdad es que ya nada de eso importa.

Llené los vasos una y otra vez, hasta que hubo que bajar al 7 Eleven por otra botella. Bebimos hasta el amanecer.

Teresa y Juana se fueron a sus cuartos a las seis y yo me quedé en el sofá, cerca de la ventana, mirando emerger los rascacielos de la oscuridad a la luz limpia de la mañana.

Antes de dormir agarré mi bolsa de enseres, saqué el cepillo de dientes y fui al baño. Abrí la puerta despacio, procurando no hacer ruido, y noté que había alguien adentro. Era Juana. Estaba desnuda y se miraba al espejo. Me quedé paralizado. Nunca había visto un cuerpo así, con extraños y enormes tatuajes: ideogramas japoneses, soles, ojos budistas, yins y yangs, y en su vientre un verdadero cuadro, ¿qué era?, dios santo, pude reconocerlo: ¡*La gran ola de Kanagawa*, de Hoku-sai! Sentí una fuerza irracional empujarme hacia ella, pero me contuve. Más abajo, en el muslo derecho, tenía una versión de *La balsa de la Medusa*, de Géricault, y en el izquierdo una pintura que luego, no en ese momento sino unos días después, identifiqué como *La novena ola*, del ruso Iván Aivazovsky, un cuadro al que el poeta Fernando Denis dedicó unos versos reveladores:

*si es de noche en un cuadro de Iván Aivazovsky, la novena ola,
el magnánimo cielo del mundo,
la luz demente que da horror y belleza y empaña el sueño que delira en sus
colores.*

Tres naufragios más una cantidad increíble de signos religiosos o místicos. A eso se sumaban cicatrices y quemaduras circulares que parecían transmitir algún mensaje.

La miré sin mover un músculo, sin respirar para que no notara mi presencia. Era muy bella. Tenía el mismo gesto de cansancio que le vi en la cárcel y mecía la cabeza de un lado a otro, como siguiendo una canción de cuna. Luego empezó a moverse hacia los lados y con lentitud se acarició las caderas, el vientre, los pechos. Llevó la mano a su pubis trazando círculos,

al principio lentos, pero luego un poco más rápidos y al final frenéticos. Yo sentí mi cuerpo derrumbarse, pero hice un esfuerzo y me mantuve. De repente agarró el tubo del dentífrico y se penetró con él, moviendo muy rápido sus dedos. Segundos después se estremeció, pero su gesto de cansancio no se borró ni siquiera en ese instante.

Me pareció la mujer más hermosa del mundo, y sentí que la amaba. Desde un lugar lejano e imposible la amaba.

Luego me retiré sin hacer ruido y me fui a dormir, excitado, culpable, triste.

Al despertar hubo noticias. El abogado llamó para decir que el ministerio se haría cargo de la estadía de Juana hasta que decidiera qué quería hacer con el cuerpo, como una deferencia. No querían un escándalo.

También dijo que el jefe de las investigaciones especiales en Narcóticos le había informado de dos casos parecidos al de Manuel, con traficantes e inculpados franceses e indonesios. No en el Regency Inn, pero sí en otros hoteles de la misma zona.

—Esto conducirá a la verdad —dijo el abogado—, y permitiría entablar una demanda contra el Estado para obtener, al menos, una indemnización.

Y agregó:

—Dígaselo a la señora Manrique, y dígame también que estoy en óptima posición para llevar a cabo esa demanda. Conozco a mucha gente.

Me dieron ganas de insultarlo, pero era Juana la que debía decidir, así que le transmití una a una las palabras del abogado. Miró un rato por la ventana y dijo:

—Me podría interesar oír las condiciones. También quisiera hablar con el fiscal para aceptar la hospitalidad del ministerio mientras resuelvo el asunto.

A los dos días Juana se trasladó a un apartamento estatal con Manuelito Sayeq. Teresa y yo la acompañamos a la puerta y yo llevé sus maletas. Había hablado con su familia (no me dio detalles, no se los pregunté) en Bogotá y habían decidido repatriar a Manuel.

Al despedirnos me dio un abrazo largo, y me dijo al oído:

—Me di cuenta de que estaba en el baño la otra noche, cónsul. Sentí cómo me miraba, con qué intensidad me miraba. Lo oí respirar, estarse

quieto, y me gustó.

No supe qué decir.

—Tus tatuajes... Son hermosos.

—Otro día se los muestro con calma y le diré el porqué de cada uno, aunque supongo que ya se lo imagina. Gracias por todo.

Me despedí diciéndole que la llamaría al llegar a Delhi, que estaría en contacto para ayudarla. Cuando llegaron por ella me dio otro abrazo nervioso, rápido. Quise preguntarle qué haría después, dónde pensaba ir, pero no me atreví. En esos días fue muy claro que Juana manejaba sola sus cosas, sin apenas contar con los demás, aun cuando estos pretendieran ayudarla. Igual noté algo raro en su comportamiento, pero fui incapaz de descifrar nada. Luego subió al niño al automóvil oficial, un Toyota Crown negro, y la vi irse. Le hice adiós con mi mano triste hasta ver que se perdía en medio del tráfico, al fondo de la avenida.

¿Había hablado con sus papás? ¿Qué palabras dijo para contar (tal vez explicar) esa difícil historia? Comprendió que la decisión no le pertenecía sólo a ella y tal vez pensó en regresar a Colombia, al menos por un tiempo. Al fin y al cabo era su país.

Ese mismo día tuve que regresar a Delhi. Teresa me llevó al aeropuerto.

—¿Volverás por acá, ahora que ya se resolvió? —quiso saber.

—Me gustaría volver a verte —le dije.

—Charlemos por teléfono, escribámonos —dijo—. Y ahí vamos cuadrando. De todos modos yo estaré pendiente de Juana, creo que podremos ser amigas.

—Gracias por todo —le dije—, sin ti no habría podido siquiera empezar esta historia.

Teresa me miró con cara triste.

—Pero salió mal.

Le di un abrazo. Caminé hacia la entrada de inmigración y, un poco más adelante, cuando me di vuelta para saludarla por última vez, vi que ya se había ido.

Una semana después volví a hablar con Teresa. Dijo que no había podido volver a comunicarse con Juana, que no le devolvía las llamadas y que ya no estaba en los apartamentos estatales. Al no tener respuesta fue a buscarla y el portero le dijo que se había ido hacía tres días. Buscando saber algo habló con el abogado, quien dijo no tener noticias de ella, pero sí del caso. Un teniente había sido detenido y, para impedir la decapitación, confesó varios delitos, incluido el de Manuel. Pero ya nada de eso importaba.

Me pareció extraño que Juana desapareciera. Le escribí un correo electrónico pero no recibí respuesta.

Un mes después el gobierno de Tailandia envió un despacho a la cancillería expresando sus condolencias por la muerte de Manuel Manrique.

Por haber manejado la gestión la DACCCE me envió una copia FYU (*For your information*).

La nota hacía hincapié en lo importante que era luchar contra las redes internacionales de tráfico de drogas, «responsables de situaciones dramáticas que se llevaban por delante la vida de personas inocentes y buenas».

Bogotá respondió agradeciendo la misiva y prometió adelantar gestiones para la pronta apertura de una embajada en Bangkok.

Poco tiempo después, desde mi oficina en Delhi, escribí sin mucha esperanza un correo a Juana preguntándole dónde estaba y cómo se sentía. Sorpresivamente respondió de inmediato. «Estoy en París, cónsul, llámeme a este número.» El corazón casi se me sale del pecho y marqué el número en mi celular, atónito. Al segundo tenía su voz en la línea. Me dijo que habían repatriado el cuerpo de Manuel a Bogotá y que estaba en los Jardines de Paz. Su mamá sufrió mucho y hubo que darle atención médica, pero el papá se mantuvo fuerte. La noticia importante, dijo, era que estaba otra vez en contacto con el fiscal tailandés, pues había decidido escribir un libro sobre el caso de su hermano y presentar una demanda al Tribunal de La Haya con un abogado francés, amigo y socio del abogado de Bangkok.

—No me va a creer lo que está pasando, cónsul —dijo—. El fiscal transmitió mi intención al Ministerio de Justicia y al Palacio Real, ¿y sabe qué? Me ofrecen dos millones de dólares de reparación con tal de que olvide el asunto.

Me quedé un momento en silencio y le pregunté, ¿y los va a aceptar?

—Claro que no —dijo—. Por Manuel y por mi hijo Manuelito, por los recuerdos y el dolor y para que mi niño, que es la continuación de mi hermano, viva otra vida y sea de otro mundo. No, cónsul, no les acepté los dos millones.

—¿Y entonces?

—Les pedí cuatro —dijo—. Y le aseguro que me los van a dar.

En ese momento la línea se cayó y por más que hice intentos no pude volver a comunicarme.

Pasados unos días llamé a Teresa y le conté de Juana. Le pareció extraño que se hubiera ido de Bangkok sin despedirse. Luego, atenazado por la curiosidad, llamé a la oficina del fiscal (conservaba su tarjeta desde el primer encuentro) y, para mi sorpresa, contestó él mismo. Le pregunté por los nuevos bandidos que estarán durmiendo en Bangkwang, pero de repente me cortó y dijo, ¿para qué me llama?

Le dije que había sabido algunos detalles del caso del joven Manrique y le expresé mi gratitud por el modo en que el ministerio lo estaba manejando.

—¿De qué habla? —volvió a cortarme—. Eso está archivado desde la repatriación del cuerpo y la nota oficial de condolencias. El ministerio no ha vuelto a reabrirlo ni a tener noticias de nadie, ni contacto con los abogados ni con los familiares. Es un caso cerrado. ¿A qué detalles se refiere?

—Olvidelo —le dije—. Creo que estoy mal informado.

De inmediato llamé al abogado y le pregunté por la supuesta demanda y el ofrecimiento de los dos millones de dólares.

Tras un silencio dijo:

—No tengo la menor idea de lo que me está diciendo, cónsul. La última vez que hablé con ella usted estaba presente... ¿Una indemnización? Por dios, no me haga reír. Ustedes los occidentales no nos comprenderán nunca.

Tras una carcajada algo despectiva dijo:

—Discúlpeme, ¿tiene alguna otra pregunta?

—No, gracias por su tiempo.

Llamé a Juana al número de París, pero no hubo respuesta. Investigué por Internet a qué distrito correspondía pero no logré gran cosa: era de un teléfono público en un centro comercial de La Défense.

La busqué en vano a través del consulado de Colombia, volví a escribirle y ya nunca me respondió.

Llevado por la curiosidad marqué el número de los padres, en Bogotá. Era lo último que quedaba por hacer. Lo único que no había hecho. Mientras sonaban los primeros timbres me afloró un leve temblor en el labio. Ya me temía lo que, sin duda, iba a oír. Por fin contestó una voz de mujer, que resultó ser la madre. Me presenté como el cónsul que había manejado la parte administrativa del caso de su hijo. Me dio las gracias y llamó al marido («¡Venga, es por lo de Manuel, pase!»). La voz del padre me sonó más vieja de lo que suponía: dijo que la familia estaría eternamente agradecida por los esfuerzos y trámites, y que ya habían escrito una carta al ministerio. Dije que quería expresar personalmente mis condolencias a él, a la madre y a la hermana, pero él respondió:

—Se las agradecemos, señor cónsul, aunque debe saber que la hermana, por desgracia, también nos abandonó.

—No lo sabía —dije—, lo siento mucho.

Hubo un silencio. Habría jurado que se limpiaba una lágrima.

—La niña desapareció hace cuatro años, señor cónsul, usted sabe, este país es peligroso. Hay familias a las que nunca les pasa nada, y otras como la nuestra. A nosotros nos fue mal.

Colgué tras nuevas condolencias y me quedé pensando en los naufragios, en Géricault, Aivazovsky y Hokusai.

En Juana.

Otra vez había desaparecido.

MONÓLOGO FINAL DE INTER-NETA

Por ahí andan diciendo que soy la enamorada del silencio: que soy la ramera, la moza, la amante. La puta del silencio. Pero qué puedo hacer si cada vez que pienso prefiero callar, imaginar espacios vacíos, sonreírle a la nada. Estoy a punto de hacerlo una vez más, como mi bella durmiente: irme a un lugar donde no se escuche el torvo palpito del mundo, los engranajes de este planeta cansado, fugarme allá donde el aire y la vida sean materia silente. Quiero ausentarme, partir.

¿Y cómo es, cómo puede ser el poema del silencio?

Ah, será una construcción de palabras-céfiro, una superficie hecha de nubes, un volcán de signos. Qué sé yo.

Por lo pronto debo elegir un poema para esconderme, cuyas palabras sirvan de mampara para tapar la luz, que sus versos sean como acantilados que protejan mi pequeña isla del desastre y la tristeza del mundo. Ya lo he perdido casi todo. No soy valiente: sólo un grano de arena frágil.

Pasa un día, dos días, tres, y ya lo decidí.

Me esconderé en un poema de Roque Dalton, asesinado por sus propios compañeros, ¡por sus propios amigos! Es una de las muestras de idiotez más grandes de la Historia. Ah, los sueños y las palabras, cuánto matan. Roque era libre y etéreo, como deseo serlo yo. Como lo fue alguien a quien tanto amé y que ya no está entre nosotros. Así que ahora los dejo, tal vez para siempre.

Me despido con mi poema-casa, con mi poema-mundo:

ALTA HORA DE LA NOCHE

*Cuando sepas que he muerto no pronuncies mi nombre
porque se detendría la muerte y el reposo.*

*Tu voz, que es la campana de los cinco sentidos,
sería el tenue faro buscado por mi niebla.*

*Cuando sepas que he muerto di sílabas extrañas.
Pronuncia flor, abeja, lágrima, pan, tormenta.*

*No dejes que tus labios hallen mis once letras.
Tengo sueño, he amado, he ganado el silencio.*

*No pronuncies mi nombre cuando sepas que he muerto,
desde la oscura tierra vendría por tu voz.*

*No pronuncies mi nombre, no pronuncies mi nombre.
Cuando sepas que he muerto no pronuncies mi nombre.*

EPÍLOGO

Ya completé seis cuadernos. He escuchado, imaginado, paseado por Bangkok y vuelto a ver algunos lugares. He fantaseado, recordado y escrito.

Mañana me iré sin haber visto realmente a nadie (hace ya tiempo que Teresa no vive aquí). Nada distinto al sonido de viejas palabras que en su momento nadie escuchó. Bueno, excepto yo. Ahora debo organizarlas, reconstruir la historia e intentar, una vez más, darles un sentido.

En *The Last Tycoon*, un film de Elia Kazan con guión de Harold Pinter, basado en la novela de F. Scott Fitzgerald, el protagonista, Robert de Niro, narra dos veces la siguiente historia: una mujer entra precipitadamente a su casa y vuelca el contenido de su bolso sobre la mesa de entrada: billetera, gafas, una moneda de cinco centavos, un cepillo, una caja de fósforos y un pintalabios. Maldiciendo agarra los cinco centavos y la caja de fósforos, y luego, nerviosa, se quita sus guantes negros y los tira con odio dentro de una estufa de gas. Enciende un fósforo y lo acerca a la estufa, pero cuando va a encenderla suena el teléfono. La mujer duda, vuelve a maldecir y al fin contesta.

Tras escuchar algo grita por la bocina:

—¡Ya le dije que nunca he tenido unos malditos guantes negros!

Cuelga con furia y regresa a la estufa, va a encenderla, pero en ese momento se da cuenta de que hay alguien más en la habitación, alguien que ha visto lo que ha hecho.

¿Qué va a suceder? Y sobre todo: ¿para qué son los cinco centavos? «Para pagar la entrada al cine», dice De Niro, pues ahí comienza una historia que debe ser contada.

Regreso a mi pregunta: ¿he podido, en realidad, comprender? La única respuesta es seguir buscando a Juana, seducirla en la lejanía, tal vez en otro libro o en otra ciudad. Ya lo dijo Rimbaud, señalando con su dedo hacia el porvenir: *Et a l'aurore, armés d'une ardente patience, nous entrerons aux splendides villes*. Las ciudades espléndidas. Las historias ocurren ahí, quizás en la aurora o al final de la tarde, en cualquier caso lejos del sol ardiente del mediodía. ¿Llegaremos a ellas? Tal vez entremos a esta nueva ciudad al alba o antes del anochecer.

Así que por ahora no me queda más que despedirme, como en ese viejo musical: *Au revoir, arrivederci*. Adiós.



SANTIAGO GAMBOA (Bogotá, 1965) estudió literatura en la Universidad Javeriana de Bogotá. Luego emigró a Europa y vivió en Madrid, donde se licenció en Filología Hispánica por la Universidad Complutense, y en París, donde estudió Literatura Cubana en la Universidad de La Sorbona. Es autor de *Páginas de vuelta* (1995), *Perder es cuestión de método* (1997), *Tragedia del hombre que amaba en los aeropuertos* (1999), *Vida feliz de un joven llamado Esteban* (2000), *Los impostores* (2001), *Octubre en Pekín* (2002), *El cerco de Bogotá* (2004), *El síndrome de Ulises* (2005; finalista del premio Rómulo Gallegos 2007, finalista del premio Medicis 2007 a la mejor novela extranjera en Francia y premio Casino de Povoá 2008 en Portugal), *Hotel Pekín* (2008) y *Necrópolis* (2009). Actualmente vive en Nueva Delhi.